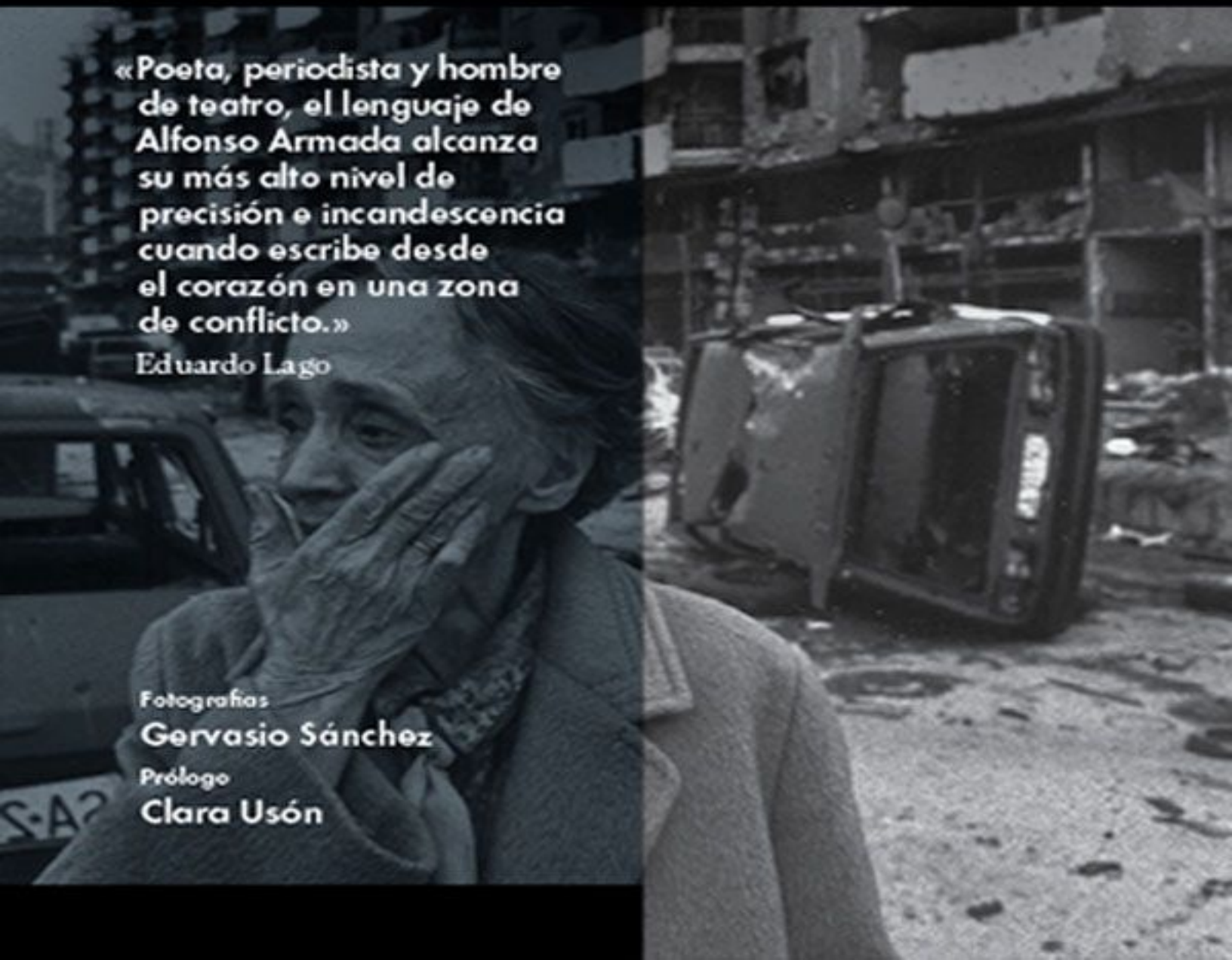
Sarajevo

Alfonso Armada



«Poeta, periodista y hombre de teatro, el lenguaje de Alfonso Armada alcanza su más alto nivel de precisión e incandescencia cuando escribe desde el corazón en una zona de conflicto.»

Eduardo Lago

Fotografías
Gervasio Sánchez

Prólogo
Clara Usón

Sarajevo

Diarios de la guerra
de Bosnia

Alfonso Armada

MALPASO
BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

A Corina

Contra el olvido

Clara Usón

'Contar y andar es la función del periodista', escribió Manuel Chaves Nogales, el gran periodista y escritor andaluz que se consideraba a sí mismo un *reporter*. Alfonso Armada pertenece a esa estirpe de periodistas andariegos que van en busca de la noticia, que no aspiran a sentar cátedra ni a erigirse en jueces de la actualidad (aquéllos que Baroja llamaba 'periodistas de mesa', los opinadores profesionales que tanto abundan en nuestros medios), sino que se contentan con dar testimonio y, más allá de ello, tratan de 'escribir algo que valga la pena recordar, que explique qué es la guerra […] esta guerra en la antigua Yugoslavia y, sobre todo, esta guerra de Bosnia-Herzegovina', como escribe Armada en estas páginas.

Diarios de la guerra de Bosnia se inician el 14 de agosto de 1992 en Madrid, donde ha aterrizado Alfonso Armada procedente de Nueva York, la ciudad más *cool* del planeta, de camino a un destino muy diferente: la guerra. Constan de tres cuadernos (escritos en 1992 y 1993) y dos epílogos (uno escrito en Dayton, Estados Unidos, quince años después, y otro veinte años más tarde, cuando regresa a Sarajevo y visita por primera vez Srebrenica). Los cuadernos recogen las crónicas periodísticas publicadas en el diario *El País* : la primera el 19 de agosto de 1992, la última el 26 de julio de 1993. En ellas cubre la guerra de Bosnia durante ese período y, entreveradas con las crónicas, acompañándolas, los apuntes de su diario personal, lo que a mi juicio constituye un gran acierto.

En la Antigüedad, era el dios Hermes quien ejercía de portador de noticas, de mensajero. Dados sus poderes sobrenaturales, Hermes debía ser un reportero muy eficaz, estaba en todas partes, transmitía las nuevas al instante y no había que temer por su salud o su suerte, puesto que era inmortal, pero tenía un inconveniente:

sólo comunicaba su información a otras divinidades, rara vez condescendía a iluminar a los pobres mortales.

En el comienzo de *Diario del año de la peste*, una novela que parece una crónica, Daniel Defoe escribe: 'En aquella época no teníamos periódicos impresos para difundir rumores y noticias y que las embelleciesen por obra de la imaginación de los hombres, como luego he visto que se hacía'. Alfonso Armada, el autor de estos *Diarios de la guerra de Bosnia* —una crónica que se lee como una novela—, es uno de esos periodistas de los que, medio en broma, medio en serio, se mofaba Defoe; al igual que Hermes, o casi como Hermes, gracias a los medios modernos de comunicación, puede dar cuenta al instante de los hechos que ha presenciado, pero a diferencia de Hermes no tiene ninguna garantía de salir indemne, corre un riesgo cierto: 19 periodistas fueron asesinados en el curso de la guerra de Bosnia, entre ellos un español, el fotógrafo del diario *Avui* Jordi Pujol Puente, quien murió en 1992 en Sarajevo, la ciudad sitiada, gran protagonista de estos *Diarios*.

Los lectores de periódicos abordamos con idéntica ecuanimidad y desapego un artículo sobre la última cumbre internacional o un consejo de ministros y la crónica del campo de batalla. 'Sarajevo vive desde hace una semana la peor ofensiva desde el pasado verano. Entre 1.000 y 1.500 proyectiles caen sobre la aterrada capital bosnia desde las colinas controladas por las fuerzas serbias que desde hace ya ocho meses sitian la ciudad a orillas del Miljacka', leemos en el diario *El País* del 10 de diciembre de 1992, y no somos conscientes, o no pensamos, que esas mil bombas, morteros y granadas, caen no sólo sobre los desdichados ciudadanos asediados, sino también sobre el periodista español que firma la crónica, Alfonso Armada; da la impresión de que el reportaje se escribe solo, o de que es Hermes, ubicuo e invulnerable, quien nos da cuenta de los bombardeos. Sin embargo, hay un hombre detrás de esas líneas, alguien que ha decidido unir su suerte a la de las víctimas para dar testimonio de sus sufrimientos, para contárnoslos. Pero las reglas del juego le obligan a ser objetivo, a esconderse detrás de los datos. No

le está permitido comunicarnos su miedo, sus emociones, su experiencia subjetiva de esa situación extrema, la guerra, y por eso son tan valiosas estas entradas del diario personal del escritor que acompañan a las crónicas publicadas. Dan mayor hondura al texto, una profundidad humana.

Como Hermes, Armada es ubicuo: las páginas de estos *Diarios* están fechadas en Zagreb, Slavonski Brod, Split, Karlovac, Banja Luka, Kiseljak, Sarajevo, Zenica y tantos otros lugares. El reportero parece materializarse como por ensalmo allí donde está la noticia; el hombre Alfonso Armada viaja por un país en guerra, es arrestado por *chetniks* armados hasta los dientes en un *check point*... Con su inseparable compañero de aventuras, el fotógrafo Gervasio Sánchez (cuyas impresionantes fotografías ilustran este volumen y quien en una ocasión dice a nuestro atribulado autor: 'No se puede venir a la guerra enamorado'), sufre el robo de su vehículo y del equipo fotográfico; escribe a la luz de una vela en la ciudad a oscuras; pasa frío y miedo en un hotel, el Holiday Inn, que se mece al ritmo de las bombas; discute con la administración de su periódico en Madrid el precio de una transmisión; una noche de luna llena, en el valle del Lasva, corre a lo largo de un sendero hacia el lugar donde está ubicado el teléfono vía satélite de la BBC, corre con motivo, alguien (¿quién?) acaso le está disparando ráfagas con un fusil automático en esa noche iluminada por una luna tan 'hermosa'. Cuando llega a su destino se encuentra con que el teléfono no funciona, no consigue transmitir, y vuelve a jugarse la vida en el camino de regreso... 'Ser periodista —reflexiona— es a veces como vestirse de diana'.

'¿Y para qué?', se pregunta sin cesar Alfonso Armada. '¿Cuánto tiempo venías a pasar aquí, cuánto estabas dispuesto a pasar, cuánto vas a estar? Silencio. Casi no hay disparos, casi se extraña la certeza que producen las explosiones. ¿Dónde estamos, a qué hemos venido aquí?', escribe la noche del 3 de septiembre de 1992. 'El miedo de no saber que debo tener miedo, como me decía Niyat la otra noche en el refugio del café del Lago: Por favor te lo pido, ten

miedo. Es la forma de que te cuides, de que no bajes la guardia. Por favor, ten miedo'. '¿Cómo se puede resistir aquí? Yo me salvo porque escribo, ¿pero puedo acaso decir que ésta no es mi guerra? Yo soy un cobarde, y además no sé llorar. Por eso escribo como un condenado a muerte y sólo quiero salir de aquí'. '¿Qué sentido tiene estar jugándose la vida aquí si después tu periódico no tiene tiempo para ti, o considera que la vida cotidiana de la ciudad sitiada puede esperar?' Las dudas, la incertidumbre, una injustificada sensación de culpa, azuzan a Alfonso, el hombre, mientras Armada, el reportero, da cuenta de lo que ve 'como si me fuera la vida en ello'.

Y lo que ve es atroz y también admirable, conmovedor. Indaga más allá 'de los supuestos hechos que las agencias de noticias relacionan' y se dedica a 'llamar a las puertas, preguntar a la gente', y así sabemos de Verica, una voluntaria croata de la Cruz Roja de Travnik, cuyo marido es serbio, quien teme más por sus hijos, una niña de cinco años y un bebé de dieciséis meses, que por ella misma. 'Nadie se siente seguro —afirma Verica—: los serbios tienen miedo de los croatas, los croatas de los serbios, los musulmanes de los croatas y los serbios. Creo que sólo podré vivir a salvo en el extranjero. En este país, mi propio marido puede verse obligado a disparar contra mí'. Este testimonio espeluznante vale ciertamente más que cinco folios cargados de datos y movimientos de tropas, el drama de la guerra de Bosnia no podría expresarse mejor y Alfonso Armada, el reportero, estaba allí para transcribir esas palabras y divulgarlas.

También nos habla del comandante bosnio Puska, que se imagina una Bosnia futura sin ejército; de Emir, un joven que estaba a punto de casarse cuando estalló la guerra y que acuna su arma entre sus manos y dice: 'Yo no creo en nada, sólo creo en mi fusil. Mi arma es mi Dios. Yo nunca pensé que iba a tener que matar para no morir. Y eso hace que mi parte animal crezca y que mi parte humana se haga más pequeña'; de Edo, el guardián de las cenizas, un niño vivaracho que ejerce de guía ocasional de las ruinas del gran edificio austrohúngaro sede de la Biblioteca Nacional de Bosnia-Herzegovina, que el ejército serbobosnio redujo a cenizas, como si destruyendo el

legado cultural musulmán se borrara el pasado; de los integrantes del Teatro de Guerra de Sarajevo, empeñados en representar una obra en la ciudad sitiada, sabedores de que los espectadores tendrán que arriesgar la vida para acudir a la representación y seguirán exponiéndose a perderla, junto con los actores, mientras ésta se desarrolle. Consideran que 'hacer teatro en estos momentos es una obligación moral, una necesidad vital. La gente está muriendo por los bombardeos, no tiene que comer. Dos actores han sufrido en su carne la violencia de los morteros y el técnico de luces ha muerto. ¿Cómo hacer una representación después de todo eso? Esto nos obliga a tomar una decisión frente al horror. Y nuestra decisión es hacer teatro'.

Una noche, un viejo musulmán con el que habla de Elias Canetti, le pide a Alfonso Armada que no los olvide, que cuente al mundo lo que ocurre. Le confiesa que no puede entender cómo Europa puede consentir lo que ocurre con el pueblo bosnio, una extrañeza y una indignación que comparte con el escritor español Juan Goytisolo y con Susan Sontag, dos intelectuales de Occidente que han decidido conocer de primera mano la experiencia de los sitiados y acompañarlos, siquiera un rato, y a los que el reportero Armada entrevista en Sarajevo.

'Creo que la historia nos enseña continuamente, lo que pasa es que la gente no quiere escuchar', le dice Susan Sontag, quien sostiene que 'el siglo XX empezó en Sarajevo y que el siglo XXI también comienza aquí', un aserto que en 1993 pudiera parecer peregrino pero que a la luz de los acontecimientos posteriores se revela certero: la guerra de Bosnia tuvo como motor o excusa los nacionalismos, las etnias, las religiones, al igual que los conflictos que proliferan en nuestro joven siglo.

Las investigaciones recientes de biólogos y antropólogos indican que el hombre no sólo desciende del mono, sino que se diferencia muy poco de los simios, pero si algo nos distingue de los animales (una distinción que en un escenario de guerra casi se borra) es la

memoria. Estos *Diarios* de Alfonso Armada constituyen un testimonio impagable del último conflicto bélico de Bosnia. Están escritos con tanta verdad e inmediatez, con tanta habilidad, que al leerlos se tiene la impresión de estar allí, en Sarajevo, bajo las bombas, con los sitiados, y uno se indigna y emociona y conmueve y se pregunta, al igual que su autor, cómo podía Europa permitir que en una ciudad europea hubiera francotiradores 'disparando sobre todo aquél —anciano, niño, mujer, soldado, civil— que se atreva a moverse por la calle', y que desde el abrigo de las colinas, un ejército europeo lanzara bombas sobre una ciudad sin capacidad de defenderse, 'sobre colas del pan, sobre gente que compra pacíficamente flores un domingo por la mañana'. Europa parece haberlo olvidado o ha elegido olvidarlo, porque la mala conciencia es incómoda: en el año 2012 la Unión Europea aceptó, sin ningún escrúpulo y aplaudiéndose a sí misma, el premio Nobel de la Paz, por haber pasado de ser un continente de guerra a un continente de paz, tras la Segunda Guerra Mundial. ¿Y la guerra de Bosnia? ¿Y las 100.000 personas muertas durante el conflicto, la mayoría civiles, las 50.000 mujeres violadas, los millones de desplazados? ¿No cuentan? ¿Acaso Bosnia no es Europa? Contra el olvido, la memoria, por eso libros como esta extraordinaria crónica de Alfonso Armada son tan necesarios.

Clara Usón es novelista, autora de *La hija del Este*

Primer cuaderno

Madrid, viernes, 14 de agosto, 1992

Ni rastro de la agonía de los corredores que dan vueltas al lago de Central Park. ¿Pero dónde queda la noche de Nueva York? Llegué hace cinco días a mi escritorio barnizado por el polvo y no he querido tener tiempo de sentarme a escribir la distancia que va de una orilla del mar a otra. Los itinerarios, el mapa de Estados Unidos, todos los libros que espero, el que era y el que, desafortunadamente, sigo siendo. Tenía una carta espléndida esperándome como un puñetazo en la boca del estómago. Hay amigas certeras y esporádicas, de ésas que uno conoce para el deseo, que luego se revelan como unas púgiles despiadadas. La verdad me deja desnudo ante el espejo de mi cuarto, blindado de cuadernos y de libros, de la contaminación del mundo exterior. ¿Hasta cuándo? En Yugoslavia la realidad se cobra cada día su cuota de sangre. Allí voy con mi pequeño destino a cuestas. Entonces sí sabré lo que es el miedo. Con I. me crucé inadvertidamente en Barajas, en los caminos paralelos que los aeropuertos trazan entre las vidas. ¿Es amor? Ojalá fuera algo real, no tantas cartas, tantas trincheras de tinta china como se pueden encontrar en este mismo cuarto aparentemente a salvo del sol y de los francotiradores.

Zagreb, domingo, 16 de agosto

Aparentemente a salvo. Mi pasaje es de ida y vuelta. Pero también eso no es más que pura apariencia: depende de que mi cuerpo vuelva. Aún no estoy lo suficientemente endurecido, y me creo afortunado por ello. He traído conmigo mis ojos de ver y mis oídos de escuchar. He traído conmigo muy pocos recuerdos, es cierto,

aunque la memoria ocupa por sí sola varios tendederos de ropa, varios taxis antiguos, varios comedores en penumbra, varias tinajas de agua con añil. ¿Es la guerra aquí? Todavía no, no en Zagreb, donde el domingo es como cualquier otro domingo en otra parte. Pero vi rostros llenos de desconfianza en el aeropuerto de Fráncfort, y aviones militares de carga en el aeropuerto de Zagreb. No he visto mucho para contar, para contarlo como si me fuera la vida en ello.

Slavonski Brod, martes, 18 de agosto

Desde la mañana en la pensión Kangoroo, en las afueras de Slavonski Brod, se oye el estruendo de las bombas que caen sobre el centro del pueblo. En plena noche, mientras intentaba conciliar el sueño contra una cortina de grillos, se escuchaba el esporádico estallido de alguna bomba. Una mujer limpia la ventana de su casa mientras suena la sirena que advierte de una próxima incursión aérea. La música de la radio de la pensión Kangoroo se interrumpe para dar paso al último parte de guerra de Slavonski Brod. Las descargas son ahora más nítidas y contundentes. La visita a los lugares más afectados por las bombas, en el centro de Slavonski Brod. Aquí la guerra es especialmente cruel y absurda. Los aviones acaban de dejar un regalo envenenado a dos kilómetros. Las columnas de humo denso suben desde el centro, pero parece más polvo que humo. Pronto se disuelve. Así ocurre con frecuencia en los objetivos civiles. Toda una ciudad convertida en objetivo militar, sin defensas y sin mucha capacidad de réplica. Todo es especialmente extraño. Esta mañana asistimos a la partida de cien niños con dirección a España. Madres, padres, milicianos afeitándose en la calle, algunas lágrimas más o menos furtivas. Pero la mayoría parecía feliz de alejarse de aquí: los padres, de que los niños fueran puestos a salvo; los niños, de dejar de escuchar día tras día —llevan así dos meses— el estruendo de las bombas. Mientras, en Zagreb, a casi 200 kilómetros, nada indica que haya guerra. La vida sigue

plácida, olvidada de lugares como este Slavonski Brod, donde no se combate, sólo se recibe pasivamente la lluvia de bombas que llega desde la otra orilla del río Sava.

Un buen día para la guerra en Slavonski Brod

La noche es espléndida en Slavonski Brod. Una luna casi llena sobre la ciudad dormida. Han callado los cañones, pero calles y casas están a oscuras. Mejor no ofrecer blancos fáciles a la artillería enemiga. Por eso escribo a la luz de una vela. Los clientes beben en una barra a oscuras. El martes fue una jornada especialmente movida, con más de 250 proyectiles que cayeron sobre la ciudad matando a siete personas e hiriendo a 25. Lo fue también el lunes, cuando el bombardeo empezó a las cuatro de la madrugada. Por la tarde, cuando llegó una comitiva de la Comunidad Europea, el sonido de las bombas se escuchaba limpiamente.

Slavonski Brod no se defiende. Soporta estoicamente el bombardeo de las fuerzas serbias emboscadas en las colinas que rodean la otra orilla del río Sava, allí donde Slavonski Brod se llama Bosanski Brod. Jozo Meter, el alcalde, un hombre bien parecido, de ojos claros, sí habla: '¿Cuándo van a hacer algo las potencias contra esos fascistas que disparan desde el otro lado?'. Meter es un edil muy popular en Slavonski Brod. Se hizo con la alcaldía contando con el 80% de respaldo ciudadano. El lunes recibió a los enviados de la Comunidad Europea que habían llegado a Slavonski Brod, una ciudad situada a 200 kilómetros al este de Zagreb, para recoger a 100 niños y llevárselos a pasar como mínimo 30 días lejos de aquí. En la comitiva comunitaria viajaba un senador belga, Philippe Mahoux, quien anunció que había llegado a un acuerdo con el alcalde de la ciudad para proceder el próximo sábado a la evacuación hacia Bélgica de otros 80 niños de Slavonski Brod.

'Los serbios no parecen seguir ningún sistema. Bombardean a cualquier hora, sin ninguna secuencia, sin ningún aviso previo'. Quien así habla es un militar holandés, enlace comunitario que lleva

una semana viviendo en Slavonski Brod y que prefiere mantener su identidad en la sombra. 'Parece como si lo único que pretendieran es hacer el mayor daño posible. Disparan sus cañones de improviso, cuando los ciudadanos están apenas terminando de barrer los cristales rotos por el último ataque, cuando la gente se ha confiado y ha vuelto a la calle. Es lo peor de esta guerra, que no parece seguir objetivos militares. Hay una crueldad pura, despiadada'.

El puente que une los dos Brod (Slavonski y Bosanski, ambos croatas), también ha sufrido ataques de la aviación serbia. 'Algunos aseguran que los aviones no eran serbios, aunque los pilotos hablaban una lengua eslava —dice un militar belga, miembro también de la misión comunitaria—. Pero no parecían muy interesados en reducirlo a escombros, sólo en amedrentar. A fin de cuentas, el puente es el mejor camino para evacuar a los bosnios y a los croatas que los serbios quieren empujar al otro lado del río'. Slavonski Brod es, tras el alto el fuego logrado en Dubrovnik, el único punto de Croacia en el que sigue habiendo guerra, aunque no se combate. La ciudad no tiene tropas y no puede responder con fuego al fuego que llega desde el otro lado del río.

El viernes murió una chica de 18 años que había vuelto a Slavonski Brod para asistir al entierro de su madre, también muerta por una bomba. Hace una semana dos personas murieron alcanzadas en su propia casa. En medio de la dulce temperatura de agosto las bombas sobre Slavonski Brod tienen una carga aún más irreal. Pero matan.

La población intenta vivir como si la guerra no existiera, pero de las 16.000 personas que trabajaban en la fábrica de maquinaria sólo 500 siguen acudiendo a diario. Muchos han huido a zonas más seguras. Otros no tienen a donde ir o no quieren irse.

Los fines de semana la ciudad se vuelve un lugar fantasmal, con las familias refugiadas en las colinas de este lado del río. Pero ni siquiera entonces hay un avance de las tropas serbias emboscadas.

Siguen allí, a salvo en la espesura, enviando sus letales mensajes con una paciencia infinita.

Desde Zagreb, el camino más corto hasta Slavonski Brod es por la autopista que unía la capital de Croacia con Belgrado. Hay un tramo más allá de Slavonski Brod que nunca se terminó como tal autopista y no parece que ni serbios ni croatas vayan a poner mucho empeño en terminarla. Cuando la guerra acabe.

Era la autopista a Europa, la que los turistas alemanes seguían para llegar a Zagreb, para bajar al mar Adriático y mojarse los pies. Ahora es un espejismo, la autopista más solitaria del mundo, con policías croatas apostados a la entrada y a la salida y destacamentos de soldados con el casco azul, arrancados de su medio y depositados en el corazón de la Krajina croata para vigilar que nadie se aventure: el primer control es de jordanos, el segundo de canadienses, el tercero de nepalíes. Son los nuevos encargados del peaje. Soldados de Naciones Unidas vigilando la tierra quemada que la guerra ha dejado a su paso.

A ambos lados, esqueletos de edificios, gasolineras convertidas en coladores. Las fuerzas de Naciones Unidas han cubierto parte de los cráteres que las bombas habían dibujado en el asfalto, pero el conductor italiano de la furgoneta comunitaria tiene que andar ojo avizor para no caer en los que quedan.

Hasta los pájaros parecen no saber a qué atenerse aquí. Acostumbrados a volar libremente sobre los cuatro carriles, desafían al blanco convoy de la Comunidad Europea y se estrellan contra el parabrisas. Los puestos de peaje han sido perforados por una infantería especialmente manirrota, y los rótulos a la orilla del camino contribuyen con su propia dosis de absurdo: 320 kilómetros a Sarajevo, Market Exclusive, Belgrado. Una verdadera autopista a ninguna parte, salvo a Slavonski Brod.

Zagreb, jueves, 20 de agosto

He vuelto a perderme en medio de los acontecimientos de la vida. Aquí, en la capital de un país reciente, en un hotel austrohúngaro, me pregunto hasta por los motivos de ser periodista: esta tensión y premura de cada día por contar algo que no sea evidente a los ojos de los otros. Y contarlo pronto, y que en Madrid sea bien recibido, publicado, leído por lectores a los que nunca voy a conocer y que emitirán su juicio como quien corta el pan con una daga. Estoy mucho más perdido aquí que en Nueva York, a pesar de tener que resumir la existencia en 30, 60, 90, 120 líneas. O tal vez por eso, precisamente por eso. Una bomba que cae a doscientos metros puede caer a doscientos milímetros. Lo importante es contar luego las impresiones del combate como si el corazón latiera a las mismas revoluciones que las ametralladoras, o como si la piel que soporta la fiereza del sol fuera la piel de un refugiado bosnio en el palacio de deportes de Karlovac. Hay aquí una ambición legítima y otra ilegítima, deseo de internarse en la línea del frente, indagar sobre la profundidad de las trincheras y la bestialidad de los combatientes. Ni soy un soldado ni sé lo que soy. Persigo sombras como una mosca hambrienta de carne y mierda humana. Esto era Yugoslavia. Yo no sé quién soy. Perdido en Zagreb duermo en medio de un aliento azul, turbio, como si esperara algo en mitad del día. Tal vez no supe verlo en mitad de la noche a escasos metros del frente, en Slavonski Brod, mientras sonaban cañonazos sordos, la luna bailaba sobre los penachos del maíz y una vaca gemía quedamente en la habitación contigua.

Alemania, El Dorado de los bosnios

Una densa humareda coronaba el horizonte a las afueras de Karlovac, una ciudad croata a 40 kilómetros de la capital, Zagreb, y a sólo tres de la línea del frente. El mando del ejército croata en la ciudad, que todavía exhibe sacos terreros a la entrada de los edificios oficiales, impactos de todos los calibres en las fachadas y

cristales rotos, denunció el miércoles violaciones del alto el fuego por parte de la milicia serbia. En Karlovac, 900 refugiados bosnios arrancados de su tierra natal, como Cvitkusic Andjia o Custic Mehmed, esperan que alguien los lleve a Alemania pa- ra emprender una nueva vida. Se- gún declaró Mate Granic, viceprimer ministro croata, en Croacia hay 700.000 refugiados procedentes de Bosnia-Herzegovina. Treinta y ocho grados a la sombra. Ni una nube en el cielo de Karlovac. El palacio de los deportes todavía exhibe en el muro del aparcamiento un gran rótulo en letras azules: *Universiada 87*. En el suelo, sobre una hilera de colchonetas sucias de gomaespuma y mantas deshilachadas, varias familias ocupan los pasillos, buena parte de las gradas y el parqué donde se jugaba al baloncesto.

De la mezquita y del pueblo bosnio de Kozarac ya no queda casi nada, sólo las casas de los serbios. 'Todo ha quedado destruido. No espero volver nunca a mi hogar mientras haya serbios viviendo allí. Prefiero irme a Alemania'. Custic Mehmed, de 62 años, leñador y carpintero, lo perdió todo. Su mujer murió en la guerra. Y cree que sus tres hijos están ahora en un campo de concentración.

La mayoría de los refugiados huyó con lo puesto. Ahora reciben un plato de comida al día, aunque algunas mujeres se quejan de que llevan tres semanas comiendo frío y cuatro con sólo pan y leche con cacao. Cifran todas sus esperanzas en un país europeo, y Alemania está en los sueños de casi todos.

En teoría, no tienen permiso para abandonar el local, pero los jóvenes se mezclan con los milicianos que ocupan el cercano hotel Korana, un edificio estilo *desarrollo socialista y solidaridad entre los pueblos*, con impactos a modo de condecoraciones en la fachada, y con habitantes de Karlovac que se refrescan del calor de agosto en las aguas del río Korana.

Dos prisioneros de guerra serbios, con las letras RZ cosidas a la espalda, barren la entrada del hotel Korana. Los bosnios, a escasos

100 metros de donde barren los prisioneros, no muestran más que resignación.

Adim tiene 13 años, un bigote incipiente y los ojos claros. Es de Bosanksi Novi y sólo quiere que lo lleven a otro país donde haya agua y comida. Cuando se le pregunta qué siente por los serbios, sólo dice, con voz casi inaudible: 'Mataron a mis abuelos en la guerra'. Otra mujer, rubia, de ojos azules, no puede contener la rabia. 'A mi marido lo mataron por defender a su país. No quiero vivir allí —asegura señalando vagamente un lugar al sur—. Quiero un país como Alemania, donde haya agua y comida'.

Cvitkusic Andja, de 39 años, tiene dos hijos en el palacio de los deportes de Karlovac, y otro de 21 años luchando con su padre en Bosnia. 'Durante 15 años estuvimos trabajando en Alemania. Cuando volvimos a nuestro pueblo en Bosnia, Bosanska Posavina, empezó la guerra. Nos robaron todo e incendiaron la casa'.

Otra mujer, morena, de ojos vivos, asegura que en la mañana del martes la policía militar croata se llevó a 17 jóvenes. 'Movilizados. Eso es lo que dijeron. Ni siquiera les dejaron decidir. Se los llevaron camino de Split para volver al frente. Y esta mañana se llevaron a 400 mujeres a Gasinc [a cinco horas de Zagreb], a un campo de tiendas de campaña. Nosotros no queremos ir allí, preferimos esperar en Karlovac para irnos a Alemania, o a Holanda'.

Mientras tanto, en Zagreb la guerra parece algo muy lejano. Hay algunos refugiados bosnios alojados en la ciudad, pero su sombra queda desdibujada por el bullicio urbano. No hay impactos de bala ni sacos terreros. Ahora, 200 obreros se afanan en Ilica, una de las calles principales de la ciudad, tendiendo una nueva vía para el tranvía. Por la noche, los jóvenes abarrotan discotecas como Saloon.

Sábado, 22 de agosto

Todavía no llueve como sobre la tumba de la señora Slama, a la que tanto y tan secretamente amó el teniente Carl Joseph, el nieto del héroe de Solferino. ¿Por qué no habría de ser un ingenuo al pensar que amaré como todavía no he amado, que viviré como todavía no he vivido, que escribiré como todavía no he escrito? Tal vez todo esté decidido ya, y este tiempo detenido aquí en Zagreb no sea sino un tiempo que inconscientemente me ha sido concedido antes de morir… por ejemplo, en Sarajevo. No, todavía no llueve ni anochece en Zagreb como sobre la tumba de la señora Slama. Anochece implacablemente. Puedo escuchar desde mi habitación los tímidos timbrazos de los tranvías que se cruzan en la calle. Pero ya no me asomo a la ventana como cuando tenía diez años menos. Ahora todo es más irreparable. Incluso si sobrevivo a esta guerra y a su relato. Es pronto, sé que es pronto y que necesito tiempo para *desmontar mis cerrojos* y *poner mis papeles* en orden. Sigo sin saber muy bien quién soy ni qué pretendo, pero eso no es importante ni a nadie le importa. Me importa tener una pequeña mesa y una lámpara, aprender de Henry Roth (¡Qué extrañas carambolas las de los nombres; me acuerdo de Henry Roth mientras leo a Joseph Roth!). Ahora volveré a cerrar, como tantas otras noches, este mismo cuaderno, este mismo santuario de la mezquindad, el egoísmo, las verdades a medias, la ambición, la culpa y algunas observaciones sobre el paisaje y las mujeres. Nada fuera de lo común. Escribo —eso creía— para salvar algo de tiempo, una pastilla dulce que llevarse a la memoria. Pero ni siquiera eso. Ni siquiera eso es lo que cavo y lo que clavo aquí.

Lunes, 24 de agosto

El miedo de los otros oculta mi propio miedo. Un control de carreteras serbio entre Banja Luka y Bosanski Gradinska puede convertirse en una barrera infranqueable. Ser periodista es a veces como vestirse de diana. Tiro al blanco del que viene a meter las narices en el caldo del terror. Frente a la seguridad y a la obscenidad con que los milicianos exhiben sus armas, el temor y las palabras de

los musulmanes bosnios. Uno puede disfrazarse de víctima, pero es más difícil ocultar el poder, la zafiedad, la violencia. Las casas acribilladas, bombardeadas, renegridas, son un lamento a lo largo del camino que atraviesa la autoproclamada República Serbia de Bosnia-Herzegovina. Pero el tiempo se detiene cuando un miliciano gordo y malencarado se empeña en aplastar la colilla de su autoridad sobre la nariz de los fisgones. No resulta nada reconfortante permanecer arrestado, durante casi tres horas, por una partida de milicianos serbios a los que sólo parece emocionar jugar a la guerra. Esperamos en el patio trasero de un bar de carretera incautado por la milicia. Un cerdo de grandes orejas refunfuña en la granja colindante, mientras una partida de pollos vuelve a casa en pos de su madre gallina. Mis compañeros —corresponsales de otras guerras y de otros ámbitos— parecen más inquietos que yo, que observo todo desde mi perplejidad y mi inocencia. Por la mañana me había visto tirado en la cuneta con un tiro en el vientre (llevaba puesta una camisa azul y el escupitajo rojo se volvía poco a poco escarlata). Pero aparté de mi cabeza esa imagen, aunque el *chetnik* que llevábamos a modo de escudo protector —no me pareció una buena idea: a fin de cuentas lo acercábamos al frente para luchar contra los musulmanes bosnios— me traía los peores presagios: su cargador parecía a punto de desparramar su letal contenido sobre sus muslos y los míos, y la cinta aislante amarilla con la que apuntalaba el arma no ofrecía más que desconfianza. Pero salimos del infierno antes de que se nos echara la noche encima. Será mucho peor en Sarajevo.

Banja Luka, el negocio del terror

El comandante serbio Milovan Milotinovic dice que los musulmanes de Banja Luka no tienen problemas. Pero los líderes de la comunidad musulmana esperan atemorizados en una casa, junto a la mezquita de piedra, la llegada de la comitiva de Tadeusz Mazowiecki, el ex primer ministro polaco encargado por la ONU de indagar sobre las violaciones de los derechos humanos en esta guerra. En Banja Luka, ciudad bajo el toque de queda entre las diez de la noche y las cinco

de la mañana, el terror se palpa. Una nueva técnica de *limpieza étnica* se está poniendo en práctica en la autoproclamada República Serbia de Bosnia-Herzegovina.

A Celinac, a 12 kilómetros de Banja Luka, en el noroeste de Bosnia, se llega por una carretera tranquila. No hay *heridas* de combate en las casas de campo que orillan la ruta. Es una zona controlada por las fuerzas serbias. El cargador de la metralleta del miliciano serbio que viaja en nuestro vehículo —un malencarado *chetnik* que hemos recogido en el camino a modo de dudoso salvoconducto— rebosa de brillantes balas de cobre a punto de derramarse sobre nuestros muslos. Pero el viaje termina abruptamente, después del primer cartel de Celinac, ante un puesto de control serbio. El papel firmado por el mayor de caballería Milovan Milotinovic no permite ir más allá. El miliciano sigue a pie, nosotros volvemos a Banja Luka. El mayor Milotinovic niega el permiso para visitar Celinac porque dice que hay peligrosas operaciones militares en la zona.

No se oyen disparos, no hay movimientos de tropas. Según el mayor Milotinovic, Celinac sufría feroces combates entre milicianos serbios y fundamentalistas islámicos apoyados por Teherán. En Celinac, por el contrario, según los representantes de la comunidad musulmana de Banja Luka, se están poniendo en práctica las nuevas técnicas de *limpieza étnica* de la República Serbia de Bosnia. 'Están encerrados 600 mujeres, niños y hombres en penosas condiciones en una escuela convertida en prisión', asegura uno de los miembros más destacados de la comunidad musulmana.

'En Mehovci y en Bastasi —añade— la expulsión de los ciudadanos musulmanes ya se ha completado, y en sus casas viven ahora refugiados serbios. Pero en la comarca de Banja Luka y la ciudad de Celinac se desarrollan nuevas formas de terror. El primer paso es poner a los musulmanes bajo arresto, mientras que a los serbios se les permite entrar y salir libremente. Únicamente los musulmanes que acceden a firmar un documento por el que entregan sus

propiedades al Estado reciben permiso para salir del territorio del municipio'.

El médico, de 58 años, que pronuncia estas palabras forma parte de la directiva de Mohamer, una asociación de ayuda a los musulmanes que sufren el acoso de las nuevas autoridades de la República Serbia de Bosnia-Herzegovina. Pide que su nombre no se publique para evitar represalias de las autoridades serbias. Sin embargo, sus afirmaciones son suscritas también por el imam de Banja Luka, Ibrahim Halilovic, así como por el resto de la directiva de Mohamer.

'El 80% de los trabajadores musulmanes ha perdido su trabajo. Desde el principio de la primavera [cuando empezó la guerra en Bosnia], muchas tiendas y pequeños negocios de musulmanes han sufrido atentados', prosigue. Hay multitud de casos. 'En la óptica de un musulmán bosnio, junto a mi casa, pusieron una bomba. Hace 12 días hubo otro atentado contra la casa de unos vecinos y, al día siguiente, en un restaurante. Todos los que han perdido la casa y aceptan entregar sus bienes a la nueva República Serbia tienen el campo libre para abandonar la ciudad. Lo mismo está sucediendo en Celinac o Sariski Most'.

La campaña de terror no termina ahí. 'Hace una semana, la policía arrestó en plena noche a un taxista de 35 años. Unos días después, su cadáver apareció en el río. Era musulmán. Y no es el único caso de visitas nocturnas por parte de policías o de fuerzas irregulares. Los musulmanes no tenemos protección: ni de la policía ni en la Cruz Roja ni en el hospital. Si eres musulmán y estás enfermo te ponen todos los impedimentos posibles para ser atendido en el hospital. Dicen que los combatientes serbios heridos tienen preferencia', subrayan los líderes de la comunidad islámica. Por otra parte, 'los jóvenes musulmanes son alistados en el ejército serbio bajo la amenaza de perder su trabajo, despedir a sus mujeres o perder la casa. También nos han dado nuevos documentos, porque dicen que éste es un nuevo país. No hace falta que ponga que somos musulmanes, por el nombre se sabe'.

No sólo los musulmanes sufren persecución. El obispo de Banja Luka, Franjo Komarica, escribió la semana pasada una carta al líder de la autonombrada República Serbia, Radovan Karadzic, en la que se denuncia que 150 católicos han sido asesinados en la feligresía de Banja Luka, 'la mayoría mujeres y niños', y que cuatro sacerdotes han sido internados en campos. 'Personas de uniforme actuaron de forma bestial' en Nova Topola, cerca de Banja Luka, se añade. El mayor Milovan Milotinovic explica a todo el que quiera oírle, y con todo lujo de detalles sobre el mapa, el curso de la *guerra defensiva* que las unidades serbias desarrollan en la orilla del río Sava contra las agresiones croatas. El mayor Milotinovic se queja de que la Comunidad Europea sólo reconozca al Gobierno de Sarajevo como legítimo representante de Bosnia-Herzegovina. 'El islam quiere extenderse a toda costa, predica la guerra santa', y muestra un trozo de papel escrito en árabe en el que, al parecer, se proclaman las bondades de 'morir en combate para tener acceso directo al paraíso'.

El mayor Milotinovic dice que la República Serbia de Bosnia —'que sólo recibe órdenes de su comandante supremo, Radovan Karadzic'— es un país como la República Serbia de Krajina (en Croacia) o como la propia Serbia. Su intención es formar una sola comunidad de pueblos serbios hermanos, 'una federación'. 'Todos los soldados que luchan aquí son serbios nacidos en la República', recalca.

'El armamento lo dejó aquí el Ejército yugoslavo', afirma.

Dice que sólo reciben de Belgrado ayuda humanitaria, pero para poder visitar esta República facilita un número de teléfono en la capital serbia. 'Es nuestra embajada allí'.

La ciudad de Banja Luka, un foco de resistencia antinazi en la Segunda Guerra Mundial de los partisanos de Tito contra la república títere croata de Ante Pavelic, sustentada por la Alemania de Hitler, es hoy una ciudad en armas y poco segura.

Jóvenes casi imberbes regresan de pasar la noche en las montañas con fusiles al hombro, sonrientes, como si volvieran de cazar patos.

En la comisaría de policía entra y sale una fauna atrabiliaria vestida de paisano o con una gama imposible de uniformes, portando un imponente arsenal de todos los calibres.

Pero son más inquietantes los controles que salpican las carreteras de la autoproclamada República. Cualquiera con armas tiene el poder de adueñarse de una vía y levantar una barrera sin más garantía que su estado de ánimo.

En los controles, montados por una caterva de soldados, policías, civiles y *chetniks*, con tablas, obstáculos antitanque, sacos terreros y cajas de munición, uno puede encontrarse con su última barrera. Sobre todo cuando el arbitrio de los aduaneros depende del aguardiente que lleven en el alma. El gatillo lo tienen entonces suave.

Liburnija, ferry entre Rijeka y Split, lunes, 24 de agosto

Apenas una llave de una cabina compartida con un británico al que conocí ayer y con el que supe, mientras esperábamos que unos desagradables serbios decidieran sobre nosotros, qué es el miedo. Pero cuando el miedo llega, intento mantener la cabeza fría, esperar tiempos mejores. Esta noche, a bordo de este transbordador que surca el Adriático, es un momento dulce para mí. Puedo asomarme a la amura de popa mientras la cerveza desdibuja los linderos de mi cabeza y seguir cada rosa del desierto que la espuma dibuja y deshace sólo para mí. No me gusta imaginarme muerto, pero acaso en este viaje esté aprendiendo —como predijo I., a quien tanto echo de menos en este barco— qué es el miedo. La muerte puede llegar aquí en cualquier momento, su sombra se cruza con la nuestra con

mayor frecuencia que en cualquier otro lugar donde estuvimos antes. ¿Qué se puede contra ella? La larga paciencia de esperar que nos dé la mano, el sueño de pensar que nuestra vida pueda seguir soñando que es real, posible, verdadera, que quedan aún transbordadores que abordar, labios que besar, páginas que escribir. Hacia Sarajevo, donde la muerte ha instalado un cuartel general. Allí acuden las moscas azules de los periodistas a contar lo que ven y lo que creen ver. Yo también llevo mis ojos puestos en la cara, y con ellos veo las cuatro grúas hermanas que nos despiden al salir de Rijeka, y las cuatro torres de Rab, y la gente que se queda hasta el final en el puerto, este barco que se aleja, quizá con restos de un corazón, quizá con el cadáver vivo de un amor, quizá con soldaditos recién hechos, dispuestos a morir —como los que cantan canciones fascistas en la cubierta de popa—. El mar a oscuras, ahora que he conseguido quedarme solo junto a una ventana desde la que casi no se puede ver el mar. Mi compañero duerme en la cabina común —no sé en qué litera, todavía no alcanzo a comprender su humor inglés —, pero yo quiero resistir: primero aquí, más tarde junto a las amuras, contemplando sobre todo la costa y el mar que se van quedando atrás, atrás, como la costa de Noruega, como Leningrado, como la estación de Kiev, como tantas otras costas y estaciones que he ido atesorando *como si me fuera la vida en ellas*. Ahora sé que sí, ahora sé lo que es el miedo, ahora que apenas he empezado a aprender las primeras lecciones de mi vida. ¿Dónde he estado hasta entonces, hasta esta misma noche entre el puerto de Rijeka y el puerto de Split? ¡Dios mío!

No hay mesas de billar ni luces rojas. Sólo el ruido sordo de los motores, la cubierta de viejos listones de madera, un circo de estrellas íntimas y silenciosas y un mar blando, de ésos que hacen espuma sin proponérselo. Aquí duermen dos hombres, envueltos en sacos, acostados en el suelo. Allí, otro mira las estrellas. Una mujer pasea a su niñito dormido. Dos mujeres hablan. Dos muchachas se cantan al oído. Un hombre escribe. Un anciano contempla el mar. Una mujer sola cruza las piernas y lee. Un grupo canta canciones tristes de Dalmacia. Dos periodistas hablan de la posibilidad de que

llegue la muerte. Un hombre fuma. Y el mismo barco, bajo un halo blanco, avanza entre las islas con la misma ceguera con que lo hace el destino. No hay mesas de billar ni luces rojas, pero alguien que tuviera amistad con las rodillas, que supiera convertir la sombra en luz y la luz en sombra, alguien apostado a popa, apoyado contra la barandilla, acaso acertara a dibujar todo lo que aquí se contiene, esta noche en el mar Adriático a orillas de un país que se llamaba Yugoslavia.

Martes, 25 de agosto

Escribo de espaldas a la marcha del buque, como si quisiera enganchar la mirada en cada milímetro de agua, cielo y tierra que van quedando atrás, derrotados por la inercia y el destino. ¿De quién partió la maldita idea de ir a Sarajevo? Hasta este mar tranquilo que baña las costas de Croacia no llega el resplandor y el estruendo de las bombas. Sólo algunos estúpidos milicianos cantan sus estúpidas canciones, como para darse ánimos antes de volver al estúpido combate. Pero eso fue ayer, hoy es hoy a pesar de todo, aunque no queramos que lo sea, aunque queramos clavar al *Liburnija* en este trozo de mar iluminado por el sol naciente (el que viene, pese a todo, de Sarajevo) hasta que la guerra termine. Yo también pensé, como Keith, que apura las últimas horas de sueño a mi espalda, que tal vez debería llevar conmigo una pistola, pero lo pensé para viajar a través de Estados Unidos, no para protegerme de los bandidos serbios —o bosnios, o croatas— que han decidido arrancarse la piel a tiras a este lado del paraíso. Es muy fácil e inútil decir que todos son igualmente culpables, porque no resuelve nada y además es injusto presentar a las víctimas como culpables de serlo y a los verdugos como incapaces de detener su negra ejecutoria. Mis convicciones se fundamentan en mi mirada, y van ganando terreno, una pequeña playa donde hace tiempo que la razón, los fundamentos morales en los que malamente levantamos nuestra tienda, ha desparecido por completo. Ni siquiera hay un pañuelo blanco que exhibir para cruzar entre dos fuegos, para salvar un río de sangre, para detenerse a contemplar el rostro de un muerto. Es martes en el mar Adriático. Nunca pude imaginar que mi primera visión de este mar antiguo y mítico iba a estar teñida por una pasión tan vieja como la guerra. Me acerco a Sarajevo sin saber siquiera cuáles son mis verdaderos sentimientos hacia I., aunque ahora, en esta cabina, mientras el *Liburnija* se asoma al puerto de Split, echo de menos mis brazos alrededor de su cuerpo y sus brazos alrededor de mi alma.

Kiseljak

No consigo entender qué es lo que ocurre en este país. En Kiseljak, a unos 30 kilómetros de Sarajevo, cenamos en un maravilloso restaurante junto a un río: una cena tan bien cocinada como barata. Entre el restaurante y el hotel, una gasolinera cerrada derrocha un arsenal de luz para iluminar un supuesto objetivo militar. Ahora escribo en un bar donde los jóvenes de la localidad beben, pelan la pava con sus novias y escuchan música. Cierto que en el arduo camino desde Split, por rutas de montaña recién abiertas, hemos superado más de dos decenas de controles croatas —controles croatas en territorio de Bosnia-Herzegovina, y banderas croatas por toda la República—, pero en esta ciudad tan cerca de la línea del frente, que sitia la ciudad de Sarajevo, nada, y menos la dulzura de la noche estrellada, hace pesar que la guerra —una guerra especialmente enconada y cruel— se libra tan cerca de aquí. Paseando por la ciudad después del anochecer se escuchan a lo lejos estampidos de cañones. Tal vez estén bombardeando Sarajevo, pero eso no interrumpe las conversaciones, no altera el paseo de los enamorados, no apaga las luces de las casas ni las canciones de las radios. Cierto que en el restaurante donde cenamos la radio bosnia emitía en croata noticias del conflicto, pero era un ingrediente más que sumar al flujo del río, la ropa elegante de una mujer, la excelencia de la cena, la cerveza alemana y un partido de tenis que se disputaba frente al hotel en una pista iluminada como una patena. Mañana voy a meterme con mis compañeros de viaje en la boca del lobo. No he pensado mucho en ello. El miedo puede ser una tenaza temible para la inteligencia. Pongo toda la cautela que puedo en todo lo que hago, y pienso en I., en que me gustaría recorrer este país con ella, compartir una cabina en el *Liburnija* entre Rijeka y Split, o entre Split y Dubrovnik, y pienso en sus brazos y en lo que aún no existe y en lo que temo que exista. La muerte está ahí, más cerca, como un ingrediente más de la vida: la daga que puede suspenderlo todo, las ilusiones, los proyectos, los libros, el teatro, el deseo, las mezquindades, las cartas pendientes, los libros

por llegar de Estados Unidos, la vejez de mis padres, la melancolía, el futuro, lo que he ido atesorando en la memoria, el amor de I., los labios de C., mis amigos, el miedo a vivir.

Sarajevo, miércoles, 26 de agosto

Podrían ser fuegos artificiales, deberían serlo. Pero son bombas. Esta noche no hay muchas explosiones. Acaso no será difícil conciliar el sueño. Ha sido un día largo, desde las siete de la mañana en Kiseljak, mientras esperábamos el convoy de Naciones Unidas y todos y cada uno en el grupo de periodistas tratábamos de disimular el miedo que sentíamos, hasta esta habitación del hotel en Sarajevo: la 426 en el Holiday Inn, un edificio no demasiado tocado por los francotiradores, los morteros y los cañones. Pasamos sin novedad el último control croata y el primero serbio, no el segundo, donde retuvieron largamente a Zlatko, un periodista croata de la televisión de Sarajevo que regresaba a la ciudad sitiada. Esperamos al compañero y perdimos la cola del convoy, nuestro salvoconducto. Seguimos a Zlatko por caminos vecinales, hasta la mismísima línea serbia del frente: los *chetniks* nos observaban desde sus casamatas camufladas. El último control serbio se reveló más intrincado de lo previsto, pero al final hasta nos pusieron escolta: un coche blanco con un miliciano serbio que nos llevó, tras cruzar un puente, hasta las líneas croatas, donde desayunaban plácidamente a la sombra de un árbol. Ni rastro de las líneas bosnias. Por caminos entre casas de campo y jardincillos, lugares aparentemente no tocados por la guerra, llegamos a las afueras de la ciudad: una autopista bloqueada con camiones semidestruidos, esqueletos de edificios, chatarra y un trecho peligroso que había que cubrir a toda velocidad para salvarse de los francotiradores. Llegamos sin novedad al puesto de control bosnio, de allí al edificio de la televisión, con terribles impactos en toda la fachada. Allí conocí a una parte de la fauna de la televisión internacional, que prácticamente vive en el edificio. Escribí mi primera crónica y conseguí transmitirla a través de un teléfono vía satélite, tras discutir con Madrid acerca del supuesto precio excesivo

de utilizar los servicios de la agencia France-Presse. Pequeñas mezquindades, cuando uno viene a jugarse el pellejo en Sarajevo. Con la noche cerrada, la ciudad sin una luz, volví a este hotel con el equipo de Televisión Española: escuchamos un disparo. Dos kilómetros más allá, un camión ardía. Pero llegamos sin novedad. El fuego artillero era mínimo. Ahora se escuchan estampidos, más cercanos que en Kiseljak, pero no en la carcasa del hotel. Comparto habitación con mi guapo y algo estúpido británico y sigo con mi miedo casi intacto. Ya habrá ocasión de gastarlo aquí, en esta ciudad que ayer sufrió uno de los mayores bombardeos desde que empezó la guerra y que hoy parece dispuesta a que en mi primera noche de Sarajevo pueda conciliar el sueño.

Jueves, 27 de agosto

Parece que están golpeando con martillos neumáticos el vientre del hotel. Cada bomba resuena en todo el edificio como la caja de resonancia de nuestro miedo. Acaba de estallar un tremendo morterazo a escasos metros del hotel. ¿Qué podemos hacer? ¿Bajar al sótano, dormir en el pasillo, poner la almohada en la bañera, ocultarse bajo las sábanas, volver a rezar? La lotería es aquí un juego invertido. Así lo escribí en mi crónica del día: crónica de la destrucción y del desastre, crónica del sufrimiento. Nadie está a salvo en esta ciudad. Ni siquiera este hotel donde los periodistas y el personal tratan de conciliar el sueño, de no pensar en la muerte o el dolor. Se escuchan balas rasgando el aire ahí fuera, trazos en la oscuridad, como si alguien estuviese celebrando una fiesta por todo lo alto.

Sarajevo, cosecha de polvo y muerte

Nadie declara en la capital de Bosnia-Herzegovina ni una pizca de esperanza sobre lo que se pueda decidir en la Conferencia de Londres sobre el cadáver de Yugoslavia. Tras el chaparrón de hierro y fuego que martirizó Sarajevo durante la noche del martes y la

madrugada del miércoles vino la calma: el jueves transcurrió tranquilo. Tranquilo en Sarajevo significa unas 300 bombas, 15 muertos, otros tantos heridos y la constante cantinela de los francotiradores. Tranquilo significa que la explosión de un proyectil de mortero mata al menos a nueve civiles mientras aguardan el autobús en uno de los distritos modernos de la ciudad.

Los francotiradores suelen madrugar. A las seis de la mañana ya están tirando a todo lo que se mueve. Luego suelen hacer un alto para comer y acaso echar la siesta, y en cuanto las sombras empiezan a tejerse sobre Sarajevo vuelta a la tarea. Entonces se les suman los emboscados en las colinas, con todo tipo de ametralladoras, morteros y cañones. No hay ninguna certeza con respecto al horario de trabajo de los carniceros. Cualquier momento es bueno para aniquilar a alguien, para desmochar un edificio o reventar un tejado. A los combatientes serbios emboscados les gusta improvisar, sorprender a los ciudadanos cuando se les ocurre imaginar que hay una tregua en el aire. En Sarajevo todas las calles que dan a las colinas hay que cruzarlas a la carrera, so pena de ofrecer un magnífico blanco a los tiradores serbios. 'Me siento como un patito del tiro al blanco', dice Ferid Advegobic. No es de extrañar que Radivojev, un humorista local, asegure que Sarajevo ha vuelto a convertirse en ciudad olímpica: 'Todos los ciudadanos se pasan el día corriendo'. Quince muertos, quince heridos. Un día tranquilo en la capital bosnia. La costumbre de la muerte provoca malentendidos, pero caminar por la calle del Mariscal Tito, una avenida que atraviesa la ciudad de parte a parte en paralelo al río Miljacka, es un perfecto paseo por la destrucción. Prácticamente no hay casa ni edificio que no haya recibido un impacto.

El rostro de Josip Broz Tito preside cuarteles, tiendas, despachos. Alma Darzok no tiene reparo en afirmar que siente nostalgia del dictador, aunque no le gustara ni el partido único ni el comunismo. 'Tito hizo la elección adecuada en el momento adecuado, e impidió que los nacionalistas serbios exterminaran al resto de la población, como están intentado hacer ahora'.

Alma se siente bosnia de los pies a la cabeza, aunque se declara ciudadana del mundo. Pero la guerra la ha obligado a tomar partido. Los mismos musulmanes de Bosnia eran unos musulmanes atípicos, liberales, poco religiosos. Parte de la élite cultural de la antigua Yugoslavia estaba en esta república.

Era también un modelo de convivencia interétnica. No es de extrañar que, pese a la propaganda de Belgrado, en las filas bosnias combatan juntos contra el cerco serbio musulmanes, croatas y judíos.

Otra paradoja de esta guerra difícil de entender. Pero los habitantes de Sarajevo demuestran una dignidad admirable en medio de la muerte que los circunda. Obligados a pasar las noches en los sótanos de las viviendas, sin agua y con graves problemas para obtenerla y sin luz en la mayoría de los barrios. Por la mañana barren las aceras, recogen los escombros, los cristales, los ladrillos, las estatuas hechas añicos. Cosecha de polvo y muerte. Se arreglan, se lavan la cabeza, se maquillan. Es como si una tenacidad interior les llevara a presentar a la penuria su mejor cara, aunque casi nadie sonríe.

Lo absurdo se convierte así en moneda de curso legal. Uno ve a la gente atravesar una calle al trote. Se advierte un cartel que dice: 'Cuidado, francotiradores'. Es fácil encontrar balas y trozos de metralla en la calle y fragmentos de billetes de la antigua Yugoslavia, antiguos dinares, que han perdido súbitamente su valor. La gente ha tenido que hacer colas en los bancos para cambiar viejos billetes por los nuevos. Peligrosas colas hasta para comprar pan, que a veces son blanco de los morteros o de los cañones que disparan a ciegas sobre el centro de la ciudad. La ciudad recibe una lluvia de muerte con un pánico secreto. El pánico que cada habitante lleva incrustado en su corazón como un trozo de metralla y le va comiendo la moral noche tras noche. Los disparos de los francotiradores apuntan a todo lo que se mueve. Dentro de esa sensación de irrealidad no es raro encontrarse en la recepción de un hotel con dos jóvenes que entran

con la lengua fuera. '¿Por qué corréis?'. 'Porque nos estaban disparando en la calle'.

Por la noche, la ciudad desaparece. Ni una luz desde que el sol se oculta. Sólo algún coche extraviado se abre paso por las calles como una luciérnaga entre los edificios apagados. Suena un disparo. Un mortero. La granada describe su curva y estalla sobre un camión. Los conductores avezados son tan cotizados como la gasolina, saben qué tramos hay que evitar a toda costa, cuándo hay que abandonar la calle y meterse en un refugio, cuándo hay que apagar las luces, cuándo hay que acelerar, cuándo hay que rezar. Pero a menudo todas las precauciones son inútiles. En Sarajevo, la lotería es un juego invertido: a quien le toca pierde la partida. Todos los días hay nuevas bajas. Y la suerte no se compra en ningún sitio.

Viernes, 28 de agosto

No sé si la muerte me rondó o me ronda incluso en el interior de mi cuarto. La luz es tenue, he puesto el colchón de Keith contra la ventana —él huyó esta mañana de esta pobre ciudad maldita— y la única lámpara que da luz está en el suelo medio cubierta por una manta. Un espejo y una mesa. La ventana no existe. En Lisboa, la primera vez a solas, decía que la ventana daba al mar y me mataba. En Sarajevo da a un edificio incendiado, a los francotiradores y al río. Pero la noche está sospechosamente tranquila.

Yo pensaba que iba a pasar más miedo, y puede que lo acabe pasando. Y ni siquiera sé si me rondó la muerte o no, a pesar de que le dispararon a nuestro coche balas y granadas y de que el edificio de la Defensa Territorial Bosnia, donde escribía mi artículo sobre el hotel Delminium, del barrio de Stup, fue atacado con proyectiles de 125 milímetros. Se fueron acercando lentamente, metro a metro, hasta que dieron a los pies del edificio. Los periodistas británicos y estadounidenses se echaron al suelo. Mi compañero de *La Vanguardia*, Plàcid, y yo nos lo tomamos con más calma y bajamos

al refugio (una profunda gruta con maniquíes apilados) con poco entusiasmo. Haris Basic, nuestro chófer, me dijo que no tenía miedo, que no me encogía sobre mí mismo cuando dispararon los francotiradores contra el coche. Tampoco tenía mucho sitio donde guarecerme. Pero, sobre todo, durante apenas un instante, pensé que si había llegado mi hora no podría hacer nada contra ello. ¿Cuánto tiempo se puede tentar a la suerte?

De la Defensa Territorial nos recogió Miko, que hizo una carrera enloquecida por calles desoladas. Su manera de conducir era casi más peligrosa que los francotiradores serbobosnios o que la posible trayectoria de los morteros. Volvimos a dejar el hotel a la hora ardua del atardecer, cuando todo el mundo se recoge. Y fue otra carrera desenfrenada, pero el cumpleaños de Haris Basic lo merecía. El propio Hasis Basic nos llevó de vuelta antes de que entrara en vigor el toque de queda. Y fue un viaje de precisión, un dibujo hecho con las luces apagadas sobre una pizarra terrorífica. Nos dejó en la parte trasera del hotel —la más segura— y nos encontramos con la puerta cerrada. Todo es sombra en la noche de Sarajevo, por eso los vehículos huyen como alma que lleva el diablo, porque son una tentación para los francotiradores. Dimos la vuelta al edificio hasta dar con la fachada principal, la más peligrosa, y entramos en el enorme hall gracias a los cristales reventados por las bombas.

No sé si la muerte me rondó este viernes, mi tercera jornada en Sarajevo. Pero esta ciudad y esta vida desquiciada que viven aquí no me la podré quitar nunca de la cabeza. Sarajevo es parte de mi más verdadera vida.

Fiesta de cumpleaños en Sarajevo

No es fácil salir de copas en Sarajevo. No hay bares abiertos, no hay casi nada que beber. Hasta el agua mineral empieza a ser un bien escaso. Si uno no tiene vehículo propio, mejor que desista. Por lo menos de noche. No hay alumbrado eléctrico, no hay transporte público, no hay luz en ninguna casa. No hay nadie por la calle. A

pesar de que en la ciudad todavía viven más de 300.000 personas. Ni siquiera el viernes por la noche, cuando en cualquier ciudad del mundo la gente tiene la vulgar costumbre de ir al cine, salir a cenar, tomar una copa, bailar. No en Sarajevo. Porque no vale la pena jugarse la vida por ello. A menos que Haris Basic cumpla años. Entonces sí vale la pena subirse al coche de un conductor avezado como él, y emprender una carrera enloquecida al atardecer por calles desiertas, escombros en las aceras, edificios humeantes y ciudadanos que huyen despavoridos.

Haris Basic cumplió 42 años el viernes. Haris es bosnio, musulmán, miembro de la Defensa Territorial y nuestro chófer. Basic sabe que cada uno tiene su hora escrita en el libro del destino. Pero no conviene descuidarse, porque los tiros, las granadas o los obuses pueden llegar de cualquier parte. Haris sabe en qué calles tiene que acelerar, en cuáles conviene ir haciendo eses, en cuáles no hay peligro. Pero son pocos los lugares donde estar a salvo en Sarajevo

Haris Basic es muy hábil cambiando las placas de su matrícula para pasar del lado bosnio-croata al lado serbio, y viceversa. Nuestro chófer tiene a su familia —su mujer y una hija de seis meses, 'nacida poco antes de que empezara todo'— en Bolonia, y acaso eso le permite vivir con un peso menos en los hombros. No les ocurre lo mismo a Korda Mesar, carpintero de 30 años; ni a Gino Masnio, 'carterista', dice, y soldado, de 35 años; ni a Cupo Puric, camillero, de 30 años; ni a Zio Mujezinovic, policía, de 33 años. Todos tienen a su familia en Sarajevo, mujer e hijos, 'y los niños están trastornados. Todo el tiempo encerrados en casa, oyendo caer las bombas día tras día y noche tras noche'.

Korda, Gino, Cupo y Zio son amigos de Haris Basic, y el viernes han sorteado los peligros de la noche de Sarajevo para reunirse con Haris Basic y celebrar su 42º cumpleaños en el bar Ceugic Vila, abierto sólo para ellos, bajo una tenue bombilla, una mesa alargada, vino blanco, algo de whisky, carne, queso y tomates. Pero también están presentes Puska, comandante de la zona vieja de Sarajevo,

con 4.000 hombres a sus órdenes; y Sead Karihman, *Comandante Zero*, responsable de Novo Sarajevo; y Dina, secretaria y novia de Zero; y Muki, maestro electricista y conductor experto; y Alija Kubat, taxista de 26 años y guardaespaldas, como Gino, del comandante Puska; y Almeda Fetanovi, boxeador, peso *welter*, que una vez perdió un combate en Palma de Mallorca. Todos ellos, excepto Dina, son soldados, miembros del ejército que defiende Sarajevo, y casi todos confiesan que no sienten ningún deseo de seguir siendo soldados cuando todo esto termine. Porque todo tiene que terminar algún día.

Incluso el comandante Puska, al que todos escuchan cuando habla con voz vibrante, se imagina una Bosnia futura sin ejército. Él, en quien todos confían, al que llaman padrino, quiere una Bosnia que se parezca a Suiza, que hable croata, alemán e italiano. Puska quiere un país en el que puedan convivir musulmanes, serbios, judíos, croatas.

No pierden el humor pese a la situación desesperada en la que viven. En el *party* de Haris Basic hay serbios, croatas y musulmanes, pero a estos últimos les gusta nombrarse 'bosnios', nada más que bosnios. Todos están dispuestos a luchar hasta el final. No confían en una paz cercana. No confían en recibir ayuda del exterior. No confían en que los serbios cumplan ni la mitad de la mitad de lo acordado en Londres.

A escasos metros del bar donde Haris Basic celebra su cumpleaños cayeron esta misma tarde dos proyectiles. Todavía humean dos automóviles y parte de un balcón está en la acera. Sarajevo se va desmoronando y verlo desde su interior es como asistir a un asesinato: un asesinato que se consuma lentamente, anciano a anciano, niño a niño, mujer a mujer, soldado a soldado, periodista a periodista, coche a coche, casa a casa, palacio a palacio. Porque los francotiradores, y los morteros, y los cañones de 150 milímetros, no discriminan ni tienen prisa. Todos los días hay reparto de muerte a

domicilio, o en la propia calle, cuando uno se sube a un automóvil o hace cola para comprar el pan.

Pero Haris Basic celebra su 42º cumpleaños. Y luego empuña el volante, acelera, apaga las luces, enciende las largas, esquiva a un automóvil que aparece de la nada a toda velocidad, dribla una farola, toma la medida a una pared, gira. Francotiradores, granadas, morteros. Cualquier cosa. Entre sombras, las luces mortecinas del automóvil en medio de la absoluta oscuridad de Sarajevo, en la noche del viernes, son el encefalograma de la locura. Pero la vida sigue. Haris Basic cumplió 42 años, y lo celebró la noche del viernes en Sarajevo.

Sábado, 29 de agosto

La bomba cayó cerca de mi ventana —habitación 426— e hizo un ruido de mil demonios. Me asusté. Acaso me vinieron a la cabeza los cadáveres de esta mañana en la morgue de Kosevo. Toda aquella gente dormida, con heridas frías en la cabeza, en la cintura, en el pecho. Parecía que sólo las moscas sentían compasión por tanta muerte. Pero al otro lado estaba el viejo cementerio guerrillero del León, y siete personas eran enterradas al mismo tiempo. Tantas muertes cada día. En el refugio del barrio viejo, esta misma noche, un joven de Sarajevo me pidió por favor que tuviera miedo, que era la única forma de cuidar de mi vida. ¿Cómo escribir del sufrimiento, del martirio de esta ciudad? Escribo cada día, cada noche, pero nada es comparable a lo que uno siente aquí, sobrecogido, en las calles desiertas y a oscuras de una ciudad que parece muerta, pero que todavía alberga a cientos de miles de personas dispuestas a resistir tras casi cinco meses de constantes bombardeos salvajes. Muere más gente en el centro de la ciudad que en el frente de batalla. Hoy he subido a una casa destrozada y he compartido la tristeza y el humor de sus moradores, obligados a vivir casi perpetuamente en refugios. Una vida a oscuras, en las catacumbas. ¿Cuánto tiempo se puede soportar esto? Hoy lo he visto en los ojos extraviados y

tristísimos de un hermoso niño de cinco años. Esto es demasiado absurdo, demasiado cruel. Ayer soñé que mi abuelo Ángel, el padre de mi padre, vestido con uniforme de piloto, me abrazaba con fuerza. Ambos teníamos la misma estatura. Nunca me abrazó así en vida, nunca nos abrazamos así. Cuando me desperté y recordé el sueño no sentí miedo. Pero esta noche sí. ¿Quién alquila una habitación en un hotel que está siendo bombardeado, al que le puede sobrevenir la muerte mientras duerme? Un hotel con vistas sobre la muerte, un hotel con sonido de bombardeos reales. Escribo a la luz de una vela. Trato de que el miedo no agriete mi voluntad. Escucho una leve detonación, luego el surco de un objeto que cruza a toda velocidad el cielo y espero a que se produzca el impacto. La vida es un mar lejano.

Domingo, 30 de agosto

Sí, eran dos cerebros humanos, uno al lado del otro. Y dos pares de viejas gafas de carey gastadas por el uso. Y un paquete de cigarrillos bosnios. Y un zapato de mujer. Y. La sangre estaba todavía sin coagular, espesa, de ese rojo de los toros cuando sangran abundantemente. El mortero serbio acabó con la vida que rodeaba a aquellos dos cerebros y a otros trece cerebros más que habían tenido la absurda ocurrencia de salir un domingo por la mañana a comprar a un mercado vacío. Acaso pensaban comprar flores. Valiente ocurrencia. ¿A quién se le ocurre salir a comprar flores cuando hay guerra? Dos cerebros, bolsas de la compra empapadas de sangre, algunas ciruelas, zapatos desparejados. Sucedió en Sarajevo, sí, este último domingo de agosto. A las doce y media de la mañana. Mientras en Madrid. Mientras en Londres. Mientras en quién sabe dónde. Esto era una ciudad en paz hace menos de cinco meses. La gente no tenía que pasarse las noches durmiendo en las catacumbas. No. Pero es que la vida en Sarajevo se ha vuelto irreal. No puede estar ocurriendo esto en la Europa de nuestros días. Nuestra conciencia no lo podría soportar. ¿Francotiradores disparando sobre todo aquél —anciano, niño, mujer, soldado, civil—

que se atreva a moverse por la calle? No, estás mintiendo. ¿Cómo va a ser posible semejante cosa en pleno último tercio del siglo XX? ¿Bombas sobre una ciudad sin capacidad de defenderse? ¿Bombas de mortero sobre colas del pan, sobre gente que compra pacíficamente flores un domingo por la mañana? Imposible. No es cierto. ¿Ataques a los hoteles, a las viviendas, a los automóviles, a las mezquitas, a las sinagogas, a las iglesias? ¿En qué cabeza cabe semejante atrocidad? Eso no es posible, es una pesadilla. Noches en vela por el estruendo insoportable de las bombas, niños con los ojos enloquecidos por cuatro meses de pasar la mayor parte del tiempo en catacumbas, niños tristes que van a recordar este desastre toda su vida, cementerios con todas las tumbas con el mismo año —1992 — como año de su muerte, una ciudad completamente a oscuras durante meses y meses? Vamos, ¿de qué pesadilla contemporánea me estás hablando? Eso no es cierto. No es posible que Europa asista durante meses y meses a esa misma pesadilla sin hacer nada. Europa no iba a permitir que eso sucediera en su propio corazón. No podría soportarlo. Europa es un continente sensible a las violaciones de los derechos fundamentales del hombre. Europa no iba a tolerar una tumba colectiva con decenas de cadáveres de musulmanes asesinados a sangre fría en una ciudad llamada Mostar. Europa no podría tolerar que en lugares como Banja Luka se estuvieran poniendo en práctica medidas de *limpieza étnica* similares a las de los nazis. ¿De qué me estás hablando? El sonido de las bombas te ha vuelto loco. ¿Dos cerebros, unas viejas gafas de carey, un pasaporte de Yugoslavia, un charco de sangre? Basta de literatura. Basta ya. Déjame comer tranquilo. No me jodas. Déjame dormir. Europa es otra cosa.

La muerte prefiere callejear

El cementerio del León está junto al hospital de Kosevo y desde las escaleras del depósito de cadáveres del centro médico se pueden ver las cruces y las lápidas al otro lado de la calle. Cuatro milicianos llegan al mostrador de la morgue. El primero, con el rostro desencajado y barba de tres días, pregunta por un tal Pavlovic. Su

nombre está en una lista escrita a bolígrafo. Recibió un tiro en el frente la noche pasada. Pero son muy pocos los que mueren combatiendo, la mayoría caen en el centro de Sarajevo.

Faris Gavrankapetanovic, un médico de 33 años del hospital de Kosevo, lleva la contabilidad del desastre: 'El 90% de los heridos son civiles, o soldados que caminan por el centro de la ciudad o están en sus casas. De ese 90%, el 20% son niños'. Es una guerra especialmente sucia la que se libra en la capital de Bosnia-Herzegovina. Basta con entrar en el depósito de cadáveres un sábado por la mañana. Un soleado sábado de agosto. El agua que empapa el suelo es rojiza. En camillas, yacen 11 de los 22 muertos en las 24 horas precedentes. Una mujer, con un suéter azul y el pelo negro pegado a la nuca y a las sienes, tiene el cráneo reventado por un mortero. A su lado, un hombre con perilla, en calzoncillos, duerme para siempre con un ojo abierto y los labios helados en una mueca irónica. Tiene una pierna vuelta sobre sí misma y la cadera al aire. Junto a la pared, un soldado de menos de veinte años, parece de cera. Bajo el pectoral derecho, la limpia herida de una bala. Junto a la puerta, en un ataúd de madera aglomerada, yace Jaled Alidib, un estudiante sirio que va a ser enviado a Damasco. 'Una bomba destruyó la fábrica de ataúdes de Sarajevo y los que ahora se hacen son de muy mala calidad', dice el doctor Misrad Babic, de 29 años.

El doctor Babic enseñaba en el Instituto de Medicina Legal de la Universidad de Sarajevo, como el doctor Ilijas Dobrica, y ambos fueron movilizados poco después del comienzo de la guerra. Los dos son musulmanes, 'aunque no hay religión aquí, sólo cadáveres'. En caso de muerte por acción bélica no realizan autopsias, sólo hacen un informe de las causas del fallecimiento. 'La mayoría de los muertos son civiles y la causa, morteros. Y las edades van desde los dos meses a los 70 años de edad', dice Babic.

'Al comienzo de la guerra eran más los muertos por disparos de francotiradores, pero la gente ha aprendido a protegerse, y ahora son el 15%. Por este depósito de cadáveres, que no es el único de la

ciudad, han pasado desde abril, cuando empezó la guerra, 2.252 cadáveres. En el mes de agosto, los muertos fueron 447, frente a 292 en julio, lo que prueba que la agresión no ha decrecido en absoluto'. El doctor Dobrica desmiente que el contacto reiterado con cadáveres haya embotado su sensibilidad. Y muestra el brazo: piel de gallina. 'Lo peor es cuando vienen los familiares a identificar a los muertos. Hace unos días estuvo una mujer embarazada de ocho meses para reconocer a su marido, un miliciano muerto en el frente. Pero lo que no puedo soportar es el cementerio'.

La puerta principal del hospital de Kosevo está a cuatro pasos del depósito de cadáveres. El hospital, como la fábrica de ataúdes o el cementerio del León, también ha sufrido ataques. Ni los muertos ni los vivos están a salvo en Sarajevo. Dos camilleros introducen a un soldado que se queja en silencio. Tiene una herida en una pierna. Un francotirador. En el hospital no hay luz la mayor parte del tiempo y el agua escasea. A veces ni siquiera pueden lavar a los enfermos. Un mortero voló en pedazos el depósito de agua. Han recibido ayuda de organismos internacionales, sobre todo de Médicos Sin Fronteras, pero a menudo tienen que improvisar para suplir las deficiencias del 'mayor hospital de guerra del mundo', según el doctor Gavrankapetanovic.

El hospital de Kosevo tenía una plantilla de 230 personas antes del comienzo de la guerra, pero las deserciones se elevaron a 170, por motivos políticos, causas familiares o para huir del peligro, y han tenido que recurrir a voluntarios. Las 99 camas del centro están perpetuamente ocupadas. 'Durante 147 días hemos tratado a 5.711 pacientes'. El doctor Gavrankapetanovic también lleva, como el doctor Babic, su propia contabilidad. Un folio doblado varias veces que extrae de un bolsillo. Relata su dramático estudio estadístico y concluye: 'Por cada herido en el frente de batalla hay diez en la ciudad. Sarajevo es en estos momentos el más peligroso lugar del mundo para vivir'.

Cementerio 92

El cementerio del León es uno de los lugares más visitados de Sarajevo. El sábado por la mañana se celebran siete entierros al mismo tiempo. Todas las tumbas son de tierra. Túmulos con cruces o tablas. Serbios, musulmanes, croatas y judíos. Una tierra para compartir eternamente. Es un cementerio levantado en tiempos de Tito en honor de los muertos en la Segunda Guerra Mundial, pero casi todos los enterrados tienen algo en común, un año que nadie va a olvidar nunca en Bosnia: 1992. Decenas de tumbas de serbios, muertos en la defensa de Sarajevo. Decenas de tumbas de musulmanes. Antes de enterrar el cadáver, alineados frente al muerto, un grupo de musulmanes levanta las palmas de las manos y luego se las pasan por la cara, como para secarse las lágrimas. Luego emprenden su tarea los enterradores. En medio del camposanto, un enorme león de cemento con el lomo reventado por un mortero parece vuelto sobre sí mismo, con la mirada fija entre sus garras apretadas, como dispuesto a saltar sobre la penuria. En un abeto cercano canta una urraca. Desde el horizonte llega un tableteo de ametralladoras. El frente está a menos de doscientos metros del cementerio del León. Pero esta mañana el enemigo ha dejado que los vivos puedan enterrar a sus muertos en paz.

Lunes, 31 de agosto

Algunos obuses son como olas que nunca se acaban de estrellar contra la orilla. Desde la habitación, con las cortinas echadas y el colchón de la cama gemela a modo de parapeto, se escucha el disparo y el acero que rompe el aire, pero no siempre el impacto: son como pensamientos letales que no alcanzan su destino. El ánimo se queda un instante en suspenso, teme que el proyectil se encamine hacia aquí, y no recupera del todo la calma hasta que el paso del tiempo hace imposible que un objeto tarde tanto en estrellarse.

Madrid quiere que me quede una semana más. A veces me olvido del peligro que corro aquí —como esta mañana, perdidos en Stup,

entre las líneas croatas y las serbias— y entonces me entra el miedo. El miedo de no saber que debo tener miedo, como me decía Niyat la otra noche en el refugio del café del Lago: 'Por favor te lo pido, ten miedo. Es la forma de que te cuides, de que no bajes la guardia. Por favor, ten miedo'.

Miércoles, 2 de septiembre

Mi mes favorito. En el cementerio de Kosevo entierran a ocho milicianos y el primer viento del otoño arrastra las hojas secas de los castaños. Mi vela tiembla como si el viento de ayer hubiera durado hasta aquí, hasta esta noche del miércoles en Sarajevo, cuando se cumple mi primera semana en la ciudad sitiada. Ahora han cesado las ametralladoras y los morteros. Tal vez estén condenados a callarse. De momento, ¿quién no es escéptico aquí? Yo también quiero huir de aquí, pero resisto a mi manera, y me doy de bruces con el Teatro de Guerra de Sarajevo y acaso algo empiece a cambiar en mi corazón.

La guerra sube a los escenarios de Sarajevo

Un tal *Sekspir* (Shakespeare en serbo-croata) comparte estanterías con un tal *Josip Broz Tito*. La habitación no tiene cristales en las ventanas, del exterior llega una magnífica sesión de efectos especiales proporcionada por la propia realidad: estruendo de ametralladoras y morteros. Pero nadie se inmuta. En el sótano del refugio, los integrantes del Teatro de Guerra de Sarajevo viven, ensayan y representan —desde esta misma tarde— *El refugio*, una reflexión sobre el compromiso artístico en tiempos de guerra: ¿Debe el artista tomar el fusil o combatir desde el escenario?

A un actor de la compañía le amputaron las dos piernas después de que un mortero estallara a su paso cuando volvía a casa al final de un ensayo. Una actriz también ha perdido una pierna a causa de una granada. Y el encargado de la iluminación murió en un bombardeo. Son el parte de guerra de una compañía de teatro que forma parte del frente levantado por los artistas de Sarajevo —una ciudad sitiada desde hace cinco meses— ante la catástrofe. El Teatro de Guerra de Sarajevo es otra de las tantas paradojas de esta ciudad: serbios, croatas, musulmanes y un esloveno trabajan juntos, y un judío

preside la compañía que ha acabado por convertirse en un movimiento cultural para tiempos de guerra. *El refugio* es obra de un director de escena, Dubravko Bibanovic, de 43 años, y un autor dramático, Safet Plakalo, de 42, y relata el debate que sostienen un director y un autor sobre el deber del artista ante una situación dramática para su país: participar en la lucha desde el escenario o combatir en primera línea.

Es un debate que han sostenido en la realidad director y autor, y que les llevó a escribir la obra después de un mes de discusiones y, ahora, a representarla en un refugio. 'No es un teatro de propaganda política —dice Plakalo—, sino una forma de responder a la realidad. El teatro es el lugar donde se ponen en cuestión la vida humana y el futuro del hombre, donde nos ponemos en cuestión a nosotros mismos'.

Bibanovic tiene claro que el Teatro de Guerra de Sarajevo es una compañía comprometida a fondo con el tiempo que le ha tocado vivir. 'Hacer teatro en estos momentos es una obligación moral, es una necesidad vital. La gente está muriendo por los bombardeos, no tiene qué comer. Dos actores han sufrido en su carne la violencia de los morteros y el técnico de luces ha muerto. ¿Cómo hacer una representación después de todo eso? Esto nos obliga a tomar una decisión frente al horror. Y nuestra elección es hacer teatro'.

Mientras que el autor piensa que su deber es ir a primera línea, el director cree que su obligación es poner al hombre frente a sus responsabilidades. El deber del artista es salvar el destino humano. 'Si todo el mundo combatiera, se perdería la dignidad, la capacidad de pensar, de reflexionar sobre lo que se hace'. Al final de la obra, llega un funcionario del gobierno y les pregunta qué hacen. Si no escriben, si no actúan, serán enviados a primera línea. 'Tenemos todo, tenemos la obra, los trajes, la escenografía, pero nos falta lo fundamental: el público', le responden. Azuzados por el funcionario para encontrar una solución, el director decide que enciendan la luz y dedica la obra a todo el público, al que se encuentre en el patio de

butacas y al que sufre en Sarajevo y en Bosnia-Herzegovina. 'El público es el mundo entero. De ahí que al final de la representación sean los actores los que deban aplaudir, como agradecimiento a esa parte del mundo, a los espectadores que se han jugado la vida para asistir a la representación'.

El Teatro de Guerra de Sarajevo se formó con un grupo de actores que huyendo literalmente de un bombardeo se refugiaron en el sótano del Teatro de la Juventud y decidieron hacer teatro en medio del desastre. Ahora forman parte de un movimiento cultural al que están vinculadas 170 personas y están poniendo en marcha un plan de trabajo bajo condiciones de guerra. Han recibido muchas donaciones privadas, porque 'hay mucha gente en Bosnia-Herzegovina —dice Gradimir Gojer, otro de sus directores— que piensa que no sólo se combate con las armas, sino también con el arte'. La compañía no sólo pretende poner en marcha un teatro de repertorio en tiempos difíciles, sino que está elaborando un gran montaje audiovisual sobre el sitio de Sarajevo, exposiciones de pintura y conciertos de rock en los refugios.

En la ciudad había tres compañías profesionales y una Escuela de Arte Dramático. Los bombardeos afectaron seriamente a los teatros donde estas compañías trabajaban. El cabaré del Teatro de la Juventud es el único espacio de que disponen. El autor duerme en el escenario y la entrevista la sostenemos en la cama del director: uno de los alargados asientos del cabaré. La luz tiembla y acaba por desaparecer, pero hay luces de emergencia, como en todo cabaré que se precie. Rojas, naturalmente.

Cien actores mejor que cien soldados

Miodrag Trifunov, *Miki*, de 46 años, serbio nacido cerca de Rumanía, actor que interpreta en escena el papel del director de escena, tiene clara la respuesta al dilema que plantea *El refugio* : 'Hay que hacer teatro'. Según Miki, un tipo tranquilo de barba entrecana y pantalón vaquero con peto, el teatro es una manera de participar en la

guerra. 'Si 100 de nosotros tomamos las armas no contribuiríamos de forma decisiva al resultado del combate, pero si no hiciéramos lo que hacemos sería un triunfo para el enemigo. Es una manera de mantener en pie nuestra dignidad, de no rendirse al desastre'. 'Es muy difícil hacer teatro en todos los momentos, porque el teatro, por definición, es guerra: un conflicto constante, un rechazo, una no aceptación', dice Miki. Aunque es todavía más difícil ahora, en Sarajevo, bajo las bombas: 'Porque tu vida corre peligro en la calle. Como correrá peligro la vida de los que vengan a ver la obra'.

El director de escena, Dubravko Bibanovic, se impacienta con bastante facilidad y se queja de los periodistas occidentales que llegan a la ciudad de Sarajevo para observar a sus habitantes como si fueran 'animales exóticos'. Cuatro años antes del comienzo de la guerra reconoce que estaba 'aburrido del teatro'. Después de que Sarajevo fuera sitiado y comenzaran los bombardeos indiscriminados, Bibanovic se dio cuenta de que 'era necesario hacer teatro'.

Una cajetilla de tabaco es el precio de la entrada. La obra estará en cartel durante varios días en el refugio-cabaré del Teatro de la Juventud, y después será exhibida en otros refugios, incluso en Dobrinja, la próxima semana. Uno de los barrios más castigados por la artillería serbia, un lugar peligroso en el que casi no queda piedra sobre piedra.

Jueves, 3 de septiembre

¿Cuánto tiempo venías a pasar aquí, cuánto estabas dispuesto a pasar, cuánto vas a estar? Silencio. Casi no hay disparos, casi se extraña la certeza que producen las explosiones. Dónde estamos, a qué hemos venido aquí. Toda esta muerte alrededor. ¿Cuántos días más debo resistir aquí? Bajo la luz de la vela, los ojos temen más. Ser uno mismo, compadecerse, ponerse a cubierto, escribir de las heridas, de la luz del día. ¿Cuáles? Aquí está la gente real, incluso

tengo todos sus nombres como un gran prontuario del dolor. Soy más pequeño aquí.

Viernes, 4 de septiembre

Tres niños de diez años. Muertos cuando jugaban en la calle. Alcanzados por un mortero. Dos eran hermanos. He visto sus cuerpos esta mañana en el depósito de cadáveres. Tres cuerpos heridos y dormidos para siempre. Podías incluso cogerlos en brazos. Rígidos. Hace cuatro días que los bombardeos han perdido intensidad. Tal vez por eso *sólo* han muerto 44 personas en estos cuatro días. Hoy atacaron un edificio donde estaba haciendo una entrevista. Un grito, unas voces. Salimos al pasillo: un reguero de sangre escaleras arriba. Las mismas escaleras que habían estado fregando cuando llegamos. Pero nadie se rinde aquí. Esta tarde asistiré al estreno de *El refugio* en el cabarét-refugio del Teatro de la Juventud. Bertolt Brecht se hubiera sentido a gusto entre aquel centenar de personas valerosas que desafiarán el peligro de perder la vida por acudir al teatro. En Occidente hemos perdido la oportunidad de demostrar ese coraje cívico. Aquí estoy poniendo a prueba mi corazón. En Sarajevo. Éste es mi servicio militar sin más arma entre las manos que mi pluma. No quiero más. No tomo partido. Trato de ser fiel a lo que veo. Creo que es suficiente para que la gente vea a este lado terrible del espejo.

¿Dónde es la fiesta?

No había sido una tarde especialmente tranquila. En los alrededores del palacio presidencial habían caído varias granadas. No lejos del teatro donde la compañía Teatro de Guerra iba a estrenar la obra *El refugio* los proyectiles serbios habían desfigurado algunas viviendas y arrebatado algunas vidas. Los cadáveres de tres niños de 10 años reposaban en la morgue del hospital de Kosevo esperando turno. Dos empleados lavaban en aquellos momentos el cuerpo de un

hombre de 40 años. Sólo llevaba unos viejos calzoncillos y varias heridas en el vientre, en el costado y en la cabeza.

La función empezó a las cinco de la tarde en el cabaré convertido en refugio del Teatro de la Juventud. Cerca de 100 personas habían desafiado a los morteros, a los francotiradores y a la lotería de las bombas para asistir al estreno mundial de *El refugio*.

La obra, escrita al alimón por el director de escena Dubravko Bibanovic y el autor dramático Safet Plakalo, plantea un dilema que en Sarajevo es el pan amargo de cada día: ¿Desde dónde combatir, desde tu trabajo o desde la primera línea? Los miembros del Teatro de Guerra de Sarajevo, que han sufrido en sus carnes los efectos devastadores de la guerra (un técnico de luces muerto por una granada y dos actores con sus piernas amputadas por culpa de un mortero), han debatido hasta la saciedad qué hacer. Un qué hacer absolutamente brechtiano. Su respuesta la dieron el viernes, a las cinco de la tarde, mientras las bombas volvían a sembrar fuego y muerte sobre la ciudad levantada a orillas del río Miljacka. Bertolt Brecht se hubiera sentido a gusto entre el público. He ahí una muestra viva de su teoría teatral: vida llevada al escenario, pasión convertida en arte y distancia para que la emoción no enturbie el entendimiento de la realidad.

Miodrag Trifunov, 'Miki', el actor que representa en la obra al director de escena, partidario de hacer teatro como una forma de preservar la dignidad, la integridad, la normalidad de la vida en medio de una población y una ciudad sometidos a una lenta aniquilación ante la mirada silenciosa de Europa, lleva en el teatro la misma ropa que en la realidad. Es algo muy común aquí. Por eso no es rara la sensación de estar viviendo algo que a fuerza de ser tan real resulta irreal: como los cadáveres de los niños muertos en el depósito de cadáveres, como que caiga un mortero y mate a ocho personas en medio de un mercado un domingo por la mañana y de todas esas vidas sólo queden dos cerebros y unas gafas sobre el cemento, o que disparen a los transeúntes como si de una nueva especialidad

de caza o de deporte infame se tratara. *El refugio* mezcla esos dos ingredientes: la dureza de la vida cotidiana, una dureza no mensurable en términos razonables, sino una dureza hecha de nítida crueldad, y un humor a prueba de bombas. Las bombas que cayeron afuera, en el exterior del teatro, antes de la representación, durante la representación y al final de la representación.

Bombas que no son figuras retóricas, efectos especiales para hacer más verosímil lo que ocurre en los teatros y cines del mundo. Pero a los habitantes de Sarajevo no les gusta dramatizar, del mismo modo que no se resignan a perder el humor, dejar de maquillarse, abandonar los refugios, salir a la calle. A ir al teatro. Por eso la obra transcurría no sólo en el escenario, sino en el improvisado patio de butacas del cabaré-refugio del Teatro de la Juventud: en ese grupo de ciudadanos y ciudadanas, de milicianos, que habían tomado la decisión de ir al teatro. Uno ha oído muchas veces la expresión 'teatro necesario'. Nunca había tenido ocasión de comprobarlo en la propia piel: en la risa, el silencio, la expectación, los aplausos de un grupo de habitantes de Sarajevo que fueron al teatro a pesar de que su ciudad estaba siendo bombardeada. Teatro y vida en un mismo delgado hilo ardiendo.

Por cierto, Miki, el actor que representa al director de escena, que defiende frente al autor la necesidad de combatir desde el escenario como algo tan importante como combatir en el frente de batalla, llevaba una inscripción en el peto del pantalón vaquero que también usa en la vida real: ' *Where is the party?* ' ('¿Dónde es la fiesta?'), decía. La fiesta es aquí, en el centro de la ciudad vieja, en el cabaré-refugio del Teatro de la Juventud. La pieza seguirá representándose en los próximos días. A continuación el Teatro de Guerra de Sarajevo hará una gira por algunos de los más renombrados refugios de la ciudad. Si tiene ocasión, no se lo pierda. Precio de la localidad: una cajetilla de tabaco.

Sábado, 5 de septiembre

En Sarajevo, me gusta asomarme a la ventana de mi hotel. ¿Cómo olvidar esta ciudad? Estas dos torres abandonadas, medio devoradas por el fuego, dos monolitos a la diabólica destreza del hombre para la muerte y la aniquilación. Esta noche han callado los cañones. ¿Pero qué cabe pensar aquí? Ahora pasa un coche por la Avenida de los *Sniper* [francotiradores] y hasta los asesinos parecen dormir. Es sábado. Una fría noche de septiembre. Aunque se alcanzara la paz de inmediato, el invierno será temible aquí. Esta noche brillan las estrellas. Tal vez la furiosa tormenta desatada ayer por los dioses sobre Sarajevo ha anegado todas las recámaras y empapado toda la pólvora. Era como un anticipo del apocalipsis, con los relámpagos aniquilando por un instante la oscuridad y el viento y la lluvia desmenuzando los edificios, azotando las casas sin ventanas, removiendo las copas de los árboles. Asomado a la ventana, era como un niño fascinado y aterrado al mismo tiempo. Esta noche húmeda brillan las estrellas y los disparos han cesado. Sigo solo aquí, tratando de escribir algo que valga la pena recordar, que explique qué es la guerra, que me lo explique a mí, esta guerra en la antigua Yugoslavia y, sobre todo, esta guerra en Bosnia-Herzegovina. Precisamente la República yugoslava donde más amigablemente convivían musulmanes, serbios y croatas es ahora la que está sufriendo el mayor desgarro y los mayores sufrimientos. En mi vida he visto musulmanes más liberales y amigables, del mismo modo que en ningún lugar del mundo he encontrado judíos más abiertos y menos celosos de su religión y su credo. Una hermosa ciudad coronada de mezquitas, iglesias y sinagogas está siendo reducida a cenizas ante el silencio y la incapacidad de Europa. Yo apenas he aprendido a escribir. Escribo lo que veo, lo que mis ojos sienten que ven, lo que mis oídos sienten que oyen. Luego subo aquí, a este cuarto piso de la realidad, a mi ventana sobre Sarajevo a oscuras, y no encuentro ni rastro de aquel niño, y entonces me pongo a pensar en los tres que dormían acribillados en la morgue.

Sarajevo forja un general de 23 años

Mahir Zisko lleva una carrera tan meteórica que uno teme que acabe estrellándose en una curva del destino. Brigadier general del Ejército de la República de Bosnia-Herzegovina, antes de que termine septiembre asumirá el empleo de general. Tiene 23 años, espera ser padre en breve y dirige en Sarajevo el Instituto de Investigaciones sobre la Guerra y Crímenes de Guerra, dependiente del Ministerio de Defensa bosnio.

Esta institución parece ser un objetivo prioritario para los *chetniks* serbios, que con sus continuos bombardeos han obligado a Zisko y a las 50 personas que trabajan para él a cambiar de sede 15 veces. El antiguo restaurante Sarajevo, donde están ahora, no fue una excepción. Cayó una granada mientras hablábamos en el viejo comedor. Zisko salió como una bala. Un muerto y un herido. Un reguero de sangre descendía por las escaleras que habían sido fregadas hacía una hora. El futuro general expresó su indignación lívido, con los ojos velados.

Hijo de un *bey* —la aristocracia musulmana—, nació en Sarajevo y pasó un mes en prisión cuando tenía 12 años por celebrar con un cartel la muerte de Edvard Kardelj, un dirigente comunista. Su abuelo fue encarcelado en 1983 por pertenecer a los Jóvenes Musulmanes, organización que luchaba contra el comunismo para recuperar la cultura musulmana, y de la que formaron parte él y también su padre. 'El movimiento no tenía inclinaciones fundamentalistas', subraya.

Ante los primeros síntomas de deterioro del sistema, en 1990 crea la Asociación de Jóvenes Musulmanes, que llega a contar con 300.000 miembros. Funda también una compañía de radio y televisión, Hyatt (Vida), con la que luchó contra la televisión oficial, en manos de los radicales serbios.

Mahir Zisko no se da importancia, habla con una tristeza que tal vez sea pesar por los compañeros muertos. Parece un general místico.

De hecho, sólo desea que termine la guerra para dedicarse a la dirección del instituto y a la emisora, de la que es copropietario.

'En febrero de 1992 empezó mi carrera militar', dice. Ante las actividades de los extremistas serbios, crea una fuerza paramilitar y busca armas. La organización se convierte en una unidad partisana de boinas verdes. Diez días antes del 4 de abril, cuando comenzó el ataque a Sarajevo, asaltan las comisarías para hacerse con su armamento. Sus propios soldados lo nombraron brigadier general. 'Era una especie de milicia revolucionaria', confiesa Zisko. Los boinas verdes se suman a la Defensa Territorial, germen del ejército de la República. Zisko es llamado al Ministerio de Defensa y nombrado jefe de Información, Moral y Propaganda. Entonces le propone a su viejo amigo, el ya presidente Alija Izetbegovic, la creación del instituto. Su idea es bienvenida.

Todo es tan veloz en su vida que resulta turbadora la calma con que parece tomársela. Un carrusel imparable. Sorprende que tuviera tiempo para encontrar mujer. Sólo entonces sonríe. 'Ella me encontró a mí'. Leila tiene 21 años, vive en Croacia y es hija de padre serbio y madre musulmana. Si tuviera que definir su carácter, Zisko dice: 'Me gusta la acción y el cambio. Cuando hago algo nuevo siempre pongo todo el corazón'. El corazón de un general de 23 años, bajo el fuego en un Sarajevo imposible.

Domingo, 6 de septiembre

La ciudad me rodea por todas partes. Es como si el cerco de Sarajevo estuviera ya dentro de mí. ¿Qué sabía antes? Una frase en un libro de historia: el asesinato del heredero del trono austrohúngaro en Sarajevo desencadenó la Primera Guerra Mundial. Nunca imaginé que vendría a escribir acerca de esta ciudad, sin luz, sin agua, y bajo las bombas. Ahora el cerco se estrecha y tengo ganas de huir de aquí. ¿Quién se hace cargo del sufrimiento de la gente, quién administra algo más reparador que la piedad?

Las bombas no impiden que los sefardíes de Sarajevo celebren su 'Sefarad 92'

David Kamhi saca la pistola que llevaba oculta bajo la camisa vaquera y la guarda en un armario. Tiene 56 años, es profesor de violín en la Academia de Música (el conservatorio de Sarajevo) y vicepresidente de la sociedad humanitaria y cultural La Benevolencia. La sociedad tiene más de 100 años de vida y, a pesar del sitio que sufre Sarajevo, acaba de celebrar en la capital bosnia 'Sefarad 92': el 500 aniversario de la pérdida del paraíso.

Los judíos de Sarajevo, una comunidad de 800 almas, proceden en su mayoría de España. De padres a hijos han conservado un hermoso español con el que condenan la agresión que sufre la ciudad y reclaman la ayuda del mundo. Los morteros y los cañones callaron el viernes en la capital bosnia. Acaso decidieron acatar por unas horas el mandato de hermandad que todos los participantes en 'Sefarad 92' proclamaron desde el estrado levantado en los salones del hotel Holiday Inn. Desde el presidente de la comunidad judía, Ivica Ceresnjes, al presidente bosnio, Alija Izetbegovic, los oradores recordaron que la convivencia entre diferentes religiones y culturas fue la que permitió a Sarajevo convertirse en una isla de tolerancia. El asedio que sufre la capital bosnia es un intento de aniquilar la convivencia de siglos entre musulmanes, croatas, serbios, judíos y gitanos en Bosnia-Herzegovina, declaró Izetbegovic en la ceremonia inaugural.

El presidente bosnio recordó su infancia, cuando cada fiesta religiosa judía o cristiana o musulmana era celebrada en común, ante el obispo de Sarajevo y Bosnia, Vinko Puljik, y el imam de los musulmanes bosnios, Jakub Selimoski, y los cerca de 500 invitados que desafiaron la amenaza de los francotiradores. Los actos conmemorativos de la expulsión de los judíos de España y de su asentamiento en Bosnia —'madre patria', como dijo el presidente de la comunidad judía— finalizaron ayer lunes como una 'demostración de que los ciudadanos de Sarajevo, musulmanes, cristianos y judíos',

están decididos, 'a pesar de este cruel asedio, a seguir viviendo en hermandad', aseguró Kamhi, el vicepresidente de la sociedad serfardí La Benevolencia.

La comunidad judía de Sarajevo es una de las más antiguas de Yugoslavia. De acuerdo con los documentos conservados en la biblioteca Vakuf, desde el año 1565 hay constancia de la residencia de judíos en la ciudad: en aquel entonces eran 15 las familias judías en la urbe. Dos siglos después, la comunidad había aumentado lentamente hasta llegar a contar con 1.770 miembros. Para los judíos el tiempo que vivieron en España es considerado como la Edad de Oro. No es extraño que comparen el Sarajevo anterior a la guerra que ahora padece con el tiempo en que en Toledo convivían armónicamente las llamadas tres culturas: musulmana, judía y cristiana.

'Aquí no importa si eres judío o musulmán. Sufrimos una agresión y todos tenemos la obligación de combatir', asegura campechano en un perfecto español de nuestros días David Kamhi, que exhibe un carné del Ejército de Bosnia-Herzegovina con el número 00001. 'Celebramos Sefarad en recuerdo del paraíso que dejamos en España. El español es nuestra lengua materna, el español de Cervantes y de Lope de Vega', dice el vicepresidente de La Benevolencia.

Los judíos expulsados de España por un edicto de marzo de 1492 llegaron a Sarajevo a través de Italia, Grecia y Bulgaria. Con el consentimiento de Siavush Pasha, en 1581 se iniciaron los trabajos de construcción de la primera sinagoga. Mientras que otros judíos expulsados de España y que se instalaron en Francia, Holanda, Inglaterra o Alemania perdieron su lengua materna, los que eligieron como residencia el imperio otomano conservaron el idioma y las tradiciones culturales españolas. En Sarajevo publicaban el periódico *La Alborada*, cuya colección se conserva en la ciudad. El español era y es el idioma que hablan en casa, aunque los más jóvenes de las

últimas generaciones no demuestren tanto afán por conservar la lengua como sus mayores, y muchos ya no lo hablan.

A comienzos de 1941 residían en Sarajevo entre 12.000 y 13.000 judíos. No menos de 8.000 fueron exterminados por los nazis. De las 18 sinagogas que entonces existían en Bosnia-Herzegovina sólo una pudo ser restaurada, la de la calle Dobrovoljacka, número 83. Es la única que hoy existe en Bosnia-Herzegovina. Aunque ahora no está abierta al culto, por eso se puede visitar sin kipa en la coronilla. Ha recibido algunos impactos leves. Construida en 1902, fue utilizada por los judíos ashkenazis, procedentes en su mayor parte de Polonia, hasta la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces es compartida por ashkenazis y sefardíes.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los nazis intentaron hacerse con la *Haggadah* de Sarajevo (uno de los más antiguos manuscritos judíos, valioso no sólo por el texto, que relata la liberación de los judíos del yugo que sufrían en Egipto, sino por las riquísimas iluminaciones). El libro data de la segunda mitad del siglo XIV y fue llevado por la familia Cohen a Sarajevo probablemente desde Barcelona. En abril de 1941, cuando los nazis ocuparon Sarajevo, la astucia del director del Museo Nacional impidió que la *Haggadah* fuera incautada. En estos días de guerra también está a buen recaudo. Y del mismo modo que la comunidad judía contribuyó a la restitución de la libertad en Bosnia-Herzegovina durante la contienda mundial, también hoy combate junto a los musulmanes bosnios 'frente a la agresión de los extremistas *chetniks* ', proclama David Kamhi.

'Nosotros nos sentimos plenamente españoles. España es nuestra segunda patria y consideramos al rey Juan Carlos I nuestro propio rey'. Las celebraciones han incluido conciertos de música sefardí, lecturas de poesía, mesas redondas y exposiciones. 'Querernos que se sepa la verdad sobre lo que está ocurriendo en la República de Bosnia-Herzegovina', dice Kamhi. Su sociedad, La Benevolencia, está intentando que Toledo acoja a 50 familias judías de Sarajevo

mientras dura el sitio que está aniquilando la ciudad y todas sus comunidades. Kamhi expresa al mismo tiempo pena y rabia: 'Bosnia-Herzegovina era un ejemplo para toda Yugoslavia: aquí convivían y conviven sin problemas musulmanes bosnios, católicos croatas, ortodoxos serbios y judíos sefardíes'.

'Mucho mal fizieron estos inimigos'

Regina Kamhi, de 66 años, la madre del vicepresidente de La Benevolencia, antigua profesora partisana, no habla como su hijo. Su español sí recuerda al que se puede encontrar en Cervantes, o en *La Celestina*, aunque con graciosas incrustaciones italianas o serbo-croatas. Su madre se llamaba Luna, tiene el pelo blanco y amarillo, y desborda voluntad frente al desastre. 'Agora le voy a decir esto: ¿vistes lo que fizieron los inimigos? Todo está pudrido, rumpieron ventanas, todo. Nosotros no vivimos agora. Mucho mal fizieron estos inimigos. Yo pienso en la historia no hubo tanto mal como agora en Sarajevo, lo más mucho'. Regina dice que los *yudíos* de Sarajevo son muy liberales y reconoce que bajo el comunismo iban muy poco a la sinagoga, y que ahora van más a menudo.

Lunes, 7 de septiembre

Mi mes del alma. Los días caen como cadáveres en la tierra —ahora húmeda— del cementerio de Kosevo, en la hermosa ciudad de Sarajevo. Creo oír ladrar a un perro y es como un espejismo. A fuerza de oír estruendos de bombas y disparos cualquier otro sonido (perros, automóviles, campanas…) resulta extraño. Escribo con los dientes pegados a la tinta, con la cera blanda y virgen derritiéndose entre los dedos. No sé qué clase de edad me está comiendo las entrañas. Escribo y salgo a la calle a contar cómo vive la gente en Sarajevo.

Miércoles, 9 de septiembre

Llegué a esta ciudad hace esta noche dos semanas. Mi corazón ya no es el mismo. Tampoco lo será cuando la abandone. Ni mucho después, cuando pase el tiempo, caiga la nieve y sufran y mueran todavía más de los que ahora sufren y mueren en la ciudad de Sarajevo, tal vez la más tolerante de los Balcanes, una de las más hermosas. Pero ya vuelven a disparar los asesinos.

Viernes, 11 de septiembre

¿Es esta mi última noche aquí? ¿Cuánto tiempo es necesario para mojar los pies en el río de la verdad? Han vuelto a hablar los cañones contra los tejados. Mi ventana da a la Avenida de los Francotiradores y a la noche. En esa colina, Trebevic, hay combates frecuentes. ¿Con qué parte del cuerpo se escribe mejor? Pasé miedo, es cierto, pero no bastante. O no tanto como Zlata, como tantos otros que aguantan aquí la lluvia de fuego. Yo me voy, con un gran abrazo de cartas: peces para las aguas libres. Si pudiera leer en mi propio corazón lo que la vida escribe en los márgenes del tiempo, el sufrimiento humano, lo que yo puedo llegar a decir en la página de un diario efímero. Ésta es ahora un poco una ciudad mía: puse mi corazón entre las hileras de cañones, traté de compartir todo su terror y toda su pena, pero también su dignidad, su humor, su comida. ¿Qué sabía acerca de Sarajevo antes de llegar aquí? Ésta es mi noche de vísperas: mañana abandono Sarajevo después de 17 noches y 17 días, mañana cumplo 34 años. No han callado los cañones ni las armas ligeras. Puedo oírlos desde esta mesa, ante un espejo y una ventana oculta tras una barricada inútil. Como la barricada de Zlata y Dado en su casa de la Avenida 27 de Julio. A merced del enemigo. ¿Qué cara tiene? ¿Con qué argumentos incontrovertibles dispara? No tomo partido, digo, ¿pero cómo no tomarlo si escribes, si te pones a este lado del cementerio, donde caen las granadas más terribles? Sí, el miedo y otros asuntos sucios de la edad adulta. Todo lo que he ido aprendiendo aquí, a la orilla del Miljacka, en una ciudad coronada de iglesias, sinagogas y

mezquitas llamada Sarajevo. ¿Cómo olvidar los lugares donde uno se encuentra consigo mismo?

Split, sábado, 12 de septiembre

Abandonamos Sarajevo a las siete de la mañana. Un día gris, con la gente acuartelada tras los edificios sin cristales. Estaban bombardeando Stup e Ilizda, y el último puente sobre la Avenida de los Francotiradores lo atravesamos como una exhalación. Después, cada puesto de control serbio era como un esparadrapo antiguo, pero salimos bien librados. Dos coches, siete periodistas: tres franceses, dos españoles, un estadounidense, un alemán. Cruzamos Bosnia por caminos de montaña, solitarios y pedregosos. Uno de los automóviles tuvo que ser remolcado. Entonces apareció un bar en lo alto del camino, un espejismo: cervezas, empanadas de carne, una camarera risueña. Ni rastro de la guerra. Era como volver a recuperar el aliento contenido en Sarajevo. Después bajamos hacia Split: el mar, agua dorada, tiempo de vacaciones entre bañistas sin conciencia, y refugiados. Como los habitantes de esta ciudad incomparable, donde las mujeres son tan hermosas como sus piedras: romanas, venecianas, fenicias, católicas, musulmanas, todo el esplendor del Mediterráneo descendiendo por el laberinto de Split. Pero parece un espectáculo obsceno cuando por la memoria de los oídos y los ojos sabemos sin duda alguna que siguen bombardeando Sarajevo. Gervasio Sánchez, mi compañero de guerra y de habitación (uno de los mejores descubrimientos de Sarajevo), se prepara para dormir leyendo *Historia de Zlata*. Hasta aquí no llega el estruendo de las bombas, la crueldad de los francotiradores, la impiedad de los morteros. La Luna se columpia sobre el Adriático mientras una brisa marina limpia nuestra piel de sombras y ceniza. Hoy cumplo 34 años, entre la mañana de Sarajevo y la noche de Split. ¿Qué queda de todo aquel mal, del tiempo allí vivido? Vuelvo a hablar con mis amigos, con mis padres. Una fuente canta en la plaza, junto a los muros del hotel Bellevue. Ya estamos a salvo, al

otro lado de las líneas. ¿Es posible seguir escribiendo *qué será de mí*? Otra noche más. Nadie baja hasta esta orilla. Quién sabe.

Domingo, 13 de septiembre

La distancia que hay que mantener entre uno mismo y sus obras. La doctrina cristiana es para esas pequeñeces tan taxativa como una comadrona. Tus obras son tus credenciales. Ojalá, tras tanto humo y hojarasca como empleamos para seguir adelante y enmascararnos, fuera tan sencillo. Para eso me ha servido la guerra. Yo temía, pero sabía que podía hacerlo así (¿bien?), pero ahora debo mantenerme apartado, en silencio, sin darle importancia a la complicidad establecida entre mis ojos, mis oídos y mi mano. Escribir es una forma de ponerse a prueba. En ciudades tan hermosas como Split, mientras el mar Adriático vela toda esta calma. Mientras en Bihac, Gorazde, Sarajevo siguen cayendo bombas sin piedad. Escucho el reloj de la gran caja torácica del pecho. ¿Un péndulo, una máquina de escribir, un reloj de cuco? Si al menos todo esto que he vivido en la antigua Yugoslavia sirviera para escribir mejor, para aprender a dibujar una distancia entre mis actos y lo que soy, y hablara menos de mí, y aprendiera lo que es apenas amar. Pero mi cabeza sigue asomada a un acantilado de tinta. A veces siento como si no me hubiera movido un milímetro del centro de mi perfecto círculo vacío.

Neum, martes, 15 de septiembre

No conseguimos desprendernos del enigma de la guerra. Ahí está el mar Adriático, al alcance de los ojos, pero no al alcance de la mano. Porque hemos venido a luchar contra el olvido. La carretera desde Split es un calco de la estría. Por una estrecha franja de asfalto bajamos hacia el sur, y el mar se va desplegando como si una sirena desnudara sus encantos. La vemos, pero no la oímos. Nuestro destino está en el curso del río Neretva, un río verde, calmo, caudaloso, que divide Mostar en dos, como algunos sentimientos el

corazón. La ciudad es un espectro de lo que fue. Los combates y los bombardeos han tenido que ser aquí durísimos. Gervasio dice que está casi tan destruida como Vukovar. Veníamos con la intención de pasar la noche en Mostar, pero los hoteles son una mueca ahumada. Sólo se mantienen en pie las fachadas. Todos los puentes, salvo el Viejo, han sido volados. Para cruzar a la otra parte en automóvil, donde sobrevive la mayoría de la población que no ha huido, hay que dar un rodeo de 30 kilómetros. Las baterías serbias siguen disparando. El hospital es uno de sus objetivos predilectos.

Bajamos a la costa al anochecer, por un valle hermoso y solitario. Cuando la oscuridad es inviolable, pinchamos una rueda. Un sacerdote y un paisano nos asisten, porque no llevamos herramientas. El hotel junto al mar Adriático, un espejo de los sueños, en Neum, es nuestro refugio por unas horas. Hoy volveremos a ponernos nuestros chalecos antibala, camino de Mostar, camino de Dubrovnik.

Dubrovnik

Toque de queda. La noche devoró todo vestigio de la ciudad. El Adriático está ahí, manso como una mujer dormida. Hemos bajado hasta Dubrovnik por una de las más hermosas carreteras del mundo. Atrás quedó Mostar. Oímos el silbido de algún proyectil sobre nuestras cabezas, pero tuvimos suerte. Mañana regreso a Zagreb. Madrid está al alcance del olvido, pero no voy a quitarme a Bosnia-Herzegovina de la cabeza, ni a los jóvenes fascistas españoles que esta mañana nos encontramos en Mostar: 'luchando por una causa justa'. El toque de queda convierte a Dubrovnik en una verdadera ciudad medieval. Desde la habitación 608 del hotel Argentina intento adivinar la silueta de las murallas. Sombras, silencio marítimo, una ciudad a la que volver con otros motivos. Si al menos supiera cómo escribir acerca de la realidad.

Miércoles, 16 de septiembre

El balcón da al mar Adriático y a las murallas de Dubrovnik y a una de las mil islas de la que fue costa yugoslava, pero no me mata. Mi compañero duerme y canta en sueños. El espejo está aquí, ante la mesa de escribir, pero la silla es baja y me corta el cuello. ¿Cómo seguir adelante con esta cara? Amo a las mujeres por el trozo de corazón que les arranco para vivir; a cambio les doy una milésima de ternura y una milésima de tiempo. No sé cómo resisto después, pero resisto. Tal vez porque mis parapetos de libros son tan altos como las murallas de Dubrovnik. Mientras tanto, ¿qué es lo que sé? Hace un mes que salí de casa camino de un previsible infierno. Lo era. Desafié mi propio miedo y escribí con mis palabras acerca de lo que vi. ¿Qué es lo que queda ahora? Una colección de periódicos, algunos nombres, incisiones en mi memoria y, sobre todo, una ciudad: Sarajevo.

Zagreb, jueves, 17 de septiembre

Tiempo dulce en Zagreb. Aquí siguen ignorando qué ocurre al sur de la frontera. Pero yo ya regreso con mi cuota de culpa a cuestas, con mis palabritas y mis pequeñas oraciones truncadas. He visto el horror y el coraje, la dignidad de los musulmanes de Bosnia-Herzegovina, y la ciudad de Sarajevo, que no me la voy a quitar nunca de la cara: sombras luminosas, de cementerios musulmanes, torres cristianas, alminares, la sombra fresca de la sinagoga. ¿Qué otra ciudad estaba lista para el porvenir? Atesoro pequeños nombres, sé cómo respira, cómo resiste la gente de Sarajevo, que quiero como parte de mi memoria. Ángeles negros están perfumando el aire. Bajé a la guerra, pero yo me vuelvo a casa y ellos se quedan aquí: a merced del fuego y del frío. Tarde o temprano tendré que volver con mis ojos y mis oídos: hacer caligrafía de la realidad es una forma de salvarse.

Madrid, domingo, 20 de septiembre

Sí, es la voz de Wolf Biermann la que aquilata la mañana del domingo. La trajo I. desde Alemania, como trajo, envuelto en virutas, un tiovivo del mundo, hojalata y mecánica elemental. Un juguete que le hubiera encantado a Walter Benjamin y que me encantó a mí. Ayer nos abrazamos más fuerte que nunca, y nos besamos en los labios, y nos dijimos exactamente nada. Quién sabe si algún día nos lo diremos. Algún día, ahora que he salido de Sarajevo y he vuelto con mi miedo intacto a esta misma playa sucia.

Vigo, viernes, 25 de septiembre

De madrugada, me despertó la fuerza de la lluvia. Soñaba con Sarajevo, como todos estos días. Eran sueños sin angustia. Seguía trabajando allí, tratando de escribir acerca de lo que veía. Tampoco mi madre pasó miedo mientras estaba allí. Dice que iba a misa todos los días y que salía de la iglesia con una gran paz de alma, con alegría. En Sarajevo, aquellos días, estaba como esclarecido. No es que hiciera apostasía del miedo, sino que no me enturbiaba el ánimo. Estoy mucho más perdido aquí, enredado en los fantasmas del deseo, sin ver con claridad, sin voluntad para escribir. Los días se suceden como un larguísimo tren gris: no sé si voy dentro, leyendo mientras lucho contra el sueño, o lo veo pasar desde una habitación a oscuras. Como ésta, la antigua habitación de mis padres, que da al mar y me mata un poco cada noche: no hay una lámpara para escribir o para leer (Miguel Torga, Richard Ford, Henry Roth), para resistir el olvido. Mientras estaba en Sarajevo, jugándome la vida, C. M. se debatía entre la vida y la muerte tras dar a luz a su primera hija, Marta. La mujer a la que más he querido, con un amor más intenso y más real. Ahora trazo signos en un mapa. Todo esfuerzo parece inútil. Para de llover. Me sobrepongo. Ceno con mis parientes más cercanos. Vida fútil. Entonces quiero coger un tren, huir otra vez de aquí, escribir lo que aún espera. Ni siquiera puedo decir 'Dios

mío': no me está permitido. Paso páginas como puertas de hierro, me abrazo a cuerpos que enseguida me saben a hastío y así cumplo una jornada tras otra. Al menos, Sarajevo era real.

Segundo cuaderno

Madrid, martes, 24 de noviembre

¿Cómo decir que no? A fin de cuentas se trata de mi ineludible imperativo moral. Es mi cuota, la parte que me toca contra la amargura, la crueldad y la destrucción de mundo. Pero, junto a eso, ¿cómo no tener miedo? Y más ahora que regreso a un infierno conocido. Tal vez ahora me cueste más porque siento que tengo algo que puedo perder: a I. Pero tal vez ahora me cueste menos, porque I. existe. Volveré a las montañas de Bosnia, pero con ella en el corazón.

Miércoles, 25 de noviembre

Esta vez todo será distinto. ¿En el amor o en la guerra? Llama el cartero en mitad de la tarde. Bajo los cinco escalones de mi torre de marfil, pero no hay carta de Alemania. En Alemania, los nazis se envalentonaron día a día. También en la antigua Yugoslavia, aunque tengan otros nombres, parezcan otras huestes. Hace frío en Alemania. Lo hace aquí cuando llega la madrugada. Pero no tiene nada que ver con el frío y el dolor de Bosnia. Volver para escribir sobre la muerte y el sufrimiento. Mientras vivimos podemos intentar escribir a favor de la razón, mientras vivimos podemos tratar de sacar lo mejor de nosotros mismos. Intento leer en cada indicio, en sus gestos, sus palabras, sus regalos (juguetes para Walter Benjamin y para mí), en sus abrazos, en sus despedidas, si es cierto que este amor es una carretera asfaltada en dos direcciones. Noviembre ya huye espoleado por su propia furia y melancolía. Sigo escribiendo mal, sigo lejos de la luz esclarecida que necesito para ver en las tinieblas. Pero no soy del todo el mismo, no con aquella

carga de confusión y desesperanza que arrastraba antes de partir la primera vez hacia la guerra. Por eso, en un sentido ahora es mucho mejor, pero en otro infinitamente peor. Perderme sería perderla.

Jueves, 26 de noviembre

¿Y ahora? Puedo volver atrás. Encontrarme con una interrogación alrededor de la letra I. mayúscula, una inicial entre dos árboles, un puntal clavado en la arena, la campana de una casa solitaria frente al mar, cuando Henry Roth, en Alburquerque, el 17 de julio pasado, me aseguró que encontraría a alguien. ¿I.? En medio de su silencio y del mío, del silencio de la casa a dos días de mi partida hacia Bosnia, las dudas han embravecido el mar de la certeza.

'Yo he sido la primera que te he dicho que adelante con lo de Yugoslavia, pero se me pone un nudo en la garganta cada vez que te miro, sabiendo que el domingo vuelves a la angustia. Por cómo lo harás, no hay problema: estupendo, seguro. Pero cuídate. Cuidaos tú y Gervasio. Me alegro de que vayas con él. Y de que tengas a Isabel como una bocanada de aire fresco y ternura que te espera y claro que te quiere. Yo también te quiero.

Marta 25/11/92, 10:56'

Viernes, 27 de noviembre

Sus palabras son con mi aliento. El viento sopla con fuerza en Hamburgo, la noche está en calma aquí, pero nieva en las montañas de Bosnia. Ella dice que si tardo en volver irá a Sarajevo para estar conmigo, y que enviará a su espíritu y a los espíritus de todos sus muertos para que me protejan.

Sábado, 28 de noviembre

Casi todo está a punto. ¿La suerte? La llevo grabada en mi corazón: a ella, mi amor, junto a mi suerte. La guerra no es un espejismo, no es una página en blanco y negro de los álbumes de *Hazañas bélicas* de Camilo, ni una película de aquéllas que nos disparaban la adrenalina, ni una de aquellas batallas que librábamos entre los maizales y las higueras de la casa de la abuela, ni siquiera las guerras que escribimos en los periódicos. Es un archipiélago de carne y hueso, cuerpos concretos, rostros adormecidos para siempre, carne maltrecha, y todo el dolor que cabe en la cuenca de las manos, se desborda, cae al suelo y se seca. Vuelvo con mi pluma, a mojar el plumín en esa tinta tan cruda, a revivirla, a calentarla como se calienta la herrumbre, la madera de Campeche, el óxido del alma. No hacen falta ni siquiera grandes palabras, sólo inclinarse sobre el parapeto, entrar en las casas, visitar el depósito de cadáveres, mirar a los ojos de los muertos como se mira a los ojos de los vivos, y seguir después: intacto por fuera, con el corazón inmóvil, casi inmóvil, para que la tinta aflore como la escarcha.

Split, domingo, 29 de noviembre

La lluvia es fría. Ha sido un largo juego de despegues y aterrizajes, aviones capaces de horadar hasta el cielo nocturno y de no darse de bruces con el mar. El mar es el Adriático. Vuelvo a Split y casi recupero una cierta tranquilidad del alma. A pesar de que vuelvo aquí para volver a escribir sobre la guerra que desgarra Bosnia. Madrid-Fráncfort, Fráncfort-Zagreb, Zagreb-Split. Como si las ciudades fueran grandes carteles luminosos que sólo pudieran divisarse desde el suelo.

Lunes, 30 de noviembre

He visto apenas anochecer sobre el mar Adriático en un punto de la antigua costa dálmata equidistante de Sarajevo y de Dubrovnik. Exploro el corazón con manos trémulas, casi las mismas que aquí

exploran el cadáver de la antigua Yugoslavia. No dejo de decir que el futuro será peor. El futuro de los musulmanes bosnios, el futuro de Europa, el futuro del mundo. Aquí sólo nos limitamos a constatar el tamaño del desastre. Visitamos a las tropas españolas, relatamos lo que sucede con su riesgo, hablamos con el subsecretario de Asuntos Exteriores (Máximo Cajal parece un hombre inteligente y triste, o triste a fuerza de ser inteligente), escribo lo que veo, lo que creo ver, lo que me cuentan, lo que me creo que me cuentan o lo que me creo de lo que me cuentan, y así salvo otro atardecer en la costa dálmata mientras confío —infundadamente— en que mi futuro no será peor que mi pasado: porque el hombre padece una enfermedad llamada esperanza, porque los errores de apreciación nos salvan acaso de perecer por haber perdido el entusiasmo, porque la vida aflora a pesar de la crueldad de la guerra y del frío en Bosnia. El día ha sido insultantemente hermoso en la costa dálmata, en este pequeño lugar que equidista de no sé dónde. Pero en las montañas siguen muriendo todos los días.

Martes, 1 de diciembre

El perfil de las montañas que custodian el valle del Neretva apenas había empezado a impresionarse sobre el papel fotográfico del cielo cuando nuestro automóvil abandonó la carretera de Dubrovnik para subir por la que mima el río. La noche impenetrable no nos había dejado ver el azul del mar Adriático. En Metkovic, ni rastro de la escolta de soldaditos españoles para un convoy humanitario. El frío segaba escarcha bajo las rodillas y el día empezó a clarear sobre las casas reventadas por la guerra. Caplinja, Mostar, Jablanica.

Ha sido un día muy largo, casi 17 horas de trabajo para escribir apenas 35 líneas —el periódico parece a veces un animal despiadado dictando sus necesidades hasta esta hermosa ciudad junto al Adriático— y encontrarnos con un general español que no sabe de la misa la media y que para preservar su posición negociadora busca una imposible equidistancia entre las atrocidades y las partes. Debe

ser su tarea, pero hay magnitudes que no son comparables y que no pueden ser comparadas. Los musulmanes bosnios han visto escrito su destino en los labios y en las estilográficas de los poderosos. A veces vuelvo a pensar que no sólo es cierto todo lo que siento, sino que al otro lado de las líneas *enemigas* se fragua el mismo sentimiento. I.

Miércoles, 2 de diciembre

El sol brilla en la planicie del mar Adriático. Pasa un carguero a lo lejos. No voy a huir de aquí. ¿Se trata de mi destino? Lentamente, antes de subir a escribir mi entrevista con el general Luis Martínez Coll, paseo por la orilla del hotel: una orilla que da al mar. El sol es como un alimento para los peces, que suben a comer a nuestra boca. ¿Dónde están los refugiados, por qué no salen de la sombra, por qué no vienen a amamantarse, a mamar de este sol tan generoso? Hay un ejército de sillas vacías frente a la mansedumbre del mar. Yo, que no soy un refugiado, me siento en ellas, y mamo mi edad perdida, mi nostalgia de Madrid, mi destino borroso, mi amor y mi lujuria. Vuelvo a la tarea. El día declina. A las cuatro y media será de noche. Vendrá el frío a aquilatarnos.

Jablanica, jueves, 3 de diciembre

En noches como ésta. Ha dejado de llover. Incluso ha remitido el frío. El silencio de las diez de la noche es el de la noche profunda. Yo estoy a solas conmigo mismo, triste, tratando de dilucidar al mismo tiempo mi identidad y mi porvenir. Banalidades en medio de la guerra que desangra las tierras de Bosnia-Herzegovina. La pericia de Gervasio nos salvó de la imprudencia de Gervasio: nos salvamos de una muerte casi segura en las aguas del río Neretva, pero el coche quedó inutilizado a veinte kilómetros al sur de Jablanica. La brisa agita las ramas casi desnudas de un árbol del jardín. Después de recabar inútilmente la ayuda del destacamento de *cascos azules*

españoles encontré a dos musulmanes dispuestos a recuperar el coche averiado con una grúa: era la última puerta del último garaje del pueblo una mañana de perros muy temprano. Lo que no sabía es que los perros peores estaban al otro lado de la línea telefónica: en la confortable perrera de Madrid. Ahora, la noche y la cena con los legionarios y paracaidistas —la primera comida del día— ha aliviado mi tristeza. Antes de volver a la antigua Yugoslavia no dejaba de preguntarme por el sentido de seguir trabajando de periodista para un diario en el que apenas creo, y sobre el tiempo que entrego a esa máquina abominable que apenas me permite dedicarme a mi propia tarea: al teatro y la escritura. ¿A quién le hubiera importado si hubiéramos perdido la vida en el Neretva? A nuestros amores, a nuestras familias, a nuestros amigos. Cuando al fin logré contactar con Madrid —gracias al teléfono vía satélite del destacamento español— su única, despiadada, preocupación era saber si iba a transmitir o no. El resto no importaba. En ese momento, toda mi fortaleza, todo el buen talante con el que había tratado de hacer frente a todas las adversidades del día, se desvaneció. Entonces deseé poner punto final a mi carrera periodística. Pero he venido aquí más por una obligación moral que por una obligación hacia mi periódico o para buscar el brillo profesional. Ahora me siento herido y desdichado, a salvo en este cuarto de Jablanica, con el viento agitando las ramas del jardín y una nueva jornada para intentar salir de aquí, llevar el coche adonde puedan repararlo, conseguir otro, volver a internarnos en territorio bélico, y contar, contar con el corazón en un puño y la inteligencia despejada qué está ocurriendo aquí. I. me salva, pero siento un desaliento casi masticable. A esto vamos llegando, a este trabajo deshumanizado. ¿Es acaso esto lo que buscaba en el periodismo? Sí, sé que hay que ser duro frente a los miserables, más duro que ellos para poder encarar el peor rostro de la especie: el que aflora en la guerra de los Balcanes y el que asoma en lugares tan desoladoramente civilizados como Madrid.

'La paz está más cerca'

El general español Luis Martínez Coll (nacido en Melilla en 1936), jefe de operaciones del Estado Mayor del Ejército, se convertirá hoy, y durante una semana, en jefe de los *cascos azules* de la ONU desplegados en Bosnia mientras su jefe, el general francés Phillipe Morillon, disfruta de una semana de permiso. Durante esos días, Martínez Coll cambiará su tranquilo dormitorio en Kiseljak por una cama en la sitiada y bombardeada Sarajevo. Martínez Coll, que de organizar el despliegue de las tropas españolas en Croacia y Bosnia ha pasado a buscar el acercamiento entre las partes en conflicto, ve indicios de que 'la paz está más cerca'.

El *general invierno* también puede ser decisivo en la guerra de los Balcanes. Así lo cree el general español. El invierno, el cansancio de los combatientes, el embargo internacional y las conquistas serbias. Eso, y los contactos con las partes, son los factores que le permiten aventurar que las posibilidades para la paz son ahora mejores, aunque las condiciones de vida de los refugiados musulmanes en el norte de Bosnia se han agravado. 'La intensidad de los combates ha decrecido en los dos últimos meses —dice—. No es fácil la paz. Veo y hablo con todas las partes, veo cómo se van acercando las posturas. El invierno puede propiciar que se llegue a un arreglo, aunque los males causados por la guerra están ahí. Esto viene de siglos atrás, desde la invasión de los turcos, que desplazaron a los serbios y dejaron a los musulmanes detrás', asegura, con temor a que sus palabras puedan poner en peligro su misión mediadora.

Reconoce, sin embargo, que no se está fraguando una paz por separado. 'Si así se hiciera, si se firmara una paz sin contar con una de las partes (un acuerdo entre serbios y croatas que excluyera a los musulmanes, por ejemplo), se estaría cerrando una herida en falso'.

Aunque le cuesta admitir la evidencia, señalada por el subsecretario español de Asuntos Exteriores, Máximo Cajal, en su reciente visita a Split, de que los musulmanes son las mayores víctimas de la guerra, Martínez Coll señala que el hecho innegable es que 'si hoy terminase la guerra en las líneas actuales, los que están peor situados son los

musulmanes, que son la mayoría de la población y ganaron las últimas elecciones'. El general español precisa que 'los musulmanes bosnios se han dedicado a otro tipo de actividades, como el comercio, y no estaban muy presentes en el ejército de la antigua Yugoslavia'. Pese a ello, el general no cree que sea posible una solución militar a la guerra. 'De una intervención militar exterior, ni hablar', y de una victoria de una de las partes, 'tampoco'. 'Si se lleva a cabo bien el embargo (que los musulmanes bosnios han denunciado reiteradamente, ya que consagra una clara discriminación en favor de los serbios, que se quedaron con el armamento del antiguo ejército federal yugoslavo), se llegaría a un equilibrio. No creo que los serbios puedan penetrar más. No creo que un bando pueda vencer a los otros'.

Luis Martínez Coll, que fue agregado militar en la Embajada española en Rabat, estima que las líneas actuales 'son parecidas a un mapa de repartición étnica', y no cree 'que se vaya a meter un bando en otra zona donde sea minoritario'. Para apoyar su tesis, el general se basa en un mapa publicado en el libro *Yugoslavia. Guía completa para viajeros*, publicado por la editorial Anaya en 1991: 'Ahí están dibujadas las líneas de contacto étnico actual, anteriores a la guerra'. Son las zonas en las que el ejército de los irregulares serbios ha impuesto su ley y desplazado a los musulmanes para *proteger* a la minoría serbia.

Martínez Coll ha vuelto a insistir en su idea de que la zona asignada a los *cascos azules* españoles es la más segura. Por la ruta entre Split y Jablanica han circulado ya unos 50 convoyes protegidos por blindados españoles. Es una carretera en buen estado que corre junto al río Neretva. No hay indicios de combates recientes y algunos convoyes circulan a velocidad media y sin escolta.

Split, viernes, 4 de diciembre

Los días son como estacas clavadas bajo la lluvia en uno de los terraplenes que bajan hasta el Neretva. La belleza de la garganta, de las montañas entre nieblas, de la gama de los abetos, del caudal del río es acaso más sobrecogedora por la proximidad de la muerte.

Después de dos días aciagos en Jablanica, buscando una grúa para salir de la desesperación en que nos estaba sumiendo una avería, un accidente que estuvo a punto de costarnos la vida. La inoportunidad de morirse precisamente ahora.

Regresamos de Jablanica a Split cuando la luz, hermosísima —un claro en la cortina de agua que se abatió sobre Jablanica—, empezaba a escasear. ¿En qué pensar buena parte del trayecto? Estuve resistiendo a la desesperación durante todo el día, a los sucesivos encontronazos con la fatalidad: dos camiones holandeses —que bajaban vacíos hacia Split—, una tan inflexible como atractiva teniente danesa, una grúa local que no llegaba, una grúa del ejército español que no llegaba, un camión musulmán al que no era posible subir el coche fracturado sin ayuda mecánica, una última esperanza de salir de aquel naufragio en los camiones musulmanes cuando éstos huyeron y nos dejaron sin recursos, y al final una camioneta que sí nos salvó. Ahora estamos de nuevo en Split: un teléfono, un automóvil contratado en otra agencia y la esperanza en que, de alguna extraña manera, podamos empezar de nuevo, corregir el tiro de este viaje que comenzó de forma tan funesta. Yo no me reconcilié con mi periódico, pero hoy mostraron un rostro más humano, y yo no insistí en el planillo de los agravios. Escribí mi historia de la Turbina de Jablanica y luego hablé con ella.

Kiseljak, sábado, 5 de diciembre

La casa de Haris ha quedado repentinamente a oscuras. Suele ocurrir todos los días a esta hora, entre las nueve y las diez de la noche. El suburbio de Otec, en Sarajevo, acaba de caer en manos de los serbios, aunque las noticias son confusas a esta hora. En

Kiseljak, mientras tanto, la vida sigue siendo tan surreal como hace tres meses: parece imposible que a menos de 30 kilómetros de distancia la vida sea una pesadilla desde el 3 de abril. En Kiseljak hemos cenado como en el mejor restaurante de Madrid, pero por un precio irrisorio. Las tiendas parecen bien provistas, no hay signos visibles de destrucción y los rótulos luminosos invitan a entrar en cafés y restaurantes. La noche es traslúcida aquí: un viento frío ha barrido las nubes sobre los abedules y una media luna baña de irrealidad el silencio de Kiseljak. Ha sido un largo camino hasta aquí desde Split: Mostar, Jablanica, Konjic, Tarcin y Kresevo. Las diez y cuarto de una noche paradójica. Aquí, en Kiseljak, a las puertas de Sarajevo, no dejo de pensar en ello. He hecho este largo viaje hasta el infierno para hablar de lo que sigue ocurriendo aquí. Sé que me faltan datos y un buen parapeto de lucidez, pero ha vuelto la tranquilidad a mi alma. Escribir, es mi tarea.

Domingo, 6 de diciembre

Las mañanas arden y se desvanecen como fuegos fatuos. También en Kiseljak. ¿Pero dónde está el enemigo? ¿Dónde nuestras fuerzas? Corremos los riesgos que corremos asidos a nuestro trabajo, una suerte de escudo contra la desdicha. Pero nadie está a salvo aquí, a esta orilla del Sava, del Miljacka, del Drina, del Neretva. Los ríos alimentan nuestro egoísmo, bajo un cielo que el viento barre de par en par. ¿Habéis recorrido acaso bajo la estrecha oscuridad el camino de montaña entre Tarcin y Kresevo? Eran las cinco de la tarde bajo una lluvia intermitente, que pronto se desvaneció para dejar paso a nuestra propia voluntad de seguir adelante. Sólo grandes camiones y un flujo incesante de automóviles, por una pista forestal llena de amenazas, observados de cerca por una tupida centinela de árboles de todos los pelajes. Los *cascos azules* británicos habían reparado con grandes tablones el puente de Tarcin. ¿Y ahora? Ahora estamos aquí, dispuestos a internarnos en la parte más peligrosa del país. ¿Escribir? Eso trato de hacer aquí, mantener la cabeza fuera del agua, como la pluma, los cuadernos, la voluntad, contra los

presentimientos y las pesadillas. Una especie de vida y un deseo arduo de volver. Ella existe, y aquí todo es peor y mejor al mismo tiempo, más duro y más dulce al mismo tiempo.

Historias de Travnik

Antes de la guerra, Travnik tenía 70.000 habitantes, un 45% de musulmanes, un 36% de croatas y un 11% de serbios. Ahora, los *chetniks*, nombre con que se conoce a los radicales serbios, están a las puertas de Turbe. Si conquistan este pueblo, a tan sólo ocho kilómetros, Travnik, la de los 17 alminares, antigua sede del visir otomano de la provincia de Bosnia, estará perdida y una nueva oleada de refugiados inundará los caminos nevados de Bosnia, de la mínima parte de Bosnia que aún está libre de *chetniks*.

Por Travnik han pasado 80.000 refugiados desde que hace nueve meses empezó la guerra. De ellos, 12.000 viven en esta bella ciudad del norte de Bosnia. En Travnik, cada rostro esconde un drama.

Historia de Emir. El antiguo *night-club* y restaurante *Plava Voda* (Agua azul) es la sede de la comandancia bosnia de Travnik. Emir, un joven taciturno y cálido de 25 años, prematuramente envejecido, es el encargado de prensa. La guerra ha hecho de él un existencialista bosnio. El 14 de agosto iba a casarse, y ahora tiene un arma entre las manos y sabe que la usará para defenderse. 'Yo no creo en nada, sólo creo en mi fusil. Mi arma es mi Dios. Yo nunca pensé que iba a tener que matar para no morir. Y eso hace que mi parte animal crezca, y que mi parte humana se haga más pequeña'. Por eso, Emir tiene miedo: 'Yo tengo miedo de que los niños, que han visto morir a su padre y a su madre, quieran más tarde vengarse e iniciar otra guerra', dice Emir sin dramatismos.

Antes de la guerra trabajaba. Era director de una empresa de turismo. Ahora, su escuela secundaria ha sido convertida en residencia para refugiados: 800 personas duermen allí en las aulas, muertas de frío.

'Si miro el Universo, soy habitante de la Tierra; si miro la Tierra, soy europeo; si miro Europa, soy bosnio; si miro Bosnia, soy musulmán'. Emir habla con un dulce fatalismo. Pertenece a la estirpe de los justos. 'Cuando escucho música, escucho a Madonna o a U2; cuando voy al cine veo películas de James Bond; cuando hablo otro idioma, hablo inglés. Pero yo no quiero pertenecer a una Europa que no me protege del mal. Europa es como una vieja dama a la que no le preocupa que alguien pisotee Bosnia, la flor de su jardín. Yo creía en Maastricht, creía en una Europa democrática, y ahora no creo en nada. Maastricht es un chiste. Ya no tengo ni futuro ni memoria'.

Historia de Sakib. Sakib Mulic llegó el 1 de noviembre a Travnik desde Jajce —la última ciudad importante conquistada por los *chetniks* en Bosnia— con su mujer y una hija de 19 años. Sakib tiene 51 años y es musulmán. Fue enviado a defender Jajce, al norte de Bosnia, tras el incendio de Dugon, la aldea donde vivía. 'Recibimos órdenes de retirarnos de Jajce, porque iba a ser intercambiada por Kupres. Entonces, los croatas empezaron a retirarse y después, los musulmanes'.

La caída de Jajce, que provocó una oleada de casi 40.000 refugiados hacia Travnik y Zenica, es puesta como ejemplo de las consecuencias funestas de las divergencias entre croatas y musulmanes —que ya se enfrentaron a tiros en Travnik— en cuanto a su estrategia frente a los serbios radicales. 'Cuando los croatas supieron lo que ocurría en Travnik, empezaron a retirarse. Nos sentimos traicionados. Las autoridades nos prometieron armas y refuerzos durante siete días. Pero nada llegó', revela Sakib.

Sakib era cocinero en una granja. Ahora lo ha perdido todo, y él y los suyos viven refugiados con una familia de Travnik. Acude a combatir a Turbe desde la antigua capital otomana. A Sakib se le rompe la voz cuando se le pregunta qué hará a partir de ahora. 'Si puedo me quedaré aquí. Tengo un hijo que estaba en el ejército yugoslavo, y ahora está combatiendo contra los serbios en Kladuica.

Sólo espero que esté bien', ruega mientras se muerde los labios para no romper a llorar.

Historia de Verica. La gente se arremolina a las puertas del local de la Cruz Roja de Travnik. Buscan comida y ropa, y los recién llegados una cartilla de refugiado. Verica Jokanovic tiene 29 años, es croata y voluntaria de la Cruz Roja. 'Mi marido es serbio, y fue intercambiado por prisioneros musulmanes. Mis dos hijos y yo nos quedamos aquí. Fue muy duro separarnos. Él aguantó siete meses aquí, pero recibíamos amenazas y se presentaban soldados en casa buscando armas'.

Verica habla con la misma tristeza tranquila que Emir. 'Tengo miedo, pero más por mis hijos [una niña de cinco años y un bebé de 16 meses] que por mí'. Cuenta Verica que su marido pensaba que los serbios se vieron obligados a 'hacer esta guerra'. También ella lo cree así. 'Tenían buenas razones', pero piensa que 'la guerra es la peor manera de arreglar los problemas. Nada será mejor para nadie cuando la guerra termine'.

'Nadie se siente seguro: los serbios tienen miedo de los croatas, los croatas de los serbios, los musulmanes de los croatas y los serbios'. Cuando mira hacia atrás, Verica sabe que algo se ha perdido para siempre en Bosnia: 'Creo que sólo podré vivir a salvo en el extranjero. En este país mi propio marido puede verse obligado a disparar contra mí'. A ocho kilómetros, el frente se estrecha en Turbe, a las puertas de Travnik. El invierno llega y el mal parece no tener fin.

Lunes, 7 de diciembre

Un horizonte de grajos, cuervos, urracas y pájaros sin nombre desmenuza el horizonte con sus picos de hierro colado y sus gargantas afiladas por el frío. Nevó ayer, pero ni los almiares ni la hierba de Kiseljak conservan un rastro indeleble de la nieve. El frío es todavía un asunto tolerable. El boletín de las siete de la mañana en la BBC dice que el mundo, a pesar de todo, sigue su orden inútil. Nos levantamos como para corregir la deriva de los continentes, pero toda la tarea acaba siendo mucho más modesta. La noche pasada, en la casa de Haris y Anisia, escuchamos tristísimas canciones bosnias y macedonias. Yo podía volar lejos de aquí, creer que esta vez sí: voy a salir indemne, aunque no me refiero al corazón.

Historias de Travnik. La vida es como un río sucio de sangre. Basta con llamar a cada puerta para recibir un puñadito apretado de amargura: cada puerta, cada casa. El mar de mi infancia, mis amores, mis primeros escritos quedan muy lejos de aquí. No sólo lucho contra el miedo, contra la cicatería de mi periódico o contra la dificultad de llevar las palabras hasta unos oídos y unos ojos de Madrid, es mi propia falta de luz para ver en toda esta impresionante oscuridad: la belleza de Bosnia —esta mañana bajo la nieve— y el resplandor de la muerte. Nunca habré pensado bastante: sobre lo que estoy haciendo aquí, sobre mi decisión de regresar al infierno. A pesar de que ahora siento que tengo mucho más que perder, no me arrepiento. Mañana vuelvo a Sarajevo y el terror se me enredará en el estómago como una cobra en la razón, y pensaré en ella como en una especie de salvaguarda contra el mal, contra la proximidad de la muerte, de poner súbitamente punto final a lo que seguimos suponiendo que es el tiempo futuro: lo que me queda por vivir, por llegar a ser con ella y por escribir. La noche es clara, la luna rueda por las montañas de Bosnia hacia Sarajevo. Detengo un momento

mi corazón y espero a que este cáliz amargo pase ante mis labios sin herirme.

El sitio de Sarajevo

La batalla de Sarajevo no es, en puridad militar, una batalla. Es un cerco que parece perseguir el exterminio de sus 350.000 habitantes —musulmanes, serbios, judíos y croatas— como estrategia para lograr su rendición. El ejército serbio comenzó a tomar posiciones en Sarajevo el pasado 4 de abril. Al no conseguir dividir la capital de Bosnia-Herzegovina en dos, las fuerzas serbias se retiraron a las colinas que circundan la capital y, desde allí, hostigan sin cesar a una población que asiste casi inerme a la paulatina destrucción de su ciudad.

He aquí la estrategia del sádico. Un hormiguero puede ser destruido bloqueando todas sus salidas y cortando todos los suministros. Para acabar con las hormigas se puede recurrir a una inundación masiva, un bombardeo aéreo o morteros indiscriminados y francotiradores. Esta última *solución* es tan lenta como dolorosa. Las hormigas apenas tienen forma de defenderse contra el gigante que dispone de ellas a su antojo, salvo tratar de hacer que la vida en el hormiguero se acostumbre al ritmo establecido por los bombardeos mientras confían en que otros gigantes menos crueles y otros hormigueros, tan humanos como el suyo, decidan tomar cartas en el asunto e impedir el exterminio. La batalla de Sarajevo, como señaló un escritor francés, es una suerte de sitio medieval con armamento moderno. Desde el punto de vista estratégico, su objetivo es la propagación del terror entre la población civil. En buena lid, aterrorizar a la población civil no debería incluirse en los manuales de estrategia. Por eso, la batalla de Sarajevo no es, en puridad, una batalla: desde la órbita de los atacantes serbios (a quienes los ciudadanos de Sarajevo —musulmanes, serbios, judíos y croatas— prefieren denominar *chetniks*, en homenaje a su extremismo), amparados en un potencial bélico disuasorio, acaso pretendieron una

rendición tras fracasar en su primer intento de tomar la ciudad. Pero Sarajevo no se rinde.

Desde los parapetos y los cristales rotos de los sitiados, la ética de la resistencia —basada en una inferioridad logística que el embargo de armas internacional contra todos los contendientes en la antigua Yugoslavia ha consagrado— ha ido dando paso a una estrategia de la verdad. Sarajevo es bombardeada indiscriminadamente desde las colinas que la rodean. El 90% de los muertos de la batalla de Sarajevo se produce lejos del frente, en las calles de la ciudad.

La guerra comenzó *oficialmente* en Bosnia-Herzegovina el 4 de abril de 1992. Pero las cosas se veían venir desde tiempo atrás, o así supieron verlo, por ejemplo, Mahir Zisko y su grupo paramilitar de *boinas verdes* que, ante el cariz que tomaban las cosas en Sarajevo, decidieron asaltar las comisarías de policía días antes del inicio de la guerra para adelantarse a la estrategia serbia y proveerse de armas. Los *chetniks* planeaban dividir la ciudad en dos bloques y dejar a los musulmanes constreñidos al este de la ciudad, el casco viejo de Sarajevo. La línea de demarcación venía establecida por los cuarteles del exejército federal yugoslavo, enclavados en la avenida del Mariscal Tito.

El 4 de abril, las fuerzas *chetniks* toman posiciones en la ciudad, sitúan su cuartel general en el hotel Holiday Inn y levantan barricadas en los barrios de Vraca y Grbavica, al sur, y en algunos puentes sobre el Miljacka.

Los francotiradores abren fuego sobre la muchedumbre concentrada ante la presidencia de la República: 10 personas mueren. A las 24 horas del inicio del conflicto, los *chetniks* tienen bajo su control Vraca, parte de la montaña de Trebevic —al sureste de la ciudad—, Ilidza —vía natural de salida hacia el valle de Sarajevo, al oeste— y Vogosca, un importante enclave al noroeste. En las primeras horas, el ejército federal yugoslavo no interviene. Pese a contemplar combates y muertos en sus calles, los habitantes de Sarajevo no

quieren creer que lo que habían visto suceder en Croacia va a desencadenarse en Bosnia-Herzegovina.

El tercer día, los francotiradores empiezan a disparar desde el cuartel Mariscal Tito. Las fuerzas *chetniks* intentan fortalecer una primera línea de corte entre Vraca, al otro lado del río, y el cuartel, y prolongar después el desgarro hasta Pofalici, al norte de la ciudad, y Vogosca. Era la idea elaborada por el líder de la autoproclamada República Serbia de Bosnia-Herzegovina, Radovan Karadzic: 'Divi- dir Sarajevo en dos'. En los primeros momentos, el presidente bosnio, Alija Izetbegovic, se encontraba en Lisboa. Cuando regresa a Sarajevo es detenido en el aeropuerto de la ciudad por las fuerzas rebeldes y llevado a su cuartel general, instalado al sur del Miljacka, en Lukavica.

Diez días. Desde Belgrado, el general Milutin Kukanjac, jefe del Ejército federal yugoslavo en Bosnia-Herzegovina, recibe la orden de tomar Sarajevo. Al mismo tiempo, gracias a la mediación del general Lewis McKenzie, jefe de Unprofor (fuerza de protección de Naciones Unidas) en la capital de Bosnia, Izetbegovic es liberado… El Ejército yugoslavo emplea todo su potencial contra la ciudad, provoca pavor y destrucción, pero no logra su propósito de tomar la presidencia ni controlar Sarajevo. Los tranvías, por primera vez desde que empezaron a circular, el 1 de mayo de 1895, se detienen. Dos días después, los combates se generalizan. El Ejército yugoslavo desata ataques desde sus cuarteles en Nedarici, Viktor Bubaj y Mariscal Tito.

Al cabo de 25 días, los bosnios se hacen con el mando en la ciudad de Sarajevo desde la zona vieja, Stari Grad, al este, al barrio de Stup, al oeste. Los *chetniks*, por su parte, se han hecho fuertes en Ilidza, la vía principal de entrada a Sarajevo, el aeropuerto y Lukavica, y mantienen su frente interno, la para los bosnios espina estratégica de los cuarteles del ejército federal. A mediados de mes los serbios han logrado asegurar sus posiciones. La línea más fortificada e irreductible por la especial configuración geológica está

situada al noreste, donde una cadena montañosa cierra la salida de la ciudad: es una especie de embudo coronado por fortines de baterías serbias, que se pueden contemplar desde las laderas de Trebevic, al sureste.

El 5 de junio, las tropas del ejército federal yugoslavo son autorizadas a abandonar la ciudad. Se llevan todo el armamento ligero que pueden e intentan inutilizar el que dejan. Pero, mientras tanto, a sus posiciones en Lukavica, Ilidza, Vogosca y el aeropuerto los agresores han logrado agregar el barrio de Grbavica, al sur del Miljacka, y combaten ferozmente por el control de Dobrinja, la zona más machacada de la ciudad, y dominan Nedarici, desde donde pueden lanzar granadas de mortero sobre el nuevo Sarajevo.

Un mortero de Nedarici provocó hace unas semanas una matanza en el mercado de Alipasino Polje. Los *chetniks* tienen las mejores posiciones sobre la ciudad y controlan todas las salidas. Dominan entre el 10 y el 15% del casco urbano de Sarajevo.

Según el mayor Mustafá Hajrulahovic, 'El Italiano', la estrategia *chetnik* 'es diabólica, pero hasta un idiota podría haberla concebido'. Al fracasar en su intento de controlar la ciudad en seis días, puesto que no esperaban una resistencia tan fuerte, decidieron tomar las colinas, emplazar baterías en lugares fortificados y bombardear la ciudad. De ahí que más que una batalla es, según El Italiano, 'un ataque contra los civiles'. Tras fracasar en su pretensión de cortar transversalmente la ciudad intentaron un corte longitudinal, convirtiendo el río Miljacka en zona verde que dividiera la ciudad en musulmana en la margen derecha, y *chetnik*, en la izquierda.

Al principio de la guerra, según el mando bosnio, los serbios tenían emplazadas alrededor de Sarajevo 580 piezas de artillería pesada, 125 tanques y unos 22.000 hombres. Ahora mantienen el cerco la mitad de artillería y de hombres, aunque siguen teniendo capacidad para destruir la ciudad. Los *chetniks* no han empleado la aviación contra Sarajevo, a diferencia de lo que hicieron en Vukovar u Osijek.

Sin embargo, algunas fuentes militares contabilizan hasta 350 bombardeos en toda la comarca y en las afueras de la ciudad. La artillería pesada serbia está emplazada sobre todo en Kromolj, Mrkovice, Poljine y Radava, al norte; Hvesa y Barjak, al este, y Trebevic, al sureste. Morteros, lanzagranadas, tanques y artillería mecanizada ocupan toda la línea del frente *chetnik* : Ilidza, al oeste; Zuc, al norte; Trebevic, al sureste, y Nedarici, Dobrinja, Grbavica, Lukavica y Vraca, al sur. La línea del frente tiene una longitud de 40 kilómetros.

Frente a los serbios, el objetivo estratégico bosnio ha consistido en romper el cerco por su parte más accesible: Ilidza y Vogosca. Los mandos bosnios se quejan del flaco apoyo de los croatas situados en la retaguardia serbia —el pueblo de Kiseljak es un buen ejemplo de ello—. A la resistencia serbia hay que añadir la actitud de buena parte del Consejo de la Defensa Croata (HVO), presidido por Velimir Maric, que controla el barrio de Stup, colindante con Ilidza, donde, merced a las especiales relaciones con los serbios, despunta un floreciente mercado negro.

En estos momentos, fuerzas bosnias están tomando posiciones en Zenica y en las cercanías de Vogosca para intentar coger a los *chetniks* entre dos fuegos. Tras la cesión del aeropuerto a Naciones Unidas a principios de julio, la presión bosnia desde Hrasnica, al sur, y Butinir ha logrado ablandar el corredor *chetnik* que unía Pale, la capital de la autoproclamada República Serbia de Bosnia-Herzegovina, Ilidza y Belgrado, por la que los serbios recibían vituallas y municiones. Sin embargo, aunque logren romper las líneas serbias, hay escepticismo respecto al levantamiento final del sitio.

Los bosnios han basado su combate en una táctica ofensiva-defensiva, con la pretensión de causar los mayores daños sufriendo las menores pérdidas. De acuerdo con la configuración miliciana del ejército, formado en menos de cinco meses, la guerra de guerrillas ha sido su forma preferida de lucha, pero ha sido también su

principal debilidad. Frente a un ejército que no entra en el cuerpo a cuerpo y recurre sobre todo a la artillería, las bajas bosnias han sido numerosas.

La parte bosnia desconfía de los renovados anuncios de Karadzic de concentrar su armamento pesado bajo supervisión de Naciones Unidas y reclama que, si la comunidad internacional no interviene decididamente para poner fin al martirio de la ciudad, por lo menos les permita proveerse de armas.

Las fuerzas bosnias se componen básicamente de hombres. Según el jefe del Estado Mayor, Sefer Halilovic, su ejército cuenta con 150.000 soldados en Bosnia-Herzegovia y con 30.000 en Sarajevo. De esos 30.000, el 90% son voluntarios, y el 5%, mujeres. Parte de esas fuerzas pertenecen al HVO, que no reconoce a Halilovic como su jefe. Disponen de otros 20.000 hombres en la capital bosnia, pero sin armas. Es su mayor problema: la falta de armamento ligero y pesado. Hay un fusil para cada tres hombres y una ametralladora para cada cinco.

El número de muertos por la parte bosnia era, a principios de este mes, de 3.037, y el de heridos rondaba los 12.000 graves y 14.000 leves. La cifra de desaparecidos ronda los 6.600. El 90% de los muertos y heridos son civiles o soldados que se encontraban en el centro de la ciudad, lejos del frente de batalla.

El mando bosnio confiesa a media voz que tras la guerra contra Serbia, que controla más de dos terceras partes de la República, queda por resolver la cuestión de los croatas de Bosnia. El temor a una cantonalización del país planea sobre los hombros de los musulmanes. Muchos serbios y croatas no ven ninguna razón para que exista un estado bosnio independiente. Tras la batalla de Sarajevo, la batalla por Bosnia-Herzegovina dibuja un horizonte lleno de sombras y nuevos sufrimientos. Los grandes perdedores van a ser, sin duda, los musulmanes de Bosnia-Herzegovina.

Martes, 8 de diciembre

Los grandes y los pequeños ríos, como el Lasva, cerca de Turbe, o el Bosna, cerca de Maglaj. ¿Cómo escribir de la guerra sin mancharse las manos, pero implicando el corazón? Subimos hasta Maglaj por la carretera de Zenica, para asomarnos al aroma del frente de batalla. La lluvia no iguala nada, aprieta los recuerdos como clavos en una tabla virgen. Mañana intentaremos de nuevo entrar en una fortaleza agónica llamada Sarajevo. Allí están la trampa y el terror, el heroísmo y la muerte a bajo precio. Cada día, mientras de alguna manera me siento feliz en el automóvil que recorre las carreteras de Bosnia bajo la lluvia, no dejo de pensar en ella.

Carretera sin destino en Maglaj

Los indicadores dicen que la carretera de Maglaj, en el norte de Bosnia-Herzegovina, lleva también a Sarajevo y a Zagreb. Pero es mentira, no lleva a ninguna parte. Por Maglaj, donde la alianza entre musulmanes y croatas resiste desde el 21 de septiembre la ofensiva serbia, pasa la carretera que une Zenica y Doboj. Zenica, la tercera ciudad de Bosnia, es un gris enclave industrial que no ha sufrido bombardeos. Pero en Doboj los combates han sido muy duros.

Si un conductor desprevenido abandona Maglaj en dirección a Doboj se encontrará pronto entre dos fuegos: a la izquierda del río Bosna, las fuerzas croato-musulmanas; a la derecha, las serbias. Una ratonera. Esta carretera, de Zenica a Zagreb, en el tercio norte de la República de Bosnia-Herzegovina, discurre entre montañas nevadas y bordea el valle del río Bosna, que baja caudaloso hacia la misma Sarajevo. Al sur de la ciudad, los tejados parecen intactos, pero descargas de fusilería, tableteos de ametralladoras y algún cañonazo seco anuncian que la guerra está cerca.

En la comandancia de Maglaj el ambiente es más distendido que en la de Turbe, mucho más al sur. Las dos ciudades son dos filamentos

del frente, dos líneas que los serbios pueden quebrar para completar así su ocupación de Bosnia. De momento controlan dos tercios de una República reconocida por Naciones Unidas, y su avance parece imparable, mientras el mundo sigue mirando hacia otra parte.

El 21 de septiembre comenzó la ofensiva *chetnik* sobre Maglaj. En los mapas de la comandancia de la ciudad se puede ver la línea roja de las posiciones serbias, a las afueras del pueblo y en la margen derecha del río, y la azul de las defensas bosnias. Apenas 100 metros separan unas trincheras de otras. Los serbios han emplazado piezas de artillería pesada, tanques y morteros en la montaña de Majevica, desde la que han aniquilado el viejo Maglaj, que conservaba el aroma del siglo XVIII.

La mezquita Kursumli, uno de los más bellos edificios de Bosnia, suntuosamente decorada, no se ha librado de las multilanzadoras de cohetes: la lluvia se cuela por los boquetes abiertos en las bóvedas.

La alianza entre croatas y musulmanes no se ha visto amenazada en Maglaj. Tal vez sea ésa la razón de que, pese a los feroces combates que en dos meses y medio han causado más de 135 muertos entre los bosnios (100 de ellos soldados, según fuentes hospitalarias) y más de 800 heridos, la ciudad resista.

En el cuartel general de Maglaj, mandos del Consejo de Defensa Croata (HVO) y del ejército de Bosnia-Herzegovina, hombres y mujeres, comparten mesa, café, teléfonos y moral de victoria. El más circunspecto es el vicecomandante Sparhic Mensur, 'Sumo', de 33 años, que viste un elegante jersey sobre la camisa miliciana. 'Croatas y musulmanes obedecen a un mando único; a diferencia de lo ocurrido en Jajce, los *chetniks* no tienen ninguna posibilidad de tomar Maglaj', dice. Sumo confía en que el invierno resulte más disuasorio para los serbios que para sus tropas, 'ya que el frío será mucho más intenso en la montaña'. Entre los que bombardean Maglaj 'hay antiguos convecinos serbios', dice el vicecomandante, que antes de la guerra trabajaba en una oficina.

Cuando empezó la ofensiva, el 21 de septiembre pasado, el 45% de los habitantes eran musulmanes, el 34% serbios y el 18% croatas. Ahora sólo quedan en Maglaj un 2% de serbios, 'el resto ha huido', asegura Sumo. Pero 6.500 refugiados musulmanes llegados de ciudades como Doboj o Sarajevo han incrementado el censo del pueblo. El puente que une las dos orillas del río Bosna, en Maglaj, también ha sufrido las salpicaduras de la artillería pesada. Pero resiste sobre el caudal del Bosna.

El ambulatorio-dispensario ha sido alcanzado por cuatro granadas. Ni un solo vidrio se ha salvado de las descargas. En la planta baja, alumbrados por una luz amarillenta, equipos de cuatro médicos trabajan 24 horas cuatro días seguidos. El doctor Damir, de 29 años, confirma que los combates han sido encarnizados desde el mes de septiembre, de ahí el gran número de víctimas. Pero en la última semana el frente no registra gran actividad.

Las posiciones se mantienen. Los serbios no avanzan. La alianza musulmano-croata no retrocede. Una lluvia fría adelanta la caída de la tarde. La guerra, sin embargo, sigue al norte de Bosnia. En lugares perdidos como Maglaj.

Sarajevo, miércoles, 9 de diciembre

La patrulla de aterrorizados soldados bosnios nos detuvo en el centro del peligro: la carretera que va del aeropuerto a la Avenida de los Francotiradores. Podían habernos volado en pedazos, pero acaso hay en alguna parte un ángel que nos guarda como se guarda un alijo de esperanzas. De momento, recién llegado a Sarajevo, con quien tenía una deuda firmada este verano, me preparo para lo peor: para el rostro del sufrimiento humano, para las consecuencias más inmediatas de una crueldad que tan sólo el hombre es capaz de infligir, y volveré a escribir sobre Sarajevo como si eso sirviera para hacer retroceder el tamaño del mal.

Jueves, 10 de diciembre

Dice Gervasio que a la guerra no se puede venir enamorado. Pero no es ésa la única, o acaso la mayor, razón para que no quiera pasar en Sarajevo más que una semana. ¿Qué sentido tiene estarse jugando la vida aquí si después tu periódico no dispone de espacio para ti, o considera que la vida cotidiana de una ciudad sitiada puede esperar? Uno entiende que así sea, que el periódico valore las noticias de cada día en función de un espacio siempre escaso, pero ¿qué sentido tiene entonces permanecer aquí donde tantos riesgos se dan la mano, si después hay que luchar a brazo partido, cada día, por el espacio, explicar a tus jefes el peligro que corres? Sí, por los bosnios, por ellos vale la pena; sí, por mi propio corazón, por lo que puedes hacer por ellos cuando escribes, por lo que haces cuando vives lo que sólo aquí se puede vivir: ese campo de fútbol convertido en cementerio, el pánico de la gente corriendo por las calles al atardecer en busca de refugio, las bombas que no dejan de caer sobre una ciudad indefensa. Sarajevo una y mil veces. Puedo ver en los rostros de los mejores ciudadanos de Bosnia una dignidad admirable. Mantienen la razón por encima de fratricidios. Tal vez también por eso estén condenados a perder la partida en un mundo tan miserable y mezquino como éste. Cuando hablo con I. siento que participamos del mismo idioma. ¿Vale entonces exponer la vida aquí? No es fácil responder a la pregunta. Tal vez no sea ése el planteamiento correcto. Yo sé qué deber moral tenía de volver, pero para escribir: y es lo que voy a hacer a pesar de todo, aunque después las historias no se publiquen. Pero no voy a alargar mis riesgos ni un día más. Me propusieron dos semanas en la antigua Yugoslavia, y estaré tres. La noche avanza sobre las aceras heladas y los árboles mutilados de Sarajevo. Aquí están toda la tristeza y el pavor de la guerra mientras el mundo mira en otra dirección. Ahora mismo están bombardeando. Los ojos se me cierran de cansancio, pero tal vez debería intentar escribir algo más. Que ella exista me ayuda a soportar toda esta desolación. Acaso todavía esté a tiempo de salvar mi propio corazón.

Los muertos duermen en el estadio

A las ocho y media de la mañana, mientras sigue nevando sobre Sarajevo, nueve enterradores se desloman tratando de abrir nueve tumbas en el campo de fútbol junto al cementerio del León. El viejo cementerio, presidido por un león agonizante, se ha llenado de cruces y estelas musulmanas, que se alzan como un ejército silencioso e inútil. Los muertos han comenzado a bajar al estadio. Los Dula, Jusuf, Zenika, Halim, Zahid, Salko, que acaso corrieron tras el balón por ese mismo campo, duermen bajo tierra. Tras casi nueve meses de sitio, más de 10.000 personas han perdido la vida y pasan de 40.000 los heridos. Sólo equipos modestos, de segunda y tercera división, jugaban en el campo de fútbol de Kosevo, entre el cementerio del León y el viejo camposanto.

En el terreno de juego todavía se yergue, impasible, una portería. Dos hileras de tumbas llenan, apretadas, acaso para darse calor ante el invierno que se acerca a grandes zancadas, toda la banda izquierda. Las gradas, de tierra, tienen ya tres filas de espectadores casi llenas. Al final del invierno, si la muerte sigue con este ritmo apre- surado, incluso el campo de fútbol se quedará pequeño. Duermen 300 muertos esta noche en el estadio. Los vestuarios están destruidos. ¿Cuál es el destino de un país que ve cómo sus campos de fútbol se convierten en cuarteles (como el de la Turbina de Jablanica) o en cementerios (como el de Kosevo de Sarajevo)?

A las diez y media se celebran los entierros militares. Seis ceremonias esta mañana. El tableteo de las ametralladoras en la lejanía se mezcla con el trabajo de los enterradores removiendo la tierra helada y pedregosa. Un joven luce una zamarra con letras amarillas bordadas a la espalda, en español: 'El paraíso de recuerdos'. Hace tiempo que no hay ataúdes. Un grupo de milicianos recoge unas tablas de una casa abandonada junto al cementerio. Uno de ellos, lleva una sierra. Cortan madera a pie de tumba y cubren el cadáver antes de verter la tierra encima. Las paletadas resuenan sobre la madera como si de un tambor sordo se tratara.

Los amigos se pasan la pala uno a otro. Uno de ellos clava la estela. Husein Nurkovic, 65-92. Un miliciano de 27 años, muerto en combate. En la tumba gemela acaban de enterrar a Kemo Ferbatovic, de 29 años. Al otro lado del campo de fútbol, en cuclillas, abiertas las palmas hacia el cielo, los amigos y los deudos siguen los rezos del mufti. Una niebla húmeda cubre Sarajevo y todas sus ruinas. La voz del mufti canta sobre el silencio de las tumbas. En una tumba reciente (todas lo parecen), de una rosa roja de plástico clavada en la tierra brota una flor de nieve. Esta mañana, los artilleros serbios, apostados a dos kilómetros de distancia, han dejado a los vivos enterrar a sus muertos en paz.

En el campo de fútbol, de momento, sólo hay estelas musulmanas. En Sarajevo, atenazado por el frío, con los cristales de las ventanas reemplazados por plásticos, ya corre el temor de que las tablas van a ser robadas para calentarse. De ahí que algunos cadáveres sean enterrados con una botella con el nombre del fallecido escrito en ella. Los castaños y cipreses que en verano daban sombra al león herido y servían de percha a las urracas ya han sido podados o abatidos por los leñadores.

Todo habitante de Sarajevo ha descubierto en su interior a un leñador. De la hilera de cipreses que separaba el campo de fútbol del viejo cementerio de Kosevo no se ha salvado ni uno. Y así por toda la ciudad, que se va quedando deforestada. Por las calles, la gente no sólo carga bidones de agua, sino madera. Para quemar y resistir una noche más el frío, la ferocidad de los bombardeos (casi mil proyectiles lanzó la artillería serbia contra Sarajevo durante los cinco días que duró la última ofensiva), la escasez de comida y la falta de luz.

Pero en cuanto los cañones, los morteros y los tanques callan, la vida vuelve a las calles. La chimenea de la fábrica de pan ha vuelto a humear. Las mujeres sacan sus pieles (abrigos de antes de la guerra), hermosas, maquilladas. Casi nadie revela el esfuerzo que cuesta acarrear agua, talar árboles para procurarse leña, calentar el

agua, lavarse. La batalla de los ciudadanos de Sarajevo es también la de mantener la dignidad, y la limpieza personal es parte de ella. Después se ocupan de la comida. En el mercado viejo no hay nada que comprar. Los traficantes de divisas ofrecen sus cotizaciones de soslayo. En los puestos, gorritos de lana vieja, mecheros, herramientas usadas, caramelos, semillas. Un Rastro pobre. En el suelo, pisoteados, billetes de 20.000 dinares de la antigua Yugoslavia. Mientras que en Kiseljak, a tan sólo 25 kilómetros, no falta de nada y un kilo de carne de ternera cues- ta 210 pesetas, en Sarajevo cuesta 3.500 (unos 21 euros).

En esas condiciones, la ciudad sigue viva. La conquista del barrio de Otec por los sitiadores serbios provocó centenares de bajas entre los bosnios. Pero el ejército ocultó los datos para que la moral se mantuviera intacta. La consigna sigue siendo resistir a toda costa, y mucha gente en Sarajevo sigue empeñada en pensar que es posible la victoria.

En el cementerio del campo de fútbol de Kosevo, sin embargo, aunque llegue la paz, el esférico no volverá a rodar nunca en las tardes de domingo.

Viernes, 11 de diciembre

El frente de Sarajevo está tranquilo. Los artilleros serbios no corrigieron su trayectoria para dar de lleno en el hotel. Hotel del abismo.

Domingo, 13 de diciembre

A veces me olvido del peso de la letra, de la gravedad de las palabras, y escribo como si corriera detrás de un tranvía en el que acabo de descubrir a la mujer de mis sueños. Otras veces la sintaxis es una selva intrincada, con tantas moras como espinas, animales

muertos en algún recodo y un sendero de tierra que conduce a un faro. Y ocurre eso en Sarajevo, este domingo gris después de un sol dulce, y ocurre en mi corazón, allí donde puedo verla a ella con bastante nitidez aunque no pueda tocarla.

Lunes, 14 de diciembre

La batalla de Vraca parece que ha terminado. Alguna ametralladora lejana sigue tableteando en las manos enloquecidas de un soldado al que es imposible verle la cara, preguntarle la filiación, saber si ha tenido miedo. Los muertos no hablan. Desde las ventanas rotas del hotel, casi todas las que dan a la Avenida de los Francotiradores y al Miljacka, se disfruta de unas vistas y estruendos magníficos: trazadoras, explosiones, bengalas, fuegos, resplandores y todos los sonidos que responden a una extensa gama de calibres, desde las armas más ligeras a las más pesadas, capaces de ponernos el vello de punta, de aplastarnos contra los muros del hotel mientras pisamos cristales y esperamos que el próximo no nos caiga encima. Hay todavía perros histéricos y pájaros nocturnos que han perdido la razón en medio del cruce de fuego: Grbavica, Lukavica y Vraca. Pero es difícil saber quién mantuvo la iniciativa, quién sufrió más bajas, quién ganó posiciones. Todavía hay tremendas explosiones que fragmentan la noche en mil pedazos y dejan el corazón en suspenso, agarrotado en el mar de asfalto del silencio, esperando el próximo estampido. Eso es la guerra. Mañana, en el hospital y en la morgue, acaso podamos contemplar una parte de las consecuencias de esta noche pavorosa. A pesar de todo, pudo más la curiosidad que el miedo, y allí me fui, a apostarme junto a una ventana con los cristales reventados, para ver la batalla de Vraca en la noche de nieve sucia de Sarajevo.

Martes, 15 de diciembre

Una luz tiembla como si temiera. ¿Cuántos días? El mar, las sombras dulces, su cuerpo, mi melancolía, ese egoísmo que luzco tan bien, todo lo que allí, al otro lado de las líneas, escribo. Los proyectiles, de no sé distinguir cuántos milímetros, atraviesan el aire. Pero no los oigo estallar. Tal vez sólo pasan por mi mente. Es de noche, cerca de la una de la madrugada, llevo trabajando desde las seis. Bosnia-Herzegovina se muere un poco cada día. También contra ello escribo. Pasa un proyectil. La vela vuelve a temblar. Llamas que sienten el pavor. ¿Habrá muertos al final de este viaje? Yo quiero volver.

La muerte de la madre de Alma

La madre de Alma murió el miércoles, un día de niebla cerrada en Sarajevo. Antes de la guerra pertenecía a una de las familias más ricas de la ciudad. Ahora, su pensión no bastaba para comprar un paquete de cigarrillos. El miércoles por la tarde, mientras la niebla sucia se mezclaba con el atardecer, a las cuatro de la tarde, el cuerpo de la madre de Alma yacía en el suelo de su casa, envuelto en una sábana. Hace meses que no hay madera para ataúdes.

Por la calle, fría, los últimos viandantes acarreaban sus pesados bidones de agua, sus atados de leña, como en la Edad Media, mientras desde las colinas los radicales serbios, que desde hace más de 250 días martirizan Sarajevo con toda la fuerza de su artillería, seguían barriendo calles, tejados y plazas, y los *cascos azules* de las fuerzas desplegadas por las Naciones Unidas tomaban aplicadamente nota del número de cañonazos. La ley de Murphy tiene en Bosnia-Herzegovina un campo de pruebas privilegiado. Todo lo que puede ir mal irá mal. Y la comunidad internacional da la impresión de estar preparada para digerirlo.

¿Cuánta desesperación se puede soportar? El profesor Avif Smajkic, director del Instituto de Salud Pública y de los Comités de Salud de Bosnia-Herzegovina, lo sabe bien. Los informes que su

departamento publica diariamente se basan en datos contrastados documentalmente y huyen de todo lo que huela a propaganda.

Por eso incluso chocan con las cifras que manejan otras instancias oficiales a la hora de evaluar el número de muertos y heridos, el número de mujeres violadas y embarazadas por los radicales serbios y todo lo que se refiere a los desastres de la guerra. Una guerra que se cobra nuevas víctimas en el este de Europa mientras Naciones Unidas empiezan a pensar en algo más contundente que el embargo para detener a Serbia y Montenegro, integrantes de la autoproclamada Nueva Yugoslavia. Un estado que ha ocupado militarmente dos tercios de otro estado reconocido internacionalmente, la República de Bosnia-Herzegovina, ha causado 128.448 muertos o desaparecidos y provocado el mayor flujo de refugiados desde la Segunda Guerra Mundial: 1.703.000 personas.

El último informe publicado por el instituto que dirige el profesor Smajkic contiene datos que permiten evaluar los estragos causados por más de ocho meses de guerra en Bosnia-Herzegovina. A las 128.448 personas muertas hasta el pasado 10 de diciembre hay que añadir los 132.000 heridos, las 32.000 personas a las que su invalidez permanente les hará recordar esta guerra para siempre y los todavía más de 100.000 detenidos que se encuentran en campos de concentración serbios.

Pero los números de la tragedia que sigue campando sobre Bosnia-Herzegovina no se detienen ahí: si antes de la guerra el número de mujeres embarazadas era de 80.000 ahora son 55.000 (en Sarajevo, de 10.000 se ha pasado a 5.200).

Lo malo de las cifras es que cuando alcanzan cierto volumen acaban por volverse inimaginables. A la mente le cuesta concebir que haya, como recoge el informe, 38.000 mujeres violadas desde el pasado mes de abril, 9.000 de las cuales quedaron preñadas. También cuesta concebir las 69.000 personas que perdieron la vida en

asesinatos en masa en ciudades como Bijeljina, Zvornik, Mostar, Foca, Kalinovik, Prijedor, Brcko y Bosanska Krupa.

Pero todo puede empeorar. 'En los últimos días 165 personas —dice el profesor Smajkic— han muerto al este de Bosnia [en ciudades como Srebrenica, Vlasnica, Rogatica o Visegrad] que no tenían donde acogerse y carecían de alimentos'. Es sólo la punta de una tragedia que el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) viene denunciando desde hace meses y que ha empezado a hacerse trágicamente realidad.

En Bosnia, más de 6.000 camas, 360 ambulancias y 443.050 metros cuadrados de hospitales han sido destruidos por la guerra. Antes de la invasión de gran parte de su territorio, las autoridades legalmente constituidas tenían bajo su control 60 áreas municipales, que suponían un total de 2.328.000 habitantes. Mientras que ahora están fuera de su control, es decir, bajo ocupación serbia, 49 áreas municipales, con un total de 1.826.000 personas. Una evaluación moderada de los daños causados por el conflicto los eleva a un total de 150.000 millones de dólares.

El profesor Smajik se queja de que las organizaciones humanitarias no estén cumpliendo bien el papel que tienen asignado. 'Cuando visitan Sarajevo, tanto los copresidentes de la conferencia sobre Yugoslavia [David Owen y Cyrus Vance] como los enviados especiales de Unicef pasan tan de prisa que no tienen tiempo de ver cuál es la verdadera situación humanitaria que se está viviendo en esta ciudad', dice Smajik.

Como muchos habitantes de la capital bosnia, el director del Instituto de Salud Pública ha perdido su esperanza de que el mundo pare la guerra: 'Todo el tiempo he confiado en la opinión pública europea e internacional. Ahora me gustaría poder seguir creyendo en ella', dice.

'Mi impresión personal —prosigue nuestro interlocutor— es que sin agua, sin calefacción, sin electricidad, con una ayuda alimentaria insuficiente [fuentes de las organizaciones humanitarias dicen que los alimentos que recibe Sarajevo sólo cubren entre un 25% y un 30% de sus necesidades], la continuación de los bombardeos hará que el invierno, que ya está aquí, sea de una crueldad insoportable'. El director del Instituto de Salud Pública de Bosnia quiere ser optimista, pero sentencia: 'Si al agresor se le permite continuar la guerra durante el invierno, la situación de nuestras ciudades y de nuestros refugiados será terrible y habrá una matanza'.

Para los altos mandos de la Fuerza de Protección de Naciones Unidas el salvoconducto se llama *off the record*. Que nadie grabe ni recoja nada, ningún nombre, ninguna frase que los agresores puedan emplear después para minar la sacrosanta neutralidad de los cascos azules.

El *off the record* es la única manera de saber que los cascos azules son seres humanos, tienen sentimientos, e incluso algunos se muerden los puños de rabia porque 'el mandato recibido del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas' no les permite ir más lejos, les 'tiene las manos atadas'.

Pero ellos saben quién está cometiendo diariamente las atrocidades, quién dispone de la artillería y de la munición que abandonó el ejército federal yugoslavo, quién está cometiendo 'crímenes contra la humanidad', bombardeando ciudades, atacando a la población civil, como ocurre en Sarajevo o en Gorazde, o poniendo en práctica la *limpieza étnica*.

Pero no pueden decirlo, porque el mandato del Consejo de Seguridad 'lo prohíbe'. Ellos saben que el embargo está siendo violado a diario por Serbia y Montenegro, y que la exclusión aérea sobre Bosnia ha sido infringida más de cien veces por la fuerza aérea serbia.

Saben también que las resoluciones de la organización internacional no se cumplen, que no se hacen cumplir y se vuelven pronto papel mojado. En el antiguo Club de los Delegados de Sarajevo, los mandos de Unprofor lo dicen, pero piden que todo quede en secreto, mientras las bombas estallan ahí fuera, en las calles de la capital bosnia.

La madre de Alma no es más que otro rostro perdido en la niebla que envuelve Sarajevo. Ni siquiera murió a causa de la guerra. Pero su cadáver envuelto en una sábana, en el suelo, sin unas míseras cuatro tablas, encierra toda la injusticia que el cielo parece empeñado en verter sobre los bosnios. Un país de creación reciente y ya acaso condenado a desaparecer.

Poblada mayoritariamente por musulmanes, la República de Bosnia-Herzegovina había logrado cuajar el sueño dorado de Josip Broz, Tito: que convivieran pacíficamente musulmanes, serbios y croatas. La verdadera Yugoslavia. Es el viejo sueño que los musulmanes, ajenos a todo fundamentalismo, siguen defendiendo mientras la guerra se ensaña contra ellos y sus ciudades con una crueldad que no ha hecho más que empezar.

Las víctimas tienen un nombre. Mientras las bombas siguen cayendo sobre Sarajevo y el resto de Bosnia-Herzegovina, el cuerpo de la madre de Alma se enfría un poco más bajo la tierra del campo de fútbol de Kosevo, convertido en cementerio, y las mesas y sillas de roble del hotel Belvedere son convertidas en leña. El día es apenas una niebla sucia en Bosnia-Herzegovina.

Miércoles, 16 de diciembre

Yo soy un cobarde, y además no sé llorar. ¿Qué es lo que se puede hacer en medio de este infierno? Hoy he visto a la madre de Alma: en el suelo, envuelta de pies a cabeza en una sábana. ¿Es ése el sudario que a todos nos está esperando aquí? También he visto la desesperación de Alma horas antes: 'Mi madre se está muriendo'. Como Sarajevo: sin agua, sin calefacción, sin apenas comida, entre una niebla maloliente y sucia y bajo los bombardeos. ¿Quién da más? ¿Cómo se puede resistir aquí? Yo me salvo porque escribo, ¿pero puedo acaso decir que ésta no es mi guerra? Yo soy un cobarde, y además no sé llorar. Por eso escribo como un condenado a muerte y sólo quiero salir de aquí. Porque me cuesta digerir tanta tristeza. Y porque sé que, si fuera menos cobarde y supiera llorar, debería quedarme aquí.

La vejación de Leila

Leila fue violada un día de septiembre a las dos de la tarde en el barrio de Grbavica, en Sarajevo, ocupado por los *chetniks* (radicales serbios). La hora es lo que recuerda con mayor exactitud. Los informes del Instituto de Salud Pública de Bosnia-Herzergovina aseguran que 38.000 mujeres han sido violadas en la ocupación del país por Serbia y Montenegro, y que 9.000 de ellas quedaron preñadas. Otras denuncias hablan de 50.000 mujeres. Ayer se celebró la Jornada Europea de condena de estas violaciones masivas en la antigua Yugoslavia. El relato de Leila es un rostro arrasado que poner delante del abismo de las cifras.

Las manifestaciones de ayer —la de Madrid se llevó a cabo ante el Ministerio de Asuntos Exteriores— estaban convocadas por la Red Europea de Mujeres. Pero nada como el testimonio de Leila puede ayudar a comprender el horror. La conversación se celebró a solas con ella, con la mediación de una traductora, en una helada

habitación del hospital de Kosevo, el principal de la ciudad, objeto de frecuentes bombardeos. Leila, de 36 años, sólo puso objeciones a dar su verdadero nombre y a que se le fotografiara de forma directa. Vestía humildemente. Un rostro delgado con sombras de angustia. Pero no desdeñó ninguna pregunta:

'Nací en Gorazde [ciudad sitiada por los radicales serbios desde hace ocho meses, situada al este de Bosnia] y me vine al barrio de Grbavica, en Sarajevo, en 1979. Estoy casada y tengo dos hijas, de 13 y 8 años. Antes de la guerra, mi marido era maquinista y yo ama de casa. Ahora él está en el frente. El 11 de mayo llegaron los *chetniks* al barrio. Ese día, mi marido había ido al banco para retirar nuestro dinero. Allí se encontró con unos vecinos que le advirtieron que no volviera a casa porque los *chetniks* habían tomado el barrio.

'Recuerdo que estaba sentada en la cocina cuando un camión *chetnik* destrozó la entrada de nuestra casa. Yo no sabía lo que pasaba. Nosotros vivimos en el primer piso, y en mi casa fue el primer sitio en el que entraron. Ellos me sujetaron y me empujaron y me preguntaron en qué pisos vivían las familias musulmanas. Pero los serbios que vivían en el edificio y que tenían armas obligaron a los *chetniks* a irse.

'Esa misma noche, después de las 12, vinieron más y ocuparon el edificio por la fuerza. Hubo disparos durante toda la noche en las calles del barrio, pero no sé muy bien quiénes combatían. Pensé que íbamos a morir. No sé muy bien qué es lo que ocurrió, aunque creo que hubo un acuerdo entre los serbios del edificio y los *chetniks*. Los *chetniks* prometieron que no harían daño a los musulmanes. Pero por la noche nos metieron a todos los musulmanes y croatas en el sótano. Los serbios se quedaron en sus casas. Por la mañana nos dejaron volver a nuestras casas. Nos robaron todo el dinero y las cosas de valor que teníamos. Mientras que a los serbios les dejaban salir para buscar comida, yo tenía que comer de lo que nos daba un vecino serbio.

'Mi hija mayor estuvo todo el tiempo viviendo en casa de un vecino serbio, que dijo a los *chetniks* que era su hija. La pequeña estuvo conmigo. Ninguna de las dos sufrió maltrato alguno durante los seis meses que estuvimos allí. Tuve que cocinar, lavar y cuidar a los *chetniks* que vivían en mi casa. Hasta que en el mes de septiembre, no recuerdo qué día, a las dos de la tarde, aparecieron dos *chetniks* a mi puerta.

'Sobre la mesa había comida que me habían dado para mi niña. Uno de ellos me dio un golpe en la cara y me preguntó quién me la había dado. Les dije que un vecino serbio. Uno de ellos fue a buscar al vecino, pero no le encontró. Entonces me dijeron que me quitara la ropa. Dije que no quería. Él empezó a gritar y me volvieron a pegar en la cara. Mi hija se echó a llorar y se abrazó a mis piernas. La cogieron y la encerraron en el cuarto de baño. Entonces recuerdo que me quitaron la ropa a la fuerza. No recuerdo nada más. Creo que sólo uno me violó, y sé que fue a las dos de la tarde.

'Un vecino serbio me encontró tirada en el suelo, inconsciente. Mi hija seguía llorando, y él la sacó del cuarto de baño. Después de ese día, mi hija y yo nos fuimos a vivir a la casa de mi vecino. Los *chetniks* no volvieron a tocarme. Allí estuve hasta el 10 de noviembre, día en que 15 familias de Grbavica fuimos intercambiadas por prisioneros *chetniks*. Volví a encontrarme con mi marido. Él no esperaba volver a vernos con vida. Había decidido que su vida ya no valía nada y durante todo ese tiempo ha estado luchando en primera línea.

'Estoy preñada desde hace tres meses. Si todavía puedo abortar y los médicos dicen que no hay peligro, abortaré. Si no, tendré el niño. Hablé con mi marido y me dijo que si no había peligro que abortara, y que si había peligro que lo tuviera. Desde que he vuelto a encontrarle no he podido volver a acostarme con él.

'Me siento muy mal, sin fuerzas, como vacía y rota, muy nerviosa. Todas las mujeres musulmanas de mi casa de Grbavica fueron

violadas'.

'Hay muchos traidores entre nosotros. Y temo que me ocurra algo', dice la doctora Z., que tampoco quiere revelar su nombre. La doctora Z. trabaja a las órdenes del profesor Sreco Simic, director de la maternidad del hospital de Kosevo, en Sarajevo. 'Mi trabajo consiste en atender a las mujeres que han sido violadas'. La doctora Z. asegura que tienen la evidencia de que muchas mujeres que acuden a la clínica preñadas de cuatro o cinco meses no quieren admitir que han sido violadas. 'Tenemos también la evidencia de que muchas mujeres han sido asesinadas después de la violación'. El último informe sobre los estragos de ocho meses de guerra en Bosnia-Herzegovina, presentado por el Instituto para la Salud Pública de Bosnia, reconocido por el rigor y la moderación de sus datos, establece que al menos 387 mujeres fueron asesinadas tras la violación.

Entre los casos atendidos por la doctora Z. está el de una estudiante de 22 años que durante cuatro meses estuvo encerrada con otras tres jóvenes en una habitación en Grbavica. 'Durante 120 días (desde julio hasta octubre) fueron violadas casi diariamente varias veces por todo tipo de hombres. Ella fue canjeada por prisioneros serbios, abortó y está sometida a tratamiento psiquiátrico. Sus tres compañeras siguen en Grbavica'.

Leila es el caso número 23 de los atendidos en la maternidad del hospital de Kosevo. 'El primer caso se presentó hace cuatro meses. Era una mujer que huyó del motel Sonja, de Vogosca [a las afueras de Sarajevo, zona ocupada por los radicales serbios, donde las mujeres son obligadas a prostituirse]. Hay muchos casos de violación, pero sólo 23 de las que quieren abortar han tenido valor de firmar un formulario'.

Un dato que le sirve a la doctora Z. para confirmar que el número de violaciones se ha disparado es que mientras en condiciones de paz en el hospital de Kosevo se practicaban 100 abortos mensuales, 'en

los meses de octubre y noviembre ha habido 500 abortos cada mes'. Con respecto a Leila todavía no han tomado una determinación. 'A la hora de decidir sobre el aborto no pensamos en que la paciente ha sido violada, sólo vemos si médicamente hay peligro o no para la vida de la madre'.

Jueves, 17 de diciembre

Otro día helador en Bosnia, otra noche más sin esperanza en Sarajevo. No es fácil permanecer incólume. El sufrimiento de la gente está por todas partes. Busco fuerzas en mi interior, por eso no dejo de trabajar: antídoto contra el fracaso de la realidad. Desde la primera a la última luz. Por eso hay días en que las palabras se quedan sin aliento, desplomadas junto a la razón, inválidas para reflejar lo que aquí sucede inapelablemente cada día. Sigo pensando en I., como una luz débil que lanza señales desde una costa muy lejana. Ya sólo tengo que resistir con mi cobardía hasta el domingo. Después empezará a contar otra realidad. Y Sarajevo seguirá como una rompiente allí donde mora el ojo sin párpado del recuerdo.

Edo, el guardián de las cenizas

Las bombas incendiarias cayeron la última semana de agosto. Los radicales serbios apuntaron bien. Los libros ardieron libremente. A pesar de todo, el 70% de los ejemplares de la Biblioteca Nacional de Bosnia-Herzegovina se salvó. Edo, un ratón de seis años, no lo sabe, ni le importa. Le basta con conocer como nadie el amasijo de hierros, piedras, estanterías, azulejos y papeles en que se ha convertido el edificio levantado en 1896 por el austrohúngaro Wittek a orillas del río Miljacka. Ahora sólo queda la fachada hispano-morisca, un decorado hueco, un símbolo chamuscado en medio del invierno. Edo Vosivcic, ratón y agente demoledor de cuanta barandilla y muro de piedra queda en el edificio, se rompió el brazo la semana pasada. La biblioteca se ha quedado sin guía hasta nuevo aviso.

Edo Vosivcic miente como un bellaco. A ello le ayuda la dificultad que tiene para despegar la lengua de los labios cuando habla. Los bombardeos han dejado esa secuela en este ratón pícaro y bosnio. Conoce las ruinas mejor que la palma de su mano. Aparece y desaparece por agujeros inverosímiles. Recoge una grapadora calcinada del suelo y con ella termina de demoler una pared de ladrillo. Dice que vive al otro lado del río y que sus padres están en Alemania. En realidad, Edo vive con su madre al otro lado de la calle. Sus padres están separados. Ella es ama de casa, él combatiente. En medio del silencio del domingo, una voz cruza el aire frío: '¡Edoooo, Edoooo!'. Por la calle, dos mujeres y un hombre empujan un motocarro que hace tiempo agotó su carburante. En la parte trasera, un cargamento de leña cortada en un parque. Edo los mira pasar, divertido.

La biblioteca se alza al extremo de la calle Kazandziluk, y fue ayuntamiento antes de convertirse, en 1946, en una de las bibliotecas más importantes de la antigua Yugoslavia. Su arquitecto se suicidó, amargado por las críticas a la oscuridad del recinto. Alberga 2,5 millones de ejemplares; los más valiosos, entre ellos varios incunables, se han salvado. El edificio está no muy lejos del puente de Gavrilo Princip, donde el archiduque fue asesinado. El archiduque Ferdinando había abandonado el entonces ayuntamiento, hoy biblioteca calcinada, antes de encontrarse con la bala fatal. Ahora, en los sótanos, una cola de gente nerviosa se apretuja ante un puesto de comida de los *cascos azules*.

En las colinas que se alzan al otro lado del Miljacka, los artilleros y francotiradores serbios están siempre al acecho. A Edo y a sus amigos no parece importarles. La guerra les ha dado nuevas ideas, y la emprenden a patadas con las barandillas de arabesco. Se tiran cascotes al grito de "' ¡granata, granata!" '. Cuando los proyectiles caen en las grandes bolsas de ceniza —restos de libros calcinados de un metro de calado—, el resultado se parece a una granada estallando contra una acera o una casa. Al menos, en este caso, no hay esquirlas.

La biblioteca es uno de los edificios más destruidos de Sarajevo. Edo 'el ratón' es también un gato: sólo rasguños, contusiones y un brazo roto sufrió tras caerse desde el primer piso. Las heridas no le han borrado la sonrisa mentirosa de la cara. En la mejilla luce un beso de ceniza. Cuando cae la noche sobre Sarajevo, a las cuatro y media de la tarde, Edo vuelve a casa. Hasta que no se le cure el brazo, no podrá volver a ser ratón.

Viernes, 18 de diciembre

¿A qué lugar voy a volver ahora que voy a irme otra vez de Sarajevo? Ésta es la capital del mundo, aunque no la única donde el dolor tiene un precio extraordinariamente bajo. Escribo con la punta de los pies. ¿Me va la vida en ello? A veces pienso que sí, pero eso no aumenta mi cota de coraje. Me asomo a las calles, paso en ellas todo el tiempo que la escasa luz permite, y a veces incluso después, cuando las luces de los automóviles son un blanco tentador para los *chetniks* apostados en las colinas. ¿Qué significa todo esto? Sumergido en esta vorágine, trato de ordenar mis ideas y de verter un poco de razón en las heridas: ¿Plomo para balas o plomo para palabras? Ahora voy a desprenderme de la presión de esta realidad extrema para enfrentarme a otra, a todo el horror de la Navidad que sin duda recorrerá España de parte a parte.

Sábado, 19 de diciembre

El día no es ni siquiera una sospecha sobre la hermética oscuridad de Sarajevo, cuando los artilleros y los tiradores se calientan las manos desmochando chimeneas. Es un raro destino y un obsceno privilegio haber vuelto a esta ciudad para escribir otra vez sobre el enigma y la ferocidad de la guerra. He vuelto a saltar el burladero de hierro de los supuestos hechos que las agencias de noticias relacionan —como si acumulando hechos la razón apareciera por algún lado— y me he dedicado a llamar a las puertas, a preguntar a

la gente, a contemplar el crecimiento de los cementerios y la tala de los bosques y de los parques. Esto sigue siendo, por mucho que nos empeñemos en negarlo o en no verlo, la ciudad de Sarajevo en 1992. El día puede ser una promesa. No puedo seguir durmiendo en paz. Tengo mis dos brazos, mis dos brazos preciosos, y con ellos me visto, con ellos mantengo abierto este cuaderno azul y escribo en él, con ellos hago señales, para que no me maten y con ellos abrazo. Es cierto que aquí escribo contra el gran muro de silencio que crece por todas partes como una ronda de alambres que protege la conciencia. Nuestra hermosa especie de despiadados. Esta guerra es para mí inteligible, con toda su crueldad y sufrimiento añadido. Así veo a los musulmanes bosnios, que lo van perdiendo todo. Pero también los serbios de Sarajevo, doblemente víctimas. O los serbios radicales, que han conquistado dos tercios de Bosnia-Herzegovina con el aliento, las armas y las tropas de los serbios de Serbia, que han ido perdiendo humanidad y razones al mismo tiempo, a manos llenas, mientras destruyen ciudades y vidas como las de Sarajevo. Mañana volveré a intentar abandonar esta ciudad por la misma carretera que pone puños en la garganta. El corazón es una víscera. Yo dejé aquí una parte de mis ojos. Todavía falta mucho para la primera luz. Ojalá ver, escuchar y escribir sirviera para algo.

A esta hora, casi todos los artilleros duermen. No he dejado de pensar en ti. Me gustaría recorrer contigo esta ciudad, recorrer las orillas del Miljacka, visitar la nueva biblioteca nacional, dormir en esta misma habitación, la 516 del Holiday Inn. ¿Será cierto que podemos esperar algo del porvenir? Madrid, y toda mi vida, son un espejismo, un pálido equívoco. Pero si vuelvo tan pronto es para comprobar que es cierto que la abrazo, que este amor por ella es compatible con el amor que siento por Bosnia.

Split, domingo, 20 de diciembre

El corazón es una víscera. Con la inteligencia forjamos verjas hermosas. A veces, el fuego del corazón las dobla. Otras, tanto frío

hace que los árboles cristalicen —como en la carretera entre Kresevo y Tarcin—. Mi corazón es una sombra. Enfrentado al corazón de I., al otro lado de la línea marcada por el tendido telefónico, todo me duele más y menos. ¿La razón? Es el corazón el que se ha puesto a hablar, un corazón atómico, capaz de adentrarse en Sarajevo para contar historias de la gente, capaz de doblegar el miedo ambiente. Y al llegar a territorio libre de peligro, me encuentro con el mayor. Mis propios sueños. Ni siquiera puedo decir que no estaba preparado. Pero así me ocurre desde que compré el primer kilo de razón. Los sentimientos corren a su aire.

Lunes, 21 de diciembre

¿Quién tiene un sensor del alma? En Sarajevo has dejado cada día grandes jirones, en todo el interior de Bosnia. Después, cuando salgo, todas las medidas son insuficientes, el alma que me queda, que guardaba como un animal indefenso para la salida, es apenas una sombra huidiza, nudos de una cuerda que sirve sobre todo para medir la profundidad de las ilusiones. Vuelvo a no saber nada, a tenderme junto a la vía como un indio torpe para medir los tambores de mi propio corazón. ¿Error? ¿Es el amor un incorregible error de apreciación? Todo seguirá pesando igual, después de corregir el alza, como la corrigen los artilleros serbios que machacan la ciudad de Sarajevo. Acaso ella no se ha movido un solo milímetro, acaso el idiota que llevo dentro se ha lanzado a correr como un loco por un campo minado. ¿Era también eso? Tal vez, la vida va sumando esos estallidos que se producen junto al tímpano y que van reduciendo la esperanza a una película de cera y ceniza.

Salir con vida para volver con fuerzas. No hay un momento predeterminado en el dinamómetro del alma que se dispara cuando uno ya ha cubierto la distancia. En función de la carga, así habrá de irse incrementando la dosis. A menos que uno quiera ponerse un corazón blindado. Mientras tanto, volver a casa es como ir a Portugal: para cargarse de luz y de ternura. Después volveré a

Sarajevo y querré ver otra vez los árboles cristalizados entre Kresevo y Tarcin, mientras el suelo es verde y ocre: un paisaje ártico, el paraíso en la tierra —esta flor que sin duda es Bosnia— convertido en antesala del infierno. Estoy cansado de luchar contra mí mismo. Pero esta batalla no terminará aquí.

La tercera guerra de Gabriela de Sarajevo

Gabriela habla con la pasión ingenua que sólo los ancianos y los niños ponen en el tiempo. Como cuando se refiere a los nueve reyes o regímenes bajo los que ha vivido en sus 83 años, que resumen la historia turbia de los Balcanes y atraviesan un siglo funesto: de Francisco José de Austria, el primero, a la presidencia colectiva de Bosnia-Herzegovina, encabezada por Alija Izetbegovic. Durante la Segunda Guerra Mundial, Sarajevo apenas padeció una semana de bombardeos, que Gabriela pasó en el campo. Por eso sus recuerdos de aquel tiempo y de la posguerra son dulces comparados con el sitio y la destrucción de ahora.

'Se me ha muerto el alma', dice Gabriela Matz Trboglav, pasando de la risa a la gravedad como una actriz tan coqueta como consumada. Sus manos siguen siendo, a sus 83 años, las de una experta en el teatro de las sombras. Y sus ojos se iluminan cuando habla sobre su propia casa y de la luna sobre el monte de Trebevic, al sureste de Sarajevo, donde los artilleros y francotiradores serbios hacen puntería sobre blancos civiles, como Gabriela, que tras las dos guerras mundiales vive ahora su momento más amargo.

Desde que empezó el sitio, hace dos abriles, ha dejado de 'escribir acuarelas' sobre el mar Adriático y las estaciones. Su memoria es un prodigio. Ella encarna lo que fue y sigue siendo Sarajevo a pesar de los 21 meses de sitio. Aunque se siente condenada a muerte, hay pocas almas tan vivas como la suya en la capital de la vergüenza de Europa. A pesar de toda la sangre derramada, Gabriela piensa que serbios, croatas y musulmanes tienen que seguir viviendo juntos.

Gabriela nació en Rastelica, una estación de ferrocarril cerca de Tarcin, a 50 kilómetros de Sarajevo. Su padre, nacido en Eslovaquia, era jefe de estación. Su madre era vienesa, por eso a ella le gusta definirse como una mezcla de austriaca, croata y católica bosnia. Mientras habla, de la calle llega un rumor de disparos. Desde la ventana de su salón se ve a dos mujeres agazapadas junto al parapeto del puente esperando que el francotirador se canse para cruzar al otro lado. Tras el asesinato del príncipe heredero del trono de Austria-Hungría en Sarajevo por Gavrilo Princip, no lejos de su casa, Gabriela y su familia se fueron a Hungría. De aquel entonces no ha olvidado 'las barcas' que surcaban el Danubio y 'el croar de las ranas', que imita como si bajando una escalera llegara a la infancia. En 1916 volvió a Sarajevo, donde terminó el bachillerato y empezó a trabajar en la Biblioteca Nacional, en aquella época una especie de caja de ahorros y ahora tan sólo una ruina, tras las bombas de los radicales serbios, que la incendiaron en el verano de 1992.

Tras más de 600 días de bombardeos, con la fachada de su casa mordida por los disparos, sin agua ni luz desde hace tres meses, Gabriela menciona su pena: 'Es como si me hubieran matado el alma. No hay odio dentro de mí, sólo desesperación y tristeza'. Su familia se siente bosnia 'desde hace 113 años'. Por eso se quedó en la ciudad —' *mi* Sarajevo'— a pesar de las sombras que anunciaron el principio de la guerra. 'El tiempo ha llegado para la muerte', dice Gabriela, una mujer de Sarajevo.

Madrid, viernes, 1 de enero, 1993

Los grandes arbustos espinosos están alerta por la violencia del frío. ¿Dónde has visto árboles más hermosos que en la carretera entre Tarcin y Kresevo? Mi amor vive en Madrid, no en Sarajevo. Mi vida y mi gramática (mi 'convertir correctamente el ir muriendo en un ir viviendo') están también aquí, no en Bosnia. ¿Y sin embargo? El riesgo de morir existe, es allí mucho más intenso que aquí: el riesgo de, súbitamente, dejar en suspenso tanto la vida como la gramática.

Me volqué en el teatro porque era una manera de romper el aislamiento literario en el que me sumía aquí (mis cuadernos y mi mesa de trabajo, mi empalizada de libros). A fin de cuentas, el miedo a la vida no ha cedido tantos ápices. En agosto pasado, recién regresado de un viaje bastante literario (me temo que más literario que real) a Estados Unidos, un agente de la realidad me propuso internarme en Bosnia para contar la guerra a mi manera. Podía haberme negado, pero no lo hice. ¿Qué ocurrió entonces? Aquello sí era la vida: la vida y sus peligros más extremos, la muerte rondando en carne viva, explotando como una fruta madura y sin compasión. Eso me enseñó que podía enfrentarme a la realidad, sumergirme de alguna manera en ella, contar lo que veía y sobrevivir. Así ocurrió en dos ocasiones. Ahora pienso que si sobreviví fue tal vez porque disponía de las herramientas para contar lo que veía, o para tratar de contarlo, y trazar así una barrera, marcar una distancia de seguridad entre el sufrimiento y mi cuaderno de notas. ¿Es eso obscenidad? No puedo dejar de notar esa sensación. Me justifico diciendo que si lo cuento es como si afrontara mi parte de responsabilidad ante el estado de las cosas. Pero me temo que esa respuesta no agota las razones.



Un niño mira por la ventana. Octubre de 1993



Un hombre camina por la ciudad cercada. Febrero de 1994



Edificio destruido. Febrero de 1994



Barricada de coches destrozados. Enero de 1994



Mujer llorando ante las ruinas de la ciudad. Marzo de 1996



Mujer llorando ante la tumba de un ser querido. Marzo de 1993



Tumba de una familia. Marzo de 1993



Una adolescente armada. Junio de 1992



Una mujer sale de su casa destruida por un proyectil. Junio de 1992



Cruzando un puente destruido. Febrero de 1993



Edificio destruido. Marzo de 1996

Escena cotidiana durante el cerco. Octubre de 1993



Barricadas para protegerse de los francotiradores. Junio de 1993



Coches destrozados durante los bombardeos. Junio de 1993



Destrucción tras un bombardeo. Febrero de 1994



Disparo de un francotirador. Febrero de 1994



Niño sobre un coche destrozado. Octubre de 1993



Familia con velas. Diciembre de 1993



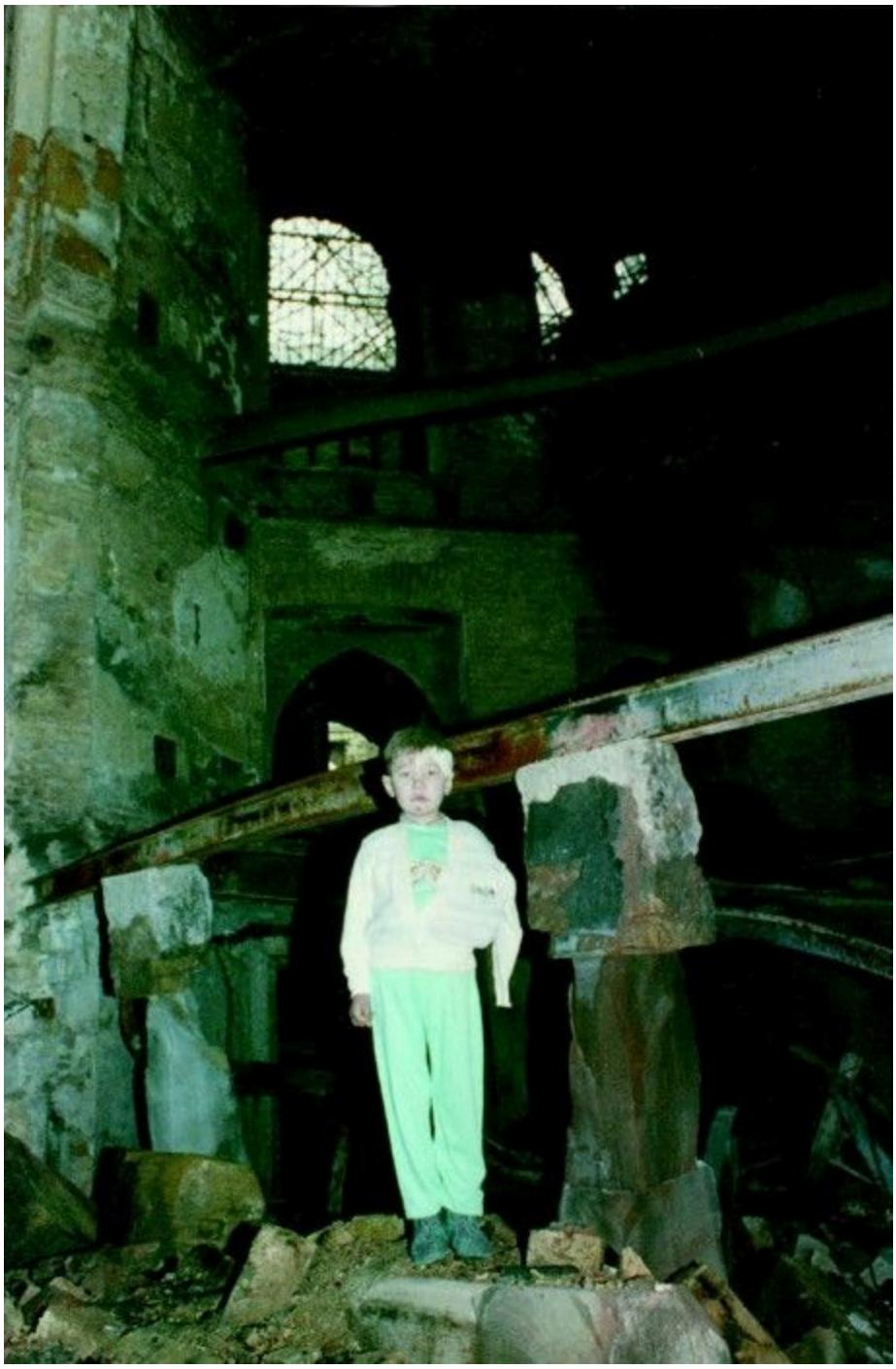
Miliciano muerto y rosario musulmán. Junio de 1992



Lugar donde murieron cuatro niñas que jugaban a la comba. Junio de 1995



Grabriela Matz, ochenta y tres años. Julio de 1993



Edo Osivcic, seis años, en la biblioteca destruida. Septiembre de 1992



Juan Goytisolo y Susan Sontag. Junio de 1993



Juan Goytisolo y su intérprete Alma. Junio de 1993

Tercer cuaderno

Madrid, viernes, 11 de junio

A la infancia, por un sendero en pendiente, con hierba virgen a los lados, helechos altos, como aves zancudas, mientras llueve. Entonces teníamos bicicletas negras. A ella se la trajeron de otro color. ¿Andaremos? Digo que no quiero hacerme ilusiones. ¿Adónde conduce eso? Mejor no decirse nada, ni siquiera empezar. Seguiré leyendo. Volveré a la guerra. Me iré de aquí. Volverás. Volveré al teatro, a otros trenes, a otra infancia por otro sendero en pendiente. Tal vez vuelva a llorar.

Sábado, 12 de junio

Y a los bosques, todos esos mástiles que ondulan en medio del estruendo de las granadas que la primavera hace estallar en Bosnia, y al mar, a ese mar que lame sus costas y las mías, sus ojos y los míos, sus pies y los míos, sus manos y las mías, sus pechos y el mío, el que era capaz de abarcar estrechamente con mis brazos y el que nadie jamás logra abarcar. Sé que soy un sentimental, que me cargo de razones y desolación mucho después, mucho más tarde, cuando ya no hay nada que hacer, nada que evitar, ni siquiera la muerte, esa muerte a la que estoy a punto de volver en Bosnia. ¿Era tan grande, tan hondo, tan cargado de porvenir? Cargo mi saquito de sueños en una carretilla de óxido y luego me quedo contemplándome las manos por el esfuerzo, me miro también los tobillos sucios de tinta, de pisar palabras como si fueran uvas, palabras que no dicen todo lo que ocurre, en los bosques atravesados por el viento de esta misma hora española. No consigo estar solo en mi propia casa, y eso es bueno para no compadecerse. Pero ocurre que el amor iba a

hacerme mucho más fuerte, como algunas palabas que ella vertió en mi oído como plata fundida, como plomo de los cielos plúmbeos, y ahora no consigo escuchar más voces que las suyas, que se han quedado ahí dentro, encerradas, como un radiograma emitido sin cesar por el *melillero*, desde el mar, desde el mar, nuestro mar, mar adentro, y que seguiré escuchando en Bosnia, como si este amor siguiera siendo cierto, un eco de un eco antiguo, el de aquellos helechos, sus besos, su infancia y la mía, la sombra de los primeros árboles desnudos y el bramido del mar, en medio de la noche de sus brazos, aquel tiempo tan fugaz, tiempo inmóvil. Lo que dice McEwan. Su viejo sueño de viajar en una locomotora. ¿Ocurrió? ¿Qué? La estación de autobuses de Murcia. Eran las doce de la noche. ¿Para quién son de verdad amargos los tiempos?

Lunes, 21 de junio

El dibujo vuelve a ser de Raúl (aunque ahora, en estas circunstancias, ya es alguien a quien conozco y quiero). La frase pertenece al escritor cubano Miguel Barnet, que se puso a recordar para Mauricio Vicent el día que supo que Severo Sarduy se había muerto en París. Escribe Mauricio: 'Barnet recuerda cómo un día, caminando por las calles de San Juan de Puerto Rico, Severo Sarduy comenzó a correr enloquecido al ver la luz del mediodía iluminando las calles del viejo San Juan, muy parecidas a las de La Habana. "'¡Es la luz de Cuba!" ', gritaba Sarduy. Según Barnet, estaba corriendo hacia La Habana.

¿Hacia dónde corro yo ahora, inmovilizado aquí, en esta silla que ni es sillón ni es pasaje de barco?

Martes, 22 de junio

¿Preparado para qué? Cansado de mí mismo, ¿pero dispuesto a todo? No sería ésa la mejor forma de formularlo. Me lavo las manos

y me las miro como un viejo agricultor de mí mismo. ¿Hasta dónde vas a seguir cavando y escribiendo acerca de tus lindes? Sí, un lugar recogido, a salvo, acaso una vieja taberna aunque no esté cerca del mar, solo, después de esto, sin tener que ir a la guerra. He tenido suerte, he tenido suerte y a veces pienso que deberé pagar por ello, mientras las cuñas de mi teatro siguen en el andén, como en aquella estación de Jabarovsk, cuando parecía que no todo estaba irremediablemente perdido: viejas zapatas oxidadas mientras el tren de los bajos fondos arrancaba lentamente camino de Komsomolsk na Amure.

Miércoles, 23 de junio

Ya está aquí otra vez el miedo. Y el deseo. Porque quiero volver a Bosnia. Dicen que Tito dormía muy bien allí. ¿Y yo? Ni siquiera en Sarajevo, bajo los bombardeos, dormía mal. ¿Dormir? ¿Olvidar? Vuelvo a Bosnia porque quiero rebajar la cuota de mi vergüenza, de mi complicidad como europeo y como ¿hombre? con la tragedia, ésta tan concreta, de cada día, que nos salpica hasta las cejas aunque no queramos enterarnos. Claro que tengo miedo. El miedo crece. Pero, aunque sé, vuelvo. Aunque sé, aunque tal vez —con toda seguridad— las palabras no sirvan para nada, vuelvo a Bosnia, quiero volver a Bosnia: Mostar, Travnik, Sarajevo. Son ellas también mis propias ciudades, las de una infancia posible que ya no sé muy bien donde viví, aunque mis papeles digan Vigo, Galicia, aunque mi corazón palpite dentro de una especie de geografía desquiciada. Ya está aquí otra vez el miedo, aunque sea distinto del que me invadió cuando el amor prendió en este sucio amasijo de cuerdas de todos los calibres y tamaños que almaceno en la caja de zapatos de la cabeza. Siempre es posible morir. ¿No conviene pensar en ello? A fin de cuentas, voy también a escribir, a llevar una mano de sangre hasta las playas de julio. Pero voy también a sentir, a volver a ver con mis propios ojos a la gente que conozco. Mientras escribo y paso una parte del tiempo de mi vida allí, acaso deje así de huir un poco, aunque sea por unos días, atornillado a la tierra con mi miedo y mi

niño que habrá de crecer a golpe de peines de ametralladora. Es peor para ellos.

Jueves, 24 de junio

Luis Meana me pregunta por mis razones para volver a la guerra. No le convence que le recuerde a Wittgenstein surcando las aguas del Vístula tras el reflector. Ojala tuviese la cuarta parte de las moléculas arrebatadas y lúcidas de Wittgenstein. Conscientemente, contra lo que él escribió, o creo recordar que escribió, no busco un final repentino. Me queda mucho por leer y por vivir (también por escribir, y no sólo en el teatro, aunque esté cansado de tanto periodismo inútil). ¿Por la intensidad? ¿Por responder a la parte alícuota de culpa que como europeo me corresponde por la guerra y la vergüenza de Bosnia? A él no le convence esa respuesta de índole moral, que emparenta con una suerte de franciscanismo sin fundamento real. ¿Por la experiencia? Ahí, sí. Para la vida, para la escritura, para la configuración del espíritu, para el teatro. El miedo forma parte del aprendizaje del mundo en el que vivimos, hacia el que nos vamos abocando al final de este siglo terrible. Pero para aprender hay que sobrevivir. Si pierdo los ojos, las manos y la conciencia, de nada habrán servido los terribles fogonazos de esta experiencia.

Zadar, viernes, 25 de junio

El *Zigljer* enlaza la costa dálmata con la isla de Pag. La isla parece una coraza desnuda a merced de los vientos del Adriático, pero en sus anfractuosidades esconde pueblos que no han padecido los estragos directos de la guerra: demasiado alejados del alcance de las baterías. Zadar está en silencio, como el hotel Kolovare (habitación 156), donde escribo, mientras Gervasio y los demás duermen. El sol, un disco rojo como en las estampas que el amor ideal distribuye impunemente, se metió en el agua mientras el

transbordador me llevaba a la isla de Pag. El puente de Maslenica fue volado por los serbios y éste es el único camino para atravesar Dalmacia. Aquí, ante mi rostro mejorado por el sol, tengo un espejo que me devuelve lo que parece que todavía soy. Todavía no he empezado a escribir, a *dar cuenta de lo que sucede*. Quise quedarme en Trieste, pero a Italia (por Joyce y por Pavese y por tantos otros) he de volver en pleno invierno (o en pleno otoño). Tal vez cuando mi vida sea otra. También por eso debo sobrevivir. Pero, una vez aquí, el miedo se va haciendo parte del paisaje, de los bañistas abocados a las playas del Adriático, de la belleza obscena de este país y su vecina Bosnia-Herzegovina. A eso vamos: a dar cuenta de un país que se extingue. Yo no pienso olvidar. También por eso regreso: para cargar la memoria, la experiencia, esta especie de vida que llevo más allá, al otro lado de este hotel, de este espejo, de esta guerra en la antigua Yugoslavia.

Domingo, 27 de junio

Me venció ese cansancio que endulza el fuste de los pistones y engolfa la grasa de las maquinarias. Ahora ya es tarde para remediarlo. El domingo y su *sinfonietta* de pájaros silvestres ya está aquí, decidido a darnos una nueva oportunidad de abrir los ojos. Ése es nuestro oficio, y así se lo hicimos ver al mando de la policía militar y al esquivo y vitaminado agente del servicio secreto militar croata: nuestra tarea es ver, contar; la suya es, tal vez, tratar de impedírnoslo. Fueron cuatro horas de espera y torpes interrogatorios, en las que ni siquiera necesitamos mentir más de lo que era estrictamente necesario. Así llegamos a las últimas horas del sábado en Zadar, por un paseo marítimo que servía de embudo metafísico para los jóvenes y otros habitantes del lugar: un hotel austrohúngaro volcado al mar, con habitaciones encendidas de un amarillo-anaranjado casi espectral, un charco en el muelle que captaba el rojizo del crepúsculo, y la siluetas de los que se alejaban por ese paseo que el mar medía al final del día, de la tarde, de

nuestros más dudosos esfuerzos de contar qué es lo que ocurre con la guerra. Pero eso fue ayer, hace mucho tiempo.

Senj

Del paseo marítimo de Zadar al espigón de Senj, que se interna en el mismo mar, pero más al norte. Pueblos de piedra blanca, taraceados por la lluvia y el sol del Mediterráneo. ¿Son estas mismas plazuelas de luces indirectas las que hollaron las sandalias romanas? He olvidado cómo se describe el alma de una ciudad a la que se llega cuando la tarde es apenas un indicio. Entramos en el primer hotel (Nehaj, habitación 309: una habitación que da a una porción del mar Adriático), ocupamos un rincón del espacioso comedor blanco y nos sentamos ante el ordenador personal como ante un pupitre de las emociones. ¿Qué es lo que queda a esta hora? Es temprano, apenas las once y media de la noche, pronto para dormir, pronto para escribir. Hasta el tercer piso apenas llega el rumor de la calle. En la habitación contigua, donde duerme una mujer hermosa, el silencio es de sangre caliente y limoneros. Como algunos rincones de Senj, con las mujeres sentadas a las puertas de sus casas, en medio de las sombras, mientras el viento casi no se atreve a remover las hojas de las moreras y las flores de anís. Venimos de Gospic, en el *limes* de la Krajina. El pueblo, perdido entre montañas, no deja de sufrir bombardeos de los rebeldes serbios. ¿Qué rebeldes, contra quién? Más allá de los límites de Gospic, el camino es una sucesión de pueblos en ruinas. Pero eso no amilana a los campesinos que siegan sus campos bajo el sol de junio. Los días se acortan de forma apenas perceptible. Mañana volveremos a intentar atravesar las líneas. ¿Escribir? ¿Para qué? Demasiado cansado para decirlo, demasiado tarde para referirme a lo que siento, incluso para recordar lo que todavía me conmueve de *Niños en el tiempo*. El viaje acaba de comenzar. ¿Por dónde transcurre la realidad?

'La única solución es la militar'

Las campanas llaman a misa de doce en Gospic mientras el capitán Viseslav Buric, pelo blanco y escepticismo sobre la condición humana propio de sus 52 años, dice que los croatas no desean una nueva guerra con Belgrado. Pero asegura sin ambages que sus fuerzas están prontas para 'limpiar de bandidos serbios la Krajina' si así lo decide el Gobierno de Franjo Tudjman y la ONU no hace nada para poner fin a una situación que se prolonga desde enero de 1992. 'Aquí la única solución es la militar', afirma el capitán Buric sin levantar la voz.

Más de un tercio de Gospic es un cementerio de casas. Tras el alto el fuego firmado en enero de 1992, entre Zagreb y Belgrado oficialmente no hay guerra, pero todos los días cae fuego graneado sobre esta población del este croata desde las posiciones serbias situadas a menos de cinco kilómetros. El sábado, 30 proyectiles de gran calibre hicieron blanco en el centro de la villa, en la que no hay casi nada que hacer: sólo esperar 'para expulsar a los serbios, o para empezar a reconstruir', dice el capitán Buric, un insólitamente amable 'oficial de información y propaganda' para los modos que se estilan en Croacia. Es domingo, las campanas repican y los tanques serbios callan.

A Gospic se llega por una carretera de montaña que serpentea desde la costa dálmata. El plácido Adriático se va quedando atrás mientras las colinas se llenan de abetos y pinos y los pueblos exhiben hechuras alpinas. Las autoridades militares de Zadar hacen hincapié en que se trata de una 'zona militar cerrada' y que el salvoconducto que concede el Ministerio de Defensa en la capital, Zagreb, es la única forma de internarse en esos parajes.

A pesar de encontrarse el 20% de Croacia en manos de 'bandidos serbios', la nueva situación bélica en la vecina Bosnia-Herzegovina y el interés que comparten por repartirse el pastel bosnio el presidente croata, Franjo Tudjman, y el serbio, Slobodan Milosevic, la Krajina es la única china en el zapato de los artífices de la nueva Croacia y de la gran Serbia.

Los estragos de la aviación y la artillería serbias son evidentes en Gospic, como el oficial de propaganda se esmera en mostrar. Pero también hay barrios enteros arrasados, curiosamente los que bordean la carretera que conduce a Medak, donde se encuentra el frente de batalla y los enemigos *chetniks*. La *limpieza étnica* croata parece que tampoco se detuvo en Gospic. En la ciudad, dice el capitán Buric, 'sólo quedan 300 de los 4.000 serbios que residían antes de la guerra' y que constituían el 40% de la población. El capitán no especifica por qué ni cómo se fueron.

A Viseslav Buric, ingeniero en la vida civil, no le gusta que le confundan con Rambo, a diferencia de muchos combatientes croatas. Tampoco le gusta la denominación de Krajina para su región, 'ya que es un nombre que los turcos dieron a la provincia. Los serbios que llegaron aquí hace más de 300 años formaban parte de las tropas otomanas como irregulares. Cuando los turcos volvieron a Asia, ellos se quedaron'.

Fueron sus descendientes quienes, en agosto de 1990, descontentos con las elecciones que dieron la victoria a los nacionalistas de Tudjman, empezaron a levantar barricadas, cortaron la carretera que lleva de Gospic a Zagreb y acabaron por alzarse en armas. La situación militar apenas ha variado en Gospic desde el inicio de la guerra de Croacia, cuando los serbios ocuparon la Krajina y Eslavonia, al este y al sur de la República.

La carretera que conduce a Otocac, al Norte, único paso controlado por las fuerzas de la ONU para acceder a la zona ocupada por los rebeldes serbios, es un paseo por los polos de la condición humana. Junto a los pueblos convertidos en ruinas por el fuego y por las bombas, los agricultores laboran bajo el sol de junio. La siega proclama que la vida continúa, mientras los restos calcinados de las casas de campo recuerdan que también aquí, en este paraíso balcánico, la *limpieza étnica* campó por sus respetos. Los campesinos fabrican balas, pero de heno, y levantan almiares al cielo mientras los escombros les miran asombrados.

Medjugorje, lunes, 28 de junio

El hotel forma parte de la pesadilla: es nuevo, ordenado por una recepcionista capaz de sonreír con dulzura y con letras azules que se incrustan en la pizarra tupida de la noche mientras el viento convierte nuestras camisas en velas en medio del mar y el motivo de este lago viaje (unos seiscientos kilómetros desde esta mañana en la vieja villa de Senj, en la costa dálmata): ¿Venimos a comprobar de qué material se fabrica el miedo? Los legionarios españoles supieron sembrar grandes ortigas de inquietud en nuestros oídos, ávidos de oír fragmentos de verdad sobre las carreteras que cruzan Bosnia de parte a parte. Mi querida Bosnia. Ha sido una pequeña ausencia, pero las cosas no han dejado de empeorar desde entonces. ¿Podremos acercarnos mañana hasta Kiseljak? ¿Podremos visitar a Emir en Travnik? ¿Podremos subir hasta Maglaj para comprobar si es cierto que los fieles aliados croatas se han pasado al lado serbio para combatir contra los musulmanes? Estoy cansado, con las piernas convertidas en grilletes de tiempo plúmbeo, y me cuesta recordar todas las tonalidades del mar, los nombres de los pueblos y los transbordadores, las montañas escarpadas y los inesperados valles, las mujeres deseadas y todos los sueños que todavía albergo. Tengo miedo, pero lo ocultaré mañana bajo una gran actividad de la retina y de los obenques con que sigue contando la memoria.

Zenica, martes, 29 de junio

A la luz de una vela, como en Sarajevo. A pesar de su tibieza, no sé si representamos un blanco precioso para un francotirador serbio o croata apostado al otro lado del río Bosna. Desde el cuarto piso del hotel Metalúrgico (habitación 403) no se escucha el rumor de las aguas. Pero yo ya sabía que Zenica me iba a gustar. Desde el camión coronado de milicianos que iban contentos al frente de Maglaj (donde hoy sufrieron una terrible derrota a manos de las tropas

conjuntas de croatas y serbios) a Aida, en la oficina central de Correos, que nos permitió hacer uso del teléfono vía satélite para anunciar que estábamos vivos. Había sido un camino por pistas infernales y parajes hermosísimos por el centro de Bosnia, desde el almacén del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados en Metkovic, junto al Neretva, al almacén gemelo en Zenica, no muy lejos del Bosna. Zenica me recuerda algo a Sarajevo: los rostros, algunos patios de tierra, el silencio de las chimeneas y las fábricas. Pero Zenica no es una ciudad cerrada, ha sufrido muchos menos bombardeos y las mujeres son demasiado hermosas para poder resistirse impunemente. Hay muchas historias que escribir en Zenica. En el restaurante del hotel Internacional, donde cenamos, encontramos a un hombre decente en medio de tanta desolación: es el encargado de prensa de los monitores de la Comunidad Europea en Bosnia. No tiene pelos en la lengua, se avergüenza del papel de Europa y del mundo en esta guerra y comparte toda nuestra compasión hacia los musulmanes bosnios. Pero parecen irremisiblemente condenados, como él, como nosotros mismos. Por mucho que escribamos sobre los imparables progresos del mal.

Miércoles, 30 de junio

El techo de la habitación se curva con elegancia sobre el armario. Es uno de esos rasgos de la arquitectura que, como la *kapia* del puente sobre el Drina, en Visegrad, hacen la vida más dulce, más digna de ser vivida. Pero Zenica no es precisamente una ciudad hermosa. Los musulmanes bosnios han perdido la partida y cada noticia que llega del frente no hace sino confirmar las peores sospechas. Entre las mudas chimeneas del complejo petroquímico RMK, los oficiales no se preocupan siquiera de ocultar su desesperación. Lo único bueno para Zenica es que ahora se respira mejor, pero los refugiados van llenando sus calles y la alegría de vivir se va muriendo, como la idea de Bosnia-Herzegovina, demasiado preciosa para ser cierta, y para ser defendida por Europa: la convivencia entre diferentes etnias.

Volvemos una y otra vez al puesto de control en la carretera que conduce a Zepce y Maglaj, donde los desastres bosnios ya son incontables, pero los soldados, pese a nuestras bromas, nos rechazan una y otra vez. No sé qué clase de locura tranquila nos ha entrado, pero a pesar de nuestro coche sin blindar no tenemos más miedo del que debemos tener. A la vuelta del último viaje, cuando todavía no se ve a ninguno de los miles de refugiados que llegan desde las aldeas conquistadas por los serbios y sus nuevos aliados, los croatas, soy yo el que conduce. No sería mala cosa que aprendiera a conducir por las carreteras casi desiertas de Bosnia-Herzegovina. A la vera del Bosna, que baja hacia Sarajevo, entono mi canción favorita. Antes, en la oficina de Correos, todo eran facilidades para los periodistas, para que envíen su crónica a la lejana España, para que allá sepan, para que hagan, tal vez, algo. Pero la esperanza se ha ido perdiendo durante todos estos meses de atrocidades sin fin. Ante la mirada impasible del mundo. ¿Qué escribir? ¿Con qué rabia, con qué intensa emoción? ¿Para qué? Los justos han perdido la guerra.

La moral de los musulmanes está alta en Travnik

Los relojes de la estación de autobuses, como casi toda la vida, están parados en la vieja Travnik. Pero hay mucha gente por las calles, y la moral de las tropas bosnias es aquí mucho más alta que en Zenica. Los combates continuaron ayer al norte de la República, en Maglaj y Zepce, donde la *Armija* (ejército) bosnia llevaba la peor parte frente a la nueva afianza entre los radicales serbios y el Consejo de Defensa Croata (HVO). En Travnik, antigua capital de la Bosnia otomana, las fuerzas musulmanas derrotaron a los croatas hace un mes. Pese a las informaciones de que los musulmanes habían *limpiado étnicamente* la ciudad, cientos de croatas siguen residiendo en Travnik tras la derrota de sus valedores.

'No tengo miedo de vivir en Travnik', asegura Bozic Ytanko, conductor de autobús, de 59 años, casado con una croata y vecino de una familia musulmana, aunque su hijo, miembro del HVO, huyó.

A Travnik, la tierra natal del premio Nobel Ivo Andric, se llega desde Zenica, al norte de Bosnia, después de atravesar controles vivos y controles muertos; contro- les que hablan por sí solos de lo intrincada y peligrosa que se ha vuelto la vida en la antigua Yugoslavia. A un control musulmán le sigue una zona muerta, con las casas quemadas desde los cimientos y un silencio sobrecogedor. Es la tierra de los francotiradores. Los controles vacíos, las barreras antitanque removidas y las casamatas de sacos terreros sin vigilancia no auguran nada bueno. Zenica está en manos musulmanas; Vitez, a poco más de 20 kilómetros, está controlada por los croatas. A Novi Travnik se la disputan croatas y musulmanes, y una barrera puede haber mudado de bandera de la mañana al mediodía. Travnik, final de trayecto, está en manos musulmanas.

'Travnik está ahora tranquila. La batalla ha terminado. Ahora me siento mucho más segura', dice Suada Suleymanovic, que vive con su hijo Omer, de 14 años, y sus padres. Suada abandonó Hadzici, en las cercanías de Sarajevo, poco antes de que cayera en poder de los radicales serbios. 'No es cierto que los croatas hayan sido expulsados de Travnik', afirma con contundencia. Y para demostrarlo sale a buscar a su vecino Bozic Ytanko, que asegura que 'de momento' no ha tenido problemas con la *Armija*. Antes de la guerra, en la región de Travnik residían un 45% de musulmanes, un 36% de croatas y un 11% de serbios. Ahora es difícil encontrar cifras incontestables. Ni siquiera la Cruz Roja local las tiene.

Zdranjka Pelic, croata de 40 años y máxima representante de la Cruz Roja en Travnik, estima en 18.000 el número de refugiados que han encontrado acogida en la ciudad, la mayoría de ellos musulmanes procedentes de áreas ocupadas por los radicales serbios. Pelic admite que 'todos los ejércitos han cometido excesos y han practicado la *limpieza étnica* ', pero no tiene constancia de que los musulmanes los hayan cometido de manera sistemática.

'Durante los enfrentamientos entre la *Armija* y el HVO llegaron numerosos refugiados musulmanes desde Ahmici, cerca de Vitez,

ahora bajo control croata. Mientras tanto, los soldados del HVO y los croatas que residían en lugares como Jankovici y Paklarevo, cercanas a Travnik, huyeron al monte Vlasic, bajo control serbio'. Durante la huida, algunos croatas declararon entonces que preferían entregarse a los serbios que 'ser degollados por los musulmanes'.

Beba Salko, de 34 años, esposas y revólver al cinto, ojos azules y cansados, es el vicecomandante del grupo operativo Krajina, que combate en la zona de Travnik, y tiene su propia versión de lo ocurrido en Travnik entre el 7 y el 8 de junio pasados: 'Cerca de 7.000 croatas de la región de Travnik, y entre ellos una minoría de habitantes de la ciudad, abandonaron la zona en dirección al monte Vlasic', bajo control serbio. Para Salko, los croatas recibieron presiones del HVO para abandonar la zona, que 'ha sido asignada a los serbios' en el reparto establecido por Milosevic y Tudjman.

'No es cierto que hayamos practicado *limpieza étnica* contra los croatas. No hay ningún civil croata encarcelado en Travnik. Ninguna unidad y ningún soldado ha recibido orden alguna para actuar contra los croatas'. El vicecomandante Salko, que afirma que entre 3.000 y 4.000 croatas siguen viviendo en Travnik (antes de la guerra residían unos 11.000), subraya que el 90% de los soldados del ejército bosnio están en contra de una república islámica en su territorio.

Salko estima que las diferencias entre el Consejo de Defensa Croata y el ejército bosnio tienen su origen en dos concepciones completamente distintas de lo que debe ser Bosnia: 'Mientras que los croatas quieren un Estado independiente para unirse después a Croacia, el ejército de Bosnia-Herzegovina quiere un estado multiétnico'.

Vitez, jueves, 1 de julio

En casa del enemigo. ¿Cuál es el enemigo? Junto a nuestra cama de matrimonio cuelga un uniforme del Consejo de Defensa Croata

(HVO), los que controlan este pedazo de Bosnia: un valle idílico, el del río Lasva, donde las vacas pastan ajenas a las detonaciones de morteros y ametralladoras que acotan el espacio. La carretera de Zenica fue cortada por minas esta misma tarde, por lo que nos vimos obligados a pedir refugio aquí, junto al cuartel de los *cascos azules* británicos. Cuarenta marcos por una noche a cubierto: de la hermosura de la luna creciente sobre las montañas azules y del abrazo mortal del rocío cuando apenas comienza julio. Escribo en la mesa del comedor familiar, iluminado por una gruesa vela con los colores croatas y bajo un crucifijo inequívoco. En las casas aledañas duermen los otros periodistas destacados aquí. Con ellos conversamos en una terraza, con ellos compartimos la vergüenza y el cansancio por la hipocresía y la cobardía de Europa ante la tragedia de Bosnia. Tal vez mañana podamos regresar a Zenica; tal vez no. Depende de que los contendientes abran su parte de la ruta a ambos lados de la zona muerta, espacios de un silencio sobrecogedor, con controles abandonados, casamatas sin vigilancia y esqueletos de casas de las que hace tiempo huyó la vida. ¿Qué clase de guerra es ésta, qué clase de desastre? Trato de contar pequeños fragmentos de historia cada día que pasa, y darle a cada episodio una continuidad, como si fuera posible encontrar un hilo que uniera las crónicas hasta formar la novela de Bosnia mientras escribo en Zenica, Travnik, Vitez, ¿quién sabe? Una coherencia dentro del absurdo y del horror. Como ese campesino que pasa con su guadaña ante una casa de campo quemada o esos milicianos que desayunan sentados en sillitas de playa junto a un grupo de casas reventadas por morteros y dinamita. Un espectáculo de nuestro tiempo.

Viernes, 2 de julio

Hablamos de Elias Canetti en medio de la noche de Bosnia. Hablamos de un viejo musulmán que hoy hizo de traductor en Zeljezno Polje. Sólo ahora me he dado cuenta de que era la persona a la que debíamos escuchar en medio de aquella muchedumbre de soldados desmoralizados y refugiados sin esperanza sentados a la

sombra de los cerezos. Él nos pidió que no los olvidáramos, que contáramos al mundo lo que ocurría, que no podía entender cómo Europa podía consentir lo que ocurría con el pueblo bosnio, que ellos no eran fundamentalistas. No debíamos consentir que, como en España con los Reyes Católicos, los musulmanes volvieran a ser expulsados. A ocho kilómetros, las fuerzas serbo-croatas acababan en Zepce con toda la resistencia bosnia. Para llegar allí habíamos necesitado varios días de solicitar permisos y pelearnos con los integrantes del último puesto de control. Al llegar, un proyectil serbio nos dio la bienvenida. Después, para escribir la historia, tuvimos que recorrer sesenta kilómetros, atravesar infinidad de controles y dos zonas muertas (tierra de nadie) hasta Vitez. ¿Qué clase de periodismo se puede escribir así? Para colmo, mis jefes querían otra historia. Hablar de lo que ocurría en toda Bosnia. ¿Cómo se lucha contra esa impotencia y esa desesperación? Pero todavía faltaba un último tramo: las líneas estaban sucias en Madrid y yo no conseguía conectar mi ordenador con el computador-madre. Todos los esfuerzos resultaron inútiles. Cuando ya no sabía qué vía utilizar me encontré con que habían decidido no publicar nada mío y reservar la historia para el domingo. Así he vuelto a reescribir la historia, que ahora se titula *A la sombra de los cerezos en Zeljezno Polje*. Es muy tarde en Vitez. El resto de los periodistas se divierte en una fiesta organizada por la BBC. Nosotros no hemos ido. Gervasio lee el libro de Hermann Tertsch, yo escribo mi colección de diarios contra el olvido y contra el mal. No hay morteros ni francotiradores esta noche. Sólo un perro insomne. Nosotros tenemos más suerte que los 6.500 refugiados desplazados de Zepce y Novi Seher. La *limpieza étnica* no ha terminado, pero el mundo sigue mirando en otra dirección. Cuando vuelvo a España, olvido. Pero no quiero olvidar nada.

A la sombra de los cerezos en Zeljezno Polje

Los cerezos de Zeljezno Polje alivian del sol de julio yugoslavo, pero no de las granadas serbo-croatas. El desvío de tierra y piedras por el que suben milicianos sudorosos y apesadumbrados, que parecen

arrancados de una guerra de otra época, nace de la carretera que llevaba de Zenica a Maglaj. Ahora no lleva a ninguna parte. Y menos desde que los cañones serbios de 105 milímetros la barren sin piedad: el sonido del proyectil perfora el aire limpiamente, apaga el rumor del río Bosna y desata el pánico en el último retén de soldados bosnios antes de Zepce. El obús estalla a menos de cincuenta metros y no provoca víctimas. Más arriba, en las montañas de Zeljezno Polje, 6.500 refugiados musulmanes arrancados de sus hogares en Zepce y Novi Seher, donde la *Armija* musulmana se bate en retirada ante el poder de la tenaza forjada entre los radicales serbios y el Consejo de Defensa Croata, (HVO), buscan acomodo temporal: en casas y bajo los cerezos. Los combates entre el ejército de Bosnia-Herzegovina, formado mayoritariamente por musulmanes, y los radicales serbios, que han encontrado en las fuerzas del HVO un inesperado aliado para repartirse Bosnia (como han acordado sus máximos líderes políticos, el serbio Slobodan Milosevic y el croata Franjo Tudjman), se generalizan en el centro de Bosnia, donde los musulmanes luchan por conservar el escaso 30% de territorio que retienen en su poder. Pero la suerte militar no está de su lado.

Las fuerzas musulmanas trataban ayer desesperadamente, desde la margen derecha del río Bosna, de impedir el avance de los serbios y croatas, que habían logrado ocupar la ciudad de Zepce y disparaban con tanques y artillería sobre las posiciones bosnias.

Pero las granadas llegaban incluso a Zeljezno Polje, donde ayer cayeron cuatro. Más al norte, en Maglaj, un importante nudo de comunicaciones, los bosnios musulmanes también sufren graves pérdidas. El propio mando de la *Armija* en Zenica cree que serbios y croatas están a punto de unir sus fuerzas entre Maglaj y Zepce. Si logran cerrar su tenaza, una nueva bolsa de población musulmana estará a merced de la conocida política de *limpieza étnica*.

Fahrudin Heco, de 32 años, vuelve al frente como muchos otros combatientes, sin nada en las manos y haciendo autoestop. El desorden y el entusiasmo de buena parte de la *Armija* musulmana

recuerdan a las tropas de Pancho Villa. ¿Puede vencer un ejército así? A Heco no le queda duda de que los croatas, con quienes combatían desde hace meses contra los radicales serbios de Radovan Karadzic, abrieron las líneas y permitieron el avance de los tanques *chetniks*. Así llama Heco a los radicales serbios, y *ustachas* a los miembros del HVO, el nombre de guerra que les hizo famosos por sus atrocidades durante la Segunda Guerra Mundial.

La comandancia de la Brigada 303 del Ejército bosnio ocupa el restaurante Kavalir, a ocho kilómetros del enemigo y a 30 de Zenica, que junto a Tuzla y Sarajevo son las únicas ciudades importantes de la vieja Bosnia que siguen en poder de los musulmanes. Una miliciana que habla buen inglés y lee a la sombra de un árbol reconoce que la situación 'es terrible' en Zepce.

Poco después, una familia formada por los padres, tres hijos y un perro pasa cansinamente ante el restaurante Kavalir empujando un carro con lo poco que lograron salvar de su casa en Zepce: un colchón, dos maletas y algunos enseres de cocina. El padre viste una camiseta del ejército alemán y un chándal malva.

En los pueblos de Zeljezno Polje, las calles, abarrotadas de milicianos que no quieren fotografías de su derrota y de familias de refugiados, viven una Pascua triste. Pero son circunspectos para el drama. Las ropas de vivos colores de las mujeres musulmanas destacan sobre la hierba. Y bajo los cerezos. Firuza Mehmedovic, de 28 años, llegó hace tres días, el tiempo que lleva sin comer. Ella y sus tres hijos alcanzaron Zeljezno Polje después de caminar durante 14 horas por las montañas desde Kopice, el pueblo cerca de Zepce donde vivían. Su marido, miliciano bosnio, se les unió después. Su casa fue alcanzada por una granada. Con una mezcla de rabia y resignación cuenta que el HVO empezó a matar gente y huyeron monte a través. No sabe qué hacer ni a donde ir. De momento, viven en una casa abandonada. El miedo va dejando casas vacías en un éxodo que no tiene fin.

Jan Kist, holandés al que la tragedia no le despinta el rostro afable, dice en medio de Zeljenzno Polje que '6.500 refugiados han llegado a la zona procedentes de Zepce y Novi Seher'. La Cruz Roja Internacional, de la que Kist es encargado de distribución de ayuda desde Zenica, empezó el viernes a repartir dos mantas y comida para un mes a cada uno de los 6.500 refugiados musulmanes. Pequeños paliativos para el desastre.

Amira Mehic, de 36 años, relata cómo escapó de Zepce: 'Por el río Bosna, con el agua al cuello y ayudada por soldados bosnios que se retiraban'. Según Amira, 'el miércoles, 30 de agosto, los *ustachas* del HVO empezaron a matar a grupos de personas, mujeres, niños y hombres, en Berek'. Berek es una de las plazas más espaciosas de Zepce. Amira cree que los croatas 'mataron a unas doscientas personas'. Habla sin desviar sus ojos azules, sin inmutarse y sin dudar, pero su testimonio no puede confirmarlo nadie. Como el de Envez Avdic, de 23 años, un soldado musulmán que todavía no ha empezado a afeitarse, que estuvo combatiendo cerca de Zepce durante ocho días y ayer llegó a Zeljezno Polje para reposar. Pero su descanso, como el de la mayoría de sus compañeros, parece una retirada. 'Los combates han sido durísimos en Zepce, cuerpo a cuerpo y casa por casa', cuenta Avdic casi sin aliento: 'Unas dos mil personas, entre ellas muchas mujeres y niños, están bloqueadas en un túnel en la carretera que va de Zepce a Maglaj'.

Los *cascos azules* británicos con base en Vitez reconocieron ayer que carecían de datos fidedignos sobre lo que ocurría en la zona, aunque sus informes coincidían en la penosa situación de las tropas bosnias y temían que se formaran nuevas bolsas de población musulmana. Hasta las cerezas acabarán por volverse amargas en Bosnia.

Domingo, 4 de julio

La luna llena es tan hermosa en el valle del Lasva que los francotiradores no se pueden sustraer a su influjo. El sendero que

conduce al teléfono vía satélite de la BBC abandona la sombra protectora del cuartel de los *cascos azules* británicos y corre entre una escolta de casas, a la izquierda, y campos de cultivo hasta las primeras presencias de un bosque. Primero parece un aviso: un disparo seco. Después, una sucesión de seis tiros con un fusil automático. No sé de dónde vienen ni si vienen a por mí. Ante la duda, corro, y trato de ocultarme en los arbustos. Luego, el teléfono vuelve a jugarme otra de sus malas pasadas. No consigo transmitir. Declino el ofrecimiento de Arthur de llevarme hasta mi hotelito en su blindado y vuelvo a recorrer el mismo sendero sombrío con el alma en un puño. Sería gracioso, pienso, morir por haber salido a enviar una crónica y no haberlo conseguido. La luna blanquea el camino y endulza mis hombros. No sé si hay algún cazador de hombres agazapado en la espesura, divirtiéndose con mi perfil en su mira telescópica, pero decidido a no ponérselo fácil: echo una carrerita hasta que las casas ocupan los dos márgenes. Ya no queda nadie en los portales de las casas. No hay más luz que la que sirve la luna. El sábado murió ayer. Escribo este domingo, temprano, antes de salir a esas carreteras que atraviesan amenazadoras zonas muertas y controles de milicianos de humor impredecible. A pesar de todo, adoro Bosnia.

Como un campo palestino en el centro de Europa

'Si la guerra sigue su curso, Bosnia central se convertirá en un campo de prisioneros, en un campo de palestinos en el centro de Europa'. Quien así habla no es un líder de los musulmanes bosnios, sino Jorge de la Mota, delegado del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados con base en Zenica, en la martirizada Bosnia central.

De la delegación de ACNUR en Zenica dependen 400.000 desplazados y 1.100.000 personas, cuyo nivel de vida se ha degradado hasta la miseria. Otras 400.000 personas dependen de la delegación de ACNUR en Tuzla, al noreste de Zenica. Pero los almacenes de ACNUR sólo tienen comida para un mes.

Las infraestructuras han sido destruidas, las factorías están paradas, no hay tráfico comercial de ningún tipo. La continua aparición de nuevos frentes, las bolsas de población aislada y las prácticas de *limpieza étnica* convierten la tarea de instituciones como ACNUR o la Cruz Roja Internacional en misiones casi imposibles.

De la Mota, español de 32 años, criado en Suiza y educado en Estados Unidos, empezó a trabajar para el Alto Comisionado para los Refugiados en Honduras. Desde hace diez meses está al mando de la oficina de ACNUR en Zenica, el centro de Bosnia-Herzegovina, donde está siendo concentrado el grueso de la población musulmana.

La primera minoría de Bosnia, que antes de la guerra formaba el 44% de la población, está siendo condensada en el 30% del territorio merced a las acciones de los radicales serbios, que controlan el 70% del territorio y que desde hace unas semanas cuentan con la inestimable ayuda de los milicianos del Consejo de Defensa Croata (HVO), antiguos aliados de los bosnios musulmanes contra los serbios.

Mientras que para el líder de los radicales serbios de Bosnia, Radovan Karadzic, los musulmanes bosnios cuentan con un espacio para crear su propio país, Jorge de la Mota asegura que esa nueva nación, que suplantaría a la oficialmente reconocida por la ONU, 'no es viable económicamente'. 'Es una cuestión de espacio. Serbios y croatas están concentrando a la mayoría de la población, los musulmanes, en el menor espacio', añade.

La gravedad de la situación no hace sino crecer cada día. El delegado de ACNUR menciona la paradoja que supone que la comunidad internacional no actúe de forma contundente para parar la guerra en Bosnia-Herzegovina y al mismo tiempo esté cansada de aportar ayuda humanitaria. 'Dentro de un mes no habrá nada de comida. El canal se está secando. No hay voluntad política de acabar con el conflicto y el cansancio está llevando a la comunidad

internacional a no dar ni dinero ni comida'. De la Mota lamenta el cinismo de los europeos, que empiezan a acusar a los musulmanes bosnios de fundamentalistas 'cuando son más cosmopolitas y abiertos que la mayoría de los europeos. Al final no tendrán más remedio que convertirse en fundamentalistas islámicos para poder sobrevivir'.

El suizo Jean-Luc Noverraz, de 38 años, como buen suizo y como delegado de la Cruz Roja Internacional en Zenica, prefiere guardar una tan exquisita como irritante neutralidad. Su afán de estar a bien con todas las partes para poder llevar adelante su tarea le hace hasta hurtar cualquier dato. Únicamente precisa que su organización tiene en la zona central de Bosnia a un total de 320.000 beneficiarios, la mayoría de ellos musulmanes.

La delegación del ACNUR en Zenica debe ocuparse de un triángulo cuyos vértices serían Maglaj al norte, Turbe al oeste y Kiseljak al este, y atender a las necesidades de unos 400.000 desplazados, una cifra que corre el riesgo de incrementarse ante las victorias de croatas y serbios en Maglaj y Zepce, al norte de Zenica. De la Mota evalúa entre 10.000 y 20.000 el número de personas que pueden estar empezando a buscar lugares a salvo al sur de estos dos enclaves de mayoría musulmana.

En la zona de Zeljezno Polje, a siete kilómetros de Zepce, 6.500 personas, según la Cruz Roja Internacional, han comenzado a asentarse. 'Pero si el avance serbo-croata continúa volverán a desplazarse, en este caso hacia Zenica, donde se encuentran ya 40.000 refugiados y la situación es insostenible', dice De la Mota.

Lunes, 5 de julio

Ante una lata vacía de McEwan. Pero ¿cuáles son mis niños en el tiempo? Aquí estamos separados del mundo por una sucesión interminable de frentes de combate, una pesadilla que no pudo

imaginar Dante, tierras de nadie, zonas muertas, francotiradores sin escrúpulos y asesinos capaces de cometer las mayores atrocidades sin que les tiemble el pulso ni les remuerda la conciencia. Aquí, en Bosnia, finaliza el siglo XX, concluye con el brío funesto con que empezó. Hoy nos robaron el coche a punta de pistola, y nos dicen que debemos sentirnos felices de haber salido con vida. Cuando vi al joven miliciano croata apuntándome al estómago con una pistola pensé que se trataba de un juego, de una broma. Pero se trataba de la realidad. Esa realidad de la que hasta ahora hemos podido librarnos a pesar de encontrarnos en el ojo del huracán y de jugarnos la vida varias veces cada día. Gervasio pensó mucho mejor cuando los vio alejarse con el coche y todo su equipo fotográfico: ¿Son estos mismos hombres y adolescentes los que entran en las casas de los enemigos para violar, robar y asesinar? ¿Qué escenas pavorosas se han grabado para siempre en los ojos de los supervivientes, qué víctimas no encontrarán jamás una pizca de justicia que las redima de una culpa inexistente —la de ser otros— y que las llevó a la muerte? Pero aquí, nosotros, el mundo, cada uno de nosotros, incluso los que nos atrevemos a venir aquí, también somos responsables de toda esta sangre que sigue derramándose sin cesar cada maldito día, porque se trata sobre todo de la sangre de los inocentes.

Limpieza étnica en el cielo de Zenica

Bosnia-Herzegovina se ha convertido en el reino de las paradojas. Y Zenica, en Bosnia central, la mayor aglomeración urbana en manos de los musulmanes bosnios, con excepción de Sarajevo, concilia un arsenal. Zenica era una de las ciudades más contaminadas de la antigua Yugoslavia, pero desde que la guerra cortó la llegada de mercancías se apagó la industria y cerró el comercio. Las siete chimeneas del complejo petroquímico RMK han dejado de ahumar el techo de Zenica. Gracias a la guerra, los cielos de Zenica han sido étnicamente depurados: la gente respira mucho mejor. Cañones de largo alcance serbios y croatas envían alcachofas de muerte al centro urbano, pero eso no disuade a los habitantes de Zenica de

bajar a la playa fluvial del Bosna ni de tomar el sol en el asfalto de la desierta carretera que conducía a Sarajevo.

La gasolina es un bien precioso en Zenica. De ahí que no sólo los cielos hayan quedado limpios de humos, sino también las calles. Zenica se ha vuelto ecológica sin remedio, un forzado paraíso para ciclistas y viandantes. Ahmra, una economista formada en la capital bosnia y que ahora trabaja en el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados, añora aquellos tiempos oscuros, cuando Zenica era una silueta gris en la humareda que hacía honor al sonido de su nombre en español: ceniza. 'Mejor tener los pulmones sucios que esta guerra', dice.

Pero no sólo las calles y los cielos de la fea y caótica Zenica han cambiado a causa de la guerra. La presión conjunta de los radicales serbios y croatas ha limado las fronteras entre el campo y la ciudad: los campesinos que han huido de las zonas rurales por la presión de los ejércitos rivales se han venido a Zenica con sus familias y sus animales. Parques y avenidas de la gran capital industrial bosnia son ahora prados para cabras, vacas y ovejas. Las cabras ramonean cerca de los jardines donde las prostitutas buscan el favor de los funcionarios extranjeros.

Buena parte de los 40.000 refugiados que se hacinan en Zenica proceden del área de Banja Luka y su zona de influencia, donde los radicales serbios han practicado una política de *limpieza étnica* implacable. En Zenica, una ciudad de cerca de 150.000 habitantes, vivían antes del estallido del conflicto, hace ya 15 meses, un 55% de musulmanes, un 15% de croatas, un 15% de serbios y un 15% de autodenominados yugoslavos. No es fácil averiguar cuál es la nueva composición étnica, trazada por el miedo y la violencia, pero algunas fuentes estiman que las minorías serbia y croata no superan conjuntamente el 10%.

J. P. Thebault es francés y no tiene pelos en la lengua. Cuatro meses en Zenica no sólo lo han convertido en un vecino más, sino que le

han permitido entender lo que ocurre en Bosnia con menos cinismo que cualquier ministro de Asuntos Exteriores de la Europa de los Doce. Thebault, encargado de prensa de la misión de la Comunidad Europea en Zenica, dice que el mundo está condenando a los musulmanes bosnios a vivir en un gueto, y cifra en más de 30 los muertos provocados por los ataques de la artillería serbia y croata en la ciudad. 'Suelen bombardear en domingo, cuando la gente está más confiada. Son bombardeos perfectamente calculados para provocar el mayor impacto emocional posible'. Hace dos semanas, un proyectil de 122 milímetros mató a nueve personas que jugaban al ajedrez en la calle. Más a salvo están los viciosos del bingo, que se aplican en tachar los números de la fortuna bajo las gradas de un polideportivo que sirve de cobijo a los refugiados.

No hay mucho que hacer en Zenica, salvo pasear, recoger las raciones de ayuda humanitaria, sumarse a la primera cola que se improvisa para ver si se pilla algo, contemplar el río o bañarse en él. La vida en Zenica, pese a los rigores de la guerra, no enturbia el humor de sus habitantes, que gustan de sentarse a las puertas de sus casas al anochecer, a pesar de que la luz eléctrica llega a muy pocas calles, o en las escasas terrazas de los cafés.

Los que tienen divisas o han acumulado sus buenos fajos de inservible papel moneda bosnio pueden hacer cola en el edificio de Correos. Dos teléfonos vía satélite salvan los miles de puestos de control que cortan las carreteras de Bosnia. Pero la larga cola de pacientes ciudadanos se abre sin resentimiento para los periodistas y los combatientes, y más si son *muyahidin*. La 7ª brigada del Ejército bosnio, con base en Zenica, sigue con rigor los preceptos islámicos. Sus integrantes no beben y se muestran en extremo celosos de la moral pública. La policía ya ha tenido más de un altercado con estos islamistas por su exceso punitivo, que les lleva a intimidar a las mujeres que toman el sol ligeras de ropa en las riberas del Bosna.

Martes, 6 de julio

A la luz de dos velas. El tiempo comprimido aquí, en el valle del Lasva. Y más esta noche fría de julio. Cayó un aguacero esta tarde, jugamos al billar y no perdimos del todo la fe en recuperar nuestro coche y las cámaras fotográficas. De momento estamos varados en el centro de Bosnia, rodeados de frentes y de zonas muertas. Los relojes dicen que son tan sólo las diez y media de la noche, pero la oscuridad impenetrable, el silencio de los combatientes y de los animales hace que sea mucho más tarde. La noche invita a encerrarse dentro de uno mismo, a esperar que la vida sea mañana por la mañana un poco mejor para todos. En la comisaría de policía, nadie, salvo un energúmeno envenenado por el odio y la ideología, amaba combatir: todos parecían dispuestos a huir a otro país, y reconocían la inutilidad y lo terrible de tener que seguir matando. Ni ellos mismos se creían lo de 'fundamentalistas islámicos' aplicado a los musulmanes, porque antes de la guerra eran amigos y compartían no sólo aceras, sino también hábitos y costumbres. ¿Y ahora? Una interminable siembra de odio. Todos ellos saben que cuanta más sangre se derrame más difícil será negociar, pero también saben que tarde o temprano tendrán que sentarse a una mesa, porque no pueden matarse por completo. De momento, aquí seguimos, detenidos en medio de la noche bosnia, tratando de escuchar, entre el tictac de los relojes y el silencio momentáneo de las ametralladoras y los morteros, el sonido de la hierba cuando crece. No sé aún qué clase de amor o de desdicha voy a encontrar en mi camino.

Jueves, 8 de julio

Me volvió a vencer el sueño, no la desesperación. Aunque esta fría mañana seguimos prácticamente en el mismo lugar. Ayer hicimos el trabajo de la policía, convertirnos en unos inesperados Plinios [1] de Bosnia. Recorrimos caminos vecinales, preguntamos a los campesinos y en los garajes, pero ni rastro de nuestro coche. A última hora de la mañana, o tal vez era más temprano, aunque llovía copiosamente, un nuevo policía, que había sido juez antes de la

guerra, nos devolvió las esperanzas: hizo las preguntas que nadie nos había hecho, nos acompañó al lugar donde se produjo el asalto, interrogó a los testigos y averiguó los nombres de los bandidos. Eran las doce del mediodía cuando el inspector y su ayudante partieron solos —'Es muy peligroso, esperen aquí'— y hasta hoy, la fría mañana del día siguiente, en que la guerra sigue su curso y nosotros aquí, varados, sin deriva de ningún tipo, cansados e irritados. Nuestras esperanzas las dirigimos ahora hacia Yellow, el gran capo mafioso de la región, al que todas las milicias y policías se refieren con devoción, que acaso sea también una forma de miedo. Ayer estuvimos en su jardín, donde esperaban cinco camiones y dos automóviles. Primero nos dijeron que dormía. Al cabo, salió su esposa, desgreñada y pelirroja, y nos dijo que estaba en el frente. En estas tierras, todos mienten. La mentira forma parte de su carácter y de su historia.

De momento, estamos bien. Ayer tuvimos que parar, mediante una llamada al embajador de España en Zagreb, que había iniciado la operación, a un convoy de blindados españoles que subían al rescate desde la base de Medjugorje. Corrieron rumores de que habíamos sido secuestrados. Todavía no. Seguimos haciendo ruido. No nos dejamos amilanar, ni por el miedo ni por la fatalidad. Pobre Bosnia. Pobres de los que tienen que quedarse aquí.

El día está a punto de concluir. Pero hace más tiempo que huyó la luz. Hemos cambiado de casa en Vitez. Aquí sí hay luz eléctrica, escribo bajo el aura de una bombilla y ante una ventana que no da al mar, pero que tal vez me mate. Es la vieja carretera que llevaba a Travnik y a Zenica y a Sarajevo. Hoy no lleva a ningún sitio. Y mucho menos de noche. También lleva a Nova Bila, a su comisaría de policía. Allí tuvimos un careo esta mañana con los dos presuntos ladrones de nuestro automóvil, presuntos héroes de la futura patria croata. Borko y Ferdo. Dijeron que los habían sacado del frente, de primera línea. Uno acariciaba el gatillo de su Kaláshnikov mientras nos miraba con una sonrisa viciosa; el otro, sobre el que no albergábamos dudas, ni siquiera sé cómo miraba. Apenas le hube

preguntado al comisario desde cuándo llevaban combatiendo en el frente de forma ininterrumpida cuando se abalanzó sobre mí. Ni siquiera supe cubrirme. Nunca fui un gran luchador. Pero me pegó con la mano abierta. Las gafas volaron, una patilla se desprendió y la mejilla y la oreja enrojecieron por unos minutos. El muchacho, no sé si Borko o Ferdo, quería seguir argumentando sobre mí, pero los policías no se lo permitieron. 'Hace días murió un familiar suyo en el frente, por eso está tan excitado'. Era Vlado, nuestro buen Vlado, el único hombre decente en aquella manada de cobardes. Vlado también tiene miedo, pero no es un lobo.

Ahora escribo, y trato de averiguar si las experiencias que vivo me hacen mejor de lo que soy o me ayudan a entender mejor el mundo en el que vivo. Cuando, por la noche, hablo con mi periódico, me doy cuenta de que no merece ni la cuarta parte del esfuerzo ni del riesgo que aquí corremos, que aquí gastamos. ¿Es éste el periodismo que yo quería? Probablemente. Cuando era pequeño quería ser policía. Luego descubrí el periodismo. Me siento mejor sin armas. Pero mi empresa es un animal sin alma. Aquí estoy, sentado a esta pequeña mesa de Vitez, cubierta con un mantelito blanco. No, ya no iremos a Zavidovici, pese al permiso de la *Armija* bosnia. Si conseguimos recuperar el coche, bajaremos a Split y pediremos una plaza en el avión de Sarajevo. Desde aquí no veo ningún mar. A veces no sé para qué escribo.

Incidente en Vitez, 1: Cuando desaparecen los comisarios cae la máscara del terror

La hierba llega a la altura de la rodilla en los campos de fútbol de Vitez. Hay dos, uno camino de Zenica, junto a un puesto de control abandonado que sirve a los niños para jugar a los aduaneros y levantar el brazo como fascistas, y otro junto a la casa cuartel del coronel Blaskic, el jefe del Consejo de Defensa Croata (HVO) de la región, una isla en el lago bosnio musulmán del centro de Bosnia-Herzegovina. Los hombres se han olvidado del fútbol y se han echado al monte para defenderse de sus vecinos de ayer. Vitez se

levanta junto al valle del río Lasva, un pequeño paraíso en el que la luz palpable de los crepúsculos estivales endulza todas las cosas. ¿A quién puede importarle que roben el coche y el equipo fotográfico de un par de periodistas españoles cuando aquí al lado violan a las mujeres ante sus maridos y sus hijos, torturan a los adolescentes, disparan a bocajarro, queman las casas desde los cimientos al tejado, expulsan a los musulmanes y aterrorizan a los que se oponen a sus crímenes? Nadie podía imaginar que el robo de un automóvil pudiera alumbrar mejor que muchas estampas de bombardeos en qué están convirtiendo Bosnia los asesinos de uniforme y los mercaderes sin escrúpulos.

Borko y Ferdo llegaron de uniforme y al atardecer. El jardín estaba lleno de testigos de todas las edades, niños sobre todo. No sé si era Borko o Ferdo el que empuñaba el revólver o sostenía el Kaláshnikov. Lo cierto es que lo que parecía un juego no lo era y a mano armada se llevaron el automóvil. La comisaría más cercana está a cien metros. Es un edificio sucio y sombrío, lleno de policías o milicianos, todos con el uniforme del HVO. Como el supuesto comisario o jefe o comandante. Un hombre de voz queda y bigotes descuidados. No anota, apenas se mueve, levanta un teléfono que ha conocido mil dedos grasientos y llama. Hace sus consultas, intenta bromear. 'Sabemos dónde está el coche y quién lo robó. Mañana lo tendrán'. Es lunes. Los testigos, empezando por el hermano del dueño de la casa, que se escuda en una cantinela de 'Bandidos, no HVO', conocen a los ladrones, pero callan. Tienen miedo.

El valle del Lasva es pequeño. Las fuerzas de los bosnios musulmanes tienen a estos croatas en un puño, al borde de la desesperación. A pesar de las buenas palabras del comandante o comisario o jefecillo, seguimos en su despacho, sin luz. El jefecillo se pasea nervioso. Entran subalternos, antiguos agricultores a los que la guerra dio un Kaláshnikov y un uniforme; son alguien cuando su país se desmorona.

A las siete y media de la mañana del martes, el comisario duerme vestido en el catre de su despacho. Se levanta un poco más sucio, si cabe. Está de mal humor. No hay noticias del coche ni las habrá. 'El coronel Blaskic sabe. En Nova Bila'. Nova Bila está a dos kilómetros. En la casa cuartel del coronel Blaskic se desperezan lentamente. Pero el coronel está en Busovaca, combatiendo. Lleva allí tres días. Al otro lado del bloque de viviendas se encuentra la comisaría de Nova Bila.

Repetimos la historia. Pero nadie sabe nada. Esperamos al comisario. Todos son afables, menos uno de camisa azul, 'el investigador criminal', dice Vlado, de 22 años, el único que habla inglés. Cuando el investigador se va, todos dan rienda suelta a sus secretas inquietudes: están hartos de la guerra, quieren salir de aquí, están atemorizados. Cuando el investigador vuelve, todos callan. 'Lo que hay que hacer es mandar a todos los musulmanes a Turquía'. *Limpieza étnica* pura y dura. Como los radicales serbios.

El comisario de Nova Bila es un tipo circunspecto, habla todavía más bajo que el comisario de Vitez y parece tan triste como decente. Pero no ofrece muchas esperanzas. Niega que hayan sido miembros del HVO los autores del robo y apela a un tal Yellow, el padrino de la mafia local, como la única esperanza. Yellow tiene cien hombres armados a sus órdenes y nada se mueve en Vitez sin que Yellow dé su visto bueno. Yellow llega con escolta. Los ojos pequeños y astutos, y la corpulencia de un oso. Dicen que trabajó en un casino francés, pero sus manos no son las de un crupier. Asegura que el coche no está en manos de sus hombres, pero que hará todo lo posible para que aparezca.

La primera visita del miércoles es a la primera comisaría. El jefecillo, aún sin lavar y sin afeitar, no disimula su hastío ante la insistencia de 'estos malditos periodistas'. De la primera comisaría, a la segunda. 'La única esperanza es Yellow. Todos tenemos miedo. Nadie quiere hablar, aunque todos saben quiénes robaron el coche. Pero tenemos que vivir aquí'. Vlado, que antes de la guerra trabajaba de camarero

en un bar de Vitez que se llamaba C'est la Vie, es el que así se manifiesta, avergonzado de sí mismo y de sus compañeros y sin creer en la Croacia por la que le obligan a luchar.

La casa de Yellow es una finca, toda vallada, con perros, varias viviendas en las que habitan parientes cercanos y lejanos y campesinos a su servicio. Cinco camiones con la carga oculta y dos automóviles aparcados en el espacioso patio dan cuenta de las buenas relaciones de su propietario. Yellow es uno de esos tipos destinados —como los hay en Belgrado, Zagreb y Sarajevo— a sacar el máximo partido de la guerra. El futuro pasa por sus manos, y, si no tienen sitio en el país que están creando a base de violencia, las divisas amasadas les permitirán una vida lejos de este barrizal donde los hombres honestos se matan con una venda en los ojos. 'Está durmiendo', dicen los labradores. La mujer de Yellow, una pelirroja malencarada, sale con un biberón en la mano: 'Yellow está en el frente'.

La Legión quiere rescatar a los 'secuestrados'

El embajador español en Croacia, Antonio Sánchez Jara, había sido puesto sobre aviso del incidente del robo del coche. Protestó ante el Gobierno de Franjo Tudjman, el responsable intelectual de lo que ocurre en lugares tan alejados de sus alfombrados despachos de Zagreb como es el valle del Lasva, y se puso al habla con el destacamento de los *cascos azules* en Medjugorje. En algún momento se produjo un equívoco, porque el Ministerio de Defensa español pensó que los dos periodistas habían sido secuestrados. Un convoy de la Legión se puso en camino hacia Vitez para rescatarlos. Gervasio Sánchez, el fotógrafo despojado de su esquipo, supo la noticia por su periódico, *El Heraldo de Aragón*.

Avisamos sin demora al embajador para que detuviera el convoy antes de que fuera tarde. El interés demostrado superaba con creces al de los británicos. El convoy pudo ser alcanzado en Tomislavgrad, no lejos de su base.

El Centro de Prensa del Consejo de Defensa Croata en Vitez está instalado en el antiguo cine Princip, involuntario homenaje a aquel patriota serbio de Bosnia que liquidó al heredero del trono de Austria-Hungría y desencadenó la Primera Guerra Mundial en 1914. Allí ya conocían la historia del robo y, adalides de la propaganda, se deshicieron en excusas, negaron de manera rotunda la responsabilidad del HVO y nos mandaron a la policía militar.

De nada sirvió nuestra ira y nuestro cansancio de ver cómo todos los comisarios y todas las policías jugaban su partida de mentiras con nosotros.

Seguía lloviendo cuando el primer policía digno de tal nombre —o eso pensamos entonces— nos pidió nuestros datos y el relato de lo ocurrido.

Para nuestra sorpresa, pidió que le lleváramos al escenario de los hechos. Allí interrogaron a los testigos y los nombres de Borko y Ferdo salieron de la mordaza de silencio que atenaza al valle del Lasva. Pero fueron los niños —que todavía no conocen más miedo que el que desata en su imaginación el estruendo de las bombas cada día más cercanas— los únicos que se atrevieron a dar nombre a aquellos dos bandidos sin rostro. Sólo después algunos adultos, entre las esquinas de las casas y las sombras de los ciruelos, se atrevieron a confirmar que habían sido Borko y Ferdo.

Viernes, 9 de julio

¿Última noche en Vitez? ¿Por cuánto tiempo? Tal vez a partir de ahora empecemos a creer en milagros. Porque esta noche se produjo uno, bajo un cielo estrellado y silencioso, digno de las mejores épocas del valle del Lasva. Algunos compañeros —sobre todo los de la BBC— nos habían puesto en un dilema moral: 'Si pagáis pondréis las vidas de otros en peligro'. No queríamos pagar, pero durante tres días habíamos luchado solos contra los elementos

y, únicamente tras la agresión sufrida en la comisaría, los británicos tomaron cartas en el asunto. La esperanza estaba casi perdida, pero a media tarde jugamos una partida de billar en la base británica y mis carambolas fueron tan rotundas como insólitas. Y yo siempre he sido un malísimo jugador de billar. Tal vez se tratase de una premonición: partidas que los astros o los dioses juegan con los hombres. Llegaron con nuestro coche. Salieron los *cascos azules*. Al cabo de unos minutos nos llamaron. La noche era impenetrable. Pero el automóvil estaba allí, real, al otro lado de la calle. Los del HVO se mostraban tan nerviosos como esquivos. Hurtaban los rostros a la luz de los faros y las linternas. Sólo la traductora, avergonzada, daba la cara, y parecía a punto de llorar. En los Balcanes, este reino roto, cruzado por medias verdades y mentiras, acaso condenado, como decía Ivo Andric, 'a sufrir la violencia o a causarla', a veces se conjugan mil elementos contradictorios. Sería bueno saber qué mecanismo puso en marcha nuestro periplo por comisarías y barrizales, la agresión sufrida, la oferta transmitida por tres agentes del HVO a un oficial de la Fuerza de Protección de Naciones Unidas (Unprofor) en Bosnia, la protesta británica, la protesta del embajador español en Zagreb y el propio engranaje de crimen y violencia que atraviesa y atemoriza el valle del Lasva. Pero tanto los británicos como nosotros pensamos que lo mejor ahora es abandonar cuanto antes este magnífico Camping Vitez. Mañana nos escoltarán hasta Prozor. En cualquier caso, nunca olvidaremos Vitez.

Incidente en Vitez, y 2: A ojos de la policía los ladrones son unos buenos chicos

La búsqueda del coche que el lunes nos robaron en Vitez los milicianos croatas Ferdo y Borko nos permitió descubrir el miércoles que el automóvil estaba entre Plinio y Sam Spade. El periplo bajo la lluvia nos llevó por caminos embarrados, a un lado y otro del Lasva, y a Novi Travnik, donde una mujer confesó haber visto el vehículo. Escudriñamos en jardines y garajes. Pero todo fue inútil. Pasó el día en blanco, entre lluvia, estruendos de artillería y cafés en las casas de los vecinos. A las siete volvimos a la comisaría de Nova Bila. Los

agentes no sabían nada. Lo que sí sabían es que Ferdo y Borko eran 'buenos chicos'. El comisario triste y taciturno, el de Nova Bila, asomado a la ventana de su vivienda, saludó afectuoso. Compartió su perplejidad por la falta de noticias y prometió que veríamos a Yellow, el mafioso local. Volvimos a la primera de las comisarías. El jefecillo parecía contento: 'Mañana tendrán su coche. Hay un 90% de posibilidades'.

El jueves ya no llovía, pero el frío se había quedado entre las colinas del Lasva. En la comisaría de Nova Bila se rieron al vernos. Pero no había rastro de Yellow. Como siempre, estaba 'en la batalla, en primera línea'. Insistieron en que el caso pertenecía a la jurisdicción de Vitez, que ellos no podían hacer nada. Pero ya no estábamos dispuestos a servir de pelota de trapo a una pandilla de policías corruptos y atemorizados. Exigimos ver a Yellow, a los ladrones o a quien fuera. Se acabaron las risas.

Volvieron a marcharse el comisario y el investigador criminal, y regresaron con dos jóvenes. Acerca de uno de ellos no nos quedó duda. Era uno de los asaltantes. Del segundo tuvimos dudas, que empezaron a desvanecerse en cuanto, sentado en un jergón, empezó a juguetear con el gatillo de su Kaláshnikov. El comisario se encargó de precisar que aquellos muchachos eran combatientes. Se nos ocurrió preguntar desde cuándo estaban combatiendo. El interpelado se abalanzó en tromba y me arreó un bofetón.

Presentamos una denuncia poniendo a todos los policías por testigos. El destacamento de *cascos azules* británicos empezó a mostrar preocupación a partir de la segunda agresión. Protestó contundentemente ante la oficina de prensa del Consejo de Defensa Croata, exigió que el coche fuera devuelto de inmediato y nos sugirió que nos mudáramos de residencia. Los asaltantes sabían dónde vivíamos. A media mañana se presentó en la oficina de prensa de los británicos una delegación de la comisaría de Nova Bila. El precio para recuperarlo: 400.000 pesetas en marcos alemanes. 'No hay trato', respondimos.

La noche del viernes había caído con su habitual espesura sobre Vitez. Un manto de alquitrán. Dos muchachos demasiado nerviosos llamaron a la puerta del centro de prensa británico. Venían de parte del HVO. Si queríamos recuperarlo, debíamos acudir de inmediato a Nova Bila. Tanto a Peter Bullock, el capitán del centro de prensa, como a nosotros, nos escamó tanta premura. Sin escolta no iríamos. Accedieron a traerlo.

En cuanto desaparecieron, el capitán Peter Bullock preparó el operativo. Los soldados se pusieron los chalecos antibala y el casco. Parecía una película. El soldado de guardia dio la alerta. Nuestro coche llegaba escoltado por un vehículo policial y el del HVO. Salieron los *cascos azules*. Al cabo de unos minutos, nos llamaron.

Con una linterna de bolsillo examinamos el vehículo. Del exterior habían desaparecido las placas de Udine y las iniciales TV, trazadas con cinta aislante a los costados y en el capó. Del interior faltaban una cámara, dos objetivos, una calculadora, tres bidones de gasolina y el tabaco para ganarse el favor de los puestos de control. El depósito de gasolina estaba casi vacío. En el maletero, dos botas de un miliciano croata, olvidadas, parecían un chiste que no entendimos. Una mano que salió de las sombras nos dio la llave, la intérprete masculló una sentida disculpa y la noche los devoró a todos.

El sábado abandonamos el lugar con una escolta blindada británica hasta el cuartel de los soldados españoles en Medujgorje, camino de Mostar y Split para volar desde allí a Sarajevo. Nunca olvidaremos Vitez.

Medjugorje, sábado, 10 de julio

Una escolta nos sacó de la pesadilla del valle del Lasva. Pero el miedo no desapareció al atravesar el último control croata. Junto a un campo de amapolas, a pleno sol, dos blindados ligeros relevaron

a los que nos venían escoltando desde un lugar a medio camino entre Novi Travnik y Gornji Vakuf. Había estruendos de fusilería a la entrada del pueblo. Seguimos al blindado, que se abrió paso a toda velocidad —o a la velocidad que le permitían sus cadenas—. Gornji Vakuf era un pueblo fantasma. Hace apenas doce días la gente abarrotaba las calles. Ayer, ni un alma. El tejado de una casa todavía humeaba, reventado por una granada, cuando pasamos a su lado. ¿Adónde mirar? ¿Al frente, a los lados, al cielo? Ni milicianos, ni vecinos. Un pueblo fantasma sometido a la ceguera de la artillería. Pero abandonamos el lugar sin haber sufrido ni un amago de ataque. A la salida, tres niños nos miraron desde un pequeño patio hundido en la tierra. Los únicos seres vivos en un recorrido interminable. Ahora estamos de nuevo a salvo. El martes dormiremos en la querida Sarajevo. En Medjugorje, mientras tanto, le siguen rezando a no sé quién. Un grillo canta en medio de la noche. Atrás quedó la noche de Vitez, la desolación de Gornji Vakuf y las chicharras de Bosnia. Cuando volvamos a Trieste nuestro corazón será un extraño carrusel. Pero todavía faltan muchos días y muchas noches de ponerle cara de plata al miedo.

Domingo, 11 de julio

Un día sin acontecimientos. Pero los buscamos. En Grude, en Mostar. El HVO nos impidió el paso. ¿En qué clase de vorágine andamos metidos? A pesar de todo, vuelvo a encontrar una especie de calma capital, y no solo aquí, en el cielo tranquilo de Medjugorje (y no creo que por la intercesión de la Virgen), sino también en Vitez, en Zenica, ojalá en Sarajevo, donde la muerte y la desolación son tan frecuentes. Vuelvo a Bosnia como quien vuelve al lugar de un amor que sigue haciendo daño. Esta hoja es del suelo de Zenica, pero podía ser del suelo de Zadar, Gospic, Zeljezno Polje, Kiseljak, Visoko, Vitez o Medjugorje. Esta hoja es tan sólo otra hoja más de las muchas que he ido recogiendo por ahí. Ahora, que vuelvo a estar solo, que apenas si recuerdo el cargadero de mineral del puerto de Almería, vuelvo a Bosnia con los ojos claros de intentar ver en la oscuridad, los ojos de soñar que traemos, los ojos de ver Bosnia como quien aprende a mirar de nuevo. Aquí transcurre una estación extrema que dura todo el año. De habitación en habitación, de mesa en mesa, imagino que aprendo a escribir. Imagino que McEwan es una marca de cerveza. Imagino que Vitez es un lugar perdido. Imagino que el niño que fui no ha muerto del todo. Imagino que todavía tengo tiempo.

Split, lunes, 12 de julio

La luz es tan dulce que nada de lo que recordamos y de lo que acabamos de vivir, ni nada de lo que a partir de mañana va a ser nuestro afán de cada día, parece más real que los sueños. Esa luz, los montes de piedra descarnada que circundan Split y multiplican la fortaleza veraniega de la luz, las fábricas humeantes y los bañistas, estas grandes espaldas croatas para olvidar la guerra, primeras espaldas a las que luego se suman otras muchas, desde el Peloponeso al Estrecho de Gibraltar. ¿Qué es lo que yo recuerdo?

Vamos a la caída de la tarde al aeropuerto de Split a recoger a Juan Goytisolo: la indignación y la vergüenza son las que lo han decidido a arriesgarse a compartir con los habitantes de Sarajevo la vida de cada día. Como nosotros: vergüenza, rabia, indignación, la pequeña cuota de culpa y olvido que a mí me hacen venir aquí, también. Mañana. En Sarajevo, la ciudad de mis sueños y mis más dulces pesadillas. ¿De qué clase de ciudad se trata, cuánto martirio más necesita padecer?

Sarajevo, martes, 13 de julio

Ahí está tu mismo rostro de hace un año, en el espejo de la habitación del mismo hotel de Sarajevo. Ha llovido con fuerza durante el día: siluetas, impactos de una lluvia dura, charcos para que se bañen los perros que no han sido derivados, contenedores acribillados, las tumbas que llenan buena parte del campo de fútbol, todos mis árboles ausentes, convertidos en humo de un fuego cuyo calor huyó, cadáveres desconocidos, mis amigos todavía a salvo, como yo, también, más o menos, en este espejo turbio, en algunas memorias. ¿Qué hacer contra el predominio del mal? Es cierto, estoy aquí de nuevo y me marcharé dentro de doce días. ¿Es suficiente? Puedo escribir las palabras más duras y más terribles, puedo mezclarme con la gente, repartir mis paquetitos de café, mis cajetillas de tabaco, puedo meterme en los charcos hasta las rodillas y abrazar a quien quiero y sobrevivir en esta ciudad desde hace cerca de quinientos días. ¿Y después? Por supuesto que mi culpa no se extingue, ni siquiera en una pequeña parte. Porque todo sigue igual cuando parto y empeora mientras estoy ausente. Otra vez en este mismo hotel a salvo, con otros que se llaman a sí mismos periodistas. Una noche de una larga serie de noches. Es cierto, llovió copiosamente e incluso hace algo de frío a mediados de este mes de julio. Yo escribiré mis crónicas y, si tengo suerte, saldré de aquí como vine. ¿Es suficiente? Por supuesto que no.

Miércoles, 14 de julio

¿De qué escribir contra el mal? ¿Contra el mal de escribir? No basta, y cada vez basta menos. El tiempo convertido en un pedregal o en una escollera. ¿Con qué escribo el mar? ¿Con qué clase de hastío escribo la desesperación y con qué clase de tinta la tristeza, el dolor, el cansancio del cansancio y el cansancio de la desesperación y el cansancio de la esperanza? Otro cañonazo, otro minuto, otro bosque que desaparece. Una vida, otra cena más, otra noche oscura del alma que cubre la ventana que no da al mar, sino al río, a los francotiradores emboscados y al agua inmóvil, a las casas convertidas en cenizas y a la tarde que aventa nuestra cena mientras masticamos: sesos, olvido; sesos, un vaso de agua; sesos, dormir; sesos, ¿para qué escribir? Esto es Sarajevo, bengalas multicolores, la gente que todavía conozco aquí, que sigue viviendo aquí desde el mes de abril de 1992, cuando el cerco comenzó y nadie esperaba que la noche y el día fueran desde entonces algo parecido a esto, esta mina de frustración que sigue cavando hacia el centro de la Tierra buscando algo de luz.

Jueves, 15 de julio

Este julio voy a enterrarlo en los ojos de mis amigos bosnios, y voy a quedarme en cuclillas mientras memorizo su mirada. Si escribo un faro no servirá de nada, como de nada servirá escribir un tren desde la martirizada Sarajevo que partió hacia el corazón del horror, o si escribo que el cadáver del niño tiene los párpados violáceos y el estómago arrancado por los garfios de acero de una granada serbia, o de la pura desesperación que encuentro en los rostros de toda la gente que quiero en esta ciudad, Sarajevo, que hago mía mientras mis propios ojos me pesan, mientras la pesadumbre me carcome y siento que de nada servirá que escriba y que llene la memoria de todo esto, estos ruidos de la noche de Sarajevo, y mi cansancio, que tan poco tiene que ver con el suyo.

Viernes, 16 de julio

Los ojos manchados de soñar. Tal vez a partir de ahora me acostumbre a no hacerlo con tanta frecuencia. Ahora siento que no podría volver a Almería. ¿Pero quién puede predecirlo? Volveré a estar solo, pero no sé por cuánto tiempo. ¿A quién le importa aquí? Esto es Sarajevo, la vida real, el proyectil atravesando toda la vida de Senada, una casa donde uno siente que puede vivir buena parte del tiempo que le ha sido destinado. ¿Qué ocurre cuando esa casa está levantada en Sarajevo y es estos días de julio? No respondo a preguntas hechas al amparo de la oscuridad. Pero yo también estoy completamente solo. Aunque no es lo mismo. Lo sé de sobra: no puede serlo. Pero los párpados me pesan. Aprovecharé que los artilleros serbios están callados para tratar de conciliar el sueño. ¿Con quién? ¿Quién sabe? Con nadie.

Domingo, 18 de julio

La ciudad no ha sido reducida a escombros. Es como si un pájaro monstruoso se dedicara a picotear los edificios, los quioscos, las alamedas, los monumentos, los cementerios y la nuca o las extremidades de los transeúntes. Es una destrucción lenta y minuciosa. No es que los habitantes de Sarajevo se acostumbren al horror, sino que lo sobreviven.

Juan Goytisolo escribe en Sarajevo el diario de un escritor avergonzado

A Juan Goytisolo le convenció una amiga, la escritora estadounidense Susan Sontag, de que buscara en Sarajevo la respuesta a algunas preguntas que le atenazaban. El escritor español, de 62 años, se sintió tan avergonzado de la actitud de Naciones Unidas y la Comunidad Europea ante el genocidio de los musulmanes de Bosnia-Herzegovina que decidió ver con sus propios

ojos y arriesgar su propia vida pasando ocho días en la capital bosnia, sometida a un cerco implacable por los radicales serbios de Radovan Karadzic desde hace 16 meses.

El autor de libros como *Señas de identidad*, *Campos de Níjar*, *Reivindicación del conde don Julián* o *Makbara*, escribe ahora en Sarajevo un diario que será publicado en las páginas de *El País* en la segunda quincena del próximo mes de agosto. Juan Goytisolo trata de pasar inadvertido por las calles de Sarajevo, aplastado por un voluminoso chaleco antibalas, que detesta casi tanto como el silencio de buena parte de la intelectualidad y la izquierda españolas ante el drama que se vive en Bosnia-Herzegovina, en pleno corazón de Europa.

Goytisolo, que en estos momentos prepara una novela sobre Carlos Marx, que será publicada el próximo otoño, se ha destacado siempre por su defensa del Tercer Mundo. Su preocupación por los refugiados y el racismo le llevó a escribir numerosos artículos cuando el problema era apenas una sombra en Europa.

Ahora que le llaman para participar en coloquios sobre una cuestión que se ha vuelto incómoda prefiere protestar en las calles de París, donde la nueva legislación del gobierno conservador de Édouard Balladur ha convertido a todos los extranjeros en sospechosos. Para Goytisolo, la ceguera y el cinismo de la comunidad internacional ante la agresión y la *limpieza étnica* que se viven en Bosnia-Herzegovina es una actitud que Europa pagará cara.

Juan Goytisolo vive la mayor parte del año entre sus casas de Marrakech y de París. Sus permanentes discrepancias con el franquismo le condujeron a un exilio que se ha convertido en él en una forma de vida, ya que decidió mantenerlo, y no volver nunca del todo a residir en España cuando se extinguió el régimen del general Franco. En toda su ya vasta obra, en la que trata de equilibrar la experimentación formal de tipo vanguardista con el rigor lingüístico, el novelista y ensayista barcelonés ha mostrado una constante

devoción por la herencia de la rica tradición de los intelectuales heterodoxos españoles, hasta el punto de convertirse él mismo en uno de ellos.

Por esta razón, la experiencia que vive Juan Goytisolo en el infierno de Sarajevo no hace sino confirmar esa constante tendencia que caracteriza a toda su obra precedente, en la que ha demostrado poseer un valor cívico no demasiado frecuente.

Lunes, 19 de julio

Los días transcurren bajo una presión absurda: corremos de una punta a otra de la ciudad tratando de confirmar rumores sobre circunstancias bélicas y políticas, número de impactos y declaraciones que puedan cambiar el curso de las cosas. Así llegamos a un momento crítico, entre las tres y las cuatro de la tarde, en que hay que convertir esa basura en crónica periodística para envolver conciencias y pescado viejo. Así perdemos el tiempo precioso que pasamos en Sarajevo, tratando de entendernos a nosotros mismos en medio de esta vorágine, una sociedad que sigue sobreviviendo milagrosamente. Así no puedo estar contento, ni con mis ojos ni con mis manos. Anoche cené solo, en el comedor irreal de este hotel, con las cortinas corridas, el panorama del crepúsculo y los edificios reventados por las bombas. ¿Cuántos muertos más hacen falta para que el mundo diga que ha llegado el momento de parar? Corremos de un extremo a otro de Sarajevo, jugándonos la vida por unas migajas de información que apenas consiguen acercarse a lo que pasa. Éste es un juego mortal. Y yo participo en él con estas crónicas que desde Madrid me piden y que yo escribo como un gato obediente y estúpido. Maldita sea.

Algunos disparos en medio de la noche impenetrable. Sombras, edificios y casas y terrazas y calles: todos muertos. La única luz proviene del cielo. Pero aquí, en este hotel, escribo bajo una luz robada, mientras las ráfagas se suceden en el gran oído nocturno.

Escribo como puedo, sentado a mi pequeño pupitre de niño irresponsable al que no le va quedando más remedio que asumir su propia vergüenza y su propia culpa. Escribo con la mano derecha, como siempre, con el pecho inclinado hacia delante y algunos recuerdos —el libro encontrado en Mostar, los mapas recuperados de la Biblioteca Nacional de Sarajevo, encontrados con Edo hace unos días en medio de un charco de escombros— y con los pies firmemente plantados en este hotel que parece tan sólido y a salvo. Tal vez los dueños, alimentados por la marea de dólares que cada día entrega la legión de periodistas, han pagado al enemigo para que se abstenga de seguir encañonando el edificio. Son las doce de la noche. Tiempo de vigilia o tiempo de dormir. Tiempo de recordar, o tiempo de olvidar. Escribo con mi mano de escribir, mientras la hojarasca de los días cae sobre mis hombros y yo me defiendo como puedo: con mis palabras y mi miedo, con mi pequeña exactitud y mis cuadernos azules, con mis ojos miopes y las oraciones de mi madre, con mi chaleco antibalas y algunos gramos de prudencia solubles en la atmósfera de Sarajevo: han talado los árboles y ahora entra más luz, y el verano es más pesado, y más amplio el cuadrante de que disponen los francotiradores emboscados. Ésta es la clase de vida que llevan aquí. Gabriela, la abuela de 82 años que vive en el mismo edificio que Jasminka, se ha lavado y se ha puesto sus mejores galas porque viene a visitarles un escritor español, Juan Goytisolo. Gabriela dice que su alma está muerta, y que desde que empezó la guerra dejó de escribir poemas. Pero a su nieta en Polonia le escribe que la luna llena se asoma sobre la montaña de Trebevic para ver cómo sigue Sarajevo, y le pide que no olvide su ciudad. Y la nieta le contesta con un poema en el que dice que nunca olvidará Sarajevo. Ha venido a visitarles un escritor español, y todos están graves y emocionados, menos Gabriela, que disfruta como una niña, mueves sus manos y recita sus poemas, una de sus *acuarelas de Split*, escritas antes de que se muriera su alma. Ha venido a visitarles un escritor español y han desafiado a los enemigos abriendo el salón que da al Miljacka y a la montaña de Trebevic, donde se agazapan los que martirizan Sarajevo. Pero las sombras caen y hay que marcharse. Aquí está toda la vida,

empezando por el alma de Gabriela, que es un símbolo del alma de Sarajevo, a la que nunca, nadie, por muchas granadas que arroje, conseguirá asesinar.

Martes, 20 de julio

No es mi ciudad, pero ya forma parte indeleble de mi vida. Juan Goytisolo parte mañana, y esta noche se sentía melancólico. El invierno llegará pronto a estos barrios, y la mano de nieve arrastrará consigo a muchos vivos, tal vez a algunos de los que aquí conocemos, de los que contribuyeron a que esta ciudad que no es la mía, y que apenas si había despertado mi interés cuando pasaba sobre las casillas de la historia de Europa, formará parte para siempre de mi vergüenza y de mi memoria, de mi quebrada idea de Europa y de lo que esperaba de la razón y los frutos del porvenir. Los relojes rápidos de Occidente avanzan muy despacio aquí. ¿Qué unidad de cuenta es precisa para el dolor, para el heroísmo de la población civil, para la miseria de los que se ocultan en las montañas para bombardear la mejor cristalización de la convivencia interétnica de todo Occidente: un ejemplo demasiado precioso para permitirle florecer? Me iré de Sarajevo con mi mochila de culpa. Y su peso no habrá disminuido con mi tercera estancia aquí.

Miércoles, 21 de julio

De la melancolía de Juan Goytisolo a las manos de niña de Gabriela. De los francotiradores que rompen en pedazos la tarde a un gato que desgarra el silencio de la gran nave central del Holiday Inn. Del avión de Goytisolo salvando el cerco de Sarajevo a la media voz de Vera, una serbia atemorizada, vecina del escritor Abdulah Sidran, que por estar limpiando en casa no puede recibirnos. Del terror pintado en el rostro de Jasminka al estruendo cercano de los bombardeos a las doce de la noche, cuando estoy solo en la habitación 322. De las bromas sexuales de Slobodanka (nuestra

Dora) a la intensidad de Susan Sontag en Sarajevo. De las antenas parabólicas a los satélites de comunicaciones —capaces de burlar la pericia de todos los artilleros—, a *Puente sobre el Drina*, de Ivo Andrić, que quiero terminar aquí. De *Esperando a Godot* que quiere montar Susan Sontag a mi *Sin maldita esperanza*, que quiero estrenar en Madrid. De los labios de Slobodanka a los labios de Mina. De mi deseo, sus orificios y cancelas tristes a la estación de ferrocarril donde nació Gabriela. De la vigilia de ese francotirador que no deja de disparar a la una y veinte de la madrugada a la despedida de Juan Goytisolo al pie de la tanqueta. Pero ahora voy a intentar conciliar el sueño, aunque el tiempo en Sarajevo se concentra como una especie de dinamita para el alma.

Susan Sontag: 'El siglo XXI comienza con el sitio de Sarajevo'

A sus 60 años, Susan Sontag, autora de *La enfermedad y sus metáforas, Sobre la fotografía y Contra la interpretación*, ha decidido convertirse por cinco semanas en paisaje de Sarajevo, la capital de Bosnia-Herzegovina, un país sometido desde hace casi 500 días a un implacable cerco por los radicales serbios instigados desde Belgrado. Directora de cine y teatro, novelista y ensayista, sus reflexiones sobre la fotografía, la política, la escritura o la mujer forman parte del más lúcido pensamiento estadounidense de este siglo. Su coraje moral la ha llevado a Sarajevo para montar una obra de teatro. La elección de la pieza, como la decisión de volver por segunda vez al Sarajevo bajo las bombas, fue suya: *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett. Como Godot, los habitantes de Sarajevo han esperado en vano a una Europa y una intervención extranjera que nunca llegó. La obra podrá verse a finales del próximo mes de agosto en un teatro de Sarajevo, ciudad en la que, según Susan Sontag, 'empezó el siglo XXI'.

Pregunta: ¿A qué obedecen sus dos visitas a Sarajevo desde que se inició el sitio?

Respuesta: La primera vez que estuve fue el pasado mes de abril, instigada por mi hijo, David Rieff, que está escribiendo un libro sobre la guerra en Bosnia. Antes ya me sentía implicada en lo que ocurría aquí, con mi propio sentido del horror y de la indignación. Tengo que decir que nunca había pensado ir a Sarajevo, porque no sabía qué hacer. ¿Qué puedes hacer en Sarajevo si no eres un periodista o un trabajador de una organización humanitaria? Porque nunca he tenido fantasías de ser un *casco azul* de la ONU. Entonces pasé aquí dos semanas y fue una experiencia extraordinaria. Lo que te impresiona de Sarajevo —aparte del sufrimiento de la gente— es que aquí puedes establecer una conexión muy fuerte con los bosnios y con los ideales de Bosnia, que debería poder ser un país. Después busqué una razón para volver a Sarajevo y pasar una temporada haciendo algo moralmente decente. En mi primera visita me encontré con gente del teatro y les pregunté si querrían que volviera para trabajar con ellos durante un tiempo. Me dijeron que sí. La obra me vino a la cabeza sin darle demasiadas vueltas: *Esperando a Godot*.

P: ¿Por qué *Esperando a Godot* en Sarajevo?

R: Porque tiene una obvia resonancia, que no necesita ser explicada. Todo el mundo sonríe cuando lo cuentas. La gente yendo hacia la muerte mientras, día tras día, espera por algo que no llega nunca. La gente que, con un humor salvaje, se refiere a la vida y a la situación en la que se encuentra, sin esperanza, pero que a pesar de ello sigue adelante. Difícilmente podría encontrarse una obra con mayor resonancia. Y no sólo por su carga simbólica. La segunda razón para montar *Esperando a Godot* es porque se trata de una pieza de cámara. Me gustaría montar una obra de Shakespeare, pero es imposible hacer un Shakespeare en un escenario diminuto, con luz de velas y en un teatro que puede ser bombardeado en el próximo minuto. De hecho voy a situar al público en el escenario, porque es más seguro que el patio de butacas. El teatro tiene algunos impactos en el techo y, el otro día, cuando me encontraba

allí, cayó un proyectil de mortero junto al edificio y las paredes vibraron. Así que no voy a poner al público en peligro.

P: ¿Cuál es el significado de esta ciudad a finales del siglo XX?

R: Creo que el siglo XX empezó en Sarajevo, y que el siglo XXI también comienza aquí. Ha sido un siglo breve. La Primera Guerra Mundial se inició en esta ciudad. Los siglos no comienzan numéricamente con dos ceros. El XIX empezó en realidad en 1815, con la reinstauración tras la derrota final de Napoleón. Así que el siglo XIX va de 1815 a 1914, cuando se destruye el orden levantado tras la caída de Napoleón. Yo supongo que el siglo XXI nació en 1989, con el suicidio del imperio soviético, pero también se podría decir de modo más irónico que comenzó con el sitio de Sarajevo, porque ahora disponemos de la impresión completa de lo que fue el siglo XX.

P: ¿Cuál es su sensación del tiempo en Sarajevo?

R: Un día en Sarajevo es como una semana en Nueva York. Cada día está tan lleno que cuando yo paso aquí una semana parece que llevo un mes. Cada día está lleno de nuevas y terribles impresiones. Pero no sólo terribles, porque lo que ocurre aquí sólo ocurre en situaciones verdaderamente extremas. Aquí se es testigo de las más terribles acciones de las que el hombre es capaz, pero al mismo tiempo pueden hallarse las mejores y más valiosas personas con las que uno se puede encontrar en el curso de toda su vida. Las situaciones extremas de desastre, guerra o sitio atraen a la mejor y a la peor gente.

P: ¿Cree que la historia todavía puede enseñarnos algo, o el mundo ha olvidado Auschwitz?

R: Creo que la historia nos enseña continuamente; lo que pasa es que la gente no quiere escuchar. No hay ninguna duda de que en dos o tres años como máximo toda la visión oficial sobre lo ocurrido aquí será que los países occidentales han cometido un grave error,

que están todavía cometiendo. Se trata del tercer gran genocidio de Europa en nuestro siglo: en 1915, los armenios; a finales de los años treinta y principios de los cuarenta, los judíos y los gitanos, y ahora los bosnios musulmanes.

P: ¿Cómo es el miedo que siente aquí?

R: Uno estaría loco si no tuviera miedo. Tienes que tener miedo. Hay diferentes niveles de peligro. No hay ningún lugar seguro, pero algunos lugares son más seguros que otros. La noche pasada estuve cenando con el director del diario *Oslobodenje*, Kemal Kurspahic. Vive a 50 metros de las líneas serbias, y puede enseñarte en su sala de estar las muescas de los francotiradores. Su vecino del quinto piso —él vive en el segundo— murió el sábado pasado de un disparo. Si le preguntas dónde están los serbios, te contesta: 'En aquel edificio'. Aquí la gente hace cosas extraordinarias. En Sarajevo viven 350.000 personas. Diez o quince personas son asesinadas cada día, y unas veinte sufren heridas. Mi oportunidad es una entre mil. Pero la gente es asesinada en el mismo lugar donde tú estuviste una hora antes, o una hora más tarde. Eso te hace darte cuenta de que no hay ningún lugar seguro. Pero lo maravilloso es que mucha gente intenta preservar desesperadamente todos los aspectos de normalidad que puede.

P: ¿Va a escribir algo sobre sus experiencias y sus impresiones aquí?

R: Estoy escribiendo una especie de diario llamado *Esperando a Godot en Sarajevo*.

P: ¿Cree que Europa y Occidente van a pagar un alto precio por su política en Bosnia?

R: Por supuesto. Yo creo que los serbios quieren toda la antigua Yugoslavia. Siempre suelo ponerme en la peor opción, como en la vieja frase de Gramsci: 'El optimismo de la barbarie y el pesimismo de la inteligencia'. Pienso que lo peor está por llegar. Creo que los bosnios van a ser completamente derrotados, que Sarajevo será

ocupada, dividida y destruida. Incluso si este patético Gobierno firma la partición del país —lo cual es impensable— traerá un enorme sufrimiento a su pueblo. Creo que nos encontramos en una situación, a pequeña escala, parecida a la de Hitler. Esta guerra supone también el completo descrédito de Europa.

P: ¿Qué piensa del comportamiento de Estados Unidos, Naciones Unidas, Europa, los intelectuales y la izquierda acerca de Bosnia?

R: Deploro, critico y lamento el rechazo de mi propio gobierno a intervenir. Pero pienso que la mayor y más vergonzosa responsabilidad es la de los gobiernos de Reino Unido, Alemania y Francia. Mi gobierno debería intervenir porque se considera a sí mismo una superpotencia. Los gobiernos europeos tenían la obligación moral y política de intervenir porque esto es Europa. Sarajevo era el San Francisco de Europa del Este, era una ciudad cosmopolita y sofisticada, mucho más que Belgrado o Zagreb. Y quizá es por eso por lo que esta gente quiere destruirla. Sin Naciones Unidas, está perfectamente claro que Sarajevo no habría sobrevivido. En ese sentido, me siento muy agradecida al ACNUR. Pero Unprofor no cumple el mandado del Consejo de Seguridad. Los serbios cometen violaciones a diario. Sarajevo debería ser una ciudad segura, y usted puede ver lo segura que es. [En ese momento estalla una granada no muy lejos del hotel]. Respecto a la actitud de los intelectuales, me parece penosa. Cuando salí de aquí en abril sugerí a todo el que encontré que viniera a Sarajevo. De la larga lista de famosos con los que hablé, sólo dos respondieron: uno se acaba de ir, es Juan Goytisolo, al que admiro de corazón; la otra es Annie Leibovitz, una fotógrafa muy conocida, que todavía está aquí. Muchos me dijeron: 'Oh, es peligroso', 'Tú debes estar loca', o 'Es muy triste'.

P: ¿Y la izquierda?

R: Ya no hay izquierda. Es un chiste.

Jueves, 22 de julio

El experimento criminal de Sarajevo. ¿Cuántos días como el de hoy podrías resistir aquí? ¿Cuántos sin que se te partiera en pedazos tu retícula cerebral de defensa? La femoral es la vena favorita de los toros, por ahí entran a matar a los toreros. La femoral era la arteria seccionada por una granada. El joven soldado tenía el rostro y las manos embarradas. Botas de campesino y un reloj de acero que, cubierto de barro, seguía funcionando. Entre los catorce médicos tranquilos y eficientes, era un *Ecce Homo* ante mis ojos, que crecen muy deprisa aquí. ¿Pero cómo soportar sin alterarse esta lluvia de fuego que recalca tu impotencia y tu sometimiento a una violencia diabólica? Éste es el experimento criminal que están practicando desde hace 500 días en Sarajevo ante la mirada pasiva, y por eso cómplice, del mundo.

El experimento criminal de Sarajevo

Jasmina tiene 27 años y la mirada encajonada. Mira a su interlocutor como si las pupilas fueran cuerdas que la asieran a la realidad. Si de la calle llega el estruendo de un mortero, no se inmuta. Es decir: no mueve ni un músculo. Se encoge sobre sí misma de forma imperceptible y mira como gritando auxilio sin mover los labios. Jasmina sufrió un shock traumático del que se recupera en la clínica psiquiátrica de Kosevo, todo un complejo hospitalario entregado a *salvar* a Sarajevo de los estragos de la guerra, de un sitio que lleva camino de cumplir 500 días y que está limando la salud mental de buena parte de los 350.000 habitantes de la capital bosnia. Jasmina es una de las pacientes de la psiquiatra Liliana Oruc, que prepara un libro de título todavía incierto, pero que muy bien podría llamarse *El experimento criminal de Sarajevo*.

La doctora Oruc cree que el 90% de la población de Sarajevo está expuesta a sufrir algún quebranto en su sistema de defensa. En la capital bosnia, un caso insólito en la historia bélica y médica, cuyos

habitantes intentan preservar una apariencia de normalidad, se dan las circunstancias para demostrar que una experiencia aguda desencadena una enfermedad mental. 'La enfermedad mental es consecuencia muy a menudo de una experiencia traumática. La mayoría de los enfermos muestran síntomas de una enfermedad crónica: el denominado síndrome del estrés postraumático, que se manifiesta con cansancio intenso, depresión, impulsos suicidas y ansiedad'. Ahora se registran cuatro o cinco intentos de suicidio más que antes de la guerra.

Liliana Oruc tiene 37 años y la cabeza bien plantada sobre los hombros. En el exterior de su despacho cae un auténtico aguacero de hierro, uno de los peores días de bombardeos en varias semanas, pero la doctora, psiquiatra, genetista y bióloga, hace oídos sordos, y aplasta el estruendo de la barbarie con un torrente de palabras. Oruc escribe un libro con el jefe de su departamento en el hospital de Kosevo, el doctor Ismet Ceric. Está dedicado a analizar 'el desorden mental causado por las catastróficas condiciones de vida y los traumas que se refieren a la población de Sarajevo bajo la guerra'.

'En Sarajevo todos estamos en peligro de sufrir reacciones paranoicas: los monstruos de la mente que se transforman en monstruos reales —declara la doctora Oruc, que es consciente de que la sensación de seguridad se quiebra cada día un poco más tras 16 meses de sitio y que reconoce que, al cabo—, lo que se pretende con el experimento criminal de Sarajevo es demostrar que ya no pueden convivir juntos serbios, musulmanes y croatas. Al principio de la guerra se hablaba de un agresor, no de una guerra civil. Con el tiempo y la propaganda se ha convertido en una guerra civil. El experimento criminal de Sarajevo va camino de convertirse en un éxito'. Sin embargo, la doctora Oruc duda de que la mente del expsiquiatra y expoeta Radovan Karadzic, líder de los radicales serbios de Bosnia, que han ocupado a sangre y fuego el 70% de la antigua República Yugoslava, fuera capaz de idear semejante experimento para ponerlo en práctica con toda una ciudad. No

obstante, sí se puede hablar de una lógica perversa, 'tanto en la forma en que se desencadenan los ataques, con momentos de calma y momentos de furor, como en las esperanzas que se albergan cuando vuelve momentáneamente el agua o la electricidad. Desde el punto de vista psicológico, está claro que se trata de una lógica perversa. No pasa ningún día sin que ocurra algo'. Cada día un poco peor. Es fácil advertirlo en los ojos de los habitantes de Sarajevo después de casi 500 días de sufrimiento, esperanza, sufrimiento y desesperanza. 'Tras un jornada de ataques feroces, tenemos un río de pacientes, con más de 100 casos al día'. En cualquier caso, es la misma lógica perversa que se oculta 'detrás del pensamiento fascista que habla de una superioridad étnica'.

'Muchos ciudadanos de Sarajevo se niegan a aceptar la realidad — dice Liliana Oruc—. Incluso muchos amigos médicos me han dicho que querrían acostarse un día y dormir para siempre'. La gente despierta de su sueño y se da cuenta de que no hay futuro. Se aferran a ilusiones que se revelaron vanas: el fin de la guerra, la intervención militar. Pasa el tiempo y nada mejora. Al contrario. 'El único mecanismo que se puede utilizar es bastante cruel: decirle al paciente toda la verdad y que el enfermo reconstruya todo el trauma que ha recibido', dice la doctora. Muchos afectados por el síndrome de estrés postraumático no quieren tratamiento psiquiátrico, 'buscan un mecanismo para sobreponerse', precisa Oruc. A los bombardeos se une la falta de electricidad (la búsqueda de leña) y de agua (las colas en las fuentes) y la falta de comida (ayuda humanitaria).

Jasmina lleva un mes en el hospital. El 20 de junio recibió la noticia de que una prima, su mejor amiga, había muerto a causa de un mortero. Le cuesta recordar y habla como poniendo los pies en una losa que se mueve: 'Mi cerebro funcionaba bien. Era consciente, pero no podía reaccionar'. Sus dos hijos están al cuidado de su abuela. Su marido está en el frente. Ella dice que se siente mejor, aunque parece demasiado frágil para enfrentarse a la lluvia de chatarra que vuelve a caer sobre Sarajevo. 'Sobre todo me siento triste. Tengo mucho miedo de las bombas y no dejo de recordar'. Sin

embargo, no quiere abandonar Sarajevo: 'Siento que no debo irme de aquí'.

'A mayor número de bombardeos, más pacientes. Tras las esperanzas desatadas en los meses de febrero y abril, en los que se pensaba que iba a haber una intervención militar exterior y había agua y luz, el número de pacientes decreció. Pero en mayo, la realidad empeoró y el número de enfermos se disparó', precisa Sead Pasic, de 38 años, enfermero jefe. 'Al término de la guerra vamos a necesitar diez hospitales neuropsiquiátricos'.

Los niños de Sarajevo son presa fácil. Como dice la psiquiatra Nada Miletin, de 65 años, jefa del departamento infantil de Kosevo, 'en el campo de concentración en que se ha convertido Sarajevo los niños sufren graves desórdenes del comportamiento, jugando a héroes y adoptando modelos agresivos. Están solos la mayor parte del tiempo y adoptan antes de tiempo el papel de adultos'.

Zelko tiene 25 años y la mirada perdida. Pelo negro y alborotado, las manos juntas. Fue por primera vez al hospital psiquiátrico en noviembre y pasó dos meses en el centro. Las palabras se le han convertido en una carambola lenta. Era conductor de ambulancia y la muerte de un primo al que se sentía muy ligado rompió sus lazos con el deseo de vivir. Era la última gota. 'He visto de todo', musita, y añade: 'Intenté matarme. Me siento vacío'. Dzevad tiene 21 años, es rubio, tiene los ojos azules, fue hospitalizado en diciembre, después de haberse convertido en un adicto a la ruleta rusa. Sólo quiere sanar para volver a combatir: 'Para defender Bosnia y por motivos personales'. Los motivos personales son vengar a sus seis amigos muertos en el frente. 'Una parte de su personalidad quiere desaparecer en una clara identificación con sus amigos', dice la neuropsiquiatra Radija Velic. Zelko y Dzevad pasan consulta dos veces por semana en el hospital de día del complejo de Kosevo, y padecen el llamado síndrome de estrés postraumático, un mal que afecta tanto a civiles como a militares en Sarajevo.

El doctor Slobodan Loga es el director del hospital psiquiátrico de Kosevo y está trabajando en un proyecto sobre los aspectos psicosociales de la guerra en Bosnia-Herzegovina. Dice que se puede hablar de un nuevo tipo de enfermedad mental vinculada al estrés desencadenado por la guerra. La duración del sitio de Sarajevo no ha hecho sino agravar esta enfermedad. La guerra no termina, el sitio no se levanta y los ciudadanos de Sarajevo se siguen enfrentando cada día a la dificultad de sobrevivir física y mentalmente. Según el doctor Loga, 'todos los habitantes de Sarajevo están afectados por el estrés', pero distingue tres tipos de afección:

1. Reacción acutánea. Reacción inmediata tras un bombardeo. Paraliza al individuo, pero dura un tiempo corto. Sus efectos pasan con relativa rapidez y los enfermos no necesitan tratamiento.

2. Estrés provocado por el intento de adaptación a una situación extrema. Incapacidad, durante tres o seis meses, de adaptarse a la vida cotidiana. Es el más frecuente ahora.

3. Estrés y desórdenes postraumáticos. Es el más grave. 'Esperamos un gran número de enfermos de este tipo al final de la guerra'. Síntomas de insomnio, ansiedad, desesperación, depresión, ideas suicidas y agresividad.

Viernes, 23 de julio

La culpa del mundo y las preguntas que cabe hacerse aquí, esta misma noche, las dos de la madrugada del sábado, cuando hace apenas dos o diez minutos que han cesado los bombardeos. Ahora ladran los perros como en cualquier ciudad del mundo. Pero no es el caso, Sarajevo no es cualquier otra ciudad del mundo. ¿Para qué escribo? En cualquier caso, como un flujo incontenible, no dejo de hacerlo: cada noche, cada día. Contra la barbarie y a pesar del pesimismo de la inteligencia, como recuerda Susan Sontag que recordaba Antonio Gramsci.

'Jamás volveré a Sarajevo'

Kada Halilovic vino al médico a Sarajevo desde su Visoko natal en abril de 1992. La guerra la sorprendió en la ciudad, y desde entonces no ha podido volver a encontrarse con sus siete hijos. Fija Jazvin y su hija Jasna huyeron a Sarajevo desde Vukovar poco antes de que la ciudad croata fuera ocupada por los serbios. Nunca imaginaron que en Sarajevo vivirían una nueva guerra y un nuevo sitio. Junto a ellas, otras mujeres serbias, musulmanas y croatas llevan ocho meses esperando un convoy para abandonar Sarajevo, una ciudad de la que quieren salir a toda costa. Hajrudin Smajic, el funcionario bosnio encargado de ese convoy que nunca parte, dice que se hace todo lo posible en favor de los 1.483 inscritos y con los papeles en regla que quieren abandonar Sarajevo, una ciudad en la que, cada vez, es más difícil vivir y sobre la que se cierne la amenaza de un invierno brutal. 'Jamás volveré a Sarajevo', dice Brena Govedaric, una serbia de 60 años, resumiendo en voz alta el pensamiento de casi todos ellos.

El único deseo de Brena Govedaric y su marido, Moncilo, también de 60 años, es irse a vivir a Vrsac, en Serbia, junto a su hija. La mujer, una serbia enjuta, muestra un documento del secretario del Stari

Grad, donde viven, en el que se establece que ninguna circunstancia les impide abandonar Sarajevo. 'No tenemos nada para vivir, nuestro piso fue destruido'. No se quejan, sin embargo, de la ayuda humanitaria que han recibido: 'Poca, pero la misma que todos. Pero ya no aguanto más. Mi marido ha perdido 16 kilos y yo 24. Prefiero morir de una granada que pasar el invierno en Sarajevo'.

Si consigue abandonar Sarajevo, el matrimonio formado por Jadranka Krslovic y Zoran Brnadic tampoco volverá nunca a la ciudad bañada por el río Miljacka. No tienen hijos. Jadranka, de 43 años, era ingeniera y él representante de una agencia de viajes de Eslovenia. Son croatas y su único deseo es irse a vivir a Zadar, en la costa dálmata. No esperan nada de Sarajevo: una granada voló su casa, otra el piso que alquilaron después. 'Todo lo que tenemos cabe en una maleta. No tenemos casa, ni trabajo, ni dinero, y aquí ya no esperamos nada del futuro'. El 16 y el 18 de enero, en dos ocasiones, el convoy en que viajaban con otras 150 personas fue devuelto a Sarajevo por un control bosnio. 'Dijeron que había peligro y no se oía ni un solo disparo'. Están cansados de vivir en casas de amigos y responsabilizan al Gobierno bosnio de que la paz no llegue. 'La mayoría de los proyectiles que caen en Sarajevo son serbios —dice Jadranka—, pero una parte no pequeña son de los propios bosnios'.

Hajrudin Smajic parece esperar a los periodistas. Es el encargado por el Parlamento para acomodar a niños y ancianos y otras actividades humanitarias. Dice que la intención del Gobierno es facilitar la partida de todo aquél para el que 'la salida sea necesaria' y exhibe el formulario establecido para los desplazados. Asegura Smajic que los nuevos combates en el centro de Bosnia entre la *Armija* y el Consejo de Defensa Croata han hecho que todo sea más difícil. Aunque revela que hace siete días recibieron autorización de las tropas croatas para atravesar la Herzegovina, les sugirieron que pidieran escolta a Unprofor (Fuerza de Protección de Naciones Unidas).

Los 1.483 inscritos, precisa Smajic, pertenecen a todas las etnias representadas en Sarajevo: un 36% de musulmanes, un 35% de serbios, un 26% de croatas y un 2% de otros grupos. La idea es formar dos convoyes, uno hacia Serbia y otro hacia Croacia. Pero al peligro de atravesar los frentes se añade la dificultad para encontrar autobuses. Para evitar asaltos, tanto conductores como vehículos deben ser contratados en Kiseljak, a 30 kilómetros de Sarajevo y bajo control del HVO. Para pagar el alquiler y la gasolina, Smajik dice que necesitan 30.000 marcos (casi 2,5 millones de pesetas), de los que ya cuentan con 25.000, en parte recaudados entre los viajeros que pueden pagar y entre algunas empresas.

Fuentes del ACNUR no ven con buenos ojos la operación, a la que prestarán 'una ayuda mínima'. No sólo temen que si le dan su apoyo pueden encontrarse de inmediato con exigencias similares de las otras partes en conflicto, sino que sean acusados de contribuir a la *limpieza étnica*. Pero su mayor inquietud son los riesgos de que cualquier facción aproveche el convoy para el chantaje y el crimen.

Sábado, 24 de julio

Vísperas del mar. El mal, mientras tanto, sigue ganando enteros aquí. ¿Con qué Sarajevo me voy? Abdulah Sidran me pregunta si sé qué ideología es la responsable de lo que ocurre en Bosnia. Y le respondo sin dudar: 'Sí, el fascismo'. En casa de Sidran, entre escritores. Pero él dice que no es tiempo de tertulias sobre literatura. Entonces le respondo que me dan cien patadas en el culo las tertulias sobre literatura, que lo único que me interesa es saber cómo combaten, si con la escritura o con el fusil. Pero la tarde avanza y Sidran no quiere entender. Aprovecha la menor oportunidad para largar sus grandes parrafadas políticas en las que repite lo que estamos hartos de oír. Parece un maldito político. Sin embargo, al despedirme le digo que tiene la virtud de cabrearme, pero que le aprecio. Él me responde que perdone a un bosnio desesperado, 'que sabe que va a morir'. 'Todos vamos a morir'. ¿Qué

otra cosa puedo decirle? Le prometo que no lo olvidaré. Como a tanta gente aquí: Alma, Dina, Jasminka, Jerko, Gabriela, Kemal, Gordana, los padres de Dado, Vildana, Amela, Senada, Edo, Dora, Mina, Misrad Babic, Faruk, la doctora Oruc, Lidia en la ventana y tantos y tantos otros. ¿Qué hacer? Aunque no sirva para cambiar el estado de las cosas, seguiré escribiendo.

Rasim Delic: 'Si Bosnia se divide en tres estados étnicos, el conflicto continuará'

Rasim Delic no es un fundamentalista. De 44 años, nacido en Celic, no lejos de Brcko, en el norte de Bosnia, Delic sustituyó a Sefer Halilovic en la jefatura del Estado Mayor del ejército de Bosnia-Herzegovina a principios de junio. Delic procede de las filas del ejército nacional yugoslavo. 'Primero soy bosnio. Mucho después musulmán', revela Delic. Si algo tiene claro el jefe del Estado Mayor bosnio es que 'si Bosnia-Herzegovina se divide en tres estados étnicos, continuará la guerra'. Una opinión que choca con la de su presidente, Alia Izetbegovic, que se ha mostrado dispuesto a aceptar la partición a cambio de la paz.

Pregunta: ¿Si no se respeta la integridad de Bosnia en Ginebra, la única salida será la militar?

Respuesta: Hay dos salidas posibles. La primera, que la comunidad internacional obligue al agresor a respetar las resoluciones y los documentos y a cesar el fuego. Eso significaría el respeto de la integridad de Bosnia-Herzegovina, el regreso de los desplazados y la detención de la *limpieza étnica*. Por eso es preciso respetar el Estado bosnio, tal como había sido reconocido por la comunidad internacional. Ésa sería la solución barata y costaría menos a Europa y a las víctimas de aquí. La segunda es levantar el embargo para poder luchar contra el agresor, que dispone de un armamento poderoso y que además sigue recibiendo armas a pesar del embargo y de las sanciones.

P: Pero después de 16 meses de agresión sin que nadie la pare, ¿todavía confían en Europa?

R: Pienso que todavía puede hacer algo, aunque personalmente no confío en la Comunidad Europea ni creo que vaya a ayudar a Bosnia. Pero las resoluciones de la ONU se dictan para que sean cumplidas.

P: Pero si las resoluciones no se cumplen, Europa no interviene y el embargo no se levanta, ¿qué es lo que van a hacer?

R: Hasta ahora, el estado bosnio siempre ha defendido las negociaciones. Si el resto del mundo asiste tranquilamente a la destrucción de Bosnia seguiremos luchando. Nadie tiene el derecho de repartir lo que no es suyo. Tudjman [presidente croata] y Milosevic [presidente serbio] sólo pueden dividir sus propios países.

P: ¿Pero qué ocurriría si el presidente bosnio, Alia Izetbegovic, firma en Ginebra la división de Bosnia en tres Estados para obtener la paz?

R: Izetbegovic no puede firmar solo ese documento. Porque ese documento tiene que ser ratificado por el pueblo de Bosnia. Como militar y como patriota bosnio quiero que Bosnia tenga una paz justa. Las soluciones que se plantean desde fuera, como la confederación de tres estados, llevarían a la guerra. ¿Quién tiene el derecho de prohibirme el paso por mi propio país para visitar la tumba de mis padres?

P: ¿Eso quiere decir que bajo ningún concepto el ejército bosnio aceptaría la partición?

R: Si se aprueba la división de Bosnia-Herzegovina en tres estados étnicos continuará la guerra, porque la partición equivaldría a la consagración de la *limpieza étnica* y de la violencia.

P: ¿Y si Izetbegovic la acepta en Ginebra?

R: Yo soy miembro de la presidencia y sé que la presidencia no va a firmar sin consultar con el resto de los miembros de la presidencia y el resto de los órganos estatales. La *Armija* forma parte de la presidencia, y la política de la presidencia debe ser la del estado bosnio, así que la *Armija* está a favor de una política bosnia. La delegación que acuda a negociar la paz se presentará con una *iniciativa bosnia*, que incluye un estado federal.

P: La *Armija* debe enfrentarse a la nueva alianza formada por el HVO y los radicales serbios, y sufre ataques muy serios en Maglaj, Zepce, Brcko, Mostar, Trnovo e Igman, a las afueras de Sarajevo. ¿Cuál es su valoración del momento militar?

R: La *Armija*, después de 16 meses de guerra, está en una situación muy delicada, y el agresor no para ni un solo minuto. Y además ahora se le ha agregado el sector extremista del HVO, que quiere ocupar los territorios bajo su control. Pero el HVO no podría salir adelante si no contara con el apoyo material que le llega desde Croacia. Ante este panorama, la única salida para la *Armija* es seguir luchando. El que sigamos luchando después de 16 meses, casi sin armas y en condiciones muy difíciles, es un testimonio de que la gente que quiere una paz justa no puede ser derrotada. Se puede decir que el ejército bosnio controla los centros industriales más importantes, Tuzla, Zenica y Sarajevo, y todas las fuentes energéticas.

P: ¿Qué piensa de las 'seis zonas seguras' decretadas por el Consejo de Seguridad?

R: Las 'seis zonas seguras' tenían que ser un hecho el 22 de julio y el 23 hemos sufrido uno de los ataques más feroces que ha recibido Sarajevo. Eso significa que el mecanismo de la ONU no es tan fuerte ni capaz de hacer cumplir las resoluciones. Unprofor nos pide que nos pongamos de acuerdo con los agresores, lo que no es más que una fantasía. Si pudiéramos ponernos de acuerdo con el agresor no

tendríamos guerra. Por eso es preciso crear un mecanismo para hacer cumplir las resoluciones.

Domingo, 25 de julio

El sentimiento es el de Juan: melancolía. Volvimos al hotel por calles que se iban quedando desiertas. En algunas ventanas vi rostros que aprovechaban las últimas briznas de un hermoso día quebrantado por los disparos. No es más que otra tregua rota. ¿Quién confiaba en ella? Melancolía y culpa cuando esta mañana volvimos a la casa de Almasa y Resad Koro en la Avenida 27 de Julio, batida por los francotiradores, a 300 metros de las líneas serbias, en el barrio de Grbavica. Los vi más consumidos que hace un año. Recordamos a Zlata y Dado, ahora en Viena. Vi los rastros de los francotiradores en la salida y vi sus rostros destruidos por la desesperanza y el terror. 'El segundo invierno va a matarnos'. Estos son los legítimos representantes de Bosnia, como Gabriela, como toda la gente que voy a dejar otra vez aquí. Melancolía, cuando el sol desmenuza las ruinas y sume a la ciudad en una noche insondable. Aquí duermen muchos que no quieren volver a despertar. Nos despedimos de Slobodanka (Dora), nuestra traductora, y su madre; como nos despedimos de Gabriela y Jasminka; y de Almasa y Resad Koro. El alto el fuego saltó en pedazos recién firmado. La noche empeora, como toda mi Bosnia o todo mi Sarajevo, mi ciudad, porque está recorrida por mucha gente a la que nunca podré olvidar. Por eso tengo que volver. Escribir no es un alivio, no sirve para nada. Pero escribo, contra el olvido del mundo y contra mi propio olvido. Mi Sarajevo.

Split, lunes, 26 de julio

La despedida de Sarajevo. Una vez más. No será para siempre. Mientras el automóvil avanza entre ciclistas, milicianos, gente acarreando agua, edificios carbonizados, contenedores contra los

francotiradores, me despido en silencio. El sol es manso como el trigo, no como el hombre. Pero no voy a cometer la injusticia de condenar a todos por igual, de lamentarme de la crueldad del hombre, de dejarme maniatar y oscurecer la razón por el cloroformo de la piedad. Hay pena, pero también rabia, aunque me conmueva hasta los huesos y lo disimule la consunción de la familia Koro. Como tantas otras de Sarajevo, agotadas de resistir sin dejar de pensar. El avión se elevó súbitamente, dejó atrás el barrio de Dobrinja, la torre del *Oslobodenje*, las pequeñas vidas de los que siguen viviendo éste y el resto de los días que van a seguir transcurriendo indefectiblemente desde hoy.

El director del diario *Oslobodenje* califica de chantaje las negociaciones

La torre del diario *Oslobodenje* (*Liberación*) es un símbolo de la ciudad de Sarajevo: uno de los edificios que más impactos directos ha recibido desde que en abril de 1992 empezara la ocupación de Bosnia por los radicales serbios. Los trabajadores han convertido el sótano en un búnker y allí siguen, pese a la escasez de petróleo y de papel, imprimiendo su diario. Ni un solo día han faltado a la cita con sus lectores. Kemal Kurspahic sigue siendo su director. A Kurspa- hic no le cabe duda de que las conversaciones de paz se están utilizando como una forma de chantaje: 'O aceptamos lo que nos proponen, lo que supondría aceptar los principios de la *limpieza étnica*, o nos acusarán de ser contrarios a la paz. Si se acepta la división del país se sembrará terror, violencia y nuevos sufrimientos. Eso equivale a seguir los dictámenes impuestos por la política brutal de Radovan Karadzic'.

La redacción ha sido trasladada al centro de la ciudad por motivos de seguridad. Allí siguen empleando la cabeza para pensar cuando todo se derrumba alrededor y el mundo mira en otra dirección. 'La presión que se ejerce desde la comunidad internacional a través de sus mediadores, sobre todo David Owen —dice Kurspahic—, se apoya sin piedad sobre las víctimas, no sobre los agresores. Y eso a

pesar de que los propios principios en que se basa la comunidad internacional están siendo violados cada día en Bosnia: no alterar las fronteras por la fuerza y la comisión del genocidio de todo un pueblo'.

En la redacción de *Oslobodenje* se vuelve a plantear el viejo dilema: Europa y Naciones Unidas, jugando con dos pesas y dos medidas, parecen decididas a tolerar que en Bosnia-Herzegovina la fuerza de las armas se imponga sobre la razón. Un ejemplo que puede cobrarse en el futuro un precio descomunal.

Atacada una base de la ONU

Una base militar francesa de la ONU fue atacada ayer en Sarajevo apenas horas después de que entrara en vigor un alto el fuego pactado por los cascos azules con las partes en conflicto. El ataque no causó víctimas ni heridos. No habían pasado ni dos minutos desde que entrara en vigor la tregua cuando los primeros impactos de la artillería serbia ya retumbaban en las calles de Sarajevo. Durante el día se mantuvo una baja intensidad bélica en la capital bosnia, con intercambios esporádicos de armas ligeras. Sin embargo, el alto el fuego se rompió en mil pedazos al norte del país, en Brcko.

Esta zona está situada en el denominado corredor de Posavina, que une las conquistas territoriales serbias del este y del norte de la antigua república yugoslava y les sirve para llevar armas y pertrechos desde Belgrado. El alto el fuego anunciado por el jefe de los cascos azules desplegados en Bosnia, el general belga Francis Briquemont, tras entrevistarse con el jefe militar de los radicales serbios, el general Ratko Mladic, debía entrar en vigor a las diez de la mañana de ayer. Según Radio Sarajevo, la ofensiva contra sus posiciones en Brcko empezó a las doce de la mañana del domingo, aunque desde hace una semana los radicales serbios han concentrado varias unidades en la zona y hostigan sin tregua las posiciones de los musulmanes bosnios.

El viernes, Unprofor dio cuenta de la intensidad de los bombardeos serbios en Brcko, pero no pudo verificar si habían sido empleados misiles tierra-tierra de fabricación rusa, como denunció la *Armija bosnia*. Radio Sarajevo reconoció un total de 27 muertos entre sus filas en Brcko ayer. El alto el fuego tampoco se respetó en Mostar. Ayer continuaron los combates entre la *Armija* bosnia y el Consejo de Defensa Croata, que sigue impidiendo el acceso de Unprofor y de las organizaciones humanitarias a la zona ocupada por los musulmanes, que según el ACNUR es desesperada. Desde hace dos meses, ningún convoy humanitario ha podido cruzar los controles del HVO, y las condiciones se han agravado por la falta de agua y las altas temperaturas. El alto el fuego en todo el país y el libre paso de los convoyes humanitarios eran las dos condiciones establecidas por el presidente bosnio, Alija Izetbegovic, para acudir mañana a Ginebra, donde los presidentes de Serbia, Slobodan Milosevic, y de Croacia, Franjo Tudjman, esperan la anuencia del mundo para firmar la paz y consagrar sus conquistas territoriales en Bosnia.

Los ciudadanos de Sarajevo han aprendido, a fuerza de esperar en vano una acción internacional que detenga la agresión serbia, a no creer en nada. No hay semana en la que Unprofor no anuncie que sus ingenieros esperan el cese del fuego para iniciar las reparaciones de las centrales eléctricas y la reanudación de los servicios de gas y agua en la ciudad sitiada.

De eso saben de sobra las familias de Sarajevo, como la formada por Almasa, de 60 años, y Resad Koro, de 62. Sus hijos han podido abandonar la ciudad, pero ellos resisten en la Avenida 27 de Julio, a 300 metros de las líneas de los radicales serbios, que ocupan el cercano barrio de Grbavica. Como tantos otros ciudadanos de Sarajevo, Resad sigue defendiendo a ultranza la convivencia interétnica, y asegura que si en Ginebra se firma la partición del país eso no significará el fin de la guerra. 'A pesar de lo que piensa Europa, en Bosnia no hay una guerra civil, sino una ocupación'. La vida de la familia Koro es como la de la mayoría de los habitantes de Sarajevo, que desde hace 500 días resisten en condiciones infames.

Porque ya ni siquiera les queda esperanza: 'Aquí la paz no vendrá nunca', sentencia Resad con una mezcla de tristeza y dignidad herida. Como muchas otras familias, los Koro han convertido su pequeño balcón en un huerto que cuidan con primor aun a riesgo de sus vidas. El balcón está al alcance de los francotiradores serbios.

Medjugorje, martes, 27 de julio

¿De qué está hecho el suelo del sueño cuando cesa el fuego con el que se calientan los artilleros? Aquí hay grillos y voces tras el muro, y cuando un automóvil atraviesa la noche no es perseguido por el tableteo de una ametralladora. Pero este Las Vegas de la mojigatería (Medjugorje) católica no está lejos de otro frente encarnizado, el de Mostar. ¿Qué hacer de nuestros sueños, cómo alimentarlos?

Jueves, 29 de julio

¿Era ésta la clase de vida que anhelabas vivir? Aquí están entremezclados el peligro y la escritura, el sufrimiento humano y la oportunidad de sacar a la luz algunos aspectos del mal que lo provoca, la vida intensa y las pasiones genuinas, paisajes y luces cambiantes y el tiempo que no se detiene un solo instante mientras no deja de cargarse la memoria. ¿Era así la vida que soñabas cuando mordisqueabas una pipa de plástico y creías en un bien por encima de todas las cosas? El automóvil avanza a toda velocidad por carreteras casi desiertas mientras la noche avanza y con ella el toque de queda. El amor sigue ausente, pero ésta sí parece una vida digna de ser vivida.

El automóvil que devora kilómetros y modifica con su velocidad y el tiempo que transcurre el perfil del horizonte, la naturaleza del paisaje y la consistencia de la luz es como un embajador de mis más secretos sueños. Como cuando pasa ante una larga hilera de postes de la luz hincados a la vera del camino. Porque tal vez era ésta una

de las imágenes que había imaginado para mi propia vida. Y luego estar solo. Escribir. Cenar. Escribir para un periódico. Escenas de la vida y de la muerte. Y escribirlo para mí mismo, alimentar una conciencia, prepararme para el teatro, la vida, lo que sigue al término de cada viaje, una especie de amor. Pero mañana empezamos a regresar a casa. Hoy es casi la penúltima noche. Empiezan a apagarse los restos. Por esta vez. También eso me hace un poco feliz. Aunque no pueda ni quiera arrancarme Sarajevo de la memoria.

Split, sábado, 31 de julio

Es todavía muy temprano para desasirse del sueño después de un día agotador. Pero no consigo acomodarme al olvido. El tiempo me hiere a cada instante. Las ventanas son altas: como si la habitación hubiera crecido durante la noche o yo me hubiera convertido en niño. Pero si me pongo de pie, no de puntillas, puedo ver cómo se ha iluminado el mar. Me pesan los párpados, pero ahora no me sirven para aliviar el escozor que siento en las córneas. Ayer me vino todo el recuerdo vivo de Sarajevo, de toda la gente que he ido conociendo en Bosnia. No sé aún a qué clase de acuerdo llegaron en Ginebra, ni siquiera puedo pensar con claridad en todo ello. Tan sólo me pesa el tiempo, todos estos días tan intensamente vividos aquí, que ya se terminan, ya se desvanecen, tinta que huye, como tantas otras veces. Yo creo tener un lugar a donde ir, y en él acabo por refugiarme, y en él acabo por pensar que tengo algunas cosas, una especie de vida, ilusiones, como el teatro, incluso leves sospechas de amor. Pero ahora sé que aquí está la realidad.

Trieste, domingo, 1 de agosto

El puente de Maslenica volvió a ser bombardeado hoy. Ayer pasamos sin novedad, escoltados por un enjambre de casas mudas, destripadas, elocuentes como sólo saben serlo ya los muertos. Fue

un largo e intrincado camino desde Split hasta Trieste, casi ocho horas contra la luz y el mar, con todos los recuerdos de Bosnia en carne viva. ¿Cómo no ponerse triste primero en Split, después en Trieste, donde he querido quedarme un día más, a solas conmigo mismo, para pensar en Sarajevo, en lo que escribo, en el sentido del tiempo que estamos viviendo? Yo sigo estando a salvo. El hotel Savoia forma parte de la cara con la que Trieste tienta al mar. Yo me asomo a ese rostro con los párpados que tuve hace tiempo, tal vez cuando era niño, y me acerco al faro porque en ellos alumbra parte de lo mejor de nuestra especie y el de Trieste es uno de los más hermosos del mundo.

Si viviera en Trieste bajaría al atardecer al espigón del muelle número 42, y me quedaría como en Bergen, a solas con el mar. Pensé en Lidia, en Sarajevo, en todo lo que allí rompe cada día, en la familia Koro, en la noche de terror que sigue a un día de terror. Yo he podido salir, y quedarme en Trieste, con la luna llena sobre el canal. Y la comida en el café San Marco, adonde iría a leer a Joyce si me quedara aquí. Pero la ciudad es su fantasma en este mes de agosto que acaba de desplegar sus banderines: verano y hastío. Al menos tengo algo que recordar.

Madrid, martes, 3 de agosto

El periódico comprado, leído y abandonado en Trieste se refería a la *tormenta monetaria* y a la crisis de la Europa fraguada en Maastricht, pero para mí las causas de la muerte del sueño europeo —como para mi amigo existencialista de Travnik— murieron en el sitio de Sarajevo.

Bosnia es mi amor y mi vergüenza, por eso quiero volver pronto a Sarajevo.

Esta flor fue arrancada en Almería la tarde de la verdad, antes de atravesar el puente sobre el ferrocarril y de derramar unas lágrimas secas de pena y desesperación. Esta flor estuvo sobre un retrato que en Bosnia ni siquiera tuve tiempo de contemplar. Nada como Sarajevo para reducir los sentimientos a su verdadera dimensión.

He vuelto a casa, es cierto. Pero eso no quiere decir que vaya a dedicarme a olvidar. Bosnia y Sarajevo forman parte indeleble de mi vida, de lo que soy.

Martes, 10 de agosto

Era un rito cada vez que volvía a Bosnia. Nos deteníamos en aquel bar a la entrada de Caplinja, en la carretera de Mostar, y le preguntaba al dueño si quería venderme el cuadro. Era un cuadro de otro tiempo. Un muelle veneciano algo naif, como la pintura en Yugoslavia, patinado por el polvo y por el tiempo. Pero el propietario no daba su brazo a torcer por un puñado de dólares. Pero ya no estaba. Esta vez no. Fue expulsado del lugar con su familia, dicen los vecinos. Los vecinos croatas. Ellos eran musulmanes. ¿Expulsados o asesinados? ¿Quién sabe? El cuadro ausente dejó un rectángulo de ausencia en el muro blanco. El bar cerrado, no destruido, como muchas otras casas en Caplinja.

Jim Priddeaux, uno de los personajes de *El topo*, de John le Carré, dice que el artista tiene una sensibilidad que le permite ver lo que otros no ven. ¿Es así? ¿Para eso sirven los artistas? ¿Entonces no conviene desdeñar la importancia de los artistas a pesar de toda la sangre que está corriendo? ¿Qué soy?

Atravieso la Puerta del Sol a la una de la madrugada después de asistir, solo, a la proyección de *Stalingrado*. Vengo de Panticosa y de Sarajevo. Soy un completo extraño. No reconozco mi ciudad. ¿Mi ciudad? Es ya una urbe del futuro: la miseria y la violencia van ganando terreno en el centro. No condeno, sólo describo. Toda clase

de rostros, orígenes, miradas turbias. Pero no es miedo lo que siento. A veces pienso que los africanos deberían invadirnos y tomarse su parte por la fuerza: es decir, todo.

Epílogo en Dayton (Ohio), quince años después

Dayton, martes, 28 de octubre, 2008

No imaginaba que la ciudad que podría hermanarse con Sarajevo iba a ser víctima de un cáncer tan atroz. Dayton es tristísima. Y parece condenada: como las sombras de sus negros solitarios que la recorren al atardecer, bajo un frío que solo invita a desistir.

Sarajevo en el Midwest

Contemplo el aparcamiento desde mi habitación en el Double Tree (llamado Algonquin cuando Dayton era una ciudad vibrante, tenía un jardín en la terraza, un gran salón de baile y era el lugar donde perderse y gozar de la vida). Mi habitación se encuentra en el octavo piso y da a Ludlow, una de las calles maestras de la cuadrícula de Dayton, paralela a Main, ambas perpendiculares a Third y a Fourth. En la esquina entre Third y Main (la calle Mayor de la mitología cívica norteamericana: Main Street frente a Wall Street, por ejemplo) se encuentra la principal parada de autobuses: los bajos de uno de los más altos edificios del viejo Dayton. Parece un local de apuestas mutuas, con su gran nave central con mesitas de playa y restaurantes de comida infame para pobres. Huele a miseria. Se mastica la miseria. Pero al menos la temperatura evita que las criaturas se congelen a la intemperie mientras llega el trolebús que les devuelva a lo que ojalá todos puedan llamar hogar. La mayoría son negros, que son los últimos en abandonar el *downtown*, el centro urbano, degradado por el abandono, la fuga de las grandes compañías y sobre todo de los inquilinos, que han condenado los

edificios de oficinas y de viviendas a una soledad exasperante. Es como si, gracias a la órbita dialéctica de un bumerán envenenado, la podredumbre del comunismo soviético hubiera echado raíces aquí, se hubiera transmutado en estos escaparates que recuerdan a los de Europa Oriental.

Son las seis y media de la tarde. El día es de un gris metalizado, con nubes carnívoras, y de espaldas al tráfico esporádico veo a un hombre inmóvil, sentado como si fuera de piedra, con la mirada vacía, congelándose. Como si hubiera decidido dejarse morir. ¿Como Dayton? En la sala de espera los vivos comen comida digna de perros. La muñeca rota de un maniquí que hace de novia perdida es como una señal para poner pies en polvorosa. El alma de escayola asoma por esas placas de un minimalismo tectónico: el mal adopta muchas formas. Las hojas de plástico a los pies de dos ejecutivos de los que sólo se exhibe el tronco: se venden americanas para vendedores, triunfadores en tiempos de penumbra.

Hago el recuento de memoria, dejándome llevar por la arbitrariedad. Además de los negros, que están en lo más bajo de la escala social de Dayton (salvo excepciones necesarias para que la regla cumpla con el tópico), y de blancos que les acompañan en el lumpen que no tiene conciencia social y no sabe el porqué de su ruina, en la carcasa mortecina del centro urbano destacan las casas de empeños, locales y edificios enteros con el rótulo *available*, los bares turbios que capean la Gran Depresión desde hace años, los establecimientos de objetos y prendas eróticos (de una tristeza abominable, capaces de llevar el deseo a simas abisales…) y los aparcamientos. Bajo una luz de campo de concentración, paredes y suelos de un gris plomizo, las plantas vacías que yo contemplo desde mi habitación parecen llevar cuenta minuciosa de lo que hago, de cuando levanto la vista de la pantalla, busco la sombra de un espía agazapado entre los pilares y los reflectores, aprovechándose de los ángulos ciegos, de las rampas y de los parapetos.

El cemento visto multiplica el frío. Como los largos trenes de mercancías acentúan la ausencia de tiempo, el eterno retorno de un trac-trac, trac-trac, trac-trac que trata de disfrazar la melancolía de diligencia. Son trenes sin ventanas, capaces para todo tipo de mercancías, y que a pesar de todo no lograron impedir que este enclave del sureste de Ohio volviera a entrar en la historia gracias a una guerra lejana que sin embargo parece haber estallado aquí sin que se oyera un solo tiro: como si las muescas en los edificios, las heridas inmobiliarias, las ventanas cegadas con planchas de madera, las sombras fugitivas, fueran los estragos de un sitio que tal vez comenzó en 1913, cuando el desbordamiento del río Miami hizo que algunos de los vecinos más emprendedores empezaran a trasladarse a los suburbios, que acabarían con los años desangrando este centro degradado y degradante.

Pero sería hilar demasiado fino, porque aunque la ciudad alcanzó su cenit en los años sesenta en realidad inició despegue *gracias* a la Segunda Guerra Mundial: a la habilidad de NCR (empresa nacional de cajas registradoras, que todos llegamos a ver cuando en España empezó a hacerse visible el modernismo. Hace pocos años me pareció ver una en la confitería El Carbayón, de Oviedo, pero tal vez no sea más que un espejismo) para ayudar a descifrar el código Enigma que empleaban los nazis para enviar órdenes a su flota, y el polonio (acaso el mismo veneno radiactivo que ahora utilizan los agentes de Vladimir Putin para liquidar a sus enemigos), que la farmacéutica Monsanto empleó para amartillar las bombas que habrían de arrasar Hiroshima y Nagasaki.

Son esas paradojas que tiene la historia: donde se cultivó la muerte se acaba cosechando muerte pese a haberse emborrachado de vida. Acaso quería pagar por sus pecados, y Dayton se prestó a servir de huésped a quienes se habían estado exterminando en Bosnia-Herzegovina para acabar firmando la paz aquí, en la base aérea de Wright-Paterson: Wright por los Hermanos Wright, que aquí nacieron: los hijos más ilustres de Dayton. Paterson porque fundó la NCR, la factoría más célebre del lugar, que acaba de darle otro golpe

bajo a la polis arruinada: traslada el cuartel general de su negocio a Georgia.

El 'monumento más monstruoso' de Dayton, a juicio de Patricia Langford, una observadora de la historia local, es el que se levanta en medio de Main: 'recrea' (confiesa el artista de cuyo nombre no quiero acordarme) el vuelo de los Wright mediante una basta estructura de hierro que semeja un par de raíles que levantan el vuelo gracias a una serie de durmientes como alas, como si el avión estilizado circulara por esos raíles de la revolución industrial antes de desplomarse otra vez. Es una pieza de una fealdad industrial, pero sin la elegancia de los silos, las chimeneas, los reactores y las aspas.

Es un monumento que, sin quererlo, es la mejor metáfora de esta ciudad condenada a estrellarse en el polvo del olvido. Cuando vi por primera vez la estructura (levantada sobre dos plintos cubiertos de azulejos de baño que ya han empezado a desconcharse) pensé en que tal vez conmemoraba los acuerdos que devolvieron la paz a Bosnia: la pseudopaz, un país redibujado a la fuerza por la *limpieza étnica*, un país que desde entonces no ha levantado cabeza. Aunque han dejado de matar, serbios y croatas se han salido en gran medida con la suya, mientras que los musulmanes bosnios, las mayores víctimas de aquella carnicería, se han quedado con un país que es como una mancha de aceite en el matadero de la antigua Yugoslavia.

Fue en la base de Wright-Paterson donde se labró laboriosamente ese acuerdo de renuncias y conquistas, la misma base en la que se levanta el Laboratorio de Investigación de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, y donde el lunes se presentó en íntima sociedad un modelo de escarabajo capaz de internarse en las filas hostiles, volar entre enemigos y hasta colarse en una habitación donde, por ejemplo, se reúne el estado mayor de la potencia desafiante.

Como relata en primera página John Nolan, uno de los pocos reporteros-estrella que quedan en el *Dayton Daily News*, el único

superviviente de los cinco periódicos que mantenían viva la voz del ágora, se trata de 'vehículos del tamaño de un insecto capaces de recoger información acerca del enemigo'. El progreso no se detiene. Dayton agoniza, pero la búsqueda de instrumentos que garanticen la supervivencia de la única superpotencia sigue a buen ritmo. En pie de guerra.

El aparcamiento vacío parece un campo de maniobras para francotiradores como los que se ensañaban con los inermes vecinos de Sarajevo. Me trae recuerdos del hotel Holiday Inn, junto a la Avenida de los Francotiradores, con la fachada que daba al río Miljacka agujereada por la artillería serbia, con boquetes abiertos por los disparos de carros de combate contra las habitaciones más expuestas. Algunas noches no se podía conciliar el sueño, sobre todo cuando disparaban contra el hotel y la mole de hormigón armado se conmovía. No es el caso. Dayton está en paz, aunque sea una paz parecida a la de los cementerios. El aparcamiento desierto acaso sea el más sutil monumento a los acuerdos de paz y a Sarajevo. El pitido de un tren de mercancías rompe la quietud de la noche. Voy a echar las cortinas para poder conciliar el sueño.

Miércoles, 29 de octubre

El día transcurrió entre una anciana, Patricia Langford, una historiadora de su propia ciudad, que languidece ante sus ojos, y una muchacha, Baby Girl, negra y minusválida, que sufre en sus propias carnes el endurecimiento de una ciudad que por la noche parece deshabitada y que castiga a los negros por serlo. Curiosamente, ambas votarán por Barack Obama. Sólo ese lazo las une. A la primera la abordé en el café al que fui a desayunar. La segunda me abordó mientras en un banco del Oregon District (que Patricia me había aconsejado que visitara) hacía tiempo antes de cenar leyendo *The New York Times*. Le compré una pulsera de lana de las que teje para sobrevivir. Mientras Patricia Langford no quiso ser fotografiada, Baby Girl, pese a su cuerpo deforme, no puso la

menor objeción. Ellas son dos frágiles puntales de un Dayton que se desvanece, enfermo acaso de respirar el plutonio con el que contribuyó a fabricar las primeras bombas que arrasaron Hiroshima y Nagasaki. Pero yo me porté como un cobarde: no hice nada cuando en el café en el que hacía la sobremesa tomando manzanilla no dejaron que Baby Girl usara el servicio. Podía haberla invitado a mi mesa y convertirla en cliente, con lo que habría callado al camarero cubierto de tatuajes hasta la compasión.

La noche

Los ojos de Patricia Langford no pierden la compostura. No dejan que la melancolía le empañe la mirada. Todas las mañanas, a la misma hora, se sienta en el mismo café del centro de Dayton para 'escuchar el sonido de la vida, atrapar fragmentos de conversaciones, ver qué se cuece ahí fuera, en el mundo exterior'. Ella pasa inadvertida, pero no por eso deja de arreglarse, de mantener sus gafas bifocales sin una mota de polvo ni de grasa, y un poso de coquetería. Dice que nació 'hace mucho tiempo' y se niega a que la fotografíe. Habla un inglés melodioso, sin apenas titubeos, traslúcido. Su memoria es un manantial. El trabajo de investigadora y archivera en el juzgado, 'el más hermoso edificio de Dayton, que estuvieron a punto de condenar a la piqueta, como hicieron los desalmados con la maravillosa Penn Station de Nueva York', acaso explique su gusto por los detalles, y un equilibrio que también parece en sintonía con el estilo Greek Revival del tribunal, construido con 'mármol de Ohio', blanco, bien pulido. Parece un pequeño Partenón, trasplantado al Medio Oeste para impartir justicia, para contribuir a hacer de Dayton una verdadera ciudad, lo que lamentablemente ha dejado de ser hace tiempo.

Patricia Langford añora los viejos tiempos, cuando las calles eran tan bulliciosas que casi no se podía andar por las aceras, como en Manhattan. Ahora el tráfico escasea incluso cuando en el resto del mundo es hora punta, y el lugar más animado de todo el degradado *downtown* es la confluencia de Main (la calle Mayor) y Third, donde

los parias de la tierra esperan un trole o un autobús que les lleve de vuelta a casa. Pero en cuanto se aleja uno de Main y Ludlow, la gente escasea como si hubiera habido una epidemia, y no digamos después de las seis de la tarde: como si se hubiera decretado un toque de queda, la ciudad estuviera sitiada, en cuarentena, para evitar la peste de la pobreza. Patricia Langford recuerda cuando había cinco o seis librerías, con periódicos y revistas internacionales, y 'si pedías un libro, lo tenías al día siguiente. Ésta era una ciudad hermosa, la de los Cinco Ríos, la llamaban, porque cinco corrientes de agua confluyen aquí. La gran inundación de 1913 arrasó con todo. Pero después construyeron presas y regularon los caudales, y nunca más hemos vuelto a sufrir inundaciones como aquélla'. Una vez al mes come con una amiga escritora que se ha mudado a vivir a los suburbios (como la mayoría de la población, aunque no ella, que nació en el centro de Dayton, aquí vivió toda su vida, aquí morirá), y cuando quieren regresar al lugar porque les agradó el menú, o la luz, o el servicio, el local ha cerrado sus puertas. Recuerda Patricia Langford los tiempos de la Gran Depresión. Su padre estaba en el último curso de contabilidad cuando todo se desmoronó. 'Mi padre salía temprano a buscar trabajo, con su almuerzo en un paquetito. Al llegar le preguntábamos: '¿Qué has hecho hoy?'. 'Abrir una zanja', decía. Y al día siguiente: '¿Qué has hecho hoy?'. 'Volver a llenar la zanja de tierra', decía. Les daban trabajos que no eran necesarios para poder pagarles. Por dignidad, también. Así empezó la gente a ganar dinero poco a poco, y poco a poco salimos adelante. Se dedicaba a pintar casas y a hacer todo tipo de reparaciones. Aunque nunca terminó los estudios de contabilidad acabó llevando las cuentas de muchas empresas. Yo soy una niña de la Gran Depresión. Ojalá tuviéramos ahora a un presidente como Franklin Delano Roosevelt. Era de buena familia, gente de dinero, pero entendía los problemas de los trabajadores, las necesidades del hombre común. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial Dayton se llenó de forasteros. Venían a participar en el gran esfuerzo bélico. Nosotros recogíamos latas vacías y viejas tarteras y las aplastábamos. Luego las refundían para fabricar aviones. Fueron años muy buenos. Pero el tiempo pasado ya no

volverá. Yo hubiera preferido que fuera Hillary Clinton (lleva un pin con su nombre prendido en el jersey blanco). Me hubiera gustado ver una mujer en la Casa Blanca antes de morir. Pero votaré por Barack Obama. Espero que sea un buen presidente. Este país y esta ciudad lo necesitan'. Nos despedimos con un cálido apretón de manos. Ojalá que no sea para siempre. Pero es algo que no mencionamos. Nos deseamos buena suerte. No vuelvo la vista atrás.

Cuando me despedí de Henry Roth, en Alburquerque (o Albuquerque, que es como lo escriben aquí), a la puerta de su casa, levantada en el mismo lugar donde había operado una empresa de pompas fúnebres, me dijo que nunca más nos volveríamos a ver. Y así fue. Murió unos años después. Antes de regresar a España le envié desde Nueva York un libro que no había leído: *América (El desaparecido)*, de Franz Kafka. Era el verano de 1992. El mismo verano en que conocí a Richard Ford. Al término de aquel largo viaje de cuarenta días por Estados Unidos (en el que pensé que si tuviera que elegir una ciudad para vivir en este país sería San Francisco, nunca Nueva York. Nunca imaginamos ni mucho menos sabemos lo equivocados que podemos llegar a estar), Luis Matías, entonces redactor jefe de la sección de Internacional del diario *El País*, me propuso viajar a Bosnia para cubrir la guerra y el cerco de Sarajevo.

La dirección del *Dayton Daily News*, que tuvo la gentileza de recibirme esta mañana, me preguntó por qué a la hora de trazar la ruta para cubrir estas elecciones había decidido hacer escala en Dayton. Aparte de las razones previsibles, que la ciudad se encuentra en uno de los llamados *swing states* (estados oscilantes, dudosos, que no saben a qué carta quedarse, por qué candidato inclinarse para la presidencia), y de que Ohio había sido severamente castigado por la crisis económica, con el cierre de numerosas empresas, y de que Obama había desplegado en el sur de este microcosmos de Estados Unidos una formidable maquinaria electoral, había razones sentimentales: quería conocer el lugar donde se firmaron los acuerdos que pusieron fin a la guerra de Bosnia. Aunque en realidad las conversaciones se celebraron lejos de

los focos y la curiosidad de los periodistas: en el interior de la base aérea de Wright-Patterson, donde se abrieron cines y restaurantes y hasta un Hope Hotel (Hotel Esperanza) para que diplomáticos, militares, guerrilleros y asesinos no echaran nada en falta.

Desde mi habitación, una de las pocas iluminadas en los edificios que como extrañas setas o menhires marcan el agujero negro de Dayton, sigo contemplando el mismo aparcamiento de ayer y de anteayer. La noche cerrada, que ha devorado la ciudad casi por entero, se cierne sobre él como una campana de oxígeno, una cápsula de tiempo. Hasta que el amanecer nos conceda una nueva prórroga. El sordo pitido de una locomotora, acolchado por las capas de antracita y azul cobalto que forman la textura de la madrugada, arrastra cada tanto la imaginación lejos de aquí. La noche parece la misma en todas partes. Pero ése es otro espejismo de la conciencia. Antes de volver a la calle para recorrer la casi despoblada Third Street para cenar escucho National Public Radio: hablan de Haruki Murakami. Y pienso que es lógico. Las plantas frías y aceradas del aparcamiento parecen las de un estadio fúnebre, cubículos recubiertos de plomo para una catástrofe que ha estallado ya, aunque no queramos darnos cuenta. La noche atesora esos peligros: los codicia.

Segundo epílogo, veinte años después

Madrid, sábado, 8 de junio, 2013

Dice el filósofo Rüdiger Safranski, al que, como a tantos otros, debería haber leído detenidamente hace muchos años: 'No tiene uno nunca la sensación de expresar con exactitud lo que ocurre en su interior. Aquello que vive dentro de uno nunca es del todo lo que se puede decir al respecto'. Y, sin embargo, lo seguimos intentando. Estos cuadernos son, en cierta medida, y con todas sus mentiras, medias verdades y estridencias, un intento de hacerlo.

Jueves, 20 de junio

Tenía que haber comenzado a leer hace dos meses los libros que llevo años apartando, esos libros con los que debería preparar mi retorno a los escenarios de la guerra de Bosnia veinte años después. Ahora es demasiado tarde.

Domingo, 30 de junio

Nos asomamos a lo inconveniente. Era hora. Hacía demasiado tiempo que venía aplazando mi regreso a los escenarios de mi primera guerra. Cuando Gervasio me propuso acompañarle este verano, ya no tenía ninguna excusa que esgrimir. Ni siquiera ante mí mismo.

Lunes, 1 de julio

Entre los dolores inherentes a una colonoscopia (el camino de vuelta en el coche de María: casi un cólico cada dos minutos); las *Postales desde la tumba*, de Emir Suljagic, que no leí en su día, y lo que por fin me dispongo a hacer, lo que no me atreví a hacer durante el cerco de Sarajevo: *visitar* el enclave de Srebrenica. El tiempo que dedicamos a decidir cómo somos, qué somos, para *vendernos* mejor. ¿Es necesario?

Zaragoza, martes, 2 de julio

Salgo a tomar el aire en el balcón de la casa de Gerva, Choco y Diego en Zaragoza. Todos duermen. Gervasio me estaba esperando en la estación del AVE. No hay vuelta atrás. Su hijo Diego no nos acompañará mañana en el viaje por carretera hasta Bosnia. 'No se puede premiar que haya suspendido cinco asignaturas'. Es una pena: poder volver a Sarajevo después de la guerra y hacerlo con padre e hijo. El padre a quien conocí precisamente en Sarajevo en el verano de 1992 y el hijo que nació mucho después de todo aquello, después del cerco y del exterminio de más de 8.000 musulmanes bosnios en el enclave protegido de Srebrenica. En el tren venía leyendo *Postales desde la tumba*, de Emir Suljagic, el pormenorizado, lúcido y amargo relato de quien se salvó de la matanza. No hace concesiones: habla del reclutamiento forzoso, a punta de pistola, de hombres y muchachos de toda condición para ir al frente; de los abusos y mezquindades de quienes distribuían la ayuda humanitaria, del escarnio añadido al espanto.

Salgo al balcón para tomar el aire. Gervasio me tenía reservada una sorpresa. El libro *Srebrenica*, del fotógrafo bosnio Tarik Samarah: por fin he podido ver fotos del enclave. Era como imaginaba, al menos desde lejos. Ahora puedo completar fotográficamente el relato de Suljagic. Es un libro sombrío, aunque la mayor parte de las imágenes fueron tomadas en el año 2000. Se recrea en los restos humanos desenterrados. Hace falta. Yo creo que sí. La realidad fue mucho más espantosa. Aquí no están los gritos, ni los disparos, ni las

súplicas, ni las risas. Éstos no son más que restos humanos: las pruebas extraídas por los forenses. Cada año se entregan centenares de restos identificados. Allí iremos el 11 de julio. Para asistir a una nueva ceremonia. Por eso salí a tomar aire. Para preparar el viaje veinte años después de mi primera guerra. A las ciudades y los frentes que recorrimos juntos. Mañana será un día muy largo. Zaragoza-Sarajevo. Dos sitios. ¿Cuántos años? ¿Qué hemos aprendido mientras tanto?

Génova, miércoles, 3 de julio

A las siete de la mañana estamos en danza. Gervasio quiere estar en camino a las ocho y media, pero hasta las nueve no pasamos ante la plaza del Carmen, donde Agustina de Aragón enardeció a la ciudad frente a los franceses.

Hacemos la primera parada en Fraga, frontera con Cataluña. ¿Qué pasará de aquí a unos años? ¿Estará aquí el control de pasaportes? ¿Cómo no pensar en ello cuando vamos camino de Bosnia-Herzegovina?

Paisajes amables sin rastro de guerra. En Les Borges Blanques y Mollerusa me acuerdo de la primera vez que me escapé de casa y trabajé sin descansar un solo día en la Posada del Salat. Hasta que llegaron dos camareros de Puente Genil y me dijeron que tenía derecho a librar un día a la semana.

Pasamos por El Baix Llobregat escuchando a Eric Clapton y The Yardbirds en casetes grabadas por Gervasio en mi casa hace muchos años. El Opel Vectra de Gerva tiene quince años y es de los pocos en los que todavía se pueden escuchar estas cintas anacrónicas.

La Selva. A cien kilómetros de la frontera francesa.

Nueva parada en La Jonquera para llenar el depósito, a punto de entrar en Francia: 444 kilómetros. A las 12.53 pisamos suelo francés. Salvo por los carteles, hay que estar alerta para darse cuenta de que hemos cambiado de país. Departamento de los Pirineos Occidentales.

El desvío a Colliure. Algún día iremos a visitar a Antonio Machado. ¡Qué disparate la idea del presidente José Luis Rodríguez Zapatero de repatriar sus restos!

Maizales y viñedos. Pasamos por Perpiñán, con recuerdos fotográficos y pornográficos.

Narbona. Le envío un mensaje de texto a Anne Serrano pidiéndole cobijo en su casa de Génova para esta noche. Desvío a Marsella y Nimes entre largas filas de camiones. Campamento de gitanos en círculo, como si temieran el ataque de indios disfrazados de gendarmes a la orilla de dos hileras de altísimos plátanos que desembocan en una mansión.

Las clases escenificadas en el ciclorama del paisaje. Viñedos del Languedoc escuchando la insultante facilidad de Nat King Cole. Nubes dispersas, cielo blanquecino, verano europeo. Altos cipreses verde mate en el desvío hacia la Costa Azul. Parque Natural de la Camarga. Toros, caballos, garzas y otros animales.

A las 14.55, con 709 kilómetros a la espalda (Gervasio sigue siendo el único que conduce, yo sigo resistiéndome a sacarme el carné), paramos para comer. Ya tenemos casa en Génova. Compartimos el bocadillo de tortilla con tomate con las hormigas de un jardín. Ellas siempre me recuerdan a Wislawa Szymborska.

Matas de azaleas en flor y un bucle melancólico de ingeniería para retomar la ruta de Lyon.

Aix en Provence, Tolón, Niza. Los paneles de la autopista avisan de que mañana, Día de la Independencia de Estados Unidos, estará

cortada la salida 29 hacia Niza a causa del Tour de Francia. En llegando a Aix, una montaña me recuerda a la que Cézanne se obsesionó en pintar una y otra vez. Fréjus y Camino de San Rafael y Cannes. Pinos mansos, canción francesa, muchachas que parecen permanentemente resfriadas. Marcas en el cielo. Los largos días del verano europeo. Saint-Tropez. Gargantas de Verdún. Le Muy. Macizos rojos. El Bruce Springsteen más conmovedor, el de *Nebraska*. Otro disco grabado en mi casa hace una eternidad.

Cannes. Un hotel Ibis asequible a las afueras para los actores menos glamurosos, los técnicos y periodistas sin grandes asignaciones, que apenas pueden llenar el estómago cada día. Desde lejos, la ciudad no inspira ningún respeto. Cuesta ver *la mer* de Trenet desde la autopista. ¿Côte d'Azur?

Bajamos a toda velocidad hacia la frontera italiana por túneles encadenados. Dejamos Menton, que pertenece al Principado de Mónaco, y entramos en Italia por Ventimiglia. La policía de finanzas italiana nos da la bienvenida y se interesa por nuestras identidades, los papeles del coche y el motivo de nuestro viaje. Entre acantilados, puentes y túneles (todos con su nombre) llegamos a San Remo. Zarazoga-San Remo, 1.000 kilómetros. Vamos en paralelo a la Via Aurelia.

Cielo cubierto sobre las abadías, los campanarios, los hotelitos, los apartamentos escalonados, las casas y los invernaderos de plástico.

Nueve horas después y casi 1.150 kilómetros más tarde, a una media de 128 kilómetros por hora, y tras preguntar a un taxista genovés en el puerto, llevo a Gervasio hasta el número 18/11 de la Via Goito, la casa de Anne y Ernesto, donde pernoctaremos, antes de seguir camino hacia Bosnia. Pero eso será mañana.

Zadar, jueves, 4 de julio

A las 8.11 abandonamos Génova con muchas menos dificultades de las que nuestros anfitriones nos habían vaticinado.

Ayer, golpe de estado en Egipto: los militares han demostrado con hechos lo mismo que Humpty Dumpty: quién manda aquí. Quien es el verdadero dueño de las palabras.

Camino de Milán, Brescia, Verona, Venecia y Trieste. Siempre quise ir a Brescia, como a Coventry: por ninguna razón específica, racional, sino por encima de todo por su nombre. Algo encierra para mí. Como acaso Zadar.

Me hubiera gustado también que nos desviáramos en Cremona y preguntar por los luthiers, especialmente por uno: el hijo de la pintora Águeda de la Pisa.

S. Gervasio. 'Anota —dice el conductor—: Debe ser San Gervasio'.

Sobrepasamos a un motorista que conduce con los brazos cruzados. Pero no tengo la cámara preparada para inmortalizarlo y pierdo la oportunidad.

Adiós, Venecia. Pasamos de largo. Forma parte de otro viaje. Hacia Trieste y la frontera con Eslovenia, adelantamos camiones de un mundo: Croacia, Eslovaquia, Eslovenia, Rusia, Alemania, Italia, Holanda, Serbia, Rumanía, Polonia… Al dejar atrás Trieste acierto a ver en la campiña campanarios tan estilizados que parecen alminares.

Ultimo rifornimento antes de la frontera. Después de cuatro horas zumbándole, el conductor accede a parar: una gasolinera y un establecimiento angosto, incómodo, en el que los clientes sólo pueden estar de pie: *Alemagna*. Pero resulta que ofrece el mejor café entre Zaragoza y Trieste, desde que salimos ayer, 1.667 kilómetros.

Vuelvo a entrar en la antigua Yugoslavia veinte años después. No nos piden ningún documento, ni al abandonar Italia ni al entrar en Eslovenia. En la frontera no se ve un solo policía. Está claro que estamos en otros tiempos. Por esta misma cancela llegamos en coche, completamente exhaustos, en el mismo coche que habíamos alquilado en Trieste y que nos habían robado a punta de fusil en Vitez.

Entramos en la antigua Yugoslavia y ya se notan los nuevos hábitos a la hora de conducir. Aquí aprendió nuestro conductor: en los Balcanes.

La carretera discurre entre suaves colinas, entre árboles y pueblos limpios que parecen prósperos. Pizzería Jadranka, recuerdos de una estupenda traductora serbia en Sarajevo.

ARMADA. Pintada con caracteres negros en un muro del camino.

Al abandonar Eslovenia para entrar en Croacia sí que hay que enseñar el pasaporte. A las 14.10 de jueves, 4 de julio, 1.739 kilómetros más tarde, entramos en Croacia.

Hacia Rijeka, una obsesión: la dentadura perfecta y la sonrisa permanente y prefabricada. *Smile*. Sonría, debajo de las tierras preciosas están los cadáveres.

Nos bañamos en Kraljevica, en una playa discreta, con antiguas mansiones humildes, como Casa Mira. Tras el primer baño en una playa pedregosa del Adriático, seguimos adentrándonos en Croacia y en el pasado.

De pensión y pasión los croatas han creado Pansion. Y los bosnios, y los serbios: pueblos industriosos e indómitos donde los haya.

Hago una foto con Instagram y le cedo el tuit al Ministerio de Turismo Croata: 'Ven a la República de Croacia, flamante miembro de la UE: belleza y desmemoria'. Claro que también, como los

españoles, saben darle buen uso a los terraplenes y, sobre todo, a las cunetas.

En Karlobag nos desviamos, abandonamos la hermosísima costa dálmata y sus islas como cetáceos para volver a Gospic. Señal Serpentina. *Sic*. En croata: curva peligrosa. Bonita carretera de montaña hacia Gospic, entre pinos, abetos, prados, serpentinas, macizos blancos del parque natural, y el alpino hotel Velebno. Estamos en los Balcanes: montañas y bosques tupidos.

Al entrar en Gospic huele a madera recién cortada. Cruces de cemento, nombres de croatas asesinados, banderas y mucho olvido. Mis recuerdos son vagos: un calor sofocante de las cuatro o cinco de la tarde, casas acribilladas y dos viejecitas. En *Si un árbol cae*, Isabel Núñez recuerda que Slavenka Drakulic habla de Gospic, 'donde mataron a ciento cincuenta personas'.

Llegamos a Zadar con tiempo para ver la luz crepuscular tras los caminantes del paseo marítimo. A nadie digo que escribo tal vez una novela que se titula precisamente así: *Zadar*.

Mostar, viernes, 5 de julio

Escribir no es fácil. No debería serlo. Sobre todo si quieres asomarte al pretil de un puente inverosímil que fue hecho pedazos en una ciudad que no dejó de desgarrarse en operaciones sucesivas de *limpieza étnica*.

Son cerca de las nueve de la noche cuando estamos a punto de atravesar una frontera que en 1992 y 1993 no existía y donde hoy dos amables policías con camisa gris claro y pistola al cinto le reclaman —cortés, pero insistentemente— a Gervasio la *green card*, mientras al otro lado los prepotentes aduaneros croatas fabrican una cola inmensa, como si su mayor afición fuera humillar a los que llegan de Bosnia-Herzegovina.

El atardecer ilumina los troncos desnudos de unos árboles junto al cartel que anuncia un nuevo país, que ya desde la caligrafía habla de la injusticia de la historia: obligada no sólo a pactar y a compartir el poder con quienes quisieron exterminarlos, sino a aceptar unas fronteras internas y externas que son las de la *limpieza* : la versión en cirílico de los nombres de las cosas ratifica esa realidad que fabricaron también los que presionaron para acabar con el desgarro.

Y a pesar de todo, incluso una paz injusta es mejor que lo que había: aquella carretera del miedo por la que nos adentrábamos tras atravesar un Metkovic casi vacío: pueblos fantasmas, casas sistemáticamente destruidas y, en Mostar, una guerra feroz, a muerte, casa por casa, especialmente instigada, después de la de los serbios, por los croatas, fascistas y católicos.

Hoy, aquella carretera por la que volábamos junto al Neretva (me emociona volver a encontrarme con el río, pese a que los ríos, como recuerda Isabel Núñez, bajaban cargados de cadáveres, y el Neretva no fue una excepción) está cuajada de tráfico y a ningún conductor se le ocurre circular sin luces. A diferencia de Croacia, aquí los túneles no están iluminados, pero sorprenden los moteles recién abiertos y de buen aspecto; jóvenes patinando o en bicicleta a las afueras de las ciudades, tractores, y muchas gasolineras, relucientes, como joyerías. También resalta el fuste blanquísimo y afirmativo de las nuevas mezquitas, con sus alminares, como signos de admiración y su punto de altivo 'he sobrevivido', financiadas por Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos.

Lloverá sobre Mostar y el ambiente que, para mi asombro, encandila las calles de relucientes cantos rodados del viejo Mostar se volverá algo más melancólico. Cenamos el plato nacional, pletórico de esencias turcas y árabes, como las croquetas de arroz envueltas en verdura que con tanto primor nos hacía Amani Morsi en Nueva York, en Sadrvan, un restaurante que parece rescatado de los años anteriores al plomo y a tantas devastaciones.

Veinte años son muchos años y la verdad es que no recuerdo nada. Tras una noche toledana, en que sus ronquidos apenas me han dejado conciliar el sueño, pasamos por Sibenic y Trogir, nos bañamos en Primosten, y nos percatamos de la distancia que había entre Split y el puerto de Ploce. La belleza de la costa es endiablada, como la perfección de las carreteras y autopistas trazadas con la ayuda de la Unión Europea para su flamante nuevo socio.

Escribir no es fácil. No debería serlo si no pretendes quedarte en la efusión sentimental de los paisajes y los recuerdos que tratas de conciliar con el presente. Siendo fundamentalmente el mismo, hace tiempo que dejaste de serlo.

Sarajevo, 6 de julio

Acabo de leer donde era más necesario el libro de poemas de Izet Sarajlic, en la ciudad que da nombre a esta colección tristísima y lúcida: *Sarajevo*. Allí descubro un verso —el que cierra 'Teoría de la distancia'— que acaso deje en entredicho lo que anoche escribí en Mostar antes de que me venciera el sueño: 'La única cosa más difícil es no escribir'.

Ha sido un día tan largo que no sé por dónde empezar, ni siquiera si conseguiré dar buena cuenta de nuestro pequeño mapamundi bosnio, el que nos llevó desde Mostar a Sarajevo a través de Jablanica, Prozor, Gornji Vakuf, Turbe, Travnik, Vitez y Zenica.

Un grupo de obreros se afana en igualar las láminas de falso granito de la acera ante la flamante Escuela de Música de Mostar, que nosotros vimos convertida en un abrasado coladero. Todavía atesoro dos viejos libros de música rescatados de entre las ruinas: *Schule für Bariton*, de Robert Kietzer. El puente que salvaba las dos orillas del Neretva justamente en esa parte de Mostar en la que acabaron enfrentándose a degüello los antiguos aliados frente a los serbios (croatas y bosnios musulmanes) ha sido reconstruido. En él nos

encontramos con cuatro españolas cámara en ristre: forman parte del grupo que asistirá dentro de unos días al curso que Gervasio Sánchez impartirá en Srebrenica, coincidiendo con la entrega a sus deudos de una nueva remesa de cadáveres identificados. Uno de los maestros nos cuenta que están pernoctando en Bacevici: un pueblo del que habían sido desalojados todos los serbios y al que sólo empezaron a retornar después de la guerra. Los españoles —una plaza de Mostar recuerda sus desvelos: Plaza de España— tenían que proteger sus casas, que eran sistemáticamente destruidas por los croatas. El director de la fábrica de aluminio que es el principal empleador de Bacevici acabó reconociendo al maestro que ningún serbio había recuperado el empleo que tenía antes de la guerra. 'Hay mucho paro y hay otros que tienen más derecho a obtener un puesto de trabajo'.

Salimos de Mostar por la carretera del miedo, que había que recorrer siempre a 140 kilómetros por hora, hasta llegar a los túneles que salvaban de ese tramo expuesto a los artilleros y francotiradores serbios. Grandes viñedos primorosamente plantados ocupan ahora las extensiones de la destrucción y la tierra de nadie. El asfalto ha cubierto las huellas de mortero que desde la calzada no dejaban de susurrarle al viajero que huyera de allí.

El Neretva, que nos acompaña durante un buen tramo, baja caudaloso, hasta el punto de que los ojos de algunos puentes están a punto de desaparecer. A diferencia de aquel tiempo, en que tan raro resultaba cruzarse con otro vehículo, el tráfico es intensísimo en esta carretera que sube hasta la capital del nuevo país, Bosnia-Herzegovina.

No nos detenemos a probar el delicioso cordero de Jablanica. Aquí vimos la impotencia de Unprofor frente a los radicales serbios. Aquí, entre hortensias, restaurantes y cafés llenos, nos desviamos hacia Prozor y Zenica.

Ayer anoté con desdén que la nueva entidad que gobierna Bosnia obliga a rotular todo el nomenclátor en caracteres cirílicos y latinos, pero Gervasio me recuerda que ambas ortografías eran obligatorias antes de la guerra. ¿Qué es lo que recuerdas y por qué? ¿Cómo funciona la memoria? ¿Bajo qué patrones? ¿Con qué arsenal de prejuicios? ¿Qué selecciona y qué elementos deja fuera de su escrutinio?

Mientras Prozor nos recibió con una nueva gasolinera y un nuevo supermercado (de la cadena Konzum), todavía pendiente de inaugurar, el pueblo parece a medio gas y, desde la distancia, un cementerio musulmán que se extiende entre lomas verdeantes recuerda, paradójico, a un campo de golf.

En Turbe nos asomamos a la línea del frente. Hoy todavía reconocemos los impactos en algunas viviendas, las heridas de la guerra. Una vecina amaga con ocultarse al aparecer el cañón de la cámara. Finalmente decide que es estúpido esconderse.

Aunque doy con el nombre de Emir, aquel muchacho desengañado de Europa por causa de la guerra, no sabemos cómo dar con él, aunque lo más probable, si logró salvarse de la guerra, lo más seguro es que rehiciera su vida lejos de Travnik.

¿Tendría que haber preparado más a fondo este viaje, haberme hecho con un rédito de días para hacer indagaciones? Se trata de un reencuentro sentimental, más que político, sin chaleco antibalas y por supuesto sin resentimiento. No hay necesidad de ponerse a prueba, acaso de averiguar cuál es la persistencia de la memoria.

Así llegamos a aquellos *Días tranquilos en Vitez*. Interpelamos a una mujer cuya casa nos recuerda a la que ocupábamos cuando nos robaron el coche a punta de pistola y de Kaláshnikov. Pero no habla ni inglés, ni francés, ni italiano, ni alemán, aunque se ríe cuando hablamos de la guerra y de un mafioso llamado Yellow.

Mientras estalla una tormenta en la lejanía, los jóvenes que se disponen a jugar un partido de fútbol no recuerdan nada: con trece y catorce años, ninguno había nacido cuando estalló la guerra. Pero uno que se maneja bien en inglés hace las veces de intérprete y unos adultos señalan precisamente el terreno de juego como el lugar donde se levantaba la base británica. Se muestran menos complacientes cuando sale a relucir el nombre de Yellow: 'No era de aquí, sino del centro de Vitez'. ¿O de Nova Bila? Nadie sabe.

Estalla la tormenta cuando entramos en Zenica, con una maravillosa luz espectral. Nuestro objetivo es el hotel Metalúrgica, donde nos alojamos. Pero ha sido completamente rehabilitado. Almadi, el recepcionista, tiene veinticuatro años y no ha olvidado la guerra. Y no sólo porque su padre combatiera en ella y perdiera una pierna. Ahora juega al voleibol con compañeros mutilados y comentan los viejos tiempos. Admite Almadi que el viejo hotel 'olía a comunismo'. No queda ni rastro. Ahora es mucho más moderno y confortable, pero desde luego menos propenso a dejar huella en la memoria.

Nos vamos con la lluvia, salvamos el Bosna, que pasa por Zenica y acabamos en una autopista de peaje a nada menos que 53 kilómetros de Sarajevo.

Nos desviamos en Visoko: inmenso y multiconfesional, donde preparan cada año los ataúdes con los cadáveres identificados de la matanza de Srebrenica: hace diez años que en Potocari se celebra el conmovedor funeral en que se entregan los restos a sus familiares para que los entierren. Este año serán 409. Ya están preparados en una dependencia del cementerio.

Es una forma extraña de preparar el regreso a Sarajevo veinte años después que dejara su guerra por África: con los restos de la matanza, del genocidio, que acabaría cerrando en falso el conflicto. ¿Qué es hoy Bosnia-Herzegovina, qué puede ser?

Volvemos a la autopista de peaje sólo para descubrir que no desemboca en la ciudad: está cortada. ¿Por obras? Como si Sarajevo volviera a estar sitiada. Entramos por Vogosca, un barrio controlado por los serbios. Era la primera vez. Hace veinte años era imposible. Nos cruzamos con una nueva gasolinera construida con capital turco y con mujeres con la cabeza cubierta por el *hiyab* que rebuscan en los contenedores de basura. Veo grúas y muchos edificios nuevos, como el que se alza en la antigua torre del diario *Oslobondenje*, y el edificio de la televisión. Sigue siendo la vieja mole gris que resistió tiempos oscuros.

Me sorprende la circulación enérgica del tranvía, los trolebuses y la concurrida —frente a la costumbre impuesta por la memoria— Avenida de los Francotiradores.

Sin avisar, nos presentamos en el apartamento de Jasminka. Hace veinte años que no nos vemos. Como a su tía y a su madre. La emoción es palpable, pero todos nos contenemos. La misma que me embarga cuando recorremos al anochecer, sin miedo, la orilla del Miljacka, y cuando comprobamos la cantidad de hoteles que han abierto en la ciudad, o el bullicio de la Bascarsija, o las calles del centro, donde hermosísimas muchachas de altísimos tacones y escuetos vestidos llaman la atención, en contraste con las escasas que, al menos un sábado por la noche, caminan tapadas de la cabeza a los pies, aunque con la cara al descubierto.

Frente al toque de queda de los años del plomo, Sarajevo parece empeñada en olvidar los malos tiempos. ¿Cómo reprochárselo? Casi cualquier cosa mejor que la guerra, y por supuesto esta eclosión de carne y alcohol que parece haberse adueñado de la ciudad, aunque luego comprobemos que muchos grupos de jóvenes consuman lo mínimo pese a acicalarse lo máximo.

No, no era esto lo que esperaba encontrarme aquí. Pero tampoco reconozco el contenido de mi emoción. Por eso recurro a Izet Sarajlic

y a su poema 'Si al menos fuera el año 1993', aunque no porque lo añore:

> Si fuera al menos aquel terrible, el de la humillación a nada comparable, año 1993 cuando no teníamos nada más que el uno al otro.
>
> Ojalá fuera aquel terrible, aquel tantas veces terrible 1993.
>
> Tendría todavía cinco años completos para poder mirarte y tenerte a mi lado.

Domingo, 7 de julio

Hay noches en las que quisiera abandonarme. No tener que escribir una sola línea. Dejarme ir. Dormirme sin el peso de la mala conciencia.

Pero no me lo consiento.

Sentado a una de las mesas de este comedor. Aquí he podido trabajar por fin a solas, lejos de la omnipresencia de Gerva, sus ronquidos y su maximalismo. Necesito estar solo de vez en cuando. Por eso esta tarde elegí los tranvías. Pensaba en el que evoca Izet Sarajlic en su poemario *Sarajevo*, precisamente el que lleva a Ilidza, el número 6: 'Adiós al tranvía número 6'. Para ir a Ilidza y pensar en él cojo el número 3. Y tomo apuntes para escribir algún día el mío:

Cosas que nunca había podido hacer en Sarajevo

- coger el tranvía
- entrar por la puerta principal del hotel Holiday Inn
- recorrer la orilla del río

- dedicar la tarde del domingo a recorrer Ilidza
- visitar el viejo cementerio judío desde el que los serbios
- disparaban contra la ciudad
- recorrer Grbavica
- no sentir miedo
- salir de noche sin desafiar ningún toque de queda

¿Cuáles son tus sensaciones? Contradictorias. Por un lado me alegra ver cómo los vecinos de Sarajevo han recobrado su ciudad y el gusto por la vida, cómo siguen embelleciéndose para salir a la calle, cómo tratan de recuperar no el tiempo perdido, sino arrebatado. Al mismo tiempo, no puedo evitar que en ocasiones me invada la tristeza, al recordar momentos durísimos, conversaciones, escenas, cadáveres, impotencia, duelo y miedo, y sobre todo el comprobar que el sufrimiento y la guerra no han traído nada bueno: un país dividido, con fronteras trazadas como quería Mladic, 'con sangre', fruto de la violencia. Así se ha consagrado la *limpieza étnica*, obligando a las víctimas a sentarse de igual a igual con sus verdugos.

Lo primero que hace Gervasio cada vez que, desde 1996, regresa a Sarajevo, es llevarle flores a Nalena Skorupan. Su tumba, en un rincón del cementerio del ejército, es una sencilla lápida musulmana donde, bajo su nombre, rezan dos años: 1993-1994. Lo que no dice me lo cuenta Gervasio: vivió 81 días. Una granada la alcanzó en el tercer piso de su casa en el centro de Sarajevo. La bomba decapitó a su tía, que la estaba acunando. Su madre preparaba un biberón en otro cuarto. Su padre murió durante el cerco. Suenan campanas de domingo cuando acompaño a Gervasio, que se emociona cuando recoge las flores secas que le dejó la última vez ('nadie le trae flores'), mientras observa el rosal que ha brotado en la tumba frontera, la de la tía de Nalena.

No puedo evitar una constante sensación de irrealidad. Como si no fuera capaz de recordar casi nada, de reconocer nada. Sin embargo, se me llenan los ojos de lágrimas ante la escalera de la morgue, que tantas veces subimos para contar los muertos del día, y el hospital

de Kosevo, y el cementerio del León, abarrotado, o el campo de fútbol al otro lado de la calle, que hubo que habilitar en 1992 para acomodar a tantos muertos. Me dice Gervasio que se han ido sustituyendo las estelas de madera (casi todas rezaban, en mi recuerdo, 1992-1993), por otras de mármol labrado, blancas y alargadas. Cipos.

En el Holiday Inn, aparentemente vacío, me siento todavía más fuera de lugar, presa de un cierto vértigo y de una cierta melancolía. Como en el tranvía de Ilidza, mi paseo por el barrio serbio, un cansancio irresistible: una especie de pesadumbre se apodera de mí.

Me recupero y aprovecho la tarde del domingo para recorrer la orilla del Miljacka como si fuera un vecino de la ciudad. Hay algo que estoy buscando y que todavía no sé lo que es.

Lunes, 8 de julio

Jasminka nos había preparado una cena por todo lo alto: en la terraza de su apartamento, un piso 15º con vertiginosas vistas sobre Sarajevo.

¿Qué mejor manera de demostrar su confianza en el futuro que comprando uno de los pisos más altos, y por lo tanto más expuestos, a futuros francotiradores? Ella, que pasó todo el cerco en Sarajevo, en condiciones dificilísimas, cuidando a su madre, y jugándose el tipo, nos comentó esta noche que si algún día volviera la guerra a su ciudad se iría el primer día.

Lo que vino esta noche, sin embargo, fue una gran tormenta de verano que se inició en el monte Igman, donde tantos combates, y se acabó abatiendo (con gran aparato de truenos, rayos, relámpagos y aguacero) sobre toda la ciudad, y tuvimos que refugiarnos en el interior. Inocuo recordatorio de lo que fue la guerra. Casi nadie en Sarajevo quiere recordarla, aunque esté presente cada día.

Nos acompañó a la puerta con su marido, y entonces, mientras nos poníamos los zapatos que habíamos dejado en la escalera, recordó:

—Ahora tenemos luz.

—Y agua —le respondí.

Nos abrazamos. Son tantos los recuerdos compartidos y tanta la emoción. Si no ponemos cuidado romperemos a llorar.

Recogí estos pétalos el domingo, de una tumba en el cementerio del León.

En Visoko asistimos al embarque de los 409 ataúdes con los restos que serán enterrados el jueves en Potocari, junto a Srebrenica, donde fueron asesinados en 1995. Cuando la guerra parecía que había terminado.

¿Qué debería hacer ahora, esta noche? Salir a la lluvia que, como una bendición, ha caído sobre Sarajevo, o leer unas páginas más de *La hija del Este*, de Clara Usón? ¿O sencillamente irme a dormir, porque mañana será un día muy largo hasta que lleguemos —vía Foca, Visegrad, y Gorazde— a Srebrenica?

Sarajevo me acompañará siempre. Como todo lo vivido durante la guerra. Forma parte de mis penas y alegrías más hondas. Miedo, rabia, malestar. De mi identidad de periodista y de mi dudosa condición de ser humano.

Srebrenica, martes, 9 de julio

Si a Sarajevo me costó veinte años regresar, a Srebrenica me costó la vida entera. No fui capaz de atreverme por montañas y caminos atestados de peligros desde Tuzla, cuando en Sarajevo nos hablaban del *enclave protegido* y tratábamos de hacernos a la idea del horror que se agravaba de día en día, pero cuyo abrupto final —que ni

siquiera sospechábamos— iba a desbordar todo lo perpetrado desde que estalló la guerra.

Por eso estamos en Srebrenica. Por encima de todo para recordar. Para honrar a los muertos. Para lograr ese mínimo de reparación. Ese acto de justicia que, en la medida que permite cerrar el luto, es una suerte de paliativo. También por eso emprendimos el largo camino desde Zaragoza hace hoy ocho días y que nos ha llevado a recorrer una distancia de 3.217 kilómetros hasta Potocari. El lugar donde se alza el cementerio se ha convertido en un emblema del sufrimiento y la dignidad de Bosnia. A Potocari llegaron esta tarde, tras un furioso aguacero, los tres camiones con los 409 desaparecidos arrancados del anonimato. Es lo mínimo que les debemos, y más cuando se trata de las víctimas de una guerra civil, donde el ensañamiento suele ser rey.

Para que después los vecinos serbios que participaron en la matanza, o señalaron, o fueron sus cómplices, o miraron a otra parte, para no comprometerse protegiendo a sus hermanos, confundan a las jóvenes reporteras gráficas llegadas de España negándolo todo, acusando a los musulmanes de ser unos formidables mixtificadores. La duda hizo estragos en alguna: no dejaba de hacerse preguntas en voz alta tratando de obtener un poco de piedad para *los serbios*.

Abandonamos el hotel a las 7.30 de la mañana. A las 7.45 cruzábamos la linde de Sarajevo. Confío en que no pasen otros veinte años. Nada más sobrepasar el aeropuerto atravesamos la línea, nada imaginaria —era la del frente— con la República Srpska. Para mí, tierra ignota. Una pareja de policías serbobosnios con cara de pocos amigos nos dio el alto. Multa por exceso de velocidad. Finalmente se queda en una mordida de 10 euros (la otra opción era regresar a Sarajevo, pagar 40 euros en un banco, y volver con el recibo).

Dejamos atrás el desvío al monte Igman y pienso en las tropas serbias de refresco que llegaban por esta vía para seguir hostigando a Sarajevo. Cuando llegamos a Foca, donde la *limpieza étnica* fue exhaustiva, el 'bienvenidos' que nos recibe parece todo un sarcasmo. Gervasio recuerda la entrevista que al principio de la guerra en Bosnia le hizo al representante de ACNUR en Belgrado, el español José María Mendiluce. Le parecía que exageraba cuando aseguró que los serbios estaban arrasando a sangre y fuego todo el este de Bosnia fronterizo con Serbia. Tuvo ocasión de comprobarlo cuando, con otros periodistas, pudo acercarse a la zona entrando desde Belgrado con la prohibición terminante de tomar imágenes. Las casas musulmanas ardían después de haber sido saqueadas.

Paramos en Gorazde, junto al Drina, que baja verde y grávido, antes de comprobar que los serbios han levantado su propia Nova Gorazde. Hacemos una segunda parada en Visegrad para preguntarnos por los muertos que habrán visto pasar los ojos del río y si Ivo Andrić hubiera añadido un capítulo a su libro tras la destrucción de Bosnia-Herzegovina. Volvemos sobre nuestros pasos, junto al Drina y a través de túneles encadenados. Los altos páramos y prados me recordarán a una Suiza balcánica donde el odio ha echado profundas raíces. Así llegamos a Bratunac, donde el negacionismo es moneda de curso legal: sin duda porque saben demasiado y lo peor es que les obliguen a recordar.

Asistimos a la descarga de los 409 ataúdes verdes, al llanto de las mujeres. Resultaba sin duda paradójico que los depositaran en la gran nave central de una fábrica de Potocari. Tal vez el mismo espacio que utilizaron los soldados holandeses para justificar su inacción. Pero la verdad es incontrovertible. Los holandeses no cumplieron con su obligación de proteger a los musulmanes. Se acobardaron. Fueron cómplices.

Miércoles, 10 de julio

Opté por sentarme a mitad de la colina, donde los enterradores habían cavado dos hileras de tumbas que se perdían cuesta abajo hasta unirse con las estelas blancas ya labradas por los canteros musulmanes, porque pertenecían a años anteriores. Las diez tablas y las cuatro palas aguardaban ante cada fosa para el gran entierro de mañana, en que se conmemora el 18º aniversario del genocidio de 8.372 musulmanes en Srebrenica a manos de los radicales serbios. Algunos todavía encharcados por culpa del aguacero de anoche. No son tumbas muy profundas, no llegan al metro, y tampoco muy largas. Tal vez porque los ataúdes de los 409 identificados este año no lo son: ni grandes ni pesados. A veces tan sólo un puñado de huesos. Lo que queda de un hombre, o de un muchacho, después de haber sido enterrado en una fosa común y hayan pasado años y años, y en muchos casos tras haber sido desmembrados y dispersados en sitios distintos para hacer lo imposible para impedir la identificación. Y sin restos acreditados mediante el ADN no hay ninguna posibilidad de cerrar el luto.

Nuestro breve tiempo en Bosnia toca a su fin. Hoy recorrí Srebrenica a pie, de arriba abajo, desde el restaurante que abrió en lo más alto Abdulah, el primer musulmán que se atrevió a regresar a la localidad tras el exterminio, hasta el campo de fútbol donde serbios insensibles jugaban al fútbol en el campo de cemento del instituto a la misma hora en que en el cementerio de Potocari trasladaban los 409 féretros con los restos que serán inhumados mañana. Me crucé con serbios y musulmanes, no hice preguntas, me inquietó ver la bandera serbia en el ayuntamiento, pero aunque parezca absurdo Srebrenica pertenece a la República Srpska. Fotografié juntas a la mezquita y a la iglesia ortodoxa, al alminar y a la torre, la palabra *Srebrenica* en algún rótulo, la estación de autobuses y la Posta, donde trabajaba Emir Suljagic, intérprete de las tropas holandesas de la ONU, que se salvó y luego contó de forma elocuente y estremecedora todo lo ocurrido en *Postales desde la tumba*.

Gervasio vuelve a roncar a pierna suelta. No tengo sueño. Leeré unas páginas más de *La hija del Este*. Mañana será un día muy

largo. Compartir el dolor de las víctimas. Una forma de reparación. Es difícil contener las lágrimas. Prefiero alejarme. No puedo ponerme a la altura de quienes en tres días de julio de 1995 perdieron a sus seres queridos, todos varones, apartados por los serbios, que sabían perfectamente qué iban a hacer con ellos.

Belgrado, jueves, 11 de julio

Llego demasiado tarde a esta ciudad en la que no todos, como recuerda Clara Usón en *La hija del Este*, eran partidarios de Slobodan Milosevic, ni del ultranacionalismo ni de la guerra, aunque no supiéramos escucharlos en Europa. Llego cuando se ha impuesto una nueva realidad y los delirios y ensoñaciones serbias les han llevado a perder sus territorios más queridos. Llego con barro del cementerio de Potocari en los zapatos y los recuerdos agridulces de un retorno a Bosnia veinte años después de la guerra, sin que las heridas hayan cicatrizado. Vuelvo con la mente embotada, incapaz de contar con exactitud no sólo lo que está pasando sino lo que veo. Como si hubiera perdido la capacidad de profundizar y de poner en relación.

Camino de la confluencia entre los ríos Sava y Danubio entramos en la catedral. Se celebra la festividad de San Pedro y San Pablo de la liturgia ortodoxa, y los fieles, en círculo, desfilan ante el pope para rendir pleitesía a santos compartidos por nosotros, que aunque renegamos de nuestras creencias navegamos en su estela.

Tendría que volver a las calles de Srebrenica, releer *Postales desde la tumba*, de Emir Suljagic, y repasar con él los lugares de la desolación, el inexorable camino que condujo al exterminio, a unas estampas que parecen arrancadas de los más negros episodios de la Segunda Guerra Mundial.

La escritura es una lucha contra la descomposición de la memoria, una selección de las noticias del mundo, de las impresiones que

vamos atesorando sobre todo en los días de viaje, cuando la retina no deja de asombrarse.

Pitesti, viernes, 12 de julio

Hace horas que debería estar durmiendo, sobre todo después de que, recién llegados a esta ciudad, un perro de la calle se abalanzara sobre mí y dejara las marcas de sus colmillos en mi pantorrilla izquierda. Pero soy incapaz de hacerlo sin cumplir mis obligaciones nocturnas.

Poco antes de llegar a Pitesti, donde el Partido Comunista Rumano puso en práctica en los años cincuenta algunos de sus procedimientos de lo que pomposa y cínicamente llamaba reeducación, cumplimos los 4.000 kilómetros en diez días desde que abandonáramos Zaragoza: Francia, Italia, Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Serbia, Bulgaria y Rumanía, es decir, ocho países, y pernoctado en Génova, Zadar, Mostar, Sarajevo, Srebrenica, Belgrado y Pitesti.

Nos las prometíamos muy felices en Pitesti, pero el malhadado can (son muchos, y en bandadas, los que viven salvajes en las calles) nos obligó a visitar dos hospitales y a ponerme la vacuna antitetánica y contra la rabia. Fue inestimable la ayuda de Juan, un taxista que había pasado cinco años en Zaragoza y que habla español como un nativo del Ebro. No me cobraron ni un céntimo por la exquisita atención y las dos vacunas.

En Paracin dejamos la inhumanidad de la autopista. En Vrska Cuka abandonamos Serbia y entramos en Bulgaria. En Vidin comprobamos la fealdad intrínseca a la desecación comunista. Hacia Craiova discurrimos por la gran llanura dacia, entre maizales y cereales, viñas y girasoles, cementerios de automóviles y pueblos que languidecían entre carretas tiradas todavía por caballos y ancianos que se resisten a morir. Así entramos en Pitesti, ya de noche, sin

darnos cuenta de que aquí es una hora más tarde ni olvidar que ayer se celebró un gran funeral por las víctimas de Srebrenica. Son las cuatro y media de la madrugada del sábado. Mejor tratar de encontrar el sueño.

Vuelo Bucarest-Madrid, sábado, 13 de julio

Regreso a casa. El piloto acaba de anunciar que estamos sobrevolando Italia y que pronto estaremos sobre Saint-Tropez, parte del camino que hice con Gervasio. Esta mañana, cuando me dejó en el aeropuerto de Bucarest, comprobó la distancia recorrida en once días de julio: 4.150,8 kilómetros. Hitos del camino fueron: La Jonquera (en la frontera con Francia), Arlés, Génova (dormimos en casa de Anne y Ernesto), Trieste (no entramos, porque José Ángel González Sainz se encontraba en España), Eslovenia, un baño en Kraljevica (en la costa dálmata), Gospic, Zadar, Metkovic, Mostar, Jablanica, Prozor, Turbe, Vitez (buscamos infructuosamente la casa en la que nos asaltaron y robaron el coche), Zenica, Visoko, Sarajevo, Foca, Gorazde, Visegrad, Potocari, Srebrenica, Bratunac, Belgrado, Paracin, Vrska Cuka, Kula (en Bulgaria, como el triste pueblo siguiente), Vidin, Craiova, Pitesti y Bucarest, y por supuesto los ríos Neretva, Drina, Sava y Danubio.

No había regresado a Sarajevo desde la guerra, en 1993, y fue una sacudida brutal encontrarme con una ciudad que ha renacido de sus cenizas, donde hay luz, agua corriente, han sido reconstruidos los puentes sobre el Miljacka, el hotel Holiday Inn y las Torres Gemelas, además del edificio del diario *Oslobodenje* y la Biblioteca Nacional, circulan los tranvías (incluido el de Ilidza, que adoraba el poeta Izet Sarajlic) y numerosos automóviles, visité el cementerio judío del que escribió Ivo Andrić y desde el que los francotiradores serbios asesinaban a placer. Tenía sentimientos encontrados: sentía ganas de llorar por haber vuelto a una ciudad que aprendí a querer a

fuerza de compartir brevemente las penurias de sus vecinos durante el sitio, y ganas de gritar de alegría ante la renacida Bascarsija, y la inusitada animación, casi histérica, vulgar, como la de cualquier ciudad española, un sábado por la noche, en el centro de una ciudad en la que el toque de queda nos impedía salir del hotel cuando la noche, oscurísima, descendía sobre las calles. Lo primero que hicimos fue ir a abrazar a nuestra querida Jasminka y a su madre. Visitamos el depósito de cadáveres y el hospital de Kosevo, y el cementerio del León, que vi llenarse de tumbas con el mismo año inscrito en todos los cipos, en casi todas las estelas: 1992.

Mientras estuvimos en Sarajevo más de una vez pensamos y soñamos en cómo atravesar las líneas y los peligros para ver cómo soportaba otra ciudad su condición de enclave protegido. Pero nunca nos atrevimos a emprender el camino de Srebrenica. Era casi suicida, aunque algunos periodistas, muy pocos, lo lograron, la mayoría durante unas horas y entrando, bajo custodia y supervisión serbia, desde Belgrado.

Si en Visoko, en su cementerio, vi cómo cargaban los 409 ataúdes con los restos identificados el último año, no pude compartir el paso de los tres camiones por la capital de lo que queda de Bosnia. Los esperamos en Srebrenica. Vimos cómo los depositaba, un bosque de brazos y manos, en la gran nave de Potocari donde los *cascos azules* holandeses dieron la medida de su cobardía: figurantes en un documental que parecía recrear algunas de las escenas más infames de la Segunda Guerra Mundial en suelo europeo: 30.000 hombres, mujeres y niños corriendo desde Srebrenica a Potocari para buscar refugio junto a los soldados europeos. Y luego tolerando que los radicales serbios de Ratko Mladic y Radovan Karadzic separaran a los jóvenes y a los hombres en edad militar para pasarlos a cuchillo, mientras mujeres y niños eran deportados a Tuzla. Se completaba así de una tacada la *limpieza étnica* proclamada por la supremacía serbia: exterminio y expulsión. Me hubiera gustado recorrer las calles empinadas de Srebrenica con Emir Suljagic, el autor de *Postales desde la tumba*. La misma tarde en que los 409 ataúdes

fueron trasladados, de nuevo a través de una cadena humana (siempre de hombres) desde la gran nave al cementerio, jóvenes serbios jugaban un partido de fútbol en la cancha del instituto, junto a la carretera que baja hasta Potocari. Ese día ya estaban las 409 tumbas excavadas, y junto a cada una las diez tablas bien cortadas para que la tierra no tocara los ataúdes, y junto a cada montículo de tierra cuatro palas. Estuve largo rato sentado ante dos hileras de estelas de madera, futuros cipos de mármol, con los nombres recuperados, las identidades reconstruidas a pesar de que quienes los mataron quisieron borrarlos para siempre. Han vuelto, pero sólo como huesos. No es poco para quien quiere la certeza de que sus desaparecidos no volverán: están muertos, han sido asesinados, y sólo podemos devolverles la dignidad de su nombre y un funeral donde llorar y rezar y decir adiós. Así se hizo al día siguiente, bajo el aguacero, con cánticos, quizá demasiadas palabras (aunque se pronunció muchas veces *genocidio*) y poco silencio.

Durante la guerra no sufrí ni un rasguño. Tuve suerte. Anoche, en la ciudad rumana de Pitesti, donde los comunistas escenificaron algunas de las formas más crueles que un ser humano puede infligir a otro, bajo el pretexto de la reeducación (religiosos obligados a limpiar letrinas con la lengua, presos premiados por delatar y torturar), no pensé que el perro callejero podía ser la reencarnación de uno de esos comunistas que acabaron siendo purgados por otros comunistas ante el exceso de celo de su pedagogía.

Es sábado por la tarde. Vuelvo a casa. El avión vuela muy alto. Es la memoria una mezcla de pesadumbre (Bosnia es un país desgarrado) y emoción (Sarajevo forma parte de mi educación política y periodística). Me gustaría poner fin aquí a estos *Diarios de la guerra de Bosnia*. Se ha alcanzado la paz (una paz en la que se ha obligado a compartir mesa a las víctimas con sus verdugos), pero no la justicia. Volveré a enfrascarme en la lectura de *La hija del Este*, en la que Clara Usón novela la vida y el suicidio de la hija del general Ratko Mladic, a quien idolatraba, con la pistola favorita del genocida de Srebrenica. No sé por qué he tardado más de veinte años en

sacar estos cuadernos a la luz. A mí me sirvieron para combatir el miedo y la desolación. Para no volverme loco. Como los artículos publicados en *El País* para tratar de explicarme y explicar lo que veía. Sobre todo el intento de que la guerra no llevara a una barbarie sin retorno. Mi corazón se queda en Sarajevo y Srebrenica. Me alegra haber podido ir al fin, haber recorrido sus calles, haber compartido durante apenas unas horas el dolor de las madres, las hijas, las hermanas… No quiero cargar las tintas, recrearme en la emoción. Es como si tuviera miedo de resultar obsceno, de sacar partido, de dar lecciones. Ni puedo ni debo. Cae la noche.

Apéndice

Referencias de los artículos publicados en diario *El País* (la fecha corresponde al día en que fueron publicadas, no al día en que fueron escritos, y con la data en la que aparecieron en el periódico)

- *Un buen día para la guerra en Slavonski Brod*. Slavonski Brod, 19 de agosto, 1992
- *Alemania, El Dorado de los bosnios*. Karlovak, 22 de agosto
- *Banja Luka, el negocio del terror*. Banja Luka, 25 de agosto
- *Sarajevo, cosecha de polvo y muerte*. Sarajevo, 28 de agosto
- *Fiesta de cumpleaños en Sarajevo*. Sarajevo, 30 de agosto
- *La muerte prefiere callejear*. Sarajevo, 31 de agosto
- *La guerra sube a los escenarios de Sarajevo*. Sarajevo, 4 de septiembre
- *¿Dónde es la fiesta? Sarajevo*, 7 de septiembre
- *Sarajevo forja un general de 23 años*. Sarajevo, 8 de septiembre
- *Las bombas no impiden que los sefardíes de Sarajevo celebren su 'Sefarad 92'*. Sarajevo, 15 de septiembre
- *'La paz está más cerca'*. Jablanica, 5 de diciembre
- *Historias de Travnik*. Travnik, 26 de diciembre
- *El sitio de Sarajevo*. Sarajevo, 27 de septiembre
- *Carretera sin destino en Maglaj*. Maglaj, 27 de diciembre
- *Los muertos duermen en el estadio*. Sarajevo, 14 de diciembre
- *La muerte de la madre de Alma*. Sarajevo, 19 de diciembre
- *La vejación de Leila*. Sarajevo, 20 de diciembre
- *Edo, el guardián de las cenizas*. Sarajevo, 29 de diciembre
- *La tercera guerra de Gabriela de Sarajevo*. Sarajevo, 10 de enero, 1993
- *La moral de los musulmanes está alta en Travnik*. Travnik, 2 de julio
- *A la sombras de los cerezos en Zeljezno Polje*. Zeljezno Polje, 4 de julio

- *Como un campo palestino en el centro de Europa*. Zenica, 7 de julio
- *'Limpieza étnica' en el cielo de Zenica*. Zenica, 10 de julio
- *Incidente en Vitez, 1: Cuando desaparecen los comisarios cae la máscara del terror*. Vitez, 12 de julio
- *Incidente en Vitez, y 2: A ojos de la policía los ladrones son unos buenos chicos*. Vitez, 13 de julio
- *Juan Goytisolo escribe en Sarajevo el diario de un escritor avergonzado*. Sarajevo, 18 de julio
- *Susan Sontag: 'El siglo XXI comienza con el sitio de Sarajevo'*. Sarajevo, 25 de julio
- *El experimento criminal de Sarajevo*. Sarajevo, 26 de julio
- *'Jamás volveré a Sarajevo'*. Sarajevo, 23 de julio
- *Rasim Delic: 'Si Bosnia se divide en tres Estados étnicos, el conflicto continuará'*. Sarajevo, 28 de julio
- *El director del diario Oslobodenje califica de chantaje las negociaciones*. Sarajevo, 26 de julio

Referencias de los artículos publicados en la página web del diario *ABC*, en un blog titulado *El sueño americano*, que después fue publicado en libro con el mismo título por Ediciones del Viento (la fecha corresponde al día en que fueron publicadas, no al día en que fueron escritos).

- *Sarajevo en el Midwest*. Dayton, 29 de octubre, 2008
- *La noche*. Dayton, 30 de octubre

'He sobrevivido. ¿Mi nombre? Podría ser cualquiera: Muhamed, Ibrahim, Isak, no importa. Yo he sobrevivido, muchos otros no. He sobrevivido del mismo modo que ellos murieron. Entre mi supervivencia y su muerte no hay ninguna diferencia, porque permanezco vivo en un mundo que está marcado para siempre, indeleblemente, por su muerte. Procedo de Srebrenica. En realidad, procedo de otra parte, pero elegí Srebrenica. Es el único lugar del que me atrevo a ser, igual que fue el único al que me atreví a ir, en un tiempo en el que no osé ir a ningún otro sitio. Precisamente por eso creo que el lugar de nacimiento, en comparación con el la muerte, carece de importancia. El primero no dice nada sobre nosotros, es un mero dato geográfico; el lugar donde se muere, en cambio, lo dice todo sobre las convicciones, creencias y elecciones que hemos hecho y mantenido hasta el final, hasta el momento en que nos alcanza la muerte'.

Emir Suljagic, *Postales desde la tumba*

Notas

1.

Plinio fue el protagonista de una serie de novelas y relatos del escritor Francisco García Pavón. Como jefe de la policía municipal de Tomelloso, Ciudad Real, investigaba y resolvía casos de lo más variopinto.

Alfonso Armada nació en Vigo en 1958, pero se ha desarrollado profesionalmente como periodista sobre todo en Madrid. Fue enviado especial del diario *El País* a los Balcanes y África, y corresponsal en Nueva York del periódico *ABC*, cuyo Máster de Periodismo dirige en la actualidad. Impulsa uno de los proyectos de periodismo más interesantes de estos momentos, FronteraD. Sus últimos libros publicados son *Diccionario de Nueva York* (2010), *Mar Atlántico. Diario de una travesía* (2012) y *Fracaso de Tánger* (2013).

Créditos

© 2015 Alfonso Armada

© Fotografías: Gervasio Sánchez

© 2015 Malpaso Ediciones S.L.

C/ Diputación, 327 ppal. 1. ª

08009 Barcelona

www.malpasoed.com

ISBN ebook: 978-84-16420-01-8

Primera edición: mayo de 2015

Primera edición digital: mayo de 2015

Composición digital: Pablo Barrio

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

· ALIOS · VIDI ·
· VENTOS · ALIASQVE ·
· PROCELLAS ·